

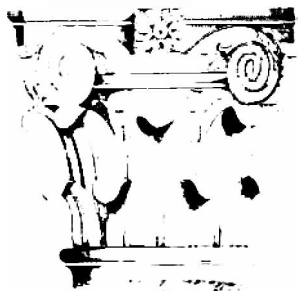
OSCAR A. ROBLES TOLEDANO

P. R. THOMPSON

CARTAS

A

El Caribe



UCMM

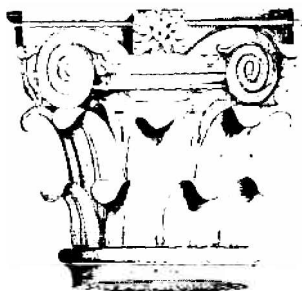
OSCAR A. ROBLES TOLEDANO

P. R. THOMPSON

CARTAS

A

El Caribe



UCMM

COLECCION DOCUMENTOS
Director: Danilo de los Santos

Esta edición estuvo a cargo de
EDITORIAL BLOCQUERST, S. A.
Gustavo Mejía Ricart N° 138 — A
Santo Domingo, R. D

Derechos Reservados, 1983 (c)

Portada: Capitel de una columna
del templo de Júpiter Tronante
tomada del Capitulo XIX del cuarto
libro de Palladio.

UNIVERSIDAD CATOLICA MADRE Y MAESTRA
Departamento de Publicaciones
Santiago, República Dominicana

Prólogo

En una casa rodeada de almendros frente al Mar Caribe, enriquecida con una selecta biblioteca con muchos miles de volúmenes, el presbítero doctor Oscar Antonio Robles Toledano, concibió y elaboró con mucho cuidado y esmero los enjundiosos artículos periodísticos que a modo de epístolas, con el seudónimo de P. R. Thompson, publicó durante algún tiempo en El Caribe.

En la galería de esa casa, que una vez estuvo en las afueras de Santo Domingo y que ahora, debido a la expansión de la ciudad ha quedado rodeada por una bella y moderna urbanización, fue planeado este libro, en una forma casi fortuita.

No era la intención del doctor Robles Toledano que esas cartas fuesen recopiladas en un libro; fueron escritas más bien para satisfacer lo que su autor consideró que era una necesidad del momento; como una contribución suya a crear consciencia sobre los difíciles problemas que han conturbado el ánimo de los dominicanos conscientes de su responsabilidad histórica en los cruciales momentos que vivimos.

Retrospectivamente, esas epístolas del Padre Robles constituyen valiosos documentos para quienes deseen conocer desde un punto de vista crítico un importante período de nuestra historia reciente.

En la peña literaria que los domingos en la tarde se reúne donde el doctor Robles Toledano, surgió un día esta pregunta: ¿por qué, si el Padre es una de las figuras cimeras de la intelectualidad dominicana, no ha escrito un libro?

El mismo no supo responder esta pregunta. Se dijo allí, sin embargo, que quizás su desmedido amor por la perfección, en cuanto toca a las obras del intelecto, había sido el motivo cardinal para que él no hubiera emprendido la noble tarea de publicar un libro. Uno de los contertulios afirmó, entonces,

que no es cierto que el Padre no ha hecho un libro, pues, ¿acaso no es una obra literaria ingente el volumen formado por las cartas que con el seudónimo de P. R. Thompson él publicó en El Caribe? Se acordó allí que era, pues, necesario reunir aquellas cartas que, escritas con estilo elegante, resumen erudición y sabiduría, rescatáncolas de ese modo de los archivos de El Caribe, para darles nueva vida en forma de libro; lo que aceptó el Padre Robles Toledano, no sin antes aducir que esas epístolas carecían del mérito suficiente para que fuesen recopiladas y publicadas en un volumen.

*

Oscar Antonio Robles Toledano nació en San Pedro de Macorís en 1912. A los diez años de edad, en 1922, vino a Santo Domingo, donde concluyó sus estudios primarios en la Academia Santa Ana. Luego ingresó al Seminario y tras completar allí los estudios de humanidades, fue enviado a Roma por su abuelo, a quien Monseñor Nouel había dicho que "allí es donde mejor hacen a los sacerdotes".

En Roma asistió al Colegio Pío Latino y a la Universidad Gregoriana. Obtuvo el doctorado en Filosofía y Teología, y la licenciatura en Derecho Canónico y en Derecho Romano.

Tras recibirse en las citadas disciplinas, viajó a Palestina, donde durante más de un año realizó estudios bíblicos y geográficos de Tierra Santa. Después, fue a Francia, donde pasó un año ampliando sus conocimientos en el Instituto Católico de París.

En el año 1936 fue ordenado sacerdote en Roma y regresó a Santo Domingo. Fue Vice-Canciller en la Curia y profesor de filosofía en el Seminario, donde impartía sus clases en latín. Además, fue catedrático de historia del arte en la Escuela de Bellas Artes, y de derecho romano, filosofía del derecho, clásicos latinos e historia de la cultura en la Universidad de Santo Domingo, de la cual llegó a ser Vice-rector.

Al período de su vida dedicado a la pedagogía siguió otro durante el cual sirvió a su país en varios cargos diplomáticos. Fue embajador alterno ante la Organización de las Naciones Unidas, cónsul general en Nueva York, embajador ante la

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y, al principio del período gubernativo constitucional del doctor Joaquín Balaguer, embajador de la Conferencia General de la ONU.

A raíz de su regreso al país, en 1968, inició lo que él mismo llama su "carrera periodística", con la publicación de las cartas contenidas en este volumen.

El doctor Oscar Antonio Robles Toledano es, también, un consumado políglota. Habla latín, griego, francés, italiano, portugués, hebreo e inglés. Es miembro correspondiente de la Real Academia de la Lengua.

El Padre Robles es un apasionado de la lectura y del estudio, no solamente de las obras clásicas que no faltan en los anaqueles de su enorme y selecta biblioteca, sino también de los autores modernos, lo que le ha valido ser considerado, por su acrisolada cultura y su austera y sólida preparación académica, como uno de los pensadores dominicanos de mayor prestigio intelectual de todos los tiempos.

Es de justicia agradecer la generosa contribución hecha por el Banco Popular Dominicano para la publicación de este libro, así como a la Universidad Católica Madre y Maestra por su disposición de incluir las Cartas de P. R. Thompson a El Caribe a la larga lista de valiosas obras que ha auspiciado. Igualmente, debe consignarse el interés y la cooperación del doctor Germán E. Ornes, presidente de la Editora del Caribe, quien permitió rescatar de los archivos de El Caribe las epístolas que integran este volumen.

*Ramón Tapia Espinal
Santo Domingo
Mayo de 1983*

ACERCA DEL AJO

28 de Octubre de 1968

Señor Director:

Isabel la Católica, egregia señora, muy popular, particularmente en los floridos y académicos 12 de octubre, sentía una instintiva y radical aversión por el ajo.

Viejos y amarillentos cronicones, escritos en el macizo y viril castellano de la época de la reconquista, refieren, que un buen día, por burlarla, le presentaron a la augusta gobernante un diente o cabeza de ajo envuelto en el verde tierno de unas frescas hojas de lechuga, recién arrancadas de la huerta vecina.

La reina, que si tenía buen olfato para los quehaceres de la política —todo lo veía venir—, no lo tenía menos fino y agudo para las emanaciones físicas, al darle en las narices el acre olor del ajo, levantó de improviso los manteles, como impulsada por un mágico resorte, exclamando enrojecida: “apartate villano, que aunque vengas disfrazado, te conozco”.

Es un infortunio que nosotros los dominicanos, que tendremos que importar treinta mil quintales de la apreciada liliácea, alias ajo, no sintamos hacia él, igual invencible repugnancia.

En estos instantes cruciales ¡qué de divisas nos ahorraríamos!

Como soy de los que creen, a pie juntillas y a pesar de los pesares, en las valiosas reservas morales que todavía atesora el muy trabajado pueblo dominicano, estimo, que hay aún otros caminos, no ensayados, inéditos, para atajar el flujo de nuestras monedas duras hacia el exterior, que se van alegres a cambio de bienes de consumo, con lastimoso desmedro de nuestra ya muy desarrapada y malherida balanza de pagos.

Nadie va a remitir a dudas que el afamado condimento de que hablo le presta a los guisos un saborcillo refinado que

torma las delicias de los "gourmet", que más que comer, paladean sibaríticamente.

Esas exquisiteces, en cambio, las desconoce y le importan un comino al "gourmand", que sólo aspira a calmar, en ejercicio del principio de legítima defensa, las hambres atrasadas o de largo tiempo acumuladas.

Se puede, pues, a mi honesto juicio, prescindir de esas importaciones y ajustarnos, animados de ascéticas intenciones, lisa y llanamente, a las normas de una sana y concienzuda austeridad.

En el arte de la alimentación lo esencial —y cuando se está bajo el imperio de la necesidad se vive con lo indispensable—, lo esencial, digo, es el apetito, resorte maravillosamente delicado que debe ser respetado siempre.

En este país el substantivo "bárbaro" es de la más variada y contradictoria aplicación. Lo mismo es bárbaro el deportista que de un solo enérgico ademán (swing) hace volar la pelota, con el vuelo sereno de una paloma, por encima de las cercas, que el criminal que de un homicida estacazo le abre en dos, igual que una granada, la cabeza a un infeliz prójimo.

Miguel Angel, el de la Sixtina, era un bárbaro y Hitler, el de los hornos de cremación, también lo era.

No me extrañaría, por tanto, que a mi sugerencia de que nos quedemos sin ajo, por innecesario, muchos me califiquen de "bárbaro". Espero que unos me llamarán "bárbaro" como a Miguel Angel, para poder sobrellevar con paciencia que otros me endilguen el apelativo como a Hitler.

La medida, claro, será impopular. Y ahora los pueblos mandan, aunque no siempre, por desdicha, acierten a mandar bien.

Mi proposición se cifra en que se inicie una patriótica cruzada contra el ajo.

Doña Adria de Mañón, que tantos secretos conoce del arte de la mesa, desde la televisión, nos presentará platillos sin ajos —digamos desajados— que sorprenderán a los más exigentes gustos. Igual nacional tarea desarrollará, doña Ligia de Bornia, otra insuperable maestra en los deliciosos misterios de la gastronomía.

A sus empeños —eso espero— se unirá todo nuestro ad-

mirable y eficaz sistema de comunicación colectiva.

Y que no monten en cólera ni gasten estérilmente en “espacios pagados” nuestros esforzados productores de ajo. Mientras menos vengan de fuera, más venderán ellos aquí dentro. La campaña, además, será temporal, mientras dure la escasez.

Y que, por fin, no pierdan de vista que, según un sabio decir filosófico, “la ausencia es causa del apetito”. Por lo demás, siempre habrá muchos, de naturaleza levantisca, díscolos, que se negarán a asociarse al empeño común y, por pura rebeldía, comerán ahora más ajo que nunca.

Con lo que llevo expuesto no estoy contrariando ni por un momento lo que en editorial de este día se expresa en El Caribe, ni mucho menos, desechando la juiciosa opinión, recién externada, por el economista Julio Estrella. Al revés, me estoy asociando a ambos.

Estimo, como ellos, que estamos en la hora de las serias y minuciosas planificaciones para curarnos en salud y prevenir a tiempo males.

Es llegado ya el momento de que el Estado intervenga prudentemente en orientar la economía nacional, estudiando nuestras necesidades, investigando los recursos de que disponemos, como lo hizo aquí recientemente la OEA, evitando que las fuerzas económicas actúen sin coordinación, como en el primitivo *laissez faire*, ofreciendo incentivos —como lo está haciendo— para llenar los vacíos existentes. Siempre y cuando, desde luego, no se caiga en una opresora planificación coactiva.

Acaso con una cuidadosa programación previa agrícola hubieran sido menos sensibles y menos graves las escaseces de frutos que hemos padecido.

En el entretanto, y volviendo a mi cruzada, no me resta más que exclamar, como Napoleón desde el vértice de las pirámides:

¡Amas de casa!, a paso de vencedoras ¡guerra al ajo!
Atentamente,

P. R. Thompson

29 de Octubre de 1968

Señor director:

Leo habitualmente la sección de ese periódico "La Opinión del Lector" y, con cierto deleite, las cartas del señor P. R. Thompson. La mucha erudición que muestra al escribir las y el tino y acierto con que trata los asuntos que las motivan hacen que, al ver su firma, jamás pase mi vista de largo.

Estoy de acuerdo con él —en contra de la tesis de Mallarmé—, de que lo mejor de la historia no son las anécdotas. El mismo señor Thompson nos da un ejemplo en la carta que publica esta semana en la sección de ese diario arriba citada, trayendo a colación una anécdota que, por lo que yo sé, no es como él la cuenta. Las anécdotas amenizan los textos; pero, las más de las veces, hay que tomar su autenticidad con determinada reserva.

La frase "¡España y yo somos así, señora!" pertenece, efectivamente a Eduardo Marquina. Mas no la ha pronunciado Marquina del modo que el señor Thompson describe sino que la pone en boca de uno de los personajes de sus obras. Desconozco si alguna vez Eduardo Marquina se ha encontrado con una "golfa" en los Campos Eliseos y ha empañado un poco la belleza de su propia frase haciendo lo que nos dice el señor Thompson. Para los que sabemos algo de literatura española, las palabras "¡España y yo somos así, señora!" las pronuncia, en más noble ocasión, el capitán—"¡capitán de los Tercios de Flandes, señor capitán!"—, don Diego Acuña de Carvajal, personaje de "En Flandes se Ha Puesto el Sol", obra que la ilustre actriz doña María Guerrero de Mendoza estrenó en el teatro Urquiza, de Montevideo, el año 1910 o por ahí. Con esa frase se da fin al segundo y penúltimo acto de la obra.

Si el señor director no se opone a que le robe unos cortos minutos de su precioso tiempo y a ceder un poco del espacio de su periódico a sus lectores, que se van a disfrutar de ello, quisiera explicar cuál es el origen de la frase y citar los versos de que, en su final, la frase forma parte.

Según la trama, Don Diego está casado con la dama

flamenca doña Magdalena Godart, cuyo padre Juan Pablo— los mismos nombres de pila de nuestro Duarte—, es uno de los principales opositores a la dominación de España en Flandes. El capitán Barón Montigny trae orden de hacer presos a Juan Pablo y los que le siguen en el hogar de Don Diego y su esposa. Montigny llega con una tropa de lanzas, pero titubea ante la presencia de Don Diego y Magdalena. La escena termina así:

“Don Diego: ...Debéis, puesto que esta dama ampara al preso y a las justicias atropella, poner los hierros que trajisteis para las manos suyas, en las manos de ella. Fuera ella vuestra madre y no se fuerza que, cayendo en delito, la haga inmune: la ley no hay quien la tuerza; delinquiró, castigadla: ello está escrito. (Montigny da un paso. Cambio en Don Diego que le da el frente). Pero la amparo yo y os tengo el brazo; movedle vuestras lanzas y sois muerto. ¡Aquí entra Diego Acuña y abre plazo a lo que manda el Archiduque Alberto! (Rasga la orden del Archiduque. Retrocede Montigny espantado). ¿Vacilaréis..? ¿Y es justo en este trance, capitán, que el deber no se os alcance? “Montigny (Apu-rado.): Monseñor Consejero... “Don Diego: ¿Quién me llama, pues falté a la justicia, de esta suerte? (A las lanzas, entregándose.) Soldados: por España y por mi dama, llevadme a las prisiones o a la muerte. “Magdalena (Dando un paso hacia él.): ¡Diego! “Don Diego (Frío, señalando a los perseguidos y a Juan Pablo.): ¡Libres son! (Magdalena, Juan Pablo y los demás quieren oponerse al gesto, dándose a las lanzas.) ¡A las prisiones, capitán Montigny. ¡Nunca traiciones hizo esta espada, pero está partida; (La rompe en dos mitades.) con ella rota, rota va mi vida; (Entrega la espada, haciéndose prisionero, al capitán.) ¡disponga el cielo de mi suerte ahora! (Se vuelve a Magdalena, con sencillez) ¡España y yo somos así, señora! (Da orden él mismo al pelotón y salen)

Con disculpas al señor Thompson por la observación y gracias a usted por su atención, le saluda, señor director.

Muy atentamente,

Amílcar Rodríguez Montero

¡DE MARQUINA ES!

30 de Octubre de 1968

Señor Director:

Me duele España, decía alguien. Y a mí, lo digo con el corazón en la mano y en él buena sangre, me apesadumbra con doloroso amor, con ese amor doloroso —no se me ocurre otra imagen más noblemente expresiva— de la mujer en sublime trance de alumbramiento.

Porque me siento español-americano —como nos apellidaban algunos en el siglo XVIII, allá en la península— cuanto afecta a la Madre Patria, me afecta, y cuanto de dichoso haya en su progreso actual, me proporciona dicha y me ensancha y me dilata la alegría.

Por eso, por español, soy más duro y acerbo que los extraños en censurarla.

Pero apenas algún extranjero en mi presencia, comienza, con voluntad emponzoñada, a señalar sus lunares y deficiencias, me encrespo y me encabrito, y le detengo en seco el hostil discurso, sin más primores ni dibujos.

De veras, que me pongo bravo.

En no sé que pasaje del Romancero —cito de memoria, como otras veces, pero respondo de la substancia— va el Cid, puesto a la mesa, regañando a sus hijos y al llegar al más pequeño le aprieta con fuerza el meñique de la mano izquierda. Levanta el brazo derecho el muchacho, con mal contenida ira, y exclama: ¡Padre! ¡Padre!

En este gesto de aquel su pequeño retoño enfurecido,

reconoció el Campeador a su más acabado retrato, a su fiel trasunto en la tierra.

Esta anécdota o historia, que lo discierna Menéndez Pidal, nos hace penetrar, como por un pasillo, en la recia alma española.

Nosotros, los hispanos, los de aquí y los de allá, somos los únicos que nos hemos atrevido a considerar a España "como un problema".

Los otros pueblos, muy pagados de sí, no discuten sus prendas, sino que, viviendo de exclusivas, las enaltescen, las encumbran hasta el ciego y frenético "chauvinismo".

Puesto, por tanto, yo, a rastrear los indicios que me permitiesen adivinar los perfiles de la Madre Patria, y que me diesen, en una breve sentencia, en un episodio resaltante, en una máxima de fácil retención, una muestra gráfica de su grandeza de ánimo, cité la frase de Marquina: "España y yo, señora, somos así".

No indiqué que la dijera él, sino que nos presentaba a uno de sus personajes pronunciándola. ¡Libreme Dios de caluniar, con feas intenciones, al autor de "En Flandes se Ha Puesto el Sol".

Que la cambié de escenario y le dí al personaje, no a Marquina, por teatro, a París y no a Países Bajos, es cierto. Lo esencial, en ese instante para mí, por reveladora, era la frase.

Es obra de ficción la de Marquina, y aunque recoja con elegancia la fragancia de la historia, no es historia, que ésta sí que requiere exactitud en la fecha, determinación de lugar, precisión en los personajes y "akribeia", como dicen los griegos, a saber, rigurosa puntualidad matemática.

Si hubiera estado en mi ánimo expresar la exquisita magnanimidad española en la época de Felipe II, durante la recia guerra de los Países Bajos (para, así poner una pica en flandes) me hubiera sido más fácil, y más significativo para mi propósito, describir el insuperable cuadro de Velázquez, la "Rendición de Breda", en que el gesto del vencedor es tan espléndidamente caballeroso que parece el vencido.

Esto de remodelar las citas en literatura, guardando

siempre, por supuesto, las esencias, es, por otra parte, también muy español.

Cervantes, encarnación de nuestra cultura y de nuestro modo de ver la vida, incurrió, más de una vez en ello.

“Non bene pro toto libertas venditur auro”, dice el Príncipe de los Ingenios, en el prólogo al Quijote, que dijo Horacio, y no dijo tal el lírico latino, sino el autor anónimo de las Fábulas llamadas “Esópicas”, según Clemencín.

Y aunque me desagrada hacer citas largas, porque empiedran el texto y hacen tropezar en la lectura, porque me viene como anillo al dedo, llamaré aquí en mi auxilio a Cor-tejón, quien escribe así contra Clemencín:

“Cuando Cervantes acababa de recibir la galante visita de la inspiración, no iba a interrumpirla bruscamente y cerrar la cancela, para irse en busca de la cita que un recuerdo vago de lectura le había traído a la memoria”.

Aunque no le es lícito a un pequeño. —sin caer en ridículas pedanterías—, compararse con un grande, puesto que me estoy defendiendo, no me estará de más el señalar que el autor de El Quijote se equivocó —él o el personaje que pone a hablar— en especificar a quién corresponde la paternidad del aforismo.

Nadie ha negado, ni podrá negar, que la frase, bella y sugestiva, que yo cité como de Marquina, de Marquina es.

De todos modos, es bueno saber que hay quienes, ricos de cultura y felices y delicados con la pluma en la mano, están al acecho, pidiendo, como es su derecho, incluso en citas adjetivas, que no comprometen el lógico razonamiento del fondo, detalles minuciosos.

Con observaciones como las que ayer tan gentilmente se me formularon, rinde el fino observador un generoso servicio a todos.

A mí que escribo. Al que se moleste en leerme, sobreponiéndose al tedio, y, por supuesto, lo que es más apreciable, a la cultura en general.

Muy atentamente,

P. R. Thompson

SOBRE PROPIEDAD

5 de Noviembre de 1968

Señor Director:

En varios sectores —incluso en una columna de este diario— se han sometido a la consideración de la opinión pública, para ser tamizadas, las ideas que sobre la propiedad ha venido externando, con mucha luz de fervor y con mucho calor de entusiasmo, Monseñor Roque Adames.

El vocablo propiedad —y los derechos y obligaciones que encierra—, ha cobrado entre nosotros, en los últimos tiempos, una especie de resonancia trágica, un tinte sombrío.

Para unos, significa decoro e independencia, fruto legítimo del legítimo esfuerzo propio. Para otros, en cambio, sacudidos por vagas reminiscencias “proudhonianas”, y más que por nada, impulsados por su dramática hambre, es casi una mala palabra, una obscenidad, que ni siquiera debería figurar en un decente léxico social.

Es obvio que la verdad —en este caso la verdad social, que es la verdad fiel de la justicia colectiva— descansa en el justo medio: el derecho de propiedad, que es legítimo, no es, ni puede ser, absoluto. Entraña responsabilidades sociales, obligaciones inexcusables hacia la comunidad, y, por tanto, no debería ser ni sobreabundantemente excesiva, ni, tampoco, radicalmente exclusiva.

A lo que hay que llegar es, pues, a que todos sean propietarios, a que se adquiera lúcida conciencia de que, puestos en colisión, los dos derechos, el derecho de propiedad y el derecho a la vida, éste último, el derecho a la vida, es primario y más fundamental.

La tensión surge cuando, ni un grupo ni otro, se resuelven a hacerse cargo de estas fulgurantes evidencias.

¿A quién no le lastima la sensibilidad el saber que en este país había en 1960, según estadísticas enteramente confiables, tres mil trescientos latifundios (3,300) en relación con doscientos noventa mil, trescientos un minifundistas (290,301)?

Esta situación concreta — que tiene que originar conflictos— exige a veces una transformación del régimen de la tenencia de tierras. Transformación, que no ha de verificarse a la loca, inconsultamente, pasando por encima, desaprensiva y arbitrariamente, de derechos adquiridos.

Han de realizarse esos urgentes cambios, poniéndose de común acuerdo, en justa y generosa armonía, bajo los poderes públicos, todos los sectores sociales.

Porque, en última instancia, —y esto que quede bien claro y no se olvide— la máxima aspiración reside, no tanto en la mera distribución de suelos, siempre indispensable, sino en el aumento de la productividad, distribuible equitativamente entre todos los integrantes de la sociedad dominicana.

De lo contrario, intervendrán, no para conjurar los males, sino para acrecentarlos, levantando borrascas políticas, los amigos de la demagogia trivial y los que se acogen a la cómoda teoría de que, a río revuelto, amplia y fácil ganancia de pescadores.

Y es esto, lo que no acaban de comprender los opulentos y bienhallados.

Hay ideas, justas y sanas, que hemos de manejar con extremada prudencia y con tacto delicado. No hay jurista, hoy por hoy, que ponga en duda que en un “estado de necesidad”, el mandamiento que impera respetar lo ajeno, se borra y se apaga y pierde su eficacia obligativa.

Si alguien, en esta hora apretada de nuestra historia, se diese a la tarea de diseminar esta admitida tesis que, desde el punto de vista conceptual, es irreprochable, no cabe duda que aumentaría el índice de delincuencia y que, incluso podría provocar una “jacquerie”, es decir, un desborda

miento tumultuario de los hombres del agro que ven sus siembras agotadas por el sol, quemadas y muertas por la carencia de agua.

Todos queremos ahorrarnos estos malos ratos, nadie quiere esa tragedia. Que se realice el cambio, pero no en forma violenta.

Porque es de todo punto cierto que este orden social en que vivimos, en que un grupo de privilegiados lo quieren todo para sí, sin que sobre nada para nadie, que creen que el lucro inmoderado, sin cortapisas, es el único motor de la vida económica, es injusto e inicuo y debe, por tanto, dar paso a la buena razón y a la equidad colectiva.

Dicen ellos —aludiendo a las ganancias— que no van a trabajar para el chino. Pero quieren que el chino trabaje para ellos.

Para estos tales —los verdaderos pulpos están en las ciudades— la única manera de evitar los conflictos es creando y sosteniendo un poder que ampare sus desahogadas ambiciones.

Las alusiones irónicas que se han hecho de las propiedades de la Iglesia, no pasan de ser eso: fáciles ironías.

Si hay una Iglesia realmente mendicante en América, esa es la Iglesia Dominicana.

Importa no olvidar, por otra parte, que la Iglesia, en virtud de los principios que la rigen y animan, como ya lo advertía Simmel, es una de las pocas instituciones en que se neutraliza, se borran y se disipan las abruptas diferencias sociales. En su seno, lo mismo asciende al Pontificado un aristócrata de elegantes maneras, como Eugenio Pacelli —Pío XII— que un campesino de Sotto il Monte, que nunca perdió su grata fragancia a tierra húmeda — Juan XXIII.

Conviene consultar la cordura en esta hora de ahora. Que la consulten los de arriba y los de abajo.

Que no nos veamos precisados, por nuestra ceguera y terquedad egoísta, a decir, como dicen que dijo Ortega y Gasset, a la vista de las iglesias en llamas: ¡Que no es eso! ¡Que no es eso!

Que no sintamos el dolor de tener que repetir la confesión de Marañón cuando, ante el efecto de la incomprensión de sus ideas y de los estallidos que produjo, exclamó: "Este movimiento es mi hijo; pero que culpa tengo yo de que me haya salido un monstruo".

Ese monstruo lo estamos alimentando todos. Y nos tragará. No sólo a nosotros sino también a aquellos, de afuera, que por dejar incumplida la justicia social internacional, sin la cual, ni éste ni ningún país subdesarrollado, podrá capitalizar sus inéditas riquezas, se verán obligados a cosechar tragedias.

Atentamente,

P. R. Thompson

ESTA Y NO ESTA

7 de Noviembre de 1968

Señor Director:

Quiero significarle, ahora que el asunto está en su buena, ahora que está por iniciarse la fuga del ardiente disputar, que estoy en pro y en contra de que se celebren escrutinios separados para seleccionar al Presidente de la República y a los egregios ciudadanos que encarnarán en las Cámaras, con pulcritud y sabiduría, la soberana voluntad general

Me inclino, en primer término, por el sistema de los dos comicios, por las mismas sólidas razones con que usted, en el editorial de este día, abona convincentemente su preferencia por ese procedimiento electoral.

Es una aspiración saludable y justa la de desear que los representantes del pueblo sean escogidos por virtud de sus méritos y de sus prendas. Llevarlos a las curules a rastra, como apéndices incoloros, como satélites apagados que reciben luz, vida y movimiento de un astro mayor, debería incluso ser enojoso para los mismos candidatos, que, si van a las urnas, es porque tienen confianza en su propio valer, se sienten honestamente dueños de disposiciones felices que ponen generosamente al servicio de la Nación.

Un ciudadano que es levantado a la categoría de Senador o de Diputado, no gracias, en verdad, a sus cualidades intrínsecas, inmanentes, sino porque no se puede prescindir de él sin arruinar de paso, con mengua de votos, a quien se desea para Primer Magistrado ¿no es cierto que sentirá como una especie de "capitis diminuto"? ¿no es indudable

que experimentará la desazón, muy humana y muy legítima, de que lo han vaciado de su personalidad para instalar en su lugar una imagen ajena?

Además, nunca es tan nítida y espléndida, tan precisa e inequívoca la esencial línea divisoria entre el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo —rasgos indispensables del régimen representativo— como cuando el Parlamento —cada uno de cuyos miembros sale por sí mismo de los sufragios— no es eco unánime de una sola voz, no es voluntad e inteligencia mecánica, sujeta, a veces simiescamente al imperio incuestionable de un mandamás, que no siempre consulta los intereses supremos del país, sino las ventajas del partido que preside y guía a su antojo y sabor, o, lo que es peor, su omnímodo capricho.

Toda medalla tiene su reverso. Y el reverso de esta medalla —la de la doble elección— es que nada hay más inoperante e ineficaz que un gobierno que tropiece con una Cámara hostil —a ratos sistemáticamente hostil— que por razones partidistas, facciosas, esté en constante disposición de hacer naufragar cuanto programa de progreso económico, social o político, se brinde a su estudio y a su aprobación.

Ejemplos de Administraciones gubernativas, animadas de excelentes propósitos en provecho y en bien de la comunidad que han visto morir a manos de un Congreso adverso sus planes de trascendentales transformaciones, abundan, por desdicha, copiosamente en la edad contemporánea.

Ahí está Frei, con su ideario de “Revolución en Libertad” para dar veraz testimonio de lo que significa en un Parlamento la presencia de una obstinada, apasionadísima y ciega oposición.

La “Great Society”, de Johnson, sus proyectos para iluminar y humanizar los “slum”, los sórdidos ghettos, para extender una ayuda apropiada a la América Latina, ¿no han sido hechos añicos por un Congreso tan corto de luces como de visión política?

Hay que pedirle a De Gaulle el secreto que aplicó en Francia para impedir que las Cámaras, jugando a la po-

lítica con votos de desconfianza, echasen al suelo un gobierno cada seis meses.

Estas —igual que el desamparo en que quedan las minorías— son las quiebras, las fallas, las irreductibles contradicciones que todavía aquejan a la filosofía democrática, a pesar de la mucha prosa y de la mucha substancia gris que se ha gastado para armonizar sus aspectos encontrados, en práctica y constante colisión.

Algo vislumbraban ya de ésto los teóricos griegos para quienes la Ciudad ideal —la polis— para una política ideal, era la pequeña, la poco poblada, que no sobrepasase a los cinco mil habitantes, porque en ellas, y sólo en ellas, donde cada uno sabe adonde le aprieta el zapato al otro, era viable ejercer el derecho de elección a ciencia y conciencia, con pleno conocimiento de causa.

Y Rousseau, —se recordará—, escribió su “Contrato Social” para una comunidad de menudas dimensiones, como su patria, Ginebra, la cual entonces se podía recorrer, en media hora, a pie lento, en tanto que se disfrutaba del delicioso paisaje que forman, en raros juegos de luces, las aguas del lago Lemán y las nieves puras, como alma de niño del impresionante Mont-Blanche.

Así, pues, me encuentro entre las dos proposiciones, perplejo, indeciso, como puesto entre la espada y la pared.

¡Lo que voy a gozar cuando comiencen a relucir los argumentos en pro y en contra! Garantizo que el que me convezca, gran convencedor será.

En el entretanto, lo que sí creo, con firmeza incommovible, y de ahí no me saca nadie, es que de la democracia hay que decir lo que, *mutatis mutandis*, decía Campoamor del más grato de los sentimientos:

Dicen que el amor es triste
pero triste y todo
es lo mejor que existe.

Atentamente,

P. R. Thompson.

EL ASCENSO DE NIXON

9 de Noviembre de 1968

Señor Director:

El ascenso del señor Nixon a la Presidencia del país más poderoso del mundo, ha levantado en vilo, cargándola de sombrías incógnitas, al alma de los pueblos Latinoamericanos.

Si el pasado puede servir de clave para descifrar el futuro, no faltan sólidas razones que den asidero a estas inquietudes. La historia del Partido Republicano en los Estados Unidos es sinónimo, en lo económico, de recesiones, de proteccionismo a ultranza, en lo social, de derechismo empecinado, en lo político, de arcaico aislacionismo.

Todos estos desapacibles "ismos" encuentran, en el momento actual, un clima, que ni mandado a fabricar, para su suntuoso florecimiento y para su fácil y fértil aplicación.

Una balanza de pagos de capa caída, un costo de la vida astronómico, una sociedad que ha roto, con bravías disciplinas, todos los resortes morales, una guerra agotadora que ha dividido al pueblo norteamericano en rapaces halcones y en cándidas palomas.

Al través de toda su campaña, el Presidente electo de Norteamérica —pese a sus sagaces, elusivas, cautelas en sus declaraciones— ha dejado traslucir que en el viejo dilema, —que viene dando vuelta, siempre irresuelto, desde la Antígona de Sófocles hasta nuestros días— que forman los conceptos de orden y libertad, él pondrá el acento grave sobre el orden.

Y como ocurre —la historia bulle en ejemplos— que lo que se ejecuta en la política interna de los Estados Unidos se

refleja eficazmente en todas las áreas de su decisiva influencia, los amigos del liberalismo en hispanoamérica andan sobrecogidos de recelos al paso que los adscritos a la fúnebre “paz de los sepúlcros”. revientan de puro gozo y de íntimas satisfacciones.

¡Ojalá que el señor Nixón, de cuyo carácter se afirma que es imprevisible, haga que a éstos, el gozo se les vaya al pozo! ¡Es una esperanza!

Pero hay una preocupación más honda que ésta. Porque bien pudieran los pueblos del continente disipar los choques entre orden y libertad, actuando de tal forma —indomablemente enérgica— que el orden no equivalga a camisa de fuerza, ni la libertad sea algo así como aquel fuero juzgo que, según Ganivet, era la máxima aspiración de todo hidalgo en el siglo XVI, y que estaría concebido en estos términos: “Este español tiene facultad para hacer lo que le da la gana. Yo, El Rey”.

Lo que ha sembrado, desde ahora, un hondo desasosiego —y el editorial de este periódico es prueba fehaciente— es la declaración del señor Nixon de que la Alianza para el Progreso ha constituido un fracaso costoso y que la solución de los problemas económicos del Hemisferio estarían mejor servidos por un intercambio comercial más equitativo, acordando aranceles preferenciales a las exportaciones del continente.

Esta medida y la creación de un fondo interamericano para estabilizar los precios, serían, en opinión del Presidente recién electo, la panacea de nuestros males, el curalotodo de nuestras miserias y la formidable palanca que, levantándonos, nos sacarán del hondón del subdesarrollo.

Está bien lo de nivelar, con la vara de la equidad, el intercambio comercial. Ese fue el grito de los pueblos Latinoamericanos al concluirse en Ginebra las negociaciones de la Rueda Kennedy. Ese grito también resonó en la semifracasada reunión de la UNTAC, en Nueva Delhi.

Pero cabe preguntarse, evitando el altibajo de los precios por el fondo a crearse, ¿produciremos más para exportar? ¿pondremos a relucir y a valer nuestras inéditas riquezas? ¿de donde sacarán estos míseros países, apretados entre la

desnutrición y el hambre, entre la miseria y el analfabetismo, ahorros para invertir en la explotación de sus enormes recursos dormidos?

Ya es hora de que nos borremos de la cabeza una convicción que ha dado origen a un complejo de inferioridad, como de orgullo malherido. Lo que suele calificarse como "ayuda externa", no es una dádiva. No es un regalo, porque lo que vendemos barato en bruto, lo pagamos manufacturado, ya devuelta a nuestros puertos, terriblemente caro. No es un presente, obra de la magnanimidad, porque hay una cosa que se llama "justicia social internacional", en virtud de la cual no hay derecho a que un país super rico ordene drásticamente la reducción de su producción agrícola, para evitar excedentes que alteren los precios mientras el hambre impera en el mundo como un dictador impera sobre los cadáveres de sus víctimas.

A todo hombre que se estrene en el poder es sensato y razonable abrirle una carta de crédito moral. Nixon, tiene también derecho al otorgamiento de ese gesto de confianza.

Sus críticos Londinenses afirman que una de sus deficiencias temperamentales es que no acierta nunca a saber ponerse en lugar del otro. Es claro que esta actitud es esencial para un diálogo fructuoso. Esperamos que el señor Nixon saque mentirosos a estos ingleses.

A lo que si aspiramos, con todos los bríos de nuestra alma, es a que no se eternice en él, en Nixon, la política del todo para allá y nada para acá.

Aspiramos a que, las promesas no sean narcóticos, y a que no se le aplique a las relaciones de los Estados Unidos con Latinoamérica, lo que de la vida decía el escéptico autor de las Doloras:

Te cantaré en un cantar,
la rueda de la existencia,
pecar, hacer penitencia,
y luego, vuelta a pecar.

Atentamente,

P.R. Thompson

NADA EN EXCESO

12 de Noviembre de 1968

Señor Director:

Tal vez —exagerando claro la nota— podría tomarse a modo de una especie de “Tartufismo” político, —acaso sea también prudente inhibición— el disimular que uno de los hechos que han sobresalido en el último fin de semana lo ha constituido un reciente estallido verbal, recogido en un periódico abierto a todos los vientos, que bien pudiera tomarse como el sucedáneo de esas mortíferas máquinas de fabricación casera que, de tiempo en tiempo, quiebran estruendosamente el silencio nocturno mientras aún vela la ciudadanía alumbrada únicamente por la piadosa y remota luz de las estrellas.

El Lic. Rafael F. Bonnelly, ex-Presidente de la República, en un grave y serio discurso pronunciado hace ya bien largos meses, señaló que nuestro clima político, en ese instante, estaba saturado de alaridos de injurias y que era preciso, para diafanizar la atmósfera, que el denuesto no ocupase el lugar que corresponde a la razón, ni que el vituperio le usurpase el puesto a los justos reclamos del derecho.

Y es que las polémicas como “las rondas, no son buenas, hacen daño y se acaba por llorar”. En ellas, en las polémicas, siempre se corre el riesgo de faltar a tres graves respetos: el respeto que el hombre debe a otro hombre, el respeto que el hombre debe a la verdad y el respeto que el hombre se debe a sí mismo.

Además, son infecundas y estériles. Aún sin haberse nutrido de las hábiles normas que dicta W. G. Hamilton en su "Lógica Parlamentaria", es ricamente prodigioso el ingenio humano en eso de encontrar huecos para filtrarse y salvar la cara.

Sería una ceguera desconocer que hemos ganado mucho terreno en embridar nuestras exaltadas pasiones y dar oído a los consejos de la templanza y la moderación.

Esto sobre todo se vive observando en un sector escogido de las nuevas generaciones que maduran admirablemente, en saber y conciencia, fundando espléndidas esperanzas para los tiempos que sobrevendrán.

Una prueba apodícticamente demostrativa de este avance alentador nos la ofrece la carta que en este mismo día aparece en las columnas de este diario, calzada por el señor Alberto Guzmán R. Por su serena ponderación y por lo recio de la maciza prosa, honra a quien la firma y despierta gratas complacencias en quien la lee.

Me malentendería, dándole un equivocado sesgo a mi designio, quien infiriese de estas reflexiones que estoy insinuando que se haga cesión, que se abdicue de uno de los más constructivos y nobles derechos entre los varios que caracterizan al régimen representativo: el derecho a disentir.

De la abolición de esa inalienable prerrogativa a la servidumbre, no hay más que un paso, y para dar ese paso, nunca faltará una falange de inescrupulosos audaces.

Lo que quiero decir es que, para tener razón cumplida, expresemos nuestras críticas y reparo, razonablemente.

Me doy perfectamente cuenta de que en frecuentes ocasiones el tono airado, el adjetivo apasionado y el verbo incendiario, es a manera de escape para quienes se ven, —porque siempre, metódicamente se les desoye— apretados hasta el ahogo por el dogal de la desesperación.

Escriben inflamadas catilinarias cuando hubieran querido escribir en el ritmo cadencioso de un madrigal.

Cuadra en este punto recoger la sesuda y saludable observación de Marañón, no se ahora en cual de sus obras, en el

sentido de que se crea un tipo de círculo vicioso en torno del que ejerce cualquier forma de rectoría, intelectual o política, cuando impera la inmoderación.

Por una parte, apunta el gran humanista, se encuentra quien manda con la masa de sus devotos, que le siguen a ciegas, como el rebaño a su rabadán. Frente a este acatamiento sin crítica de sus seguidores, se encuentra la vehemente cólera de sus adversarios.

En estas circunstancias concretas, hechas de factores contrapuestos, no existe, apunta el escritor hispano, la clase media, base, en lo social, como en lo espiritual y político, de toda estabilidad

Y así resulta, que falta, de un lado, al líder de cualquier tipo de acción, el freno que a sus disposiciones pone la censura serena y consciente. Y, de otro lado, lo estimula a actuar a borbotones, sin cautela, sin oír a nadie, la reacción destemplada y hervorosa que le oponen sus encendidos adversarios.

Todos debemos poner de nuestra parte cuanto sea necesario para evitar que se cree ese peligrosísimo estado de ánimo emocional, antesala a veces, preámbulo seguro, de desdichas colectivas.

Los Atenienses, —vuelvo a ellos, porque son maestros insustituibles en el arte de bien pensar— habían puesto sobre el templo de Delfos una concisa inscripción en que cifraban su ideal de cultura y de vida: “MEDA AGAN”. NADA EN EXCESO. Y paralelo a ese pensamiento, o el mismo pensamiento finamente desquilado, es el consejo que uno de los personajes del Quijote imparte a otro que se desataba en barrocas expresiones: “Llaneza muchacho, llaneza, que toda afectación es mala”.

Guardemos las justas medidas. Los de arriba y los de abajo. No estamos, de cierto, viviendo, como quería el doctor Panglo del “Candide” de Voltaire, en el mejor de los mundos posibles.

Por tanto, que no se exagere pintándolo todo color de rosa. Que no se hable, para un futuro hipotético, de cuaren-

ta millones de racimos de plátanos, porque ésto le chocará al pobre que acude por la mañana a pagar nueve centavos por una unidad.

Que no se exaspere a nadie haciéndole a todo, oídos de mercader, menospreciando la crítica.

Que con eso, los críticos tamizarán sus expresiones, le limarán los cachos a sus toros, y aquí paz y en el cielo gloria.

Atentamente,

P. R. Thompson

AY, ¡ESAS COMAS!

14 de Noviembre de 1968

Señor Director:

La coma, ese alado signo ortográfico, que en su grafía, se asemeja mucho a las leves huellas que dejan las patitas de las moscas al ponerse de paso sobre la virgen blancura de unas cuartillas, tiene más importancia que la que suelen atribuirle los correctores de estilo de los periódicos.

Oscar Wilde dijo de sí mismo que el no saber de fijo, con certeza, donde colocar una coma le impedía conciliar rápidamente el sueño.

No se crea que ese desvelo y esa preocupación del gran ironista inglés —ironista y cínico— obedecía únicamente a pruritos de refinamientos estéticos, al puro afán de primores, al deseo de que las cláusulas de un período literario fluyesen bañadas en armónicas cadencias.

La cosa es más grave. La cosa es que una coma, desajustada, puesta donde no va, puede ocasionar un cisma que quebrante la divina unidad de la fe o puede también provocar convulsiones sociales que rompan la sosegada convivencia de un pueblo hundiéndolo en ríos de sangre y haciendo que sus ciudades se cubran, doloridas, de crespones de luto.

Se recordará que en las Sagradas Escrituras —todavía hay quienes las lean aunque no sea por otra razón que como indispensable ornamento cultural—, se recordará decía, que los Evangelios refieren que al llegar, con otras, María Magdalena, la que había sido flor de pecado, al sepulcro, un Angel, bajo formas juveniles, las atajó, diciéndoles: “Buscais a Jesús Nazareno, el Crucificado: ha resucitado, no está aquí”.

Se refiere que un amanuense de los primitivos siglos del cristianismo, queriendo acomodar el texto de Dios a sus

propias creencias, que rehusaban aceptar el regreso a la vida de Cristo, mañoso, alteró el santo versículo y puso así: “¿Buscáis a Jesús Nazareno? ¿Al Crucificado? ¿Ha resucitado? No. Está aquí”.

Todo cobró otro sentido, como se advertirá a poco de reflexionar con el cambio de los signos ortográficos.

Por supuesto que se armó la de Dios es Cristo, que hubo anatemas, rayos y centellas y solemnes concilios, poblados de barbas venerables, que marchitaron en ciernes la venenosa y expansiva cizaña de la heregía.

Si la mudanza o la supresión de una coma en el terreno religioso remueve y alarma las pías conciencias, en el campo de la política, esas libertades gramaticales, cobran aires de fronda y presagian terríficas tragedias.

Es de común conocimiento que en la Presidencia de la República Mejicana, casi desde 1910, cuando le sacudieron un puntapiés al despotismo, era o es de estilo, que, para acentuar la alternabilidad en el poder —de la que le habló Meriño a Báez— debajo de la firma del Primer Magistrado, figura siempre este lema, que recoge el ideario del PRI: “Sufragio efectivo, no reelección”.

Pero hubo un mandatario azteca, —según cuenta, no sin picardía y entre serio y jocosos el pueblo mejicano— que, olvidándose de que la estabilidad revolucionaria en el poder descansaba, como en un pilar, en el no continuismo, alentando secretamente la idea de sucederse a sí mismo, corrió la coma para que el lema rezase de esta suerte: “Sufragio efectivo no, reelección”.

Como en el episodio del brote de desvío teológico, también en este caso, la cosa no pasó a mayores: fue convencido el político de que desistiese de su propósito, de que cejase en su ambición, en bien de la perdurabilidad de la paz colectiva.

Aquí, entre nosotros, no hay coma que venga o vaya, pero si está planteada ya la cuestión de si habrá o no habrá reelección.

El asunto va tomando color de hormiga. Ya han surgido los cuadros, los grupos de presión. Claro, unos en pro y otros en contra.

Las pugnas se dibujan ya, desde ahora, en las lejanas perspectivas de 1970. Mientras los unos alegan, basándose

en el castizo refrán que enseña “que no hay mal irremediable ni persona indispensable”, que es innecesaria la reelección, los de la acera de en frente delirán con la idea de la perpetuación, poniendo, dicen, la mirada en las necesidades del país. Hay quienes, por fin, enamorados de nuestra naciente democracia aseguran que la Nación, precisa, como del aliento vital, del ejercicio de la alternabilidad en el poder.

La atmósfera se va caldeando. Todo el mundo quiere saber a que atenerse, y, dado el hermético silencio oficial, la razón para decidirse y tomar partido, no encuentra, ni siquiera un clavo ardiente a que aferrarse.

El Caribe de hoy, como siempre, fríamente ponderativo, pide, sin favor ni temor, a los propulsores del movimiento reeleccionista “que hagan una pausa y examinen, a la luz de la historia y de los sentimientos presentes del pueblo dominicano, los efectos del continuismo en la vida política, social y económica de una nación como la nuestra”.

Es sumamente prudente la sugerencia. Desoírla sería una ligereza. Pensar no siempre es un lujo. A veces es una imperiosa e indeclinable necesidad.

En este punto a quien tenemos que acompañar con nuestra mente, ayudándolo a madurar la determinación decisiva, y con nuestro corazón, deseándole acierto, para bien de todos, en la resolución definitiva, es a quien, con esa decisión, tiene en sus manos la clave del presente y del futuro del país.

Mi voto por ahora —y este voto no es prematuro— es que ¡el cielo lo asista!

¡Qué grave! ¡Qué tremenda responsabilidad gravita sobre sus hombros! ¡Para hoy y para el mañana!

Mientras tanto, en el lema “Sufragio efectivo, no reelección”, que aquí no tiene vigencia jurídica, pero podría tenerla moral, no sabemos donde se pondrá la coma.

Estamos bajo el incómodo signo del suspenso.

Atentamente,

P.R. Thompson

HUELLAS INMORTALES

16 de Noviembre de 1968

Señor Director:

Ramón Menéndez Pidal —este nombre por sus sonoras cantidades silábicas es casi el inicio de un poema— acaba de rendir su último aliento, entregando, en el umbral de los cien años, su alma lozana y juvenil al Dios que la creó.

Sus pasos por la tierra son de los que dejan, por todos los caminos del mundo, luminosas huellas inmortales, admirativas e incancelables recuerdos.

Nadie como él buscó, con tanto afán feliz, comprender y retratar, en las innumerables páginas de su obra imperecedera, el alma, rica en contradicciones y pródiga en sublimidades, de la España de siempre.

Vivió enamorado del Romancero, que es sin duda casi una creación suya. Lo amaba, porque, según explicaba, “es, por su tradicionalismo, por la cantidad de vida histórica que representa y por multitud de reflejos estéticos y morales, la quintaesencia de las características” de la Madre Patria.

Viejos son, pero no cansan, decía, arrebatado de dulces delirios, de esos versos, que no tienen edad por que son eternos.

Sacó al Cid de la leyenda y lo colocó, sílaba por sílaba, en las seguras categorías de la historia. Le era familiar, hasta en sus más escondidos repliegues, la ruda y heroica psicología del Campeador, como creo que debe serle familiar a todo hijo la fisonomía espiritual, por extraña que sea, del propio padre.

Y el honor y la combatividad, la lealtad al Rey, por encima del Rey mismo (oh que buen vasallo se hobiese buen señor) que brillan y relucen en el alma del épico caballero, que inicia la reconquista, las destaca Menéndez Pidal, como la raíz de la cual brota el modo de ser, de pensar y de vivir de toda la ibérica estirpe.

De esa lucha entre el monarca y el porfiado guerrero sale también lo que se ha dado en la flor de llamar 'LAS DOS ESPAÑAS'.

Aquella dos Españas que de improviso se le reveló a Larra cuando, un dos de noviembre, día de difuntos, topó en el cementerio con un epitafio que decía: "Aquí yace media España. Murió de la otra mitad".

¿No es así también aquí en Santo Domingo? ¿No nos estamos muriendo una mitad de las proezas sin glorias de la otra mitad? La historia siempre se hereda, decía con melancolía Varona, el cubano.

Un día, mientras leía en mi biblioteca, bañada de alto y sugeridor silencio, a Menéndez Pidal, di, en una de sus obras (ESPAÑOLES EN LA HISTORIA DE LA LITERATURA) con una palabra que no estaba registrada en los diccionarios.

La busqué, con vivo deseo, porque era aplicable, con increíble justeza, a la historia de nuestros gobiernos. La procuré en el de la Academia, en Covarrubias, en el Tesoro de Autoridades. No aparecía.

El vocablo es éste: "INVIDENCIA". El neologismo, claro, estaba perfectamente bien formado. Del latín, invidere, que es el rencilloso escozor que deja la envidia.

Pero la substancia que encerraba el término era nueva.

Nada más claro y expresivo que el texto mismo de Menéndez Pidal para clarificarnos la significativa voz:

"Invidencia es, declara, falta de perspicacia, ceguera intelectual que no es capaz de percibir el valer de los otros, sino sólo el propio, y que las más veces se apasiona hasta llegar a la aversión hacia las excelencias ajenas, reacción promovida por el valor de la propia inferioridad".

Refiere luego el autor del "Cantar del Mio Cid", que los gobiernos que se sucedían dejaban inacabado, o destruían, en virtud del maléfico influjo de la Invidencia, lo que otros habían dichosamente comenzado.

¿No ha ocurrido siempre ésto aquí? Numerosas obras del Consejo de Estado han sido puestas en olvido o fueron desmanteladas, porque no eran hijas del régimen de turno. Por el mismo motivo no ganaron algunas iniciativas de la administración de 1963, perdidas en el loco y contumaz forcejeo de tristes pasiones. Y quiera el cielo que si el actual

gobierno logra comenzar la presa de Tavera, no surja alguien mañana que remita su coronamiento y remate a las Kalendas griegas, y por la tarde, sólo porque la obra no se la podrá consignar en su haber gubernativo.

Nuestra historia Colonial le debe también incalculables aportes a Ramón Menéndez Pidal. Su estudio, uno de los últimos de gran aliento, sobre el Padre las Casas y su doble personalidad, nos abre y nos ensancha las perspectivas, para nuevas investigaciones.

He querido escribir estas líneas, a toda prisa y de carrera, porque aspiraba a ser el primer dominicano en rendir homenaje a Menéndez Pidal.

Me han nacido del fondo del alma, húmedas de pesar. Se que ésto sonará a raro. Ya que a los sabios no se les llora: se deplora fríamente su ausencia y se les levanta luego un monumento.

Y además, porque no se si el gobierno dominicano, puesto que Menéndez Pidal no era un político, capaz de conseguir financiamiento para el subdesarrollo, le expresará sus condolencias a España, a quien se le apaga un lumínar, a quien se le va de la vida un alma que era como la cifra y el compendio del alma española, a quien pierde uno de sus más grandes y egregios hijos.

Atentamente,

P. R. Thompson

TAMAÑA INSULA

19 de Noviembre de 1968

Señor Director:

El Lic. S. Salvador Ortiz, quien en razón de su independiente criterio, cuando opina, lo mismo carga contra tiros que arremete contra troyanos, desde su "ínsula", que si no es la teatral de Onassis, tampoco es la fantástica Barataria, como quiera que es palpable y real, con recatados jardines espirituales siempre empapados de fértiles sudores, de esos que destila el pensamiento, ha replanteado de paso, en su última columna sabatina, el sugestivo tema de las relaciones económicas interamericanas, sintetizándolo en esta opción: o intercambio comercial equitativo o ayuda.

Lo primero, que a poco de reflexionar, sorprende, lo que de pronto salta a la mente, es que se ha creado un dilema artificioso, un frágil e inconsistente dilema.

Bien se podría, en efecto, hurtándole ágilmente el cuerpo a la obligación de seleccionar una de las dos alternativas, escoger cómodamente ambas proposiciones a la vez, exclamando: lo uno y lo otro. Es decir, trasiego comercial remunerativo y oportuna ayuda efectiva.

Se amularía así al avisgado personaje, ya clásico, que, inspirándose en una traviesa y jugosa sabiduría práctica, cuando le convenía, no preguntaba ¿si o no? sino ¿si o si?

Sería ignorancia, y de la crasa, no estimar en todo su valor lo que significa para nuestros países una firme estabilidad en las cotizaciones de nuestros productos primarios. Siempre hemos clamado por eso, y con sobradas razones.

Las estadísticas, que son insobornables, testimonian con irrefragable elocuencia, la mortal hemorragia que nos inflige una dramática caída de precios.

Entre 1955 y 1961 —señalaba Mayobre en la II Conferencia del CIES— la América Latina recibió por concepto de préstamos negociados e inversiones extranjeras, \$8,000 millones de dólares que hubieran sido totalmente innecesarios —atándonos con deudas— si no hubieran dejado de entrar \$10,000 millones de dólares por la precipitación vertiginosa de los precios.

Hay más, si es que queremos tener una impresión de estupor, de la vital importancia, de la equitativa nivelación comercial.

En la depresión padecida por los países capitalistas entre 1957 y 1958, las zonas exportadoras de materias primas, a consecuencia del loco descenso del valor de los productos, perdieron \$2,000 millones de dólares cada año. Dicho en términos comparativos, la bancarrota equivalió a los préstamos concedidos por el Banco Mundial durante seis años y al doble de la asignación financiera de la Alianza para el Progreso.

Frente a estas sacudidoras cifras sería de un elementarísimo mal gusto satirizar o jugar irónicamente con el vocablo “ayuda”. No vamos a incurrir en esa torpeza. La sal no calma, sino que irrita las heridas.

Importa, sin embargo, y a despecho de lo expuesto, no desorientarse para no extraviar el buen y recto camino.

Dicho tajantemente: la estabilización de precios no nos basta para conducirnos al “take-off”, al despegue, para emprender el vuelo de un desarrollo sostenido. Voces augustas como la de Paulo VI —y no hace más que dos días también uno de los hombres de pro de la política norteamericana— han encarecido la necesidad de que los cambios desde el Río Bravo hasta Tierra de Fuego que cierra el cono sud, deben ser rápidos, continuos y profundos. Va en ello la paz de todos. La resignación no puede seguir ocupando el lugar que corresponde a una realista esperanza.

Con la sola fijación de precios, tendríamos que esperar buenas décadas para avanzar en creciente sentido positivo. ¿Cómo allegaríamos, nosotros los dominicanos, los ahorros indispensables para la adquisición de bienes de

capital (maquinarias, tractores, plantas eléctricas) precisas para realizar las empresas de infraestructuras (agua, energía, red de carreteras)?

¿Cómo podríamos seriamente integrarnos a nadie, si estamos desintegrados entre nosotros, si no somos más que un archipiélago de pueblos? ¿No estamos consumiendo más de lo que producimos?

Se recuerda a uno de los personajes de Alicia en el País de las Maravillas, que caminaba sobre una rueda giratoria, y mientras más empeño ponía en avanzar, más se quedaba en el mismo punto.

Con esa lentitud, a pesar de Julio Estrella y sus buenos mariachis, para 1983, no habremos hecho grandes jornadas, por aquello de la revolución biológica, también llamada explosión demográfica.

No hablemos de carencia de técnicos. Son millones los que entre nosotros aún firman con una cruz, supremo símbolo de martirio. Son incontables los que, impotentes, se debaten entre la desnutrición y el hambre. Y estas inmerecidas injusticias crean, en los sótanos del alma, resentimientos, violentos resquemores. Son como esos bebedizos que fabrican las hechiceras: enferman el cuerpo y enrabian la voluntad.

Para que no se escuden en nuestros incumplimientos, hagamos lo que nos incumbe. Planificación. Rigurosas prioridades. Inversiones reproductivas. Reforma agraria auténtica, de verdad, no de mentirijillas. Reorganización de nuestras recaudaciones fiscales. Siembra de saberes.

Atendamos a la diversificación de cultivos. A la austeridad ascética, sin remilgos, sin débiles complacencias, ni siquiera a los efímeros afanes proselitistas.

Los hombres somos sombras que se disipan. Lo permanente, por encima de las diferencias episódicas, es la Patria.

Esta mañana, al filo del alba —a quien madruga Dios lo ayuda— al abrir las páginas de los periódicos una bocanada de aire fresco me remozó y me templó las decaídas esperanzas.

Los despachos informativos me enteraban de que el Secretario General de la OEA, se entrevistará con Nixon, con el propósito de concertar puntos de vistas y armonizar

de tal suerte los comunes intereses que desemboquen efectivamente, como lo ha preconizado el Presidente electo, en "programas viales, en el ensanchamiento educativo y en el aumento de la producción agrícola".

He oído decir que el único abogado que está en el cielo es San Ibo. Francamente, no lo he averiguado. Pero si es cierto, conviene suplicarle que le preste a Galo su concluyente fuerza persuasiva.

Y si Galo Plaza, como postulador de la causa común de las Américas, gana esta vital partida, yo declaro, aunque sin facultades canónicas para ello, que, después del triunfo del ecuatoriano, serán dos los jurisconsultos que disfrutarán de las gozosas y castas luces de la eternidad.

Muy atentamente,

P.R. Thompson

NO SOMOS COSAS... SINO PERSONAS

22 de Noviembre de 1968

Señor Director:

Colombia es un país que disfruta de merecida fama de cultivar las letras con ático y porfiado fervor. Sus filólogos y hablistas constituyen títulos de gloria y perfectos dechados para todos cuantos nos entendemos en el suntuoso, flexible e imaginativo idioma de Castilla.

Caer en la exageración, en extremos, es cosa que suele ocurrirnos cuando amamos algo con exaltación. Tal es la condición humana: la hipérbole es el lenguaje de las pasiones.

Los herederos de la riqueza cultural de Caro y Rufino Cuervo, de la impecable musicalidad de Valencia, del fino lirismo, del místico y diluido sensualismo de Barba Jacob, más de una vez, movidos por el afán desmedido de buscar la corrección y la excelencia de los modos de decir, han caído en una especie de puritanismo gramatical y literario.

Es natural que esas circunstancias se hayan prestado a pintorescas anécdotas, a epigramas sabrosos y aún a las pícaras insolencias de la caricatura.

Se ha dicho, por ejemplo, que en Bogotá las Cámaras perdieron dos meses en encendidos y estériles debates para determinar si debía decirse "parada de omnibus" o bien "parada de autobuses". Se cuenta que uno de los Caro a alguien que le preguntaba afanoso qué proposición era más correcta si "deme un vaso de agua" o "deme un vaso con agua", le contestó, airado: gente como usted deben decir ¡llévenme a beber!

Pero todo esto —que tiene casi color folklórico— no puede eclipsar o empañar una verdad granítica: el colombiano de hoy no es un bizantinista que se pierde en arabescos y en infecundas abstracciones; el colombiano de nuestros días une a las gracias del arte el vigor del pensamiento, a la emoción estética el cultivo de las normas del producir en bien,

vivir, como es la economía, y hace acompañar siempre al práctico interés con profundos sentimientos morales y levantados ideales humanistas.

El discurso pronunciado ayer por el Embajador colombiano Carlos Holguín al tomar posesión de la Presidencia del Consejo Directivo de la Organización de los Estados Americanos, ha puesto bien de relieve las prendas nativas que distinguen y realizan a los hombres que nacen en las montañosas tierras de Nariño.

La economía, vino a decir, en síntesis, debe estar al servicio del hombre, no el hombre al servicio de la economía. Quieren los pueblos nuestros progreso, bienestar, porque son factores, condiciones —no causas— para crear un clima propicio al florecimiento de la libertad, al desarrollo de la perfección humana y a la expansión y crecimiento de todas esas virtudes sin las cuales la vida no vale la pena de ser vivida.

Ojalá que MacNamara medite estas palabras. Ojalá que rumiadas, las comprenda para que no acondicione la colaboración financiera del Banco Mundial a un corte en seco, y sin discriminación de métodos, de la procreación, convirtiendo así la ayuda en un crimen. Usurpando de esa manera un derecho que es privativo de los padres, que son los únicos en capacidad moral de determinar qué número de hijos deben traer a la existencia.

No somos cosas, sino personas. No somos rebaños, sino hombres.

Si el talante del señor MacNamara es cegar las fuentes de la vida a cambio de unos dólares, el talante latinoamericano es no someter el espíritu a la materia.

Porque si a gusto vamos, así como más de una vez el cordero ha soñado en convertirse, de una vez para siempre, de tutelajes que quieren entrar, incluso en las alcobas de nuestras naciones, en igual forma a la que entraría un elefante en una cristalería.

Atentamente,

P.R. Thompson

RICO TEMA

26 de Noviembre de 1968

Señor Director:

El reciente discurso del embajador Crimmins ha sido saludado con cálidos y corteses parabienes —aunque no sin comedidas reservas— por órganos bien calificados de la opinión pública dominicana.

No hay dudas de que el rico tema desarrollado por el diplomático norteño en su científica charla de sobremesa en la Cámara de Comercio Americana, reviste vital importancia para el presente y aún el futuro inmediato de nuestro país que no siempre nos aparece bañado en los tranquilizantes juegos de luces del arco iris.

Es digno de encomio, ante todo, la franqueza con que las cartas fueron puestas al tapete. Sobrio en la dicción, densamente cargado en el fondo el Embajador no se permitió adjetivos de lujos en su recia exposición.

Así debía ser. La economía es una ciencia de suyo adusta. No sabe de atractivas sonrisas literarias. Salvo en casos excepcionales, como es, pongo por caso, el de John Kenneth Galbraith en cuyos escritos es difícil deslindar el saber técnico del ágil y consumado artista.

Por eso, por el carácter áspero de la materia, así también como por la vasta extensión de la pieza oratoria, que pudieran ser factores que desanimen a su estudio, ha de estimarse como acertado el llamado de la prensa a que se demore la reflexión nacional en ese discurso, analizando, punto por punto, las tesis y los criterios sustentados por el enviado estadounidense.

Supongo —y no es un suponer infundado— que la primera sorpresa que ha estremecido a nuestras gentes se cifra en haberse enterado, de golpe y porrazo, como un rayo en cielo sereno, de que el país ha recibido en los últimos años, por conceptos de préstamos y donaciones, la suma de \$132.2 millones de dólares.

Sea por lo que sea, con razón o sin ella, la pregunta inmediata que ha aflorado a los labios es esta: ¿Pero bueno, y dónde están? ¿Qué frutos positivos, tangibles, se han derivado de esas cuantiosas y casi calladas inversiones?

No ha dejado de indicar el diplomático a qué, cómo y dónde se han consagrado esos dineros. Las circunstancias indicadas por él, deberían ser también objeto de muy serenos análisis.

Es de sobra sabido que, en muchos aspectos, estas siembras financieras son de germinar sordo y de cosecha a largo plazo.

Pero no se podrá negar tampoco que la parsimoniosa lentitud en las erogaciones es un factor que frena y retarda el desarrollo y que es incompatible con el ritmo de avance que necesitan nuestras vitales y urgentes angustias.

Es torturador el apático papeleo burocrático que parece gozarse en el tiempo que transcurre entre un contrato, un subcontrato y la ejecución, por fin, de este último.

Bien ilustra esta rutinaria indolencia oficinesca, que se disfraza de meticuloso cuidado, y que implica pérdidas de tiempo, de recursos, de energías y aumento de costos, los casi cinco millones asignados para el arreglo de las calles de la capital y los nueve para la Oficina del Desarrollo de la Comunidad.

Después de casi dos años de concertar esos préstamos, es ahora cuando comenzamos a vislumbrar su práctica aplicación.

¡En las agonías ha de acudirse rápido con el remedio!
 ¡De cuántos contratiempos sociales y políticos nos hubiéramos redimidos si esas sumas cuantiosas hubiesen corrido por nuestras calles, como las aguas de un río por su cauce, confiriendo capacidad adquisitiva a innumerables brazos forzosamente inactivos!

Los razonamientos con que se han tratado de disipar el "mito" —que no es mito, sino triste realidad— de los llamados "dólares atados", a la verdad, que no han sido convincentes. Si el veinte por ciento de los préstamos regresan a los Estados Unidos, por vía de compra de bienes de capital (máquinas, tractores) y el otro ochenta, sigue el mismo camino al través del Banco Central, aunque tarden en su viaje de retorno, allá volverán, y con mayor vigor y lo-

zanía como si simplemente hubiesen emprendido un cruce de turístico recreo.

Los que siguieron con interés los preparativos de la última conferencia de Presidentes en Punta del Este, recordarán, que se llegó a proponer a L. Gordon que se permitiese, al menos, que los dólares, recibidos a título de créditos circularan en el ámbito latinoamericano, ya que, rodando, rodando, como el Rocinante de Don Quijote que siempre buscaba su querencia, volverían gozosos a su fuente de origen. Esta sugerencia —se recordará también— fue desestimada de plano.

Se le hace a uno muy cuesta arriba comprender cómo se ha podido catalogar como destinados al desarrollo —teniendo en cuenta la magnanimidad que esto implica— los préstamos acordados a la Corporación Dominicana de Electricidad, a seis por ciento, por quince años por el Eximbank.

Ese interés es un poco menos del que suelen otorgarle los bancos de Wall Street a los magnates de las finanzas americanas. La diferencia reside en que en este último caso el acuerdo se cierra y se sella entre opulentos, y en el nuestro, el convenio es entre el pobre y el rico, entre una sociedad super industrializada y un pueblo que vive entre dos luces, es decir, entre un apagón y otro. Bussines is Bussines.

Amplios círculos sostienen, asimismo, que los millones otorgados a la Camer, hoy Metaldom, que es ahora una compañía del sector privado, y a la Financiera Dominicana, debieron ir acompañados con cláusulas contractuales que garantizasen una creciente y amplia difusión de la riqueza.

Por lo que se refiere a dónde hay que poner el acento grave si en la promoción agrícola o en el desarrollo industrial, o en ambos a la vez, es todavía asunto opinable, y su solución depende, en gran medida, de las circunstancias concretas de cada país o zona.

Mientras unos opinan —creo que Rostow entre ellos— que la industria no puede prosperar sin un mercado, y ese mercado no existe sin poder adquisitivo en las masas campesinas (el setenta y dos por ciento de la población entre

nosotros), otros, como André Philip (*Histoire des Faits Economiques et Sociaux*, página 459) sostiene que sin un mercado externo, que exigiría cambios de estructuras comerciales, no habría ninguna esperanza de buen éxito.

Pero esto es teorizar. Lo que no lo es ya, es la ausencia de ese tipo de planes globales, de conjunto, como el que trazó Jean Monnet que, fortificado financieramente por el Plan Marshall, resucitó a Francia sacándola de entre los rescoldos y las cenizas de la guerra.

Aquí me detengo. No me faltan, como se comprenderá, ni materia ni deseos para proseguir. Pero me ocurre como aquel gañán que subiendo en una mula una cuesta muy empinada mientras se le deslizaba el cuerpo hacia las ancas de la bestia, le gritaba al compañero: tráeme otra mula que esta se me está acabando.

Pero, después de haber cumplido el papel del Cicerone que sólo señala al turista los puntos de interés, no puedo poner punto redondo sin sugerir que las facultades de economías de nuestras Universidades, tomen como base y tema para un seminario el importantísimo discurso del embajador Crimmins.

El embajador ha invitado al diálogo. No lo dejemos descortésmente con la cordial y sincera palabra en los labios. Es para bien de todos. Que en estas cosas las ideas deben ser claras tanto como el chocolate espeso.

¡Y recordemos, para fines de auténtica austeridad, no retórica, que tendremos que pagar entre 1969 y 1980 \$71 millones de dólares que el Estado, en nombre de todos, ha recibido a título de deudas.

Atentamente,

P. R. Thompson.

NI PATIN NI EL BARRIO HAN MUERTO

28 de Noviembre de 1968

Señor Director:

La calle de "El Conde", el mentidero más fecundo y herboroso del país, el ágora longitudinal de esta Atenas venida a menos, no sentirá ya más las resonancias del paso ágil y acompasado de la menuda y familiar figura del Lic. Patín Maceo.

Su recuerdo amable, sin embargo, quedará prendido en forma imborrable a esa vía, ennoblecida por las históricas proezas de las generaciones que pasan y se renuevan. Estará ahí, siempre presente, con la tenaz insistencia con que ciertos exóticos perfumes se adhieren a los pliegues de un vestido.

No es hipérbole afirmar —de esas que el afecto se complace en forjar cuando se empeña en crear agradables mitos— que encarnó Patín al pedagogo de raza.

Conocía a sus discípulos, uno a uno, como es fama que Napoleón era amigo personal de cada uno del millón de soldados que integraban la "gran armé".

Se sabía de memoria los resortes psicológicos de quienes se sentaban frente a él mientras impartía, mezclando sabiamente lo útil a lo dulce, sus provechosas enseñanzas.

No fue, pues, sólo un maestro: fue, por esencia y acción, un ejemplar educador. Iluminaba e ilustraba las inteligencias al paso que modelaba, con extremadas delicadezas, las voluntades, guardando siempre un religioso respeto a la individualidad de las personas.

Para él, el salario era lo menos: el afecto creador era lo más.

Vivió más que supo el "corrige, riendo, mores" de Horacio, el de los Epodos latinos.

Ya lo estamos echando de menos. ¡Qué enérgico y doloroso contraste entre el maestro de ayer y sus discípulos, ligados en un común ideal, y los discípulos y los maestros de hoy, —con áureas excepciones—, en franca y abierta batalla, como dos ejércitos en dos trincheras hostiles!

Entonces, el tránsito de una generación a otra, no era una clarinada de combate, una especie de guerra de exterminio, sino un llamado ponderado a que la edad provecita pusiese al servicio del adolescente su experiencia —que es suma de años y de desengaños— y el mozo, por su parte, abierto a todas las innovaciones, empujando con sus frescos bríos al progreso, reconocía, que no todo lo nuevo por nuevo, es bueno, y no todo lo viejo, por viejo, es detritus desechable, reliquias sin valor que la historia en marcha tira por la borda.

El sensato apóstrofe francés que dice: “¡oh! si la vejez pudiese”, ¡oh! si la juventud supiese”, era en esos días norma inarticulada, pero vivida, entre los que van camino del sepulcro y los que suben, como la savia por las venas de los árboles de primavera, para hacerse amos, por derecho propio, de la tierra que los vio nacer.

Era Patín ¿de derecha o de izquierda? ¿gobiernista o antigobiernista? Era maestro. Y con ese título, ni envidioso ni envidiado —suprema dicha— ha pasado a la eternidad.

Patín nos encendió a todos en un férvido amor por la corrección del lenguaje. Más que en la memoria tenía a Bello a flor de labios. Le eran familiares las páginas de todos los clásicos de nuestra habla. Pero nunca cayó en la exageración del purista estéril y reseco, inimaginativo, siempre se mantuvo alejado del “manierista”, repetidor mecánico de irrelevantes frases hechas.

Por eso, después de una lección, densa, bien densa, de reglas y subreglas, advertía con inimitable gracejo: todo eso está bien muchachos. Pero sepan que en el campo de la gramática no brotan flores.

¡Que prodigiosa disposición la suya para darle aire frívolo a las ideas serias! Y esto en todo. Derramaba su talento, como a quien le sobra, mientras caminaba o entretenía sus socios en las tertulias. Igual que don Ramón del Valle Ynclan, perpetuamente adscrito a una peña, y quien

por eso decía, que la diferencia entre el cuento y la novela era que esta última obligaba a estar más en casa.

Nadie como él supo acertar en eso de buscar y encontrar los exactos cotejos entre nuestras locuciones idiomáticas y las raíces hispánicas en que habían tenido origen.

Un día, “flaneando” como se dice con expresión gálica que Patín reprocharía, quiero decir, paseando y estudiando, me llamó la atención en la Rue Bonaparte de París, próxima a la espalda de la Soborna, una tarja que decía: “Aquí vivió Julien Didois, que murió en el frente de Verdún por esta su casa, por esta su calle y por la plaza de San Sulpicio”.

Capté el mensaje: la patria comienza, tiene sus raíces, en el hogar, en la comunidad inmediata, familiar donde se meció nuestra cuna, donde florecieron nuestras ilusiones, donde maduró nuestro corazón al sol de todos los dolores y de todos los amores.

Aquel día, comprendí también la enorme significación de aquella poesía de Patín, empapada en lágrimas dedicada a “Ciudad Nueva” ya invadida por los males y por los bienes de la civilización.

En ese emotivo poema, Patín lloraba porque “su barrio se había muerto”. ¡Era todo un dominicano de cepa!

Pero ni Patín ni el barrio han muerto.

Estarán ambos, perpetuamente vivos, en nuestro recuerdo agradecido.

Atentamente,

P. R. Thompson

LAS SONATAS DE BALAS

3 de Diciembre de 1968

Señor Director:

Ahora que se ha convertido en tópico la autocrítica, —esa especie de exámen de conciencia matizado a veces de subidos colores ideológicos—, a los dominicanos no se nos debería caer de las manos las Cartas que Francisco Moscoso Puello le escribió a la misteriosa y afortunada Evelina.

Ignoro —y no sin sorpresa— por qué a esta obrita no se le ha prestado suficiente relieve en la historia de nuestra literatura. Algunos, incluso, le han aplicado el judaico procedimiento que se ha dado en llamar “conjuración del silencio”. Actitud inexplicable e inexcusable.

Inspirándose tal vez en las Lettres Persanes de Montesquieu, en que una correspondencia entre árabes pone al desnudo las doradas inmundicias del suntuoso absolutismo de Luis XVI, coincidiendo con Cadalso, el de las Cartas Marruecas, el que puso en solfa y en ludibrio a los eruditos a la violeta, Moscoso, retrata, implacablemente, sin atenuantes ni complacencias, las fallas y quiebras de nuestro país.

Acierta de tal forma al esbozar nuestro carácter que doy por cierto que —comenzando por mi que es lo que tengo más a mano— no hay un solo dominicano que al leerlo, en uno u otro pasaje, no encuentre reflejado algún rasgo, si quiera algún rasgo, de su propia fisionomía psicológica.

No voy a esconder que a ratos se le va la mano. Que generaliza en demasía. Que no sabe hacer excepciones. Que el lenguaje satírico lleno de puyas irónicas a menudo llega al escarnio injustificado, como si hubiese mojado la pluma en hieles de amarguras.

Pero salvo estas exageraciones, si se le atenua el énfasis, y si se disminuyen las apasionadas dimensiones de sus afir-

maciones, el núcleo, la esencia, de lo que expresa responde, por puntos generales a la más exacta verdad.

Mucha agua ha corrido bajo el puente desde que Evelina se vio favorecida con las confidencias de Moscoso. Hemos cambiado. Por obra del tiempo y de los sinsabores.

Pero no pocos de los defectos que afeaban entonces nuestra idiosincrasia, perduran aún en algunos reducidos sectores.

Esos vestigios antisociales aún actúan en sentido negativo sobre nuestra vida colectiva, semejante a esos duendes que, según Freud, desde los sótanos del espíritu, desde el hundido subconsciente, imperan, sin que nos demos cuenta, en los propósitos y actos que realizamos durante la vigilia.

Unas cuantas líneas de Cartas a Evelina que me es forzoso trasladar, harán veraces, y pondrán fuera de discrepancia, a mis apreciaciones:

“El verdadero dominicano —asienta Moscoso en la Carta 12— deja de comer para comprar un billete de lotería. Se puede hacer un registro de cualquier dominicano que pase por el parque Colón, y con seguridad, lleva algunos décimos de billete en los bolsillos. Esto es característico. Y con su billete de lotería, su revólver, que es la otra prenda que no le puede faltar. Un dominicano sin armas no se puede concebir. El primer dinero que un dominicano gana, es para comprar un arma, ya sea un revólver, o un puñal o un siete clavos. El asunto es que no puede estar desarmado”...

Si en algunos —claro que no en todos— tan arraigado es este afán de exhibirse con un arma, como si fuera un ornamento o una patente o credencial de valentía; si hay grupos aficionados al ejercicio del “gatillo alegre” ¿comprende la Secretaría de lo Interior lo sumamente difícil que le va a resultar convencer a este puñado de dominicanos que se despojen de su más preciada prenda?

El obstáculo para llevar a término el plan se levanta más y se torna más arduo, si se piensa, que los civiles autorizados a tener y portar armas, sienten la absoluta necesidad de andar protegidos, dado el enjambre de malhechores que, armados de punta en blanco, a favor de la sombra o a la claridad meridiana del día, perpetran crímenes, creando un clima de inseguridad, a los pacíficos ciudadanos que, in-

defensos, reposan o se consagran al cumplimiento estricto de sus tareas cotidianas.

¿Y cuando la crónica de sangre la escriben quienes en razón de sus funciones pueden y deben llevar armas? ¿Cómo se controlará la entrega de armas a ciertos servicios innominados?

Es claro que en estas últimas circunstancias conjurar los peligros, remediar los males, tutelar y proteger a la ciudadanía, no resultará tan engorroso.

Basta con que se ponga sano empeño, extremada delicadeza, en poner en práctica la difícilísima y ardua **justicia distributiva** que ordena repartir los cargos y los honores del Estado, con juiciosa ponderación, estudiando las personas, como el cumplimiento de una obligación, tan grave como indeclinable, frente a los derechos de la comunidad.

Ojalá que por estas razones la Secretaría de lo Interior hiciera del conocimiento de todos en qué criterios se inspirará para llevar a término el deseado desarme. Contará así, para su cabal acierto, con la colaboración de la opinión pública.

Si el desarme se logra cumplidamente, respondiendo a un justo anhelo de la Nación, dejará de ser cierto lo que Moscoso escribe en la Carta No. 4: "La sangre nos fascina y nada nos parece más bello que una sonata de balas".

Atentamente,

P. R. Thompson

SOBRE UN EDITORIAL Y UN DISCURSO

7 de Diciembre de 1968

Señor Director:

Serán muy contados los que estén en desacuerdo con lo expresado en su editorial de hoy en el sentido de que el discurso pronunciado por el Primer Magistrado de nuestro país sobre la explosión demográfica constituye una pieza digna de sereno y ponderado estudio.

No cabe dudas de que este problema —el del trágico desbordamiento poblacional—, complejo y vario, forma, en los días que corren, una de las angustias que más atormentan a la estirpe de Adán.

O progreso o enérgico freno a los nacimientos, es, para algunos, el irrompible dilema que ya aprieta y apesadumbra a la familia humana.

El Jefe de Estado Dominicano, con lúcida visión del intrincado asunto y con resuelta y animosa voluntad, no se ha dejado encerrar en alternativas insalvables, tan ramplonas como simplistas.

Claro, que hasta el momento, hay, y seguirán habiendo, más bocas que pan. La solución no estriba en sellar drástica y dramáticamente las divinas fuentes de la vida, sino en sembrar con más profusión y prisa los granos del trigo para que siga siendo efectiva promesa de prosperidad común. Frente a la explosión demográfica, como con coraje moral asentó el Presidente, explosión sin tregua de producción.

Puesto a buscar las causas que originan nuestros desequilibrios sociales y económicos, patentizados, entre otras cosas, en nuestra alta tasa de natalidad (3.6), en el desempleo, siempre creciente, en la acumulativa y abrumadora existencia de los orillados, de los marginados, la máxima autoridad de este país, no ha dejado de señalar, como engendradora de esos males, al “don juanismo zoológico”, que

nos azota y que se traduce en la paternidad irresponsable de esos a quienes, con feliz expresión, Rafael Herrera ha estigmatizado con el justo calificativo de creadores de las “no familias”.

La resuelta posición tomada por el Primer Magistrado, es tanto más loable cuanto que se opone tajantemente, sin remilgos y sin diplomáticas complacencias, a poderosas corrientes ideológicas —y de acción— que desatan el nudo gordiano, por la ley del menor esfuerzo, empleado desaprensivamente la espada y suprimiéndole el aliento a las gentes, aún antes de que asomen la cabeza a las luces, y a los colores de la vida.

Ayer no más, el señor Mac Namara, Presidente del Banco Mundial, en el curso de una sesión del Consejo Económico y social de las Naciones Unidas, volvió a reiterar su tesis, —tesis que no se le cae de los labios como si fuera un melódico leitmotif—, en el sentido de que el desarrollo de los pueblos depende, como de causa, de un drástico detenimiento a la fabricación profusa de niños. Su criterio bien pudiera compendiarse así: o destruir las cunas o la revolución se encargará de abrir a granel los sepulcros.

Es evidente, de toda evidencia, que parte de la solución del vidrioso asunto, descansa en un sabio y sano ejercicio de la paternidad responsable. En esto, es a los métodos a escoger a lo que hay moralmente que atender. Los natalistas a ultranza, no tienen ya lugar en el mundo moderno. El ciego y frenético fanatismo no puede pretender ser más papista que el Papa.

Pero parte no menos efectiva corresponde para apaciguar la hirviente revolución biológica, a que las naciones opulentas cumplan su obligación, —que tiene sus raíces en la solidaridad humana— de fijar y nivelar los precios de intercambio comercial, a que no nos vendan caros productos manufacturados, con nuestras materias primas, y nos compren nuestros básicos productos a precios remuneradores y no fijados, según su conveniencia, en la bolsa de Wall Street. Si los pueblos ricos no nos tienden la mano, con magnanimidad y con justicia, careceremos de ahorros masivos y nada, absolutamente nada, se habrá adelantado con coserle la matriz a las futuras madres dominicanas.

Hay un punto en que el Señor Presidente, a nuestro leal

juicio, no ha acertado del todo a dar en el blanco. Sus apreciaciones acerca del rejuvenecimiento y de la renovación en la Iglesia —inspirándose, sin duda, en una excelente buena voluntad— son tan sólo parcialmente ajustadas.

Los dogmas de la Iglesia, es decir, lo que constituye el núcleo indesplazable de su doctrina, es irreformable. Las expresiones; el modo de traducir el contenido esencial ideológico, conforme a la diversidad del contexto histórico —la Iglesia como organismo vivo marcha paralela a la historia— bien puede variar. Lo esencial, no.

Importa, por eso, discernir entre lo que es permanente y substantivo y lo que es contingente y objetivo.

Las Encíclicas, pongo por caso, salvo que se diga con palabras explícitas y en la forma solemne que es de estilo, no son infalibles.

Constituyen la respuesta del Magisterio Ordinario —el Extraordinario es el infalible— a los desafíos o retos que lanza la realidad concreta de un momento dado en el desarrollo histórico. Sus dictámenes son provisionales y el católico los acata mientras las autoridades superiores, depositarias del tesoro de la tradición, no indiquen nuevas orientaciones.

La Encíclica —vaya a título de ejemplo— “Casti Connubii”, no guarda ningún juicio definitivo e inmodificable.

Tal vez, el Señor Presidente se acogió, al expresar su sentir a ese respecto, a lo que el CIAS (Centro de Investigación Social) de Buenos Aires, mantuvo en su folleto publicado en agosto de 1967, número 163, página 28.

Entre la “Casti Connubii”, por lo demás, el famoso discurso de Pio XII a los Hematólogos, días antes de caer en cama, y la “Humanæ Vitæ”, no existe solución de continuidad ni modificación esencial en la línea doctrinal. Progreso sí, pero sin desvirtuar nada.

Por lo que hace al aducido caso de la usura, permítanos, señor Director, una breve y sucinta explicación.

Es cierto que en el Concilio de Viena (1311-1312) se declaró en un Decreto (no en una Constitución Doctrinal) que quienes prestaban a usura caían bajo el duro anatema de heréticos. No es menos cierto, en cambio, que en la

“Quadragesimo Anno”, se bendice y se acepta el justo interés sobre los préstamos.

¿Ha habido un cambio? No. Lo que ha mudado ha sido la estructura económica.

En la época medieval, el préstamo era injustificable. Se le acordaba a los infelices que lo perdían todo, incluso sus migajas de tierras, al intentar saldar sus deudas. Demandarles, pues, interés equivalía a medir las necesidades del prójimo con el sórdido egoísmo de quienes se enriquecían, ayer como hoy, con la miseria ajena. Era la clásica explotación del hombre por el hombre.

Hoy, en la dinámica estructura de la economía moderna, con un préstamo usurario, el que tenga talento puede, pagar lo que debe y alcanzar niveles de holgada prosperidad.

Pero ayer y hoy, y mañana, insisto, seguirá siendo cierto que la explotación del hombre por el hombre, es una afrenta para la dignidad humana, es una infamia y un incalificable abuso.

He formulado estas breves observaciones con ánimo limpio y con criterio independiente. Espero que así sean aceptadas. Puntualizar, para evitar confusiones y desorientaciones, en estos tiempos en que abundan las concepciones anárquicas, es un deber indeclinable.

Por mi parte, no quiero que se reedite en mi país el caso, que no sé en cuál de sus obras, narra Ortega y Gasset.

Eran los días de la República Española. Ya los Jesuitas habían sido expulsados. Las llamas ya habían comenzado a devorar los conventos.

En este contexto de rumores inflamados, le pregunta el sacerdote andaluz a un gitanillo. Perico ¿Has terminado de aprenderte los Diez Mandamientos? Pues no Pare, contesta el nuevo Lazarillo de Tormes, me he quedado en el cuarto, porque he oído un run run de que los van a quitá.

Atentamente,

P. R. Thompson

MIGUEL ANGEL ASTURIAS

14 de Diciembre de 1968

Señor Director:

No sólo "El Caribe", sino también cualquier periódico que aspire a prestigiar sus columnas, se sentiría justamente orgulloso de contar como asidua colaboradora con una pluma tan bien cortada y exquisita cual es sin duda la de Miguel Angel Asturias.

El caso del egregio escritor guatemalteco es uno de los muy contados en que es legítimo decir que él honró al Premio Nóbel, no el Premio Nóbel a él.

Jamás antes en un intelectual latinoamericano se habían tan estrechamente hermanados los dones de una imaginación rica en sugerencias con un extraordinario vigor para dibujar las realidades sociales sin alterarlas en un ápice.

La mugre de una cárcel, la sentina moral que es un prostíbulo, el dolor físico y psicológico del contrahecho, el pecho sórdido de un juez villano y venal, las petulancias y ridiculeces de un señoruelo de lugar, las celestinas que se enriquecen a costa de inconfesables indignidades, a todo, incluso, a eso, le presta el autor de "El Señor Presidente", un sublime aire lírico que testimonia las finas calidades de un supremo artista. ¡No siempre es fácil realzar la blancura y la fragancia del loto sin que nos ofenda la sensibilidad la ciénaga maloliente en que brota!

A veces la fantasía se le desboca, el indio comienza a hablar por sus labios y toda una naturaleza mágica despierata al conjuro de su arte, al grado de que, hasta la fauna y la flora cobran una vida insospechada y se humanizan por modos maravillosos.

Así se explica por que Paúl Valery, ebrio siempre de ajeno y de sueños, se sintiera como trastocado al leer las "Leyendas de Guatemala" de Angel Asturias.

Este poeta, por esencia y operación, es, no obstante, un tremendo realista. El retrato que nos brinda del tiranuelo Estrada Cabrera no es el de un déspota en particular: es la

pintura fiel y exacta del típico tirano de América. Supera ese dibujo, en lealtad al original, al que intentara darnos Francisco Agramonte en "El Frac a veces Aprieta", que es memoria de sucesos nerviosamente vividos. Es más feliz incluso, —por lo que a aciertos se refiere— que don Ramón del Valle-Inclán cuando ensayó ofrecernos en "Tirano Banderas", el eterno modelo del autócrata de nuestras tierras.

Ahora, Miguel Angel Asturias va a nutrir la falange de los que pudiéramos llamar nuestros clásicos, quienes, después de habernos estremecidos y asombrados con sus libros han pasado a esclarecer y a ilustrar las páginas de los rotativos.

Ignoro si se ha hecho la observación que voy en este momento a formular. Cuando estos escritores nuestros, de renombre universal, dan de mano al libro por el periodismo, suelen escaparse de la realidad inmediata y se refugian en el pasado, entreteniendo con estampas coloridas del ayer o razonando el presente al través de las normas, de los modos de pensar que prevalecían en los siglos que arrancan con el Renacimiento.

Germán Arciniegas, el brioso de "Entre la Libertad y el Miedo", se nos va a los días coloniales o a esa gran fiesta pagana que fue la Italia de los Médicis, de los Américos Vespucci, de las Simonettas. Arturo Uslar Pietri deja de pedir que en Venezuela se siembre el petróleo, para llevarnos al "Siglo de las Luces" o a los albores de la "Revolución Industrial".

Ojalá que Miguel Asturias no siga por el mismo sendero. Ojalá que resista a esa fascinante tentación —que lo es de veras para —los intelectuales—. que no sucumba a ella es lo que le pedimos al cielo.

Expresamos esta aspiración, porque ya algo de eso nos permite vislumbrar en su primer artículo aparecido en "El Caribe" de este día.

En él, Asturias, no desmiente ni por un instante sus finas y altas calidades de exquisito esteta.

Pero nos invade la duda de que en el campo de la historia y de la filosofía se mueva con igual holgura y dominio que en el terreno del mundo presente o manejando las herencias autóctonas que sus antepasados le legaron para que fuera en nuestros días su claro y eminente portavoz.

Se hunde ahora en este artículo el autor de "Hombres de

Maíz” en la atmósfera ensoñada de los “utopistas”. No todos los que cita pertenecen a ese mundo de la fantasía. No lo es San Agustín. La “Ciudad de Dios” del Obispo de Hipona es una filosofía de la historia. Es más, con esa obra del inquieto africano injertado en romano, nace como ciencia la filosofía de la historia. Se escribe en el momento en que se viene abajo el imperio y comienzan a brotar los renuevos de un mundo nuevo que esas páginas abonan y ayudan a crecer.

No es tampoco Dante un “utopista”, del tipo de Tomás Moro, que ese sí se adelanta a los tiempos descubriendo una sociedad en que “lo tuyo y lo mío” pierden su carácter de agravio y de injusticia. Fue el autor de la “Divina Comedia”, poeta y teólogo sobre todas las cosas.

¿Qué es utopía? le preguntaban a Quevedo y éste, jugando con la etimología del vocablo, —la u es privativa en griego; topos es sitio— contestaba con ironía: “no hay tal lugar”?

La fe en la ciencia, en lo que ella pueda realizar para el porvenir venturoso o desdichado de la humanidad, ya no es posible enumerarla entre los sueños.

Desde 1848, cuando ya el socialismo daba sus primeros formidables gritos, Renan, en “L’Avenir de la Science” cifraba todas sus esperanzas en los hallazgos y conquistas del saber técnico. “Ma religión —decía— c’ets toujours le progres de la raison, c’est a dir, de la science”.

Pero —decimos nosotros— para que esa fe en la ciencia descansa en sólidos cimientos debe ir acompañada de principios morales, de un humanismo integral. No olvidemos que Hiroshima es fruto inicuo de la más refinada ciencia.

Cuando la técnica pacte con el corazón podrá alimentarse la sana esperanza de que surja la “civilización del ocio” con que sueña Asturias, después de muchos franceses, a fin de que el hombre, dejando que las máquinas trabajen por él y para él, pueda consagrarse al logro de su propia perfección.

Pongo término aquí, señor Director. Ya ve usted lo que es leer a un autor inteligente: consigue hacernos pensar.

Eso ha hecho conmigo Asturias en el primer artículo de él con que nos regala en este día “El Caribe”.

Atentamente,

P. R. Thompson

RIENDAS A LA IMAGINACION

18 de Diciembre de 1968

Señor Director:

Ha sostenido Bergson —con gran acopio de regocijantes y convincentes ejemplos— que la risa tiene su causa y raíz en el enérgico y violento contraste que crea la desproporción. Un gigante con atiplada voz de fémina histérica hace estallar al punto los mecanismos psicológicos de la hilaridad. Nos resulta cómico un buen hombre que a nivel de la calle, tocado de un bombín muy diesciochesco, con un cúmulo de libros bajo el brazo, se proclama, muy en serio y en carácter, Doctor de la Escuela Médica de París, ciudad que no ha visto ni en estampas.

Pero no menos cierto es también —y ésto lo digo yo, y con toda inmodestia, y no el filósofo francés— que la desproporción despierta agudas preocupaciones, da origen a graves contratiempos y hasta puede constituir, en ocasiones, feliz principio de prodigiosos hallazgos científicos.

El editorial del sábado de su periódico bien puede servirme de concluyente prueba. Se glosa en él, con expresiva y acuciosa sobriedad, el último discurso pronunciado por el Primer Magistrado. Resbala la mirada sobre las primeras frases, pulidas, calculadas, bienolientes a cortesía, con la gracia comedida de un requiebro sevillano, y de improviso se da uno, como quien tropieza en un camino, y claro, al no caer, avanza, con una observación causada por una enorme desproporción.

Se dice allí: “Un dato que aportó el Presidente ha creado distintas preocupaciones. Se trata de los 14 millones de dólares incluidos en las cifras de ayuda exterior, y dedicados a la asistencia técnica prestada al país, en estrecha vinculación con los demás recursos dedicados a propósitos más tangibles.

Se trata de una cantidad importante que, en proporción, es excesiva, por muy elemental que sea la aritmética a que recurramos”

El señalamiento es justo, y, además, sobradamente inquietante. Digamos parodiando a Churchill: ¡Jamás, con tanto, se nos ha enseñado tan poco!

Es posible que esa abultada suma pagada en pericia técnica, no sea tan alta como prima facie nos aparece. Acaso en ella esté incluida la remuneración con que Washington atiende a los directores de la AID, y a su nutrido y volandero "Cuerpo de Paz". Visto desde la Avenida Pensilvania, en la capital norteamericana, ese es dinero que se va en "Ayuda al Exterior", aunque el gobierno o el pueblo recipiente, no contraiga con ello deuda alguna y tales recursos, por consiguiente, lleguen al país a título indirecto de magnánimo regalo.

Esta es una conjetura que nos permitimos formular en un franco y vivísimo deseo de ser ecuaníme. Es, pues, mera posibilidad, no hecho firme.

Y es que nos vemos forzados a darle riendas sueltas a una benévola imaginación, dado el inexplicable prurito imperante en ciertos sectores, de proceder, no acertamos a saber por qué, a cencerros tapados en asuntos que son de pública incumbencia e interés común.

Se nos obliga a imitar —y disimúiesenos el ejemplo, porque al momento no se nos ocurre otro— al que, movido por indelicada y malsana curiosidad, se desliza a hurtadillas y tiende la mirada, al través del ojo de la cerradura, alcoba adentro, atropellando infamemente los sagrados derechos de la intimidad. Hacemos por malos y extraños modos lo que es una prerrogativa que nadie podría, en plan democrático, negarnos: el derecho a que se nos abran las fuentes de información.

Se habla siempre, y mucho, de casa de cristal. Pero cuando nos asomamos comprobamos que son ciertamente cristales... pero ahumados.

La verdad es que a nosotros los pueblos subdesarrollados todo se nos vuelve un ovillo, un enredo, un irrompible círculo vicioso. Necesitamos de toda necesidad técnicos para progresar y nos cobran tan caro los sabios que a veces vienen a resultar ellos —salvo áureas excepciones— un freno y un retardo para el avance de un pueblo patológicamente nervioso a causa de las impacencias que le crean sus urgentes necesidades.

El problema no sólo se ha planteado aquí. Se ha contemplado también en los propios Estados Unidos, y, digámoslo con sinceridad, con ejemplar pulcritud y con paradigmática honestidad intelectual.

David Bell, en la revista "Foreign Affaires", de julio de 1966, encarece que se debe insistir menos en la venta del "Know-How", es decir en la venta de la pericia técnica, que en adoctrinar a los países en vía de desarrollo a fin de que por sí mismos estén en cumplidas condiciones, rota la unión umbilical, de planificar y ejecutar sus propios proyectos.

El asunto, a ratos, se reviste con picantes aires de chismes.

Acaban de publicarse un libro que por ser una grata golosina ya anda en manos de todos y que, por eso, se ha convertido en lo que allá se llama "best-seller", que es el equivalente entre nosotros de éxito de taquilla.

Se titula "The Rich and Super-Rich". Su autor, Ferdinand Lundberg. Este investigador social asegura (pág. 34) que "el pago de un científico en los Estados Unidos, de acuerdo a los datos publicados por la "National Science Fundation", es del orden de \$6,000 a \$15,000 al año, bien menos de lo que gana un astuto vendedor de Enciclopedias o de aspiradoras de aire".

No salgo responsable de estas estadísticas informaciones. Ellos son blancos, y ellos se entienden. Pero lo que si cabe preguntar es si no sobrepasa en mucho a esas cifras las remuneraciones que en América Latina suelen acordarse a técnicos, como los de la Parson y de otras agencias, que se consagran a efectuar estudios de prefactibilidad.

Muchos otros son los ingredientes de que está compuesto el problema de los técnicos extranjeros, amplia y claramente dilucidados por L. J. Leuret en su "Dinámica Concreta del Desarrollo", y que aquí, en vista de la estrechez de estas columnas, no es posible tocar ni siquiera con la yema de los dedos.

Bástenos con solicitud, para terminar, que ojalá cuantos técnicos acudan a nuestras tierras, porque de veras los necesitamos, tengan siempre presente la sentencia de Kuan-Su, que sirve de epígrafe a la obra, "El Desafío Americano", de Jean-Jacques Servan-Schreiber:

**Si da un pescado a un
hombre,
se alimentará una vez,
si le enseñas a pescar,
se alimentará toda la vida.**

Atentamente,

P. R. Thompson

SEGURIDAD

28 de Diciembre de 1968

Señor Director:

En medio de estas festividades pascuales, que por el espíritu que las anima estarían llamadas a ser un reposo para los nervios alterados por los afanes normales del año y por los contratiempos que los acompañan, una sombría preocupación ha venido afligiendo y estremeciendo a la alarmada ciudadanía.

Los asaltos y los atracos se suceden unos a otros, dejando a menudo, sensibles saldos de vidas, y siempre, daños cuantiosos a la propiedad privada.

Resalta, con fuerza de evidencia, al clima de inseguridad social que gradualmente y sin detenerse se va a la carrera formando. Ni las vías públicas ni la hermética y bien guardada intimidad de los hogares, representan, a lo que parece, obstáculos insalvables para el crimen osado e inescrupuloso.

Armados de punta en blanco —incluso con características armas de guerra— los malhechores se mueven a sus anchas y perpetran sus delitos, lo mismo a la clara luz del día que a favor de las sombras de la noche.

Es una trágica novedad —y una vergüenza— lo que nos está insensiblemente invadiendo.

En este país —si las estadísticas no mienten— los hechos de sangre se singularizaron siempre por su índole esencialmente pasional. Salvo excepciones, las violaciones al Código Penal en nuestra tranquila sociedad tenían sus raíces en sentimientos enardecidos, en la brusca exaltación que toma su arranque de las clásicas pasiones humanas: el amor, el odio, la ira.

Por lo que se refiere al robo y al hurto pocas veces pasaban de raterías intrascendentes y sin excesiva importancia para el conjunto de la colectividad. Eran hechos episódicos.

De un tiempo a esta parte prevalece el crimen premeditado; realizado a sangre fría, meticulosamente calculado en sus planes de ejecución, organizado en cuadrillas, en una auténtica asociación de malhechores al modo y a imitación de la que imperaba en Chicago en los peores días de la historia del gansterismo.

Es concebible, y aún explicable, que resulte dificultoso en un medio como el de los Estados Unidos, enormemente grande, donde los infractores de las leyes disponen de fabulosos recursos, así pecuniarios como técnicos, apresar a quienes se dedican a bienvivir con la muerte ajena y de los ajenos bienes.

Pero en sociedad tan reducida como la nuestra, en que todos sabemos donde le aprieta a cada uno el zapato, donde no le es muy fácil al criminal ocultar el fruto de sus bárbaras hazañas, no debería darse el frecuente espectáculo de que el delito quede impune y el delincuente, maquinando nuevas proezas vandálicas, ande por calles y bares, burlándose de la justicia, insancionado y sin castigo.

Importa adoptar rápidos remedios contra el mal, antes de que se encancere, antes de que cobre cuerpo y se extienda y se convierta definitivamente en una dolencia moral endémica.

Los institutos policiales están, a decir verdad, haciendo lo que está a su alcance para combatir y poner término a tan repetidos irrespetos a la vida ciudadana, a tanto salvaje atropello a los patrimonios privados.

Pero se hace preciso revisar los métodos de protección a la comunidad. Hoy la ciencia y la técnica constituyen poderosos auxiliares para el seguro descubrimiento y para la justa sanción del malhechor profesional.

Son muy eficaces los procedimientos preventivos de bien organizada vigilancia.

En este último caso deberían contar los agentes del orden público con la colaboración de las grandes empresas en que hay, de ordinario, sumas cuantiosas de dinero en movimiento, poniendo en conocimiento de la policía, de antemano, el día y la hora de sus grandes operaciones.

Lo cierto, lo indudable en el entretanto, es que la gente está sobreexcitada, presa del desasosiego, intranquila, y reclama, con derecho, que las autoridades públicas tomen urgentemente adecuadas medidas para salvaguardar su paz y para proteger sus bienes.

Atentamente,

P. R. Thompson

TITULO ERRADO

17 de Enero de 1969

Señor Director:

Supongo —y es un buen suponer— que esta mañana, muchas angustiadas madres de familia y numerosos gobiernos también, asediados como están por el problema de la explosión demográfica, que sube como la espuma, mientras desciende, como el rayo, la cantidad de panes, habrán tenido un respiro de gozoso alivio al leer en “El Caribe”, en gruesos titulares, que “Paulo VI deja control natal a la conciencia”.

Me imagino, asimismo, que si no pertenecen al grupo de lectores nerviosamente apresurados que se contentan con el encabezamiento de las informaciones, al demorarse en conocer el grave contenido del artículo, todo el gozo se les iría al pozo, y, con el desencanto, la íntima satisfacción se les volvería pura agua y sal.

Ocurre, en efecto, que en el mencionado despacho se reitera a los católicos —como un leitmotif que viene resonando desde la eternidad hasta nuestros días—, la prohibición del uso de métodos anticonceptivos que enturbian las fuentes de la vida, fuentes que deben quedar siempre abiertas, sin que sea permitido sellarlas, como no sea utilizando los procedimientos que aprovechan las disposiciones providenciales insertadas en la misma naturaleza y en la nativa estructuración biológica femenina.

¿Qué ha pasado? ¿Por qué esa contradicción tan radical entre el título y la sustancia del artículo? Hon ni soit qui mal y pensé (Vergüenza para el que piense mal), como reza y —así en francés— el imperial lema de la corona inglesa. No ha habido, no, por supuesto, mala fe, ni mucho menos, intencional tergiversación de una severa y gravísima verdad. Son gajes del difícilísimo oficio del periodismo.

A lo que tengo aprendido de buenos maestros —incluso de usted señor Director— titular es una de las tareas más dificultosas en la confección de un diario. Se requiere una

enorme fuerza de síntesis para compendiar, en una frase lacónica y expresiva, todo el nervio y toda la esencia de un tema. Es arduo, dicen los tratadistas, redactar un buen título, como es arduo definir. Y un título es como la definición de una noticia.

¡Pero si hasta en el carácter de los “tipos” a emplear hay que pensar para encabezar con acierto una información! Y todo esto en instantes, hostigados implacable y tiránicamente por el reloj, mirando fijamente a la aguja a fin de que la hora de salida no sorprenda sin los titulares, que es la última de las facnas que se realizan.

Claro, que también se presta la titulación al ejercicio de maquiavélicas artes. Pero esto no se supone, se prueba, y el lector avisado no deja de caer en seguida.

A veces, incluso, se llega a la hipérbole, a la exageración, en el afán de cumplir delicadamente con todas las exigentes reglas del oficio.

Julien Claudiel, preclaro periodista de “Le Monde”, me refería un día, de sobremesa, entre risas, de un bisoño periodista amigo, recién salido de la Sorbona, que quería, buscando originalidad, que en el periódico cuando se hablase de “Notre Dame”, la Catedral de París, se empleasen “tipos” góticos para poner el estilo de la redacción en armonía con la arquitectura medieval, de la cual el templo, como es sabido, es uno de los más espléndidos dechados.

Yo atribuyo el involuntario desacierto de ayer a que el autor del artículo, publicado en el “Osservatore Romano”. Giuseppe Greco, empleó una ironía gruesa, con exceso de sal que, sobre poco más o menos, venía a decir así: Bueno, el Papa ha dicho lo que tenía que decir, si ustedes quieren, no observando las reglas del juego, hacer lo que les diga su conciencia, háganlo. Allá ustedes.

Sospecho que el periodista creyó incompatible el uso de la ironía con gentes que, como las del Vaticano, se caracterizan por su austeridad, por su rostro adusto y su teológico y grave hablar. Tomó las cosas en sentido directo.

Fue, a mi ver, no sólo un error de perspectiva, por la rapidez, sino también histórico. Porque yo estoy convencido de que la ironía —leve y ágil sonrisa del pensamiento— no sólo es compatible con la religiosidad, sino que es de origen divino.

A mi juicio, el primer ironista del mundo fue Dios.

Todo el mundo sabe la historia. Adán y Eva, fresquitos, recién salidos de las manos del Creador, oliendo todavía a divino, de ingenuos, se pusieron a familiarizar con la Serpiente, que era el alias que en esa época empleaba el demonio, a quien siempre le ha agradado enmascararse como un prestidigitador o como un arlequín. Hoy es serpiente, mañana Mefistófeles, al mes el Burlador de Sevilla o el yago de Shakespeare, y según sé de buena tinta, su última astucia, su astucia del siglo XX, es la de hacer creer que no existe.

El diablo, reconozcámoslo con franqueza, es un personaje extremadamente inteligente. Que no nos quepa duda. Dios le quitó la facultad de amar, pero le dejó la genialidad en el pensar. Engañó a la primera pareja humana y les hizo creer a ambos que si comían del árbol prohibido "Serían como dioses".

Un ángel los puso de patitas en las puertas del Paraíso, por orden superior. Y cuando ya daban las espaldas al jardín del Edén, hablando con las otras dos Personas, con el Hijo y con el Espíritu Santo, dijo el Padre que está en los cielos, viéndolos irse: "He ahí al hombre hecho como uno de nosotros" (Gen. 3.22).

¿No es esta una terrible, una trágica ironía?

Sepan, pues, los católicos, que en cuanto a lo de la "Humanae Vitae", las cosas están como estaban, y que la ironía entra en el arsenal defensivo y ofensivo de teólogos y de Pontífices.

Atentamente,

P. R. Thompson

AL PAN, PAN

8 de Marzo de 1969

Señor Director:

Nadie hubiera esperado, así de turbias andan las cosas, que en una comunidad como la nuestra —abreviatura de muy complejas realidades— se alzacen voces con tonalidades casi dramáticas, reclamando que se reanude, al través de la pantalla de Radio-Televisión Dominicana, los sábados de doce a una, el programa “Orientación para la joven”.

Por primera vez se nos vuelve edificante y sugestiva evidencia que hay enormes reservas de nobleza muy nundidas en el alma de la trabajada colectividad dominicana.

Se delira —con pasmo para los profetas de catástrofes—, por un saber tan jugoso como práctico, que sirva de calor que anime propósitos constructivos y de luz que alumbre caminos en una época en que, por efecto de una crisis de incontrolado crecimiento, el desconcierto y las faltas de bridas morales constituyen los rasgos que mejor y con más certeza la definen.

Como no hay mal que por bien no venga, y como Dios suele escribir derecho con renglones torcidos, la circunstancia de que los directores de la Radioemisora oficial hayan entorpecido el programa, —denso en ricas enseñanzas, al cual da emoción, viveza y colorido Onaney Sánchez de Guerra, ha dado lugar a una consolante revelación: las gentes particularmente las mozas núbiles y las madres, se sienten descaminadas y sin brújulas, y piden criterios, quieren normas —sin moralina y sin excesivo olor a incienso— para moverse con garantías éticas en los actuales torbellinos sociales y que les auxilién a preservar los hogares, de hoy y de mañana, contra las incursiones indelicadas de la barbarie teñida con aires de modernidad.

Testimonia este hecho, en una palabra, que nuestra sociedad, amenazada de naufragio aspira a bogar con más vigor que nunca.

Lo que más agrada y atrae en el programa de Onaney es su franco y audaz realismo. No se abordan los escabrosos problemas escamoteando la crudeza de las verdades o envolviéndolos en las “hermosas coberturas” de axiomas que quedan prendidos en la mente igual que una brillante máxima literaria, sin eficacia positiva en el comportamiento cotidiano.

Al pan se le llama pan y al vino se le deja su indeleble nombre.

Si la experiencia es una suma de años y de desengaños —sufridos en carne propia o ajena—, de amores frustrados y de dolores experimentados, las cátedras que se imparten al través del programa “Orientación para la joven”, en el cual se congregan, sábado por sábado, sociólogos, madres encanecidas en las vigilias de la brega, sacerdotes, psiquiatras, bien merecería el dictado de universidad de la experiencia al servicio del pueblo.

Estamos seguros que la interrupción del programa habrá servido a los directores de Radio-Televisión Dominicana para caer en cuenta de sus saludables proyecciones.

Yo soy de los que creen que no existe ningún conflicto irremediable entre los creadores del programa “Orientación para la joven” y la Radio-Televisión Dominicana.

Pero si entre unos y otros se han desatado los malos humores, me permito recordarles a los empresarios de la Radio-Televisora este refrán corso: “por donde no puede pasar el diablo pasa una mujer”.

Y agregó: si esta mujer es Onaney Sánchez de Guerra, acompañada de su cortejo de oyentes y admiradores, lo mejor es no casar el duelo. Que en este desafío hasta el vencido sale vencedor.

Sería motivo de sonrojo que mientras Alemania, desde su bruma lejana, por ejemplar, aplaude el programa, aquí, que somos sus inmediatos beneficiarios, lo obstaculicemos.

Y esto en el “Año de la Educación”.

¿Qué dice Horacio Alvarez?

Atentamente,

P. R. Thompson

NUESTRA ECONOMIA

3 de Febrero de 1969

Señor Director:

Enseñar al que no sabe, sobre todo, si su ignorancia puede acarrearle, a él y a otros, dramáticos conflictos, constituye, entre los divinos mandatos evangélicos, uno de los más humanos, y cuidado si no es también, la más fina expresión de la magnanimidad y del amor al prójimo. De ahí, la sublime y conmovedora nobleza de todo auténtico magisterio.

Monsieur La Police, en Francia, L'uomo qualunque, en Italia, el common man, en los Estados Unidos, el hombre de la calle, en nuestros países subdesarrollados, debe constituir, en asuntos de unánime interés el primer sujeto de enseñanza.

Esto es valedero particularmente en temas económicos. Porque es él, el pueblo, uno de los factores indispensables de producción y porque es, además, el que más y peor padece los infortunios y los descalabros de las desdichas y ruinas de las finanzas así públicas como privadas.

Frente a estas verdades incuestionables —verdades de a puño, como una catedral— creemos que merecen reflexivas atenciones las interrogantes que el ciudadano corriente, lego del todo en los herméticos misterios de la economía, se ha ido formulando, a la chita callando, con ocasión del discurso recientemente pronunciado por el Gobernador de nuestro Banco Central.

Este hombre existencial, como se le dice ahora, que nace, trabaja, mal come, ríe y llora, desvive y muere, ha sentido temblores de asombro en las pupilas al oír que la balanza de pagos está en perfecto equilibrio, ya que, ochocientos mil pesos que restarían por cubrir, a la verdad, que no significa nada en el contexto de una alta economía.

Este hombre de la calle daba por sentado, firmes los pies —y la cabeza— en los dictados del sentido común, que sólo el que paga lo que debe, sabe lo que tiene, y que, por consiguiente, si el Banco Central aún tiene acreedores, por

cobranzas atrasadas, que reclaman veintiocho millones de dólares, estos acreedores, en buen derecho, son los dueños de los dineros ahora en las cajas del banco.

Esta primera duda, de cierto, no técnica, pero si elemental, que trae perplejo al tertuliano del café, no hay por qué no elucidársela en frases diáfanas y transparentes que lleven la convicción a su ánimo colmado de suspicacias. Que no siga creyendo, refractario como es a todo arabesco enigma aritmético, que agitando papeles y dibujando cifras se ensaya obscurecerle el esplendor del sol.

En este mismo plano de pensamiento, otro ángulo que ha encabritado a los asiduos frecuentadores de peñas, lo forma, el método empleado para llenar las lagunas existentes de divisas, asignándole la misión de cubrir esos vacíos a futuras, hipotéticas inversiones extranjeras. Se arregla el presente, dicen, con los decretos que dictará el porvenir, que no por ser tal, porvenir, aunque esté en los umbrales, aún no pone pie firme en el país.

¿Es este el método que usa, pongamos por caso, Inglaterra, cuya balanza de pagos ha andado también muy maltrecha, no para formular proyecciones, sino para dar por segura la nivelación de su muy delicada situación económica?

Además, —prosiguen los dialogantes en sus coloquios callejeros—. mirando a las perspectivas para 1969, supongamos que el proyecto metalúrgico de la Falconbridge, en que invertirá 42.5 millones de dólares, exija, que esa cuantiosa suma deba regresar a su país de origen, en forma de amortización de capital ¿No creará el reimpatrio de esa considerable cantidad una caída vertical ruinosa para nuestra balanza de pagos?

Por lo que respecta —para 1970— al establecimiento en el país de la planta procesadora de leche, que instalará la Nestlé y que contribuirá a restañar el flujo de divisas hacia el exterior, las dudas no son menos vivaces.

Y si la Nestlé, se conjetura, a la cual se le permitirá la importación de leche libre de impuestos, cuando en el país no haya, aumenta de tal suerte su producción, para fines de exportación, de manera que nunca alcance la producción nacional a cubrir su demanda ¿No quedará fuera más

moneda dura, con alta ventaja para la Nestlé, de la que quedará en los caudales dominicanos?

Importa, pues, mucho, que se le disipen todos estos jirones de dudas al hombre de la calle. Que cuando se afirme que el circulante ha aumentado, circulante que él asegura que no ve, se le explique por qué canales corre y en qué manos privilegiadas se presume que están empuñados. Que no le resulte extraño que el "The New York Times" (20 de enero de 1969, pág. 67 C) rinda un tributo a la economía dominicana —que es como un reflejo vivo de los informes del Banco Central— señale al mismo tiempo, sin embozar nada, los lunares, y que aquí todo se nos pinte con joviales colores de rosa.

La economía dominicana marcha, si bien lentamente. El porvenir ha lanzado un reto a nuestro país. Hemos aceptado el desafío. Ahí está para testimoniarlo el egregio profesor Henry C. Wallich, quien, por cierto, es muy probable que represente los intereses dominicanos frente a la Falconbridge.

Pero es preciso darle oportunidad a todos, suministrando claras y exactas informaciones, a nivel popular, para que de la colaboración común surja el unánime bienestar.

Que no se repita de nosotros lo que Renan expresó en un momento conflictivo de la vida de Francia: "Vivimos hoy de brillantes fantasmas, de sombras, de fragancias de un ánfora vacía ;Quiera el cielo que mañana no vivamos, de sombras de sombras!

Atentamente,

P. R. Thompson

FUGACES OPTIMISMOS

22 de Febrero de 1969

Señor Director:

El aire de ingenuo regocijo que anima a ciertos de nuestros sectores oficiales por haber servido nuestro país de instrumento jurídico para convocar a una reunión extraordinaria a la Comisión Especial de Coordinación Latinoamericana, no debería contagiarnos, ni a nosotros, ni a ninguna nación del continente, despertando uno de esos fugaces optimismos que son tan leves y pasajeros como la rápida euforia que producen los gratos licores violentos.

La meta que se persigue en el cónclave que se congregará en Santiago de Chile es, según se informa, apretar las energías vitales de los pueblos hemisféricos con objeto de presentar un frente común—no un desafío—a la incontrastable potencia económica y política que se encarna en los Estados Unidos.

Una conferencia más. Como las dos UNTACDT: la de Ginebra y la de Nueva Delhi, que concluyeron, por obra particularmente de las naciones altamente industrializadas, en un ruidoso y enojoso fracaso que ni siquiera la opulenta retórica de la diplomacia, rica en sabios eufemismos, pudo disimular ni encubrir.

¿Es que acaso en el seno de la Casa Blanca, poblada de muy bien informados financistas y de asesores dotados del alto don de consejo se ignoran las dimensiones y las causas de nuestras enormes deficiencias económicas y sociales?

Está en los documentos expedidos por la CEPAL y por otros organismos de las Naciones Unidas, que en los dos postreros años de la última contracción económica padecida por los principales países capitalistas, a saber, en 1957 y 1958, los pueblos exportadores de materias primas, a consecuencia de la súbita caída de las cotizaciones, dejaron de

percibir \$2,000 millones de dólares. Pérdida que significa, comparativamente, el doble de la asignación financiera de la Alianza Para el Progreso y que equivale a los préstamos acordados por el Banco Mundial seis veces en el espacio de un lustro.

Estabilización de los precios de los productos básicos. Justa y equitativa nivelación del intercambio comercial. Que los bienes manufacturados con nuestras propias materias primas, no regresen a nuestros puertos, mejorados y embellecidos por la industria tecnológica, a tan subidos costos que, al adquirirlos, nos cobran lo que nos pagaron, más un margen de increíble ventaja.

Esto es lo esencial. Tan sabido que se finge olvidarlo al surgir de cada nueva crisis. Lo demás es música verbal y pintoresca literatura académica.

Es muy probable, sin embargo, que de la conferencia a alto nivel a celebrarse en los dominios de Frei, saquen jugoso provecho dos o tres naciones hispano americanas: México, Brasil y Argentina. Las menos urgidas de extremas necesidades. Las demás seguirán vegetando, oreadas, de tarde en tarde, por la caricia engañadora del paternalismo foráneo que cuando da un vaso de agua es porque ya ha trasegado un aljibe a sus pródigas tierras.

No estoy sembrando malquerencias. Mi pretensión —pura pretensión, porque ¿Qué puede una pluma tropical contra los fabulosos intereses de Wall Street?— es hacer saber que estamos despiertos, que tenemos conciencia de lo que padecemos y por qué lo padecemos.

¿No será, nos preguntamos, esta nueva conferencia, un artificioso compás hecho de halagos, para aflojar las tensiones que ha motivado el caso bien paradigmático, bien agrio y bien crudo del Perú?

Que no suban demasiado confiadas las esperanzas para que las caídas sean menos estrepitosas.

Que salgan de Chile vigores unánimes, limpios de egoísmos provincialistas, proyectos de acción comunes, capaces de hacer inclinar, poniéndola a nivel, la balanza de la justicia social internacional.

11 de Marzo de 1969

Señor Director:

A quién haya tenido atenta la reflexión sobre los violentos latidos de la conciencia nacional, le resultará evidente, sin posibles márgenes de dudas, que tres hambres agudas aquejan a nuestro pueblo: el hambre física, el hambre, —no menos dolorosa que la del estómago—, de derechos, y, por fin, última pero no por eso menos esencial, el hambre de ideas claras y distintas.

En un clima, que por una conjunción desdichada de factores azarosos, todo nos crea la sensación de inseguridad —inseguridad sobre la vida, sobre la propiedad, sobre el futuro incierto del país—, sentimos, con fuerza irreprimible, el dramático y vehemente deseo de saber de fijo a que atenernos.

Por una sobreexcitación emotiva, que no carece de fundamentos, toda equivocación, particularmente en la apreciación de los asuntos de interés general, nos parece sinónimo y presagio de indefectible tragedia.

De ahí que ya ha prendido la convicción de que el indefectible hombre público que aspire a sublimarse en la jerarquía social o política, debe emplear un lenguaje transparente, tajante, de sí o de nó, en que no hayan amplios repliegues en que se oculten cómodamente pensamientos de trastienda.

Como el que se pasa de listo deja por eso mismo de serlo, quien se abandona a una retórica política de frases ambivalentes, que dicen y no dicen, que implican compromisos y no lo implican, trabaja contra sí mismo en su tarea proselitista, por desdén, por ignorancia de la realidad social, o, por sobre estimarse a sí propio al tiempo que subestima a los demás.

La perspicacia popular se pregunta —vaya a título de ejemplo— qué diferencia esencial existe entre dimitir de un cargo y pedirle al Primer Magistrado que le nombren un sucesor.

Entre una y otra cosa la irónica línea divisoria — ¡risum teneatis amicis! — es tan fina que se quiebra de puro sutil. Y esto ocurre no sólo en la nueva manera de expresarse, sino aun en ciertos métodos publicitarios, en que coinciden, congregados por la sabia mano del azar, candidato, periodistas y fotógrafos.

Hay que irse acostumbrando a este inédito estilo que precisará de glosadores — que por lo demás no necesitarán una agudeza excesiva — como lo necesitó Góngora cuando escribió:

Su boca dio
y sus ojos,
cuanto pudo,
al sonoro cristal,
al cristal mudo.

El sonoro cristal es el agua, a la que se le dá la boca. El cristal mudo es la piel blanca de la moza, a la que se le dan los ojos. ¡Vaya!

Claro que este nuevo léxico político — fruto de una ingénua y desmañada habilidad — trata de insinuarse vestido de frac, pero puede estar seguro, que en última instancia, no va a cosechar, según sus designios, pobres engañados. Todo lo contrario, ya ha comenzado a despertar ágiles suspicacias. Y a evocar muy frescos recuerdos.

Refiere Telleyrand, en sus memorias, que sus éxitos diplomáticos obedecían a que diciendo siempre la verdad escueta, sin embozar sus designios, los otros no le daban crédito. Creyendo a pie firme que el Canciller de Napoleón mentía, éste ganaba sus victorias con el arma de la sinceridad. Es un buen ejemplo aún para hoy día.

El astuto y sagaz señor de Benevento se tiraba por el camino contrario al que señalaba el autor del "II Príncipe".

Para Niccoló Maquiavelo, el experto Secretario de los "Diez" florentinos, el político, para garantía de su éxito, debía ser avisado y despierto como la zorra, como la vulpeja, para descubrir las asechanzas y los lazos, y brioso como el león, para espantar los lobos: "Bisogna essere, volpe a conoscere y lacci é lione a sbigottire i lupi".

Cualquiera que sea la sabiduría malévolá que queramos atribuirle a este viejo arte político, lo cierto es que a la larga —lo prueba César Borgia que fué el modelo— quienes lo profesan y practican no alcanzan, de cierto, un fin dichoso.

Que sea pues el lenguaje de la hora espléndido, como la luz del sol, diáfano, como agua que brota de fuente serrana, sincero y cordial como si fuera el aliento del alma condensándose en palabras.

En los manuales de Etica se justifica y cohonesta la llamada "restricción mental". Consiste en expresar medias verdades, o en decir incluso verdades que induzcan a engaño o a error. San Francisco —se dice, no lo creo— preguntando si había pasado por su lado un ladrón que era tenazmente buscado, contestó, metiéndose la mano derecha en la ancha manga de la izquierda: Por aquí no ha pasado. No mintió. Pero queriendo salvar de atropellos al delincuente que pretendía convertir, por amor, desvió a sus perseguidores.

Hoy, "el dulce y mínimo Francisco de Asis" no hubiera logrado su caritativo propósito. La gente vive hoy perpetuamente azorada y saturada de escepticismos y desconfianzas.

Está en guardia contra la estrategia publicitaria, y descubre al punto, en escenas y episodios previamente preparados, en que se emula a Hollywood, la mano inhábil del dramaturgo sin imaginación.

Atentamente,

P. R. Thompson

CONTESTA EDITORIAL

22 de Marzo de 1969

Señor Director:

De tarde en tarde es saludable sacar los principios a la claridad del sol, sacudirlos para que no se enmohezcan y, sobre todo, a fin de que su fuerza normativa ni se desvirtúe ni se disipe.

Esto es imperativo particularmente en épocas de transición como la actual en que, por la confusión, casi no sabemos a qué atenernos y unos se quedan anclados en un pasado muerto al paso que otros, arrebatados por nobles impacencias, sin caer en cuenta, apresuran el cumplimiento de estériles tragedias sociales.

Su editorial de hoy —inusitadamente prolijo para su estilo habitual— en que enjuicia el pronunciamiento formulado por cincuenta y dos sacerdotes de la zona norte del país, está evidentemente movido por el propósito de consolidar la paz común, aunque para ello se inspire a ratos —no siempre— en criterios ya en agonía que tuvieron vigencia en el último tercio del siglo pasado.

La Iglesia, recientemente, en el Concilio Vaticano II, al cual acudieron dos mil trescientos Obispos, provenientes de todas partes del mundo, al estudiar y delimitar la naturaleza de su propia misión, asentó, entre otros, estos claros principios:

“Es de justicia que pueda la Iglesia en todos momentos y en todas partes predicar la fe con auténtica libertad, enseñar su doctrina sobre la sociedad, ejercer su misión entre los hombres sin traba alguna y dar su juicio moral, incluso sobre materias referentes al orden político, cuando lo exijan los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas, utilizando todos y sólo aquellos medios que sean conformes al Evangelio y al bien de todos según la diversidad de tiempos y de situaciones.

(Conc. Vat. II, la Iglesia en el mundo moderno. No. 76).

Podemos estar de acuerdo o en desacuerdo con esta demarcación y deslinde que de sus atributos y de su competencia hace la Iglesia. Lo que parece incongruente es que a quienes, por consagración y vocación, siguen esas directivas —los sacerdotes cibaños— se les quiera forzar, o inducir, —en una sociedad pluralista y en que está en vigencia el libre examen— a que retrocedan y regresen al bucólico paternalismo imperante en los tiempos de Monseñor Meriño o Monseñor Nouel.

Por irónica paradoja, el designio de los sacerdotes nortños coincide, bien analizado, con el mismo que ha tenido en mente el editorialista de “El Caribe”: poner de relieve los males que nos sacuden para que se les administren rápidos remedios antes de que, encancerado del todo el tejido con el tumor maligno, reviente y estalle, en paroxismos imparables, la locura de la violencia desenfrenada.

Si este procedimiento es afortunado o imprudente en las actuales circunstancias, es asunto de delicada apreciación, y en este sentido, los sacerdotes del Cibao, deben ponderar tranquila y serenamente las reflexiones externadas por “El Caribe”.

Es dialogando, dándole contornos claros a las ideas, intercambiando pareceres, como podremos lograr que se mantenga inalterada la convivencia armónica.

Estamos seguros, absolutamente seguros, que si los hombres de “El Caribe” se hubiesen enterado oportunamente de que a un grupo de campesinos, el 27 de Febrero, porque llegaba el Presidente, se les sacó de la Catedral, sin haber cometido delito alguno y se les mantuvo en prisión por treinta y dos horas, hubieran acompañado, con todo el coraje moral que los ha caracterizado, al Director de el “Listín Diario” para que fueran puestos de inmediato en libertad.

Lo creo así porque “El Caribe” nunca ha pactado con el atropello de las libertades y siempre ha denunciado esos vejámenes, con exaltado vigor, “sin favor ni temor”.

Por otra parte, quiero hacer resaltar que los ministros de la Iglesia en la región norteña en ningún instante han negado —como a algunos les ha parecido— como injusto el derecho de propiedad. Lo que han proclamado “es el de-

recho a la propiedad", derecho que ningún sociólogo de nuestros días remite a dudas.

Lo que han dicho es que, entre el derecho de propiedad y el derecho a la vida, —ambos derechos originados en la ley natural— prevalece el derecho a la vida, en lo que coinciden con lo que los juristas de todo el mundo designan bajo la frase de "estado de necesidad".

Quiero agregar también que cuando solicitan que se limiten las propiedades rurales extensas y exclusivas, se mueven holgadamente en el marco de la actual Constitución que al pie de la letra reza así:

Se declara de interés social la dedicación de la tierra a fines útiles y la eliminación gradual del latifundio".

(Título II, Sección I, De los Derechos Individuales y Sociales. Art. 8, inciso 13, letra (a).

Es claro que el pronunciamiento sacerdotal a que venimos aludiendo ni es acabado ni es perfecto. Se ciñe a pintar circunstancias concretas. La Iglesia Dominicana ha expuesto ya en otros documentos más extensos la doctrina social católica aplicada a este país, sin que se la haya prestado mayor atención a sus enérgicos reclamos.

Si la clerecía cibaeña hubiera tenido en ánimo presentar un cuadro exhaustivo de nuestro drama agrario, hubiera tenido que añadir al cumplimiento de la "misión profética", que es de denuncia, la "misión planificadora", la cual es técnica y que está ya elaborada en la obra oficial que se titula "PLATAFORMA PARA EL DESARROLLO".

Por cierto, que es en esta obra, y no en ningún documento eclesiástico, donde se atribuyen todas nuestras desdichas económicas al inicuo régimen de tenencia de tierras ahora imperante.

De todos modos, en los momentos actuales es a la regla de oro de la prudencia a la cual hay que atenerse. Porque, tanto daño no puede provenir, con el silencio, de la extrema derecha, que no nos dejará hablar más, como de extrema izquierda, que ahora puede ampararse en la bandera de la Iglesia, para mañana acallar, la primera, a la mismísima Iglesia.

Y en este sentido creemos que el pronunciamiento de los sacerdotes del Cibao ha rendido un alto servicio a la Nación: nos ha obligado a ponernos en guardia contra toda im-

prudente exageración; ha prevenido a los que auspician la perpetuación del "statu quo" y constituye un llamado más para apresurarnos a realizar en paz los cambios y las reformas que los tiempos y la justicia social están reclamando a grito herido.

Atentamente,

P. R. Thompson

N. de R.— EL CARIBE, como respetuoso defensor de la libertad de expresión, publica esta colaboración. Sin ánimo polémico, considera, sin embargo, que la misma no contiene nada que lo lleve a cambiar su posición editorial. Es más, creemos que en sus puntos fundamentales coinciden carta y editorial.

Este periódico no quiere que se retroceda al bucólico paternalismo imperante en los tiempos de monseñor Meriño o de Monseñor Nouel, Lo que desea es que los problemas nacionales se enfoquen sin apasionamiento, sin emocionalismo, con objetividad, y que cuando se hable de derechos se recuerde que también hay deberes; que cuando se pida la fiel observancia de algún derecho fundamental no se exija, al propio tiempo, interpretaciones de otros derechos que, a fin de cuenta, conducirá a violaciones del propio orden constitucional.

ACLARACION HISTORICA

12 de Marzo de 1969

Señor Director:

La curiosidad es madre de las ciencias. Lo declaró Aristóteles, "que si lo dijese de mí no sería de fiar", para expresarme con la salada y pintoresca frase del pintoresco Arcipreste de Hita.

Es, pues, pura curiosidad intelectual y el deseo vivo de tener una idea exacta de la verdad histórica la que me mueve a preguntarme si, mientras se trataba de llegar a un acuerdo entre las partes en pugna durante la Revolución de Abril para elegir un gobierno transitorio, se cernía todavía sobre la Nación el humillante y vergonzoso riesgo de que quedásemos sujetos a una tutela extraña.

Esto lo digo, porque el Doctor García Godoy, protagonista también, en alguna forma en aquel drama, en recientes declaraciones a la prensa expresó que su aceptación de la Presidencia Provisional de la República en el año 1965 obedeció, fundamentalmente, a su noble y patriótico propósito de redimir al país de la amenaza de ser regido por poderes exóticos mediante un ominoso Fideicomiso.

Esta peregrina idea de un Fideicomiso, que cruzó como una sombra fugaz y dolorida por la cabeza atormentada de José Figueres y de otros, arrebatados por momentáneas desesperaciones, nunca hubiera podido cuajar en firme, y menos todavía imponerse, no sólo porque es incompatible con el sistema jurídico interamericano, ¡las voces airadas que se hubieran oído en el seno de la OEA!— sino también, porque esa institución de derecho internacional, únicamente es aceptable y válida para territorios que no han logrado su soberanía y a los cuales se les somete, en una especie de subordinación escolar, a un régimen fiduciario con el prudente designio de prepararlos adecuadamente a fin de que alcancen su plena independencia, arrancando de

sólidas bases económicas, sociales y culturales que hagan duradera y provechosa su cabal autonomía.

De ahí que la tal idea no llegase ni siquiera a los umbrales de las Naciones Unidas, donde, de haber traspuesto sus dinteles, habría muerto bajo los sarcasmos sangrientos no sólo de Rusia, sino también de los pequeños países que tienen, en el artículo segundo de la Carta que garantiza su soberanía, el único recurso jurídico que les permite detener la fuerza incontrastable de los prepotentes.

De los documentos que tengo ante mi vista —la manía de guardar papeles viejos es sabroso achaque del cual no he podido librarme— resulta que, aparte de otros factores que tal vez conciernan personalmente al Dr. García Godoy, su designación como Presidente Provisional se debió, con mucho y entre otras causas, a las gestiones que el llamado “Grupo de Santiago” hizo ante el Presidente Jhonson, en documento cablegráfico que se firmó en presencia del Cónsul norteamericano en Santiago de los Caballeros.

El acucioso y dinámico economista, Dr. Julio C. Estrella, escribió sobre estos asuntos, frescos todavía los acontecimiento, un opúsculo rico en documentación y afortunado en análisis perspicaces, que vio la luz pública, bajo el título, “La Revolución Dominicana y la Crisis de la OEA”, que sería bueno en estos días volver a compulsar.

Los acontecimientos históricos hay que mantenerlos en sus exactas dimensiones mientras están vivos los calificados testimonios y vigentes y comprobables las serias pruebas documentales.

De lo contrario, tendríamos que hacer nuestra la irónica sentencia de Campoamor “Yo no creo en la historia antigua desde que veo como se escribe la moderna”.

Atentamente,

P. R. Thompson

DESALENTADOR ESTADO SOCIAL

15 de Marzo de 1969

Señor Director:

Ya, inclusive, los que pasaban sus días en un plácido e inalterado sosiego, al amparo de un cándido optimismo, comienzan a sentirse afectados por un vago e indefinido temor

¿En qué parará todo esto? Es la pregunta que aflora a todos los labios y que, como un inicio de contagio de pánico, cruza de un ciudadano a otro.

El costo de la vida —para los que puedan pagarla, claro anda por las nubes. Y tan común como esta opinión es esta otra: lo que aquí parece no tener precio, porque ni siquiera se cotiza, es la vida humana

Nos hemos dedicado al jovial deporte de la caza mayor: nos estamos cazando los unos a los otros.

No concluye un día ni se abre una noche sin que la prensa nos informe, en una inmancable crónica de sangre, de un asalto, de un asesinato, del estruendoso estallido de granadas, de tumultuarios movimientos callejeros que traen siempre como secuela obligada, pesadumbres, contusiones y destrozos.

Se ha perdido incluso la fe en la justicia de los Tribunales que descargan, no sin público escándalo, a quienes los propios institutos policiales, con pruebas que parecían no dejar márgenes a dudas, señalaban como autores de múltiples y macabros delitos.

Se fomenta, como es obvio, con esa impunidad, el menosprecio al Código Penal y se presta alas al crimen que ya actúa con alegre desenvoltura y mansalva. Comisiones y comisiones se suceden para esclarecer los sangrientos hechos y sus gestiones concluyen en un impenetrable y eterno silencio.

El negocio del atraco ha resultado tan jugoso y tan sin riesgos que, hasta el momento, los ladrones de encrucijada han acumulado, en total, más de doscientos mil pesos, sin

que se hayan encontrado vestigios ni de los audaces protagonistas de esta inciviles tareas ni de los dineros robados.

Son claros, bien nítido, los síntomas de una trágica descomposición social. Vivimos en una anarquía virtual.

Sé que a muchos este cuadro sombrío, vetado de raudales de sangre, les parecerá pura hipérbole, imágenes surgidas en un cerebro asustadizo y amedrentado.

Se tendrá como una exageración. Y toda exageración, en la medida en que se exagere, es falsa. ¡Bien desearía que así fuese!

Pero los hechos no se borran ni con la desaprensión ni con el espléndido brillo de armoniosas cláusulas retóricas. En esta ocasión, como en otras, son los muertos los que rinden un testimonio mayor a toda excepción.

Cabe preguntarse: ¿por qué en ciertos círculos —por fortuna restringidos— los fúnebres acontecimientos que nos sacuden casi a diario, no les hace ni perder el sueño ni les amarga por un instante sus suntuosos y exquisitos entretenimientos? ¡Es que su sensibilidad —ya encallecida— se ha vuelto inaccesible a la facultad de horrorizarse?

Bien. Aventuremos unas explicaciones. Según mi parecer algunos se han inconscientemente elaborado una noción estrictamente etimológica y semántica de lo que es el “prójimo”. Próximo, como es sabido, se deriva de próximo. Lo que nos está cerca. Conforme a esta escueta definición, el que pierde la vida, víctima de balas homicidas, en Jima, en el barrio Luperón o en cualquiera de las autopistas que convergen en la ciudad no es prójimo.

Prójimo sería su familiar o su íntimo o aquel que, por su alto prestigio social o político disfruta de pública notoriedad. El día en que entre el ataúd en su casa, en la casa de uno de estos últimos, entonces, a éstos tales se les habrá muerto un “prójimo”.

En el entretanto, mientras esto no ocurra, seguirán diciendo que en las páginas de los periódicos no hay nada, porque no aparece la esquela fúnebre de uno de los suyos.

Otra posible explicación de la indiferencia de algunos sectores: cultivan el crecimiento de los males, lo fomentan, para dar lugar a la invocación del “Orden” que justifique el

surgimiento de una providencial dictadura que imponga, a sangre y fuego, el imperio de la ley, con el beneplácito de los afortunados y con el total naufragio de las libertades públicas y cerrando así toda posibilidad de establecer una sociedad nueva que descansa en cimientos más humanos, más equitativos y decorosos que los actuales.

Mirabeaux conocía esta astuta política: la llamaba “la política de lo peor”. “La politique du pis”.

Cualquiera que sea la racionalización de las turbias circunstancias actuales, aunque aún estamos en tiempo de detenernos en la loca y desalada carrera hacia el despeñadero, estamos, por una parte, orillando el borde de la anarquía, y, por la otra, caminamos mirando al abismo del despotismo.

Y esta es mi respuesta a la obsesiva pregunta de todos los días. ¿En qué parará esto?

Atentamente,

P. R. Thompson

PLANIFICACION

20 de Marzo de 1969

Señor Director:

La vivaz discrepancia, entre la Secretaría Técnica de la Presidencia y la Dirección de la Oficina de Planificación, que ha trascendido hoy al primer plano de la atención pública, no debería haber causado la resonancia, saturada de extrañeza, que ha provocado en los sectores interesados en los programas de desarrollo del país.

Aspira el Secretario Técnico de la Presidencia, movido por un idealismo digno de la importante causa que está en sus manos, a que junto al instituto planificador que dirige el Dr. Julio C. Estrella, desenvuelva también sus labores un "Comité de Coordinación", integrado por expertos extranjeros, que coadyuve en diseñar y en distribuir los recursos para el eficaz crecimiento económico y social de la Nación.

La negativa a aceptar este flamante organismo, como no sea a título puramente complementario, nunca sustitutivo, de parte del Dr. Julio Estrella, descansa, al parecer en razones bien claras y bien obvias: es innecesario, los planes para el cuatrienio 1970-74, ya están definitivamente trazados y ponerles las manos de nuevo significaría, además de un desconocimiento de la capacidad técnica nativa, una estéril pérdida de energías e incluso de los dineros invertidos en los salarios de los funcionarios que consagraron sus horas y sus talentos a esas delicadas tareas de bien colectivo.

Es esta, a mi ver, con toda la elegancia académica con que pueda estar adornada, una gozosa disputa bizantina, al modo de aquellas que sostenían, en el ocaso de la edad media, ciertos sutiles y atolondrados teólogos que se quebraban los sesos debatiendo, no sin frenesí, si Cristo pudo haber encarnado en forma de león o no.

Aquí, para expresarnos con desnuda franqueza, so

breabundan las entidades planificadoras. Nuestra florecencia burocrática es tan frondosa y espesa como la de la Selva Negra. Las metas fijadas, fijadas se han quedado, igual que las estrellas del firmamento, que las miramos por instantes con placer, y, al punto distraídos, las olvidamos sin pena. Los recursos a procurar, tanto en el sector privado—en un plan indicativo— como público, no se han procurado y han venido a ser como las imágenes de un sueño febril y pasajero.

Y a todos estos instrumentos operativos de desarrollo suele prestársele oídos sordos desde que se disponen, muy orondos, a presentar sus bien elaboradas sugerencias.

¿Se le ha prestado acaso atención efectiva a las “Bases para el Desarrollo”, que tanto recursos costó, y que tantos estudios y análisis, nacionales y extranjeros, exigió, y que la Oficina de Planificación presentó al Ejecutivo a fin de irlo gradualmente reduciendo a positivas y bienhechoras realidades?

La planificación exige, por definición, un proceso armónico en que a la fase de señalamientos de los objetivos, siga la ejecución, que ha de estar bajo una perpetua supervigilancia, para posibles modificaciones en el caso de que ocurran cambios significativos de circunstancias.

En este riguroso significado del vocablo comunmente recibido, no ha existido, a decir verdad, hasta el momento, en el país una auténtica y genuina planificación.

No cree que les resulte fácil desmentir esta verdad de a puño a nuestros técnicos. Con toda y su laudable buena voluntad, tendrán que reconocer que de ordinario sus planes de desarrollo han concluido en un mero ejercicio intelectual, que ha dado como único fruto un conjunto de cifras y relaciones aritméticas, desconectadas, no sólo con la realidad, sino también con quienes disfrutan, por ley del inapelable poder de decisión.

En lo que hasta el presente se ha realizado ¿se han distinguido las necesidades absolutas de las necesidades relativas o se han asignado cuantiosas sumas a proyectos infecundos e improductivos?

¿Se han tenido siempre a mano las contrapartidas a apor-

tar en pesos dominicanos que generan los dólares (uno a siete) de la ayuda externa?

¿Participan las oficinas planificadoras en la distribución y asignación de los diez y ocho millones de pesos anuales (el diez por ciento del presupuesto) de que dispone la Presidencia para su propio plan de desarrollo? ¿Qué les podemos replicar a los que, de adentro y de fuera, nos gritan que entre nosotros la agricultura constituye la prioridad de las prioridades?

Siendo las cosas así —y no son de otro modo— yo les diría, a título de consejo gratuito, a los de la Oficina Técnica de la Presidencia y al Director de la Planificación: ¡no se peleen muchachos, que eso es como nadar en el vacío, como arar en el mar, y ustedes lo saben!

Atentamente,

P. R. Thompson

PONDERACION Y ANALISIS

29 de Marzo de 1969

Señor Director:

Cuando un problema de vital interés en cuya solución está comprometida la paz social se plantea con esmerada pulcritud, sin dejar en la sombra ninguna de sus dimensiones, sin simplificar lo complejo, cualquier aporte, por modesto que sea, a su esclarecimiento, redunda en beneficio de la comunidad.

Por esta razón estimo que el sintético ensayo, aparecido ayer en su periódico, firmado por Felipe J. Vicini en que enfoca "la realidad de nuestros recursos agrarios", es digno de ponderación y de análisis.

El señor Vicini, prudente, no quiere adentrarse en el asunto solo y sin padrinos. A pocas líneas de iniciadas sus reflexiones se hace asesorar por los sabios y técnicos de la Unión Panamericana que confeccionaron, tras pacientes y valiosas investigaciones, la obra titulada: "Reconocimiento y Evaluación de los Recursos Naturales de la República Dominicana".

Ni corto ni perezoso desgaja de esa enjundiosa obra una elocuente estadística en que nítidamente consta que 26,362.49 kilómetros cuadrados, que representan el 52.2% del territorio nacional, solamente son aptas para reforma forestal. Que 11,682, son útiles para bosques o pastoreo; que 6,751.15 kilómetros cuadrados, el 14 por ciento, sirven para explotación agrícola intensiva, particularmente para las plantaciones de cañas.

El deslumbramiento que provocan de ordinario las cifras —las estadísticas son siempre fosforescentes— llevan al señor Vicini a la recia conclusión de que, restando sólo 2,886.85 kilómetros cuadrados para repartir entre 75,000 familias, no es, de cierto, en la reforma agraria donde descansa el desarrollo económico y social, sino en la industria, en la minería y en el turismo.

Se detiene uno aquí y le salta a la mente la frase de Vir-

gilio, el de "La Eneida": reptat el áspid entre las flores, latet anguis in herba.

¿Dónde se esconde el gallardo sofisma?

Lo primero: se oculta la falacia en que no se incluyen todas las tierras, todas, en una posible y equitativa remodelación del actual régimen de tenencia de suelos en nuestro país.

Como la tierra sobrante es tan escasa, precisamente por eso es imperiosa la redistribución del total. Esto lo dice la lógica social interpretando el sentido en que marcha la historia.

El señor Vicini reserva, como intocables, vastas y exclusivas dehesas, extensas plantaciones cuyos términos no alcanza la más perspicaz y aguda mirada.

En esto no lo acompaña el citado estudio de la Unión Panamericana que, en la página 278, del primer volumen, reconoce que "el Estado dispone de tierras de buena calidad para fines de colonización". Y agrega, "que una fuente adicional de tierras para fines de reforma son las de la Corporación Azucarera Dominicana". El señor Bucher, ha refrendado esta lúcida verdad, en muy recientes declaraciones. Esto, sin hablar de las propiedades particulares.

Quiero advertir en este punto que no han sido los 53 de Santiago ni los sacerdotes de Higüey y de La Vega, los que con más terca y obstinada insistencia han puesto de relieve que la concentración de tierras en pocas manos en este país es un rasgo saliente de la injusticia social imperante y causa del retraso económico.

Tales afirmaciones están contenidas, sin embozos, en la llamada "Plataforma Para el Desarrollo de la República Dominicana 1968-1985" y en cuantos estudios socioeconómicos se ha publicado dentro y fuera de la Nación.

Parece obvio, por otra parte que sin una reforma agraria seria, bien planificada y mejor ejecutada, hecha a derechas, como Dios manda, una auténtica industrialización del país es punto menos que quimérica. ¿Se puede acaso pensar en una genuina y moderna industrialización donde no existe un mercado interno? ¿Puede haber un mercado interno real cuando el 70% de la población (la campesina) carece de poder adquisitivo?

Me estoy alargando más de lo que estas columnas con-

sienten. Restaría aún mucho que cortar, que cernir y tamizar en el artículo del señor Felipe Vicini.

Me importa señalar, sin embargo, que quienes han hablado aquí de la urgencia de la reforma agraria y de la necesidad insoslayable de rápidos cambios sociales y económicos, no son contemporáneos de Colón. Ni creen, con el Padre Antonio Valverde (Valor de la Isla Española) ni con Moreau-de Saint Mery, que se inspira en el dominicano, que las tierras de Pedernales son tan feraces que las coles, al crecer, alcanzan el tamaño de un hombre.

Son investigadores más frescos, más oreados con aire de modernidad y revestidos de más sólidos saberes, lo que le han servido de seguros guías.

El asunto es dialogar, y no en un diálogo entre sordos. No engarzarse en un intercambio de quemantes vituperios. Infundir respeto por la propiedad privada, pero sin dejar de acentuar que ella, la propiedad privada, tiene inexcusables responsabilidades con la comunidad y que ya pasó la época de aquel derecho. El Romano en que el propietario estaba autorizado a usar y abusar de lo suyo, como si los otros, que son los más, los marginados y los hambrientos, no existiesen.

No emulemos, ni unos ni otros, al aprendiz de mago que desataba energías que luego no sabía cómo recoger. Pero tampoco rivalicemos con el avestruz que esconde la cabeza al asomarse la borrasca deshecha.

No quiero poner punto final sin recomendarle, muy de corazón, al señor Felipe Vicini la lectura del artículo que sobre el "Influjo de la Distribución de la Tenencia de la Tierra en la Economía Dominicana" publica en el No. 4 de "Estudios Sociales", José Luis Alemán. Es rico en reflexiones y en graves amonestaciones.

Atentamente,

P. R. Thompson

SORPRESA

3 de Abril de 1969

Señor Director:

Cuando las sorpresas se suceden unas a otras sin solución de continuidad, se nos atrofia inesperadamente la capacidad de asombro y nos hacemos increíblemente inaccesibles, incluso al más normal y lógico de los espantos.

Esta mañana, bien de mañana, al dar en la prensa con la extraña información de que se les había cerrado la entrada al país a un grupo de Hermanos de La Salle, que acudían a nuestra tierra con el fructuoso propósito de congregarse a intercambiar ideas y experiencias para el progreso y remozamiento pedagógico de sus centros educativos, me quedé de piedra, como dicen los españoles de hoy en una frase bien gráfica y bien expresiva.

Mi estupor no proviene del hecho en sí: a tiempos excepcionales, excepcionales medidas. Lo que me ha dejado sin aliento es que no se haya agregado, a la inusual disposición, una explicación amablemente justificativa.

Lo que me ha hecho enarcar las cejas, ante la nueva y rara decisión, es que la orden se haya dictado sin aparente causa atendible, prestándosele al gesto un aire de arbitrario talante, análogo al que en su omnipotencia empleaban los imperiales autócratas cuando firmaban sus ordenanzas con un simple: "porque así lo quiero y porque así lo mando". Sic volo, sic jubeo.

Dar razones es cortesía de los que mandan. Y si se pretende vivir en un régimen de libre examen, en una sociedad franca y abierta, entonces, lo que en otras épocas constituía un señorial y fino cumplido, se convierte en inexcusable deber.

Esto es tanto más obligatorio cuando existe un instrumento internacional cuyas cláusulas, mientras no se denuncien y abroguen, constriñen a su más exacta observancia.

Leo en el Convenio vigente entre la Santa Sede y el Go-

bierno Dominicano (Art X — 1-2): “Las autoridades eclesiásticas podrán usar los servicios y la cooperación del clero extranjero, secular o religioso, y confiar a sacerdotes extranjeros, dignidades, oficios y beneficios eclesiásticos, cuando lo juzguen conveniente para el bien del país o de su Diócesis o Prelatura”.

No hay que aguzar mucho el entendimiento ni perderse en sutiles hermenéuticas para comprender que ésto, además de aplicarse a oficios y beneficios, también cabe a las tareas de la enseñanza que es un servicio y que esta disposición supone el libre tránsito del clero foráneo, si éste está o viene a nuestro suelo con el beneplácito de los máximos jerarcas de la Iglesia.

Si, por otra parte, el régimen de turno, cualquiera que sea su índole o carácter, algo tuviese que incriminar a un miembro de la Iglesia, a la mano tiene el número 2 del artículo IX del mismo pacto internacional que le indica el cauce por donde hacer correr sus justas y legítimas quejas.

Lo que hay que evitar, para ahorrarnos mayores desavenencias e innecesarias colisiones, fuentes de estériles querellas, es que la fruición del pleito por el pleito, ahonde abismos, siempre a voleo cizañas, en detrimento de una paz que ha costado mucho establecer y a cuya consolidación todos debemos contribuir magnánimamente.

Entre nosotros, la paz, particularmente la paz espiritual, no es un lujo: es una estricta y urgente necesidad.

Sin ella, el futuro no puede reservarnos más que dramas, tragedias de corte griego.

Atentamente,

P. R. Thompson

LIBROS SI

3 de Mayo de 1969

Señor Director:

El Honorable Señor Presidente de la República, en una de esas frases que de tarde en tarde le salen de los puntos de la pluma, modeladas con exquisita maestría, acaba de señalar, en la pieza oratoria pronunciada ayer en el Instituto Superior de Agricultura de Santiago que, entre otros eficientes factores que contribuyen a labrar el futuro inmediato del país, hay que contar al libro, ya que, según sus propias palabras, “no sólo nos unguirá con el carisma de la cultura sino que también integrará a nuestro espíritu lecciones permanentes de madurez política y de probidad ciudadana”.

Es infortunado, —y penoso además— que no todos los colaboradores del Primer Mandatario participen con igual fervor de ese luminoso y fértil criterio.

Se llega a esta lastimosa conclusión cuando se entera uno de que funcionarios de superior jerarquía se niegan porfiadamente a acordar facilidades para que se forme y estructure una biblioteca mientras se empeñan en que los dineros consagrados a esos altos fines se malbaraten inútilmente en lujos infecundos e inoperantes.

Ocurre que los gerentes de la escuela “Carol Morgan”, que tan valiosos servicios pedagógicos han prestado ya a la Nación, han levantado, con esfuerzos casi heróicos, un nuevo edificio cuyo costo de construcción trepa por encima de los doscientos mil pesos.

Como existe una Ley (la No. 5291, que despidе mal tuфillo por su origen), tan desatinada como antieconómica, particularmente si se trata de un país hundido en el pozo del subdesarrollo, que obliga, cuando el costo de la obra excede a los treinta mil pesos, a invertir el dos por ciento en mármoles, travertino o alabastro nacionales, facultando al

titular de Obras Públicas para exonerar de esa obligación, la escuela "Carol Morgan" solicitó que se le permitiese consagrar esa suma —cinco mil pesos— a la adquisición de libros que estarían a disposición permanente de los educandos en ese eficiente centro de enseñanza.

La solicitud, encaminada a formar la biblioteca, les ha sido tajante y radicalmente denegada. Y esto, —paradoja que nos ridiculiza— en pleno "Año de la Educación".

Vivimos en medio de contrastes tan hirientes como inexplicables. Nos desatamos en himnos jubilosos a la cultura y cegamos las fuentes de donde emanan. Podría repetirse de nosotros lo que de Benjamín Constant se dijo respecto a la libertad: la canta sin amarla.

Más dichosos que los directores del "Carol Morgan" han sido que integran la Corporación del "First National City Bank".

Pidieron, y se les acordó al punto la exención de revestir de piedras preciosas su flamante edificio.

Es de suponerse que para dar riendas sueltas a esa generosa benevolencia no se tuvo en cuenta que se trataba de una construcción consagrada a ser sede de un mercado de capital, y que, por consiguiente, son ricos sus administradores y que, además, proviniendo los dólares desde el extranjero, era más lógico exigirle contribuyesen al fomento y promoción de nuestra paralizada industria marmolera.

No voy ahora a gastar prosa disertando —¡que fácil me resultaría!— sobre el carácter productivo de las inversiones con destino a la educación.

A esta altura de los tiempos es más que evidente, es ya tópico, que si el hombre es el capital máspreciado —y así incluso lo reconocen los economistas más dados al utilitarismo— cuanto valora y realza al hombre, enriquece ipso facto a la comunidad en que viven.

La negativa, por tanto, del Secretario de Obras Públicas al "Carol Morgan", no sólo traduce un involuntario desdén por los valores culturales, sino que constituye también un error de cálculo económico, dados los rendimientos positivos que el saber, en todas sus gamas, desde el humanismo hasta la tecnología, que es aplicación práctica de la ciencia, da al progreso y desarrollo del país.

A veces pienso —ojalá me equivoque— que estamos en-

venenados, hasta el embobamiento del arrobo, por el estéril afán suntuario.

Mientras, sin culpa de nadie, sino de la triste condición del subdesarrollo, nos carcome el hambre y la ignorancia, la ausencia de vigor y de luces, vivimos soñando, como presas del delirio placentero del hachis, en fuentes multicolores, en jardines con estatuas a lo Versailles, en miradores con perspectivas abiertas sobre horizontes infinitos, que nos bañan las pupilas de bellas acuarelas marinas.

Me viene a la memoria por espontánea asociación de ideas, aquel personaje de sainete, desarrapado, que para recordar que había sido rico se negaba a desprenderse del luciente diamante que ostentaba, con orgullo, en la mano que agitaba sin cesar.

Yo estoy seguro, absolutamente seguro, que el Presidente de la República no está al tanto de la negativa de que han sido objeto los del "Carol Morgan"

Estoy seguro que de estar enterado, se asociaría al coro de los alumnos del "Carol Morgan", que gritan: ¡mármoles no, libros sí!

Atentamente,

P. R. Thompson

LA DOCTRINA DE LA IGLESIA Y UNAS SUGESTIONES

27 de Junio de 1969

Señor Director:

Proudhon, el del Socialismo romántico, aquél que dijo que la propiedad era un robo, dejó estampadas en sus Confesiones de un Revolucionario, estas singulares palabras: "Es cosa que admira el ver de qué manera en todas nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la teología".

Y yo, con Donoso Cortés, me asombro del asombro de Proudhon.

No hay circunstancias concretas en que el hombre se mueva que no estén enmarcadas en los límites de las normas éticas, que no tengan, como inexcusables puntos de referencias, lo justo o lo injusto.

En este campo, la Iglesia, que se cree a sí misma la tutora de la ley natural y que estima que tiene para ello garantías de orden sobrehumano, exige que se le reconozca y respete su libertad para emitir juicios morales, para declarar que es, en las ineludibles relaciones humanas, a la luz de su doctrina social, lo inicuo y lo justo, lo que se le debe a la persona y lo que constituye una lesión inadmisibile a sus íngénitos derechos fundamentales.

Es firme convicción del Catolicismo que su misión pastoral es esencialmente un servicio de inspiración y de educación de la conciencia de los creyentes para ayudarlos a percibir las responsabilidades de su fe, en su vida personal y en su vida social.

Cree que esto —la justicia social— va con aquello —el reino de Dios— y que no entraran en este último, quienes no hayan cumplido con aquello.

En una sociedad en que impere el principio del libre examen, en que cualquier ciudadano, por el solo título de

ser hombre, tiene la prerrogativa de expresar su criterio, no se puede, por tanto, sin incurrir en contradicciones y sin desertar del credo democrático que tanto se alardea de profesar, pretender hacer enmudecer a los pregoneros y heraldos de un cristianismo innovador y muy puesto al día.

Me parece qué, en el orden de los principios, estas nociones son bien elementales, bien diáfanas y nítidamente transparentes.

A estas alturas de las edades nadie podría, sin sonrojarse, someterlas a discrepancias, como nadie podría, sin desafiar al ridículo, andar por esas calles de Dios, como no sea en días de multicolor carnaval, vestido a la Griega o a la Romana.

Siempre es penoso —y a ratos peligroso—, sentirse un tanto arcaico; un poquitín atrasado: o en las ideas o en las modas.

Pero ocurre —según recientes declaraciones del Presidente de la República— que hay un enjambre de sensibles dominicanos —no insertos, claro, en la dolorida muchedumbre de los orillados— que han dado en propugnar, asustados tal vez de sí mismos, que la enseñanza eclesial es de tono y esencia intrépidamente subversiva y compromete la estabilidad de las instituciones legales.

Cuando desde el púlpito o desde la radio se proclama que es un agravio al labriego y a la sociedad la existencia de latifundios y de tierras insuficientemente explotadas; cuando se dice que el bienestar se reparta, como se distribuyen en igual medida las comunes tragedias; cuando se pide libertad para que los hombres del agro, dispuestos a cumplir sus deberes, se agrupen en sindicatos para defender sus derechos, de igual forma a como se mancomunan los patronos, inspirados en el puro lucro, con designios de promover sus intereses, entonces, estos reclamos, se aprecian como virulentas e inflamatorias interpelaciones a la insurrección y al quebrantamiento iracundo del sosiego colectivo.

La verdad es que la iglesia, porque está persuadida que engendra mayores males que los que remedia, ni auspicia ni alimenta los métodos de la acción directa. Entre sus cultos no figura el de la violencia: son otros, los que, con sus intemperancias, la constituyen en tentación inaguantable.

Su misión específica, la de la Iglesia, es cambiar las mentalidades que, a su vez, abiertas y transformadas, oreadas con los aires modernos, limpias de telarañas, exigirán el indispensable cambio de las estructuras.

Tiene ella por cierto, que en estos países nuestros, la violencia, soterada, se acumula, como el vapor en una caldera herméticamente cerrada, por obra de un cúmulo de seculares injusticias.

Y que, por tanto, disipar esas situaciones inhumanas aflojar esas enérgicas tensiones, constituye una sustancial y eficaz contribución a consolidar la paz.

No, desde luego, la paz —siempre potenciada de frenéticos arrebatos emocionales—, de los resignados que lo son hasta un día, sino a una paz que tenga por cimiento la verdad, por fundamento la solidaridad y sea fruto perfecto de una acabada justicia.

Antes, pues, de que el gabinete del Dr. Balaguer, arrojando alegremente más combustible al fuego, se apresure a expedir un comunicado en que, bajo la sutil cobertura de frases relamidas y de eufemismos protocolares, desestime la doctrina social de la iglesia como portadora de gérmenes de convulsiones colectivas, me voy a permitir, desde esta columna, hacerle al Presidente una sugerencia. Que la coja o que la deje: Yo la hago

Digo esto, porque sé que no suele ser del agrado de los mandatarios que le brinden consejos gratuitos. Pero como cada ciudadano es, en la parte alícuota que le corresponde, responsable de lo que ocurra en su país, me creo con credenciales válidas, para proponer medios que concurren, en alguna medida, a conservar la inestimable armonía social.

No hay que extremar la perspicacia, ni afinarla, para caer en cuenta de que aquí, entre la confusión de ideas y los mezquinos intereses egoístas, inaccesibles a toda luz de renovación, se está creando un clima cargado de componentes fulminantes.

Comencemos, por consiguiente, para purificar la turbia atmósfera, por deslindar jurisdicciones y competencias.

Mientras no clarifiquemos y no nos pongamos de acuerdo en las ideas de donde se derivan los hechos, hoy las colisiones serán con los padres Figueredo y Varona, y mañana serán con otros, hasta que, de tanto chocar, estalle y salte la paz hecha sangrientos añicos.

Sería fructuoso, a mi ver, como un primer saludable paso, que la Comisión Gestora ponga en su agenda el auspiciar un cursillo sobre el contenido y alcance de los documentos de Medellín, y pase la iniciativa a la Comisión de Desarrollo, —que parece ser un bastión inexpugnable— cuyos miembros serían los primeros en obligarse a participar en ese diálogo.

La Iglesia escogería lo mejor a su alcance para exponer su doctrina, dando también ocasión a un coloquio abierto, leal y sincero.

Creo que de esta manera el Director de Turismo comprobaría que, si bien se analiza, la tarea sacerdotal no está amenazando la tranquilidad nacional que él necesita para su profícua faena de atraer divisas; el Licenciado Federico Alvarez, —cuyo artículo en la Información se calificó de magistral—, echará de ver que no se le está diciendo a los pobres que ellos deben dejar sin pan a los ricos, sino a los ricos que no dejen morir de angustias a los pobres; los comerciantes, los abogados, los empresarios, los que integran la clase directora, comprenderán que se les están ahorrando pésimos futuros ratos, porque, como dijo recientemente Prebisch, con su incuestionable autoridad, si no se nivelan las irritantes desigualdades sociales, con o sin teologías, las violencias, en breve o a la larga arrebatarán, por malos modos, los derechos que se le negaron a la justicia y que se le rehusaron irracionalmente a la razón.

No caigamos en el extravío de fiarlo todo a la eficacia de la fuerza, como si el éxito fuera su eterno compañero.

Sir, le decía Talleyrand a Napoleón, todo se puede hacer con bayonetas, menos sentarse en ellas.

No me agradan las frases que respiran intimidación: exacerban el orgullo que es siempre un pérfido consejero.

Pero esas frases las ha escrito la historia.

Y no hace tanto, como para que se nos hayan escurrido de la memoria.

Hay, pues, sus precedentes. Y no fuera de aquí. Y no muy remotamente, sino, como quien dice, ayer.

Atentamente,

P. R. Thompson

IGLESIA Y ESTADO

3 de Julio de 1969

Señor Director:

El Honorable Señor Presidente de la República, con la serena gravedad que armoniza con su alta investidura, declaró, en su última rueda de prensa, que el convenio sellado entre el Estado Dominicano (El Estado Dominicano y no ningún régimen fugaz y transitorio) y la Santa Sede, (no el Papa Pío XII) es un instrumento inoperante, es letra muerta, que vive solo y palpita en las exoneraciones que el Gobierno acuerda, a título gracioso, a la Iglesia.

Es de observarse, en primer término y para común ilustración y edificación, que, si bien se pondera, las magnánimas concesiones a que aludió el Primer Magistrado, no son de suyo benévolos favores, liberales mercedes, otorgadas a personas (artículos VII, X, XXI, XX, IV), sino que directa o indirectamente, por ceñirse la otorgación a objetos del culto o al culto consagrados o para conferir más vigor y eficiencia al ministerio pastoral, tratándose de un pueblo mayoritariamente católico y de una iglesia de escasos recursos económicos, son privilegios, que se le dispensan, en definitiva, a todos los dominicanos que recitan el credo de Nicea, cobrando por esta causa, esos privilegios, un carácter de espiritual servicio público.

Dicho en otros giros, esas exenciones tributarias, que no empobrecen, de fijo, a la riqueza pública, como otras tantas, en realidad, se le brindan al pueblo de Dios que peregrina en estas tierras que, de veras, no acierto a saber por qué Colón, con haberle ido tan mal, como a la Iglesia ahora, amó tanto.

Con todo, esas declaraciones presidenciales, le abren a la jerarquía eclesial vernácula, la magnífica oportunidad de dar un claro testimonio, —renunciando voluntariamente a esos privilegios—, de que también para ella han doblado ya

las campanas, se han celebrado las exequias de la llamada "Era Constantiniana", en que era de estilo —y de mal gusto— que el altar cortejara al trono y la espada, a su vez, protegiera con su medrosa sombra a la cruz.

Yo supongo —y es un suponer lógico que brota de lo más vivo del corazón— que a los Máximos Jerarcas de nuestra Iglesia, generosamente dispuestos como están a reducir a práctica el auténtico "Aggiornamento", le estarán vibrando con pertinaz insistencia en los oídos, en estos momentos, las enérgicas cláusulas de la Constitución "Gaudium et Spes", que forman parte de las nuevas luces que irradió el Concilio Vaticano II, y que, a la letra, suenan así:

"Ciertamente, las realidades temporales y las realidades sobrenaturales están estrechamente unidas entre sí, y la misma Iglesia se sirve de medios temporales en cuanto su propia misión lo exige.

No pone, sin embargo, su esperanza en privilegios dados por el poder civil; más aún, renunciará al ejercicio de ciertos derechos legítimamente adquiridos tan pronto como conste que su uso puede empañar la pureza de su testimonio o las nuevas condiciones de vida exijan otra disposición" (G.S. Cap. IV. 76).

Con este gesto de austero desasimiento, de abandonar la aparente protección económica estatal, realizado, claro está, con humildad y sin altivas arrogancias, atestiguaría, la Iglesia dominicana, que sólo la Palabra Evangélica desnuda y encarnada en el presente, es capaz de transmitir y de comunicar la buena nueva, el Kerigma, que Cristo fértilmente sembró en ella.

Anunciarían los Obispos, tomando esa generosa determinación, la resurrección de un nuevo rostro del cristianismo dominicano, y harían recordar, sin cesar, la frase conmovedora de aquel que dijo, como un llamado al ejercicio de una perfección heroica: "Las raposas tienen su madriguera, pero el Hijo del Hombre no posee ni una piedra siquiera en que reposar su cabeza".

A eso se ha de llegar, superando obstáculos sobrehumanos, comenzando por triunfar de nuestros propios egoísmos, porque los vientos imparables del Espíritu soplan,

violentos, como bocanadas de borrascas deshechas, en esa noble y ascética dirección.

De una cosa, sin embargo, con o sin convenios internacionales, no puede abdicar la Iglesia: de su libertad.

De esa libertad e independencia indispensable para el cumplimiento de su misión, y para derramar su doctrina social, que no es dominicana, ni española, ni cubana, sino universal.

No puede dejar de estar, sin ser desleal a sus orígenes, aferrada a esa autonomía, que le está reconocida en varias de las cláusulas del Concordato y de cuya vitalidad y conveniencia de plena vigencia dá veraz testimonio el "Affaire", —inexplicable affaire— de los padres Figueredo y Varona, en quienes, más que defender personas, que son siempre sombras que pasan, se protegen y salvaguardan principios tan perpetuos como irrenunciable.

Dos observaciones más, antes de poner punto redondo, me importa formular a lo expresado anteanoche en la aludida conferencia de prensa.

Sea la primera la referencia que se hizo a casos ocurridos con sacerdotes en Colombia y en España.

De lo de Bogotá nadie, hasta el momento, ha podido ofrecer pormenores concretos. De lo acontecido en España, por ágiles reseñas del ABC, sabemos que se trata de eclesiásticos vascos en quienes el ímpetu y apasionado anhelo por una "Euzkadi" soberana, encandilada en ellos la razón por deslumbradores estados emocionales, se han dejado arrastrar a proteger desaprensivos terroristas, cayendo, de esa forma, en una complicidad que sanciona gravemente el Código Penal.

Nos preguntamos: El padre Figueredo y el padre Varona ¿son reos de crímenes?

Y aún en el caso de que las autoridades públicas de Bogotá o de Madrid hayan quebrantado irresponsablemente y sin mayores consecuencias sus solemnes compromisos con el Vaticano, cabría también hacerse esta interrogación: ¿es que acaso el delito ajeno justifica el propio?

Por fin, quiero recoger la duda de un periodista amigo a quien lo tiene perplejo y le trabaja el ánimo, desde hace muchos días, la incertidumbre de si la ley de inmigración

dominicana es aplicable, sin excepción, a todos, lleven o no hábitos eclesiásticos.

Lisa y llanamente, cuando está en juego un tratado internacional, no.

El derecho Internacional público, —una de cuyas máximas sagradas es de “*Pacta Sunt Servanda*”—, como lo sabe la Comisión Consultiva de Relaciones Exteriores, prima en la práctica, —cualesquiera que sean las teorías en el orden especulativo— sobre el derecho interno, y en términos más eminentes, sobre una ley adjetiva, como lo es, sin duda, la norma que regula el burocrático y político Departamento de Inmigración.

Si no fuera de esta suerte, si los acuerdos jurídicos que enlazan a los países, no estuviesen al margen y por encima de las leyes domésticas, bastaría que un Estado cambiase de constitución para sentirse, ipso facto, desobligado de sus compromisos con otras naciones.

¡Que gran “chance” abierto complacidamente por la doctrina al talante caprichoso de los Césares, o parodias de Césares, de ayer y de hoy, en todas las latitudes y bajo todos los cielos!

Y es por ello que nuestra Carta Magna, (Art. 3) convierte en regla jurídica del país los principios del Derecho Internacional, siguiendo en esto una unánime y universal pauta que los Estados Anglosajones han cifrado en este axioma: “*International law is a part of the law of the land*”.

Pero son estos, academismos deportivos, ejercicios bizantinos, que no vienen a cuento, y que no pueden obscurcernos la convicción de que siempre nos resultará extraño, en el orden de la política empírica, por qué, para cazar dos abejas se dan de palos al colmenar, y por qué, por fin, lo que el Presidente de la República ha calificado como una “torpeza” del Departamento de Inmigración, después de perpetrada, se ha ya trocado, por obra de milagrería política, en una lúcida y sabia medida protectora de la estabilidad de las instituciones nacionales.

Atentamente,

P. R. Thompson

PERJUDICIALES DEFICIENCIAS

5 de Julio de 1969

Señor Director:

Entre los reclamos que las Autoridades Públicas Dominicanas formularon al muy amable y muy liberal señor Nelson Rockefeller, con el vigor afable y comedido con que los pequeños dialogan con los grandes, figura la solicitud de que la ayuda exterior otorgada a nuestro país nos sea acordada con franca libertad para fijar las metas prioritarias a cuya realización van a ser asignados los recursos económicos recibidos.

Nada es más justo.

Las Naciones altamente industrializadas, olvidadas del todo de los deberes que impone la solidaridad humana, de ordinario, sólo fecundizan con su auxilio financiero aquellas zonas económicas que, en el ámbito de los países favorecidos, les están por el momento cerradas y que necesitan, por consiguiente, romper para dilatar y ensanchar su frondoso y placentero comercio.

De ahí el agrado con que en las sociedades de consumo exuberante, en las sociedades opulentas, se emplee, con gozosa y mal disimulada preferencia, en vez del vocablo desarrollo, el término “expansión” que, como por sí mismo indica, es sinónimo de alargarse en el espacio, como las sombras cuando el sol va de caída, de conquistas de nuevas plazas antes por ellos inocuadas.

La capacidad de donativos —dice a este respecto Le Bret— de préstamos y asistencia técnica a los países menos ricos constituye un índice de “expansión” para los países de antiguos y nuevos colonialismos.

Y agrega, el sabio y experto escritor, esta consideración, que debe tener en cuenta y sopesar, con sumo cuidado un fino sentimiento nacionalista, que nada tiene que ver con el ciego, exclusivista y exaltado “chauvinismo”:

“Es difícil —dice el autor de Dinámica Concreta del Desarrollo— separar el deseo de “expansión” del deseo de poder y dominio. Un país “expansivo”, añade, siente la

necesidad de asentar su expansión en la seguridad de mercados para sus productos y de terrenos favorables para la penetración de su cultura”.

Por otra parte, este tipo de financiamiento exterior atado, en la señalación de objetivos a desarrollar, a los designios de los concesionarios fomenta de continuo el enriquecimiento de unos pocos y hunde en el infierno de la miseria a unos muchos: suministra capital a los que ya lo tienen con holgura y el bienestar no se desborda jamás sobre las masas infortunadas que son, en rigor de verdad, las más afectadas por el doloroso estado de subdesarrollo.

Sin embargo, en esto de imponerse blancos, finalidades económicas y sociales a alcanzar, de manera que, como dicen los franceses, con aparente tautología, lo primero sea lo primero, — *il faut commencer pour le commencement*—, nosotros los dominicanos no estamos redimidos de culpabilidades. Y, lo que es peor, parece que no nos anima un razonable y fecundo propósito de enmienda.

Entre nosotros no se ha elaborado, para fines de realización seria, un programa global de rigurosas y estrictas prioridades.

Hemos querido atender, como de golpe y en tropel, a un mismo tiempo, al cúmulo de problemas que nos asedian y abruman, casi sin orden ni concierto, sin ajustarnos sostenidamente a un diseño que se vaya cristalizando, sin paréntesis de reposo, fase por fase.

Hemos dejado intactos todos los factores que frenan o retardan el desarrollo.

En este sentido.

—No hemos progresado en la creación de un mercado interno, porque persiste sin grandes mejoras la incapacidad adquisitiva de campesinos y obreros.

—No hemos puesto coto a los márgenes comerciales excesivos.

—Prosiguen, aunque en muy breve menor escala, las importaciones de bienes de confort y de lujo.

—Hemos realizado a granel inversiones de tipo suntuario, con fines de prestigio y de proselitismo político.

—No hemos creado una conciencia serena que esté, como en el fiel de la balanza, entre la xenofobia emotiva y las facilidades y docilidades del entreguismo trivial.

Estas y otras quiebras de nuestro sistema económico tienen como causa, entre otras, la desarticulación de los organismos del Estado, la multiplicación de oficinas planificadoras que no son atendidas en los proyectos que elaboran —recuérdese la Plataforma y el Plan de la Secretaría Técnica de la Presidencia— por no estar en coordinación directa, y realmente efectiva, con el poder político decisivo.

No reina un auténtico espíritu de equipo, de asociación solidaria, ni en las concepciones ni en las ejecuciones, entre aquellos que por sus funciones retienen en sus manos el destino del país.

Se hace, pues, imperativo, si queremos caminar a paso gradual y seguro, y seriamente, por los senderos del desenvolvimiento económico y social, la reestructuración de los Departamentos Administrativos y la formulación de un programa sólido de desarrollo, en que se midan necesidades y posibilidades, poniendo las unas, las absolutas, antes de las relativas, y que esto no se quede en un mero y brillante ejercicio académico.

Se debe, asimismo, hacer que participen, en la preparación y en la porfiada ejecución de ese plan, todos los sectores sociales —principalmente los sectores obreros y campesinos, para que sean agentes activos de su propia promoción humana— y no sólo aquellos, los escogidos de siempre, que sólo pondrán empeño en llevar las aguas a su molino, haciendo que la riqueza pública, como un asno de noria, circule en una especie de circuito cerrado, aunque más de medio pueblo dominicano, agitado por la desesperación que ocasionan las inmerecidas injusticias, muera de sed y perezca de hambre.

Caeríamos en el terreno de lo apasionado —y aún pecaríamos de injustos— si quisiéramos incriminar a nadie en particular por estas perjudiciales deficiencias.

Es una culpabilidad difusa y vaga, que está escondida, como en su madriguera, en las viciadas entrañas de las actuales estructuras, si bien no escasa porción de la responsabilidad gravita a plomo sobre las conciencias de las clases decididamente dirigentes.

Atentamente,

P. R. Thompson.

VANDALICO DESMAN

24 de Julio de 1969

Señor Director:

Del vandálico desmán perpetrado por manos salvajes en nuestra Catedral, bien puede decirse, parodiando una frase famosa, que tanto como un crimen fue una insigne estupidez.

No se granjean simpatías por una causa en litigio ofendiendo, de un solo golpe brutal, a la religión, al arte y a la historia.

Al enjuiciar el hecho, por todos conceptos abominable, podrían inferirse, sin embargo, conclusiones, que no respondan a la confusa realidad social que configura nuestro actual inquietante vivir.

Aún a riesgo de ser mal interpretado me aventuro a pensar que la desfiguración iconoclasta de la Virgen de la Antigua es más obra de una bárbara ignorancia que respuesta a las instancias de una ideología rabiosamente antirreligiosa.

Es cierto que Lenin, mostrando con ello poco aprecio del arte, en un momento conflictivo de la revolución que encabezaba, antes de lanzar su programa de la N.P.E. (Nueva Política Económica) vendió a occidente, a precios hoy irrisorios, auténticas obras maestras del arte. Pero no es menos verdad que el Museo del Hermitage, en Leníngrado, en cuyas galerías los zares habían congregado con exquisito buen gusto inapreciables joyas estéticas, quedó intocado en medio del tumulto llameante de las hordas que en imparable olas sucesivas caían sobre el viejo palacio de San Petesburgo. Todavía hoy para sentir la emoción que hace brotar la dulce y armoniosa "Madonna del Garófano", de Rafael de Urbino, hay que acudir a aquella suntuosa mansión que la lúbrica y volteriana Catalina había iluminado con todas las gracias del Renacimiento.

La ideología, pues, por sí misma, aunque falsamente es-

time el arte como uno de los tantos obligados reflejos de la economía, negándole al hombre la gloria de la libertad creadora, no es tampoco tan torpe como para prescribir la destrucción o el deterioro de producciones ejemplares que testimonian, entre otras cosas, el genio del hombre y dan fe de los rasgos que definen los perfiles sociales de épocas pasadas.

No es, por tanto, a mi ver, el hecho salvaje que tanto nos ha dolido, fruto de una doctrina,, sino de no tener ninguna.

Durante la Revolución Francesa turbas encendidas e incendiarias descendieron como una riada desde el barrio de "San Antonio" y echaron abajo, con sogas la Galería de los Reyes, que ennoblecía y adornaba la fachada de Notre Dame, creyendo que eran los antecesores de la dinastía de los Capetos, cuando eran la figuración y el recuerdo de los bíblicos reyes de Israel.

¿Tenía acaso este gesto destructivo nada que ver con la Declaración de los Derechos del Hombre, con la proclamación de la igualdad, de la fraternidad y de la libertad?

En toda revolución se mezclan ingredientes salvajes, maleantes de toda laya, bestiales, coléricamente estúpidos. Y es a éstos a quienes no hay que permitirles que ultrajen a mansalva a los derechos de terceros y que destruyan inescrupulosamente lo que es patrimonio común.

No estoy defendiendo a los comunistas. Abierto al diálogo como estoy y firme creyente de que todo totalitarismo es negación absurda y cruel de todos los derechos de la persona, lo que no quisiera es que los hechos en la Catedral den pie y alas a un ciego macartismo que ocasiona más ruina a la democracia y al progreso de una genuina justicia social que el propio comunismo.

Es muy posible también que se haga recaer la responsabilidad de lo acontecido en la debilidad de la jerarquía católica. Recordemos de paso que los Obispos, en la última reunión de la Conferencia Episcopal, repudiaron la ocupación de las Iglesias.

Piénsese serenamente en la dilemática posición de los mitrados. De un lado, la eventualidad de atropellos con sangrientas y luctuosas consecuencias, que de no haber ellos intervenido en última instancia se les iban a atribuir. Y de

la otra parte, los posibles irrespetos a lo sagrado y a nuestra riqueza cultural.

Pero ni a los obispos, ni a nadie, absolutamente a nadie, le hubiera cruzado por la cabeza que la furia bestial hubiera nunca podido alcanzar los grados que alcanzó en los últimos desmanes de la Basílica Metropolitana.

La lección es costosa, más hay que aprovecharla. Importa ya ir discerniendo a quienes se les brinda protección: a los delincuentes no, a los oprimidos, sí.

Que no se siga confundiendo a los cristianos, a cuantos reclaman sus derechos, cumplidos sus deberes, con los "cristeros" de nuevo cuño, que se amparan en banderas eclesiales para quebrantar, sin mayores ideales, la solidaridad social. Afinemos el olfato y afirmemos el tacto.

Se me va a perdonar, pero yo no advierto mayor diferencia entre los que desahogaron su sadismo contra un inocente avestruz del jardín zoológico y las bestias tropicales que desdibujaron el rostro —entre español e indio, como símbolo de la fusión de razas—, de la Virgen de la Antigua en que su posible autor, Miguel Sithium, aspiró a juntar, en armonioso consorcio, el realismo de lo flamenco, la fe de España y las inéditas riquezas de una estirpe que acababa de entrar en contacto con las luces inmortales de la civilización renacentista.

Drake, que tanto destruyó, con una absoluta insensibilidad ante la belleza, respetó esa imagen como si una fuerza invisible hubiera detenido su mano criminal.

De estos que perpetraron el ominoso e incalificable hecho podría repetirse lo que se dijo de aquella casa principesca del siglo XV italiano que destruían los monumentos antiguos para revestir con sus mármoles, sus propios recién hechos palacios: "Quod non fecerunt barbari, fecerunt Barberini".

Atentamente,

P. R. Thompson

CARENCIA DE RESPETO MUTUO

1

14 de Junio de 1969

Señor Director:

Es notoria la falta de respeto mutuo que se observa actualmente dentro de las distintas agrupaciones sociales. En la más simple de éstas: la Familia, podemos ver que los hijos actúan antojadizamente en los asuntos que se desenvuelven dentro de esa primitiva agrupación.

Durante las generaciones que surgieron con nuestros padres y abuelos, el hijo acataba las órdenes y voluntades de sus progenitores. A un muchacho, entonces, no se le permitía levantar la voz, con aires altaneros, para contestar a sus padres. Obedecía, sumisamente, todo cuanto se le decía. Era complaciente, ordenado, serio. Se podría decir que, con raras excepciones, el muchacho de ayer era modelo de virtud para la sociedad.

Entre los mismos esposos existía una corriente de comprensión distinta a la que se vive hoy. La seriedad imperaba ante todo. La sinceridad era el estandarte del hogar. El respeto mutuo, la bandera que lo cubría.

Y ese hogar se empeñaba en darle una educación doméstica adecuada a su prole, semejante a la que heredó de sus antepasados, y a la que se veía en el seno de otros hogares idénticos.

Hoy la juventud camina sola, con escasas excepciones. Desde temprana edad, se semi-autoindependiza, y le da riendas sueltas a todos sus caprichos. No obedece a sus padres, y éstos tampoco tienen la valentía de impedirle que se incline a descabelladas inquietudes.

Es verdad que en muchas ocasiones, el tutor de la casa es triste ejemplo de inmoralidad para los hijos. O es un beodo, o es un jugador, o es un Don Juan. Y cuando llega a la casa, agriado —tal vez— su espíritu, discute acaloradamente con la esposa, y hasta con sus hijos. De esta manera, los hijos huyen de la casa, acosados de vergüenza. Y tal vez sea en-

tonces cuando el momento le es propicio para asociarse con la delincuente juventud.

Tal vez sea ese el origen de los Hippies, y de esa revuelta invocando derechos humanos y libertades, se calles y a las plazas, sin respetar padres, gentes del orden, y pisoteando las leyes.

Dentro de las mismas Naciones se nota una carencia de respeto mutuo. Se diría que la Gran Familia tiende a desintegrarse poco a poco, por falta de comprensión humana, o tal vez de deseo. Los hombres dejan de ser hombres para convertirse en bestias. Los tratados se violan. Se dicen palabras subidas de tono. Guerrear los unos con los otros. Y se matan hermanos con hermanos, sin importarles las humanas palabras de Jesús, cuando dijo: "Amaos los unos a los otros".

Parece como si el hombre civilizado dejara de estarlo siendo. O como si retrogradara hacia el primitivismo.

La conciencia humana se desquicia, se derrumba. El científico trata de poner pies humanos en la Luna, en Marte y otros planetas, pero quién sabe cuál es su pensamiento para el futuro de la Humanidad.

Quiera Dios que a la Sociedad Universal no le espere un triste porvenir!

Atentamente,

Felipe Tejada R.

¡CUANTA PALABRERIA!

18 de Diciembre de 1969

Señor Director:

“Francia está enferma de verbalismo”, decía en sus días Andrés Gide,, él, precisamente él, de quien podría afirmarse, sin dar lugar a errores, que vivía, que alentaba, de la gracia inimitable de su prosa.

Pero es que en el autor del “Alimento Terrestre”, las palabras eran como leve y sugestivo pretexto para dar brillante cuerpo a ideas libres, a sentimientos que al expandirse rompían toda cortapisa, haciendo de la sinceridad —no de la verdad— el objetivo supremo del grato quehacer estético. El fondo, que era muy hondo, andaba en busca de forma.

Nosotros también igual que los franceses en la época de Gide, nos estamos intoxicando con el narcótico de las palabras. Nos hemos vuelto habladores, gárrulos, farragosos. Estamos, según suelo decir, llenas de nuestro vacío.

Desde que rompe el alba hasta que se apaga el sol, se nos entran por los ojos y los oídos, como Pedro por su casa, un sinnúmero de comunicados, de espacios pagados, de retos y desafíos, en que el pensamiento naufraga en un mar de vocablos, en que queriéndose decir mucho se acaba por no decir nada.

No es cuestión de un plausible afán preciosista o de buscar armoniosas sonoridades. ¡Ojalá fuera eso!

Se trata de que acordándole al léxico a la palabrería, un poder mágico —como el de las flautas indias que con su musical hechizo enhiestan las serpientes— hemos dado en creer que para escribir y hablar no existen más leyes que el capricho, no hay más norma que la inculta espontaneidad y que con hablar, y hablar mucho, sacudiéndole un puntapiés a la sintaxis, nos granjeamos la protección del mandamás

io, la voluntad, del “Soberano”, que así, por irónica burla desde el siglo XVIII para acá, se le viene llamando al cándido pueblo.

Es increíble el desenfado con que herimos al buen gusto, al sentido común, empleando una literatura política de subido tono heroico, cargado de fatídicos alientos proféticos, de amenazas, de un barroquismo desatado que testimonia en contra de nuestra gravedad y de nuestra seriedad.

John Bartlow Martin, orgulloso de su estilo directo y descarnado, en algún pasaje de su ambiguo “Overtaken by Events” —que no citó por ofensivo— a propósito de nuestra exuberancia retórica, pone en solfa y se mofa de los intelectuales dominicanos.

Yo creo, Señor Director, que su periódico y todos los otros, por supuesto, podrían ayudar en mucho a que se pule más y se adecente todo ese monótono cúmulo de comunicados y discursos con que día por día se nos agobia y aburre.

Así cómo, por su propia determinación, no dará usted cabida en las columnas de su diario a escritos injuriosos u ofensivos, sin que sean previamente expurgados de las frases que tienden a manchar la reputación ajena o a mortificar sin razones justificables al prójimo, solicíteles a los que llevan “espacios pagados” que dialoguen con el corrector de estilo de El Caribe —que presumo habrá leído El Político de Azorín— para que le lime los cachos al lenguaje de esos escritos —salvando la integridad de las ideas y el calor del sentimiento—, ajuste sus redacciones a la gramática, pode, con arte, la excesiva frondosidad, vincule los párrafos abruptos con transiciones lógicas y les recuerde qué, como decía un personaje de Cervantes, “toda afectación es mala”, y si es en literatura o en política, más que mala, es peor.

Atentamente,

P. R. Thompson.

COMENTA ARTICULO

4 de Septiembre de 1969

Señor Director:

Mario Alvarez cuando escribe —salvo en raras ocasiones, cosa que nos ocurre a todos— disfruta del privilegio de despertar y encabritar la atención.

Invita a que se lea primero, porque es dueño de la difícil virtud de prestarle un aire ameno a temas graves y serios. Recuerda un poco a las abejas que cuando revolotean en el aire parece que se divierten y en realidad están gustosamente trabajando.

El segundo motivo de que su pluma nos atraiga es más hondo. Es que cuando él hace un asunto objeto de su consideración ello obedece a que el problema está ya a punto de encancerarse y reclama a gritos que se ilustre a la opinión pública.

Es, pues, partidario de la medicina preventiva.

En el artículo publicado hoy en esta página editorial, Mario Alvarez, hace, sobre la Reforma Agraria, lo que, con un neologismo muy expresivo, se viene llamando “concientizar”. Dicho en otros giros: trata de sensibilizar a los terratenientes frente a las graves amenazas para el sosiego colectivo significan las vastas heredades, los grandes latifundios, las tierras sin horizontes que son de uno sólo.

Espero que no sea tildado de comunista ni que se le moteje de subversivo y de haberse asociado a Heldel Cámara, el Obispo rojo, y a cuantos con el mitrado de Recife propugnan por el establecimiento —mediante la no violencia activa— de una paz que tenga sus raíces en una cordial justicia social.

Hay un punto, sin embargo, en que disiento de Mario Alvarez: el antecedente histórico —La Revolución Francesa— con que trata de hacer patente las ruinas y los males

que acarrea a una sociedad el acaparamiento por unos pocos de los suelos labrantíos.

Para 1789, la geografía francesa, por lo que respecta a las propiedades rurales, estaba tan equitativamente bien distribuida que Arthur Young, ese lúcido turista inglés que se deleitaba estudiando de paseo la dulce campiña gala, se maravilló de que más de la cantidad de las tierras de Francia estaban en manos de los campesinos.

Veinte años antes del estallido de la enorme Revolución, a Turgot lo traía preocupado el despedazamiento progresivo de las herencias rurales temiendo, con razón, que se cayese en el antieconómico minifundio.

Alexis de Tocqueville, el autor de la "Democracia en América", en una obra menos conocida, pero tan valiosa y profunda como esa, "L'Ancien Regime et la Revolution" (vol II de la edición Gallimard, cap. III, pág. 99) ha realizado un estudio tan acabado y exhaustivo de este tema, a saber, de la justa distribución de las tierras en Francia, que ya no hay quien ponga en duda que no fueron las propiedades rurales, sino otras causas las que dieron origen a esa grave convulsión social en que tantos males se mezclaron a tantos bienes.

Lo que resulta curioso es que la Revolución Francesa —revolución burguesa, al cabo— al imponer por la acción directa la democracia política, barriendo con vientos huracanados los privilegios de la nobleza, en favor del "Tercer Estado", es decir, de la gente llana, del hombre de la calle, dejó sembrado el germen que impediría el florecimiento de la democracia económica, que es la que al día andamos locamente buscando.

La revolución, pues, desde el principio, sólo propició el enriquecimiento, al por mayor, de los que ya eran opulentamente ricos.

Por eso estableció, en uno de los artículos de su famosa DECLARACION" que "la propiedad es sagrada e inviolable".

Este principio, malsano y antisocial, que tiene sus raíces en el Derecho Romano, desconoce la función comunitaria de la propiedad, ignora que la colectividad tiene derecho, olvida que entre los dos derechos, el de la vida y el derecho

a poseer, el primero el de la vida, impera y prevalece sobre este último.

Aún perdura, vivo y activo, en la mente de ciertos sectores privilegiados de la comunidad dominicana este concepto de la propiedad como una facultad absoluta, omnimoda, sin compromisos con nadie ni para nadie.

Dicen estos tales, que reconocen la función social de la propiedad. Lo proclaman, pero sus hechos denuncian su insinceridad: las palabras les sirven de alcahuetas para ocultar su suicida egoísmo. Suicida, porque tejen con hilos de mentiras, sin darse cuenta, su propia mortaja.

¿Para cuándo?, Bueno, eso lo sabe Dios, quien, aunque Carlos Marx no lo crea, es el amo y señor de la Historia.

Por lo que se refiere a la cita que hace Mario Alvarez del discurso en la Asamblea del Vizconde de Noailles es puramente anecdótico, aunque lo trasladen a sus páginas, historiadores que amen más lo ameno que la verdad.

La historia de la Revolución Francesa está llena, colmada de esos coloridos episodios, como lo demuestra la biografía de Mirabeau, unos forjados, otros hijos de la demagogia y otros productos de la ignorancia incluso de gente de abolengo como lo era Noailles.

Pero si Mario Alvarez no ha acertado, con exactitud, en la historia de Francia, es amo de todas las razones en lo atinente a la Reforma Agraria Dominicana.

Mientras en Francia, en aquellos días turbulentos, más del cincuenta por ciento de las tierras pertenecía a los hombres del agro, en Santo Domingo, según datos oficiales, existen 3,336 latifundistas muy bienhallados en sus ricas posesiones, contra 290,301, minifundistas, hundidos en la miseria.

Sin mayores comentarios: la situación es ciertamente explosiva.

¡Ay, si los millones invertidos en obras puramente suntuarias los hubiésemos destinado a una auténtica, a una seria, a una científica y bien planeada Reforma Agraria!

¡Ataque por ahí, don Mario Alvarez. Créame, hoy por hoy, ese es el punto neurálgico!

APOYA A ORTIZ

29 de Diciembre de 1969

Señor Director:

La pluma del licenciado S. Salvador Ortiz —a ratos manantial de claridades— se mueve de ordinario con tan acompasado ritmo que algunos lectores distraídos han querido emparentarla con la de los “Parnasiancs”, a lo Flaubert, por aquello de la inalterable y seca “impasibilidad”.

Expresa las cosas en frío. Su prosa no es pródiga en sonrisas: es más bien de austera corrección. Se diría que se rehusa a rozar lo concreto. No quiere verse salpicada —ni comprometida— por las emociones e impurezas de la realidad, y sobrevuela lo contingente y apasionado, como ciertas aves giran, desplegadas las alas con gracia, sobre los pantanos y tremedales.

Los asiduos lectores de los “Comentarios Sabatinos” —¿no sentís un aire de sonata en ese epígrafe?— que se hayan formado sobre el economista Ortiz el criterio que acabo de externar se habrán sobrecogido de sorpresa, de asombro, de largo asombro, al disfrutar de su último artículo titulado: “Una Puntualización”.

Encierra una grave acusación. Denuncia, sin eufemismos, a contadores públicos dominicanos que se presentan en las empresas de los clientes como heraldos de corporaciones de profesionales extranjeros tan altamente cotizadas en sus opulentas sociedades de origen que, según declaran, el solo empleo de sus servicios constituye para

quienes lo utilizan un crédito abierto en los mercados de capitales foráneos.

A la total ausencia de ética que pareja práctica comporta, se agrega un sórdido entreguismo que: a la postre, deteriora y envenena, hasta las raíces del alma, las relaciones entre los pueblos y los gobiernos.

Este tipo de incursiones filibusteras, mansas y solapadas, acompañadas de traqueteos de computadoras, no se da — bueno que se sepa— únicamente en el campo de los Contadores Públicos: se extiende y se dilata, a la callada, —igual que la víbora que reptá sigilosa entre las flores— en muchos otros dominios del quehacer criollo.

Va esa clandestina ingerencia —en la cual muchas veces nada tienen que ver los gobiernos— desde las altas finanzas —moneda y banca— hasta la trivial preferencia por un artículo periodístico firmado por Berrellez, porque se autoriza a interpretar nuestra compleja realidad, contemplándola bajo el prisma tecnicolor de sus casi apagados ojos azules.

Pero ocurre que estos señores, domesticados acólitos de extranjeros, que siempre han vivido de rodillas ante sus propios intereses, a espaldas de los de la comunidad en que han nacido y prosperado, olvidan que el tacto de la audacia reside en saber hasta donde se puede ir demasiado lejos, y caen, un buen día, en la trampa del escándalo. Y es entonces, el escándalo, no nadie, el que los pone en la piqueta pública y se encuentran envueltos de improviso en un irreparable descrédito.

La denuncia de S. Salvador Ortiz tiene el mérito de no ser fruto de un ánimo exacerbado. Tenemos que denunciar así: con serenidad y equilibrio. Sin caer en los extremos de la servil xenofilia, que es humillación indecorosa, y sin dejarnos arrebatados por la rabiosa xenofobia, que es irreflexivo arranque reñido con el espíritu de nuestro tiempo.

En esta época de la tecnología, el “Jingoismo”, el chaovinisme, raya en lo ridículo.

La interdependencia de los pueblos, el intercambio de saberes y de conocimientos es una imperiosa necesidad. La brecha tecnológica, que cada día se ensancha más, es uno

de los graves tormentos del siglo y uno de los factores que minan, sin ruido, la paz del universo.

Si en virtud de la solidaridad humana, enseñar al que no sabe es un deber, aprender para el que ignora, es una categórica obligación.

Pero importa tener presente que las condiciones de retraso de las naciones subdesarrolladas no ha de servir de pretexto a los países altamente industrializados para acuñar y modelar nuevos tipos de colonialismos, que se adueñan no ya de tierras, sino de mentes y de mercados, que es una forma de estabilizar y perpetuar la miseria y la incultura en las vastas regiones del tercer mundo.

Tiene mucho de ironía sangrienta y de despótico sarcasmo el que se nos adiestre en el arte de pescar y luego, sin más, se nos quite alegremente de la punta del anzuelo la pesca.

Atentamente,

P. R. Thompson

¿PINTORESCO?

3 de Febrero de 1970

Señor Director.

Es hábito inveterado de los pueblos de Latinoamérica cargar con el mochuelo de cuantos males ocurren en sus países a los gobiernos que por turno los rigen.

Suya es la culpa si llueve en exceso y sobre sus hombros cae también la responsabilidad de las inclementes sequías que agostan y asuelan los campos de sembradío.

No hay hombre público que haya vivido por temporadas en la enrarecida atmósfera palaciega, donde reina de ordinario el moscardero de la intriga, que no haya sido víctima de esta hispánica tara social.

Abroquelándose en este reconocido mal, por su parte, no son pocos los poderes públicos que rehúsan aceptar, a ningún título, ningún género de responsabilidad de los desafueros que se perpetrán bajo sus mandatos.

Acaso esto obedezca a que ya, de puro sabidos, se hayan puesto en olvido algunos elementales postulados de la filosofía jurídica.

Es, por ejemplo, esencial misión del Estado —y una de sus razones de ser— tutelar la paz social garantizar al ciudadano en sus bienes y en sus existencias y aplicar, sin miramientos, las sanciones penales a los delincuentes “a fin de que los buenos puedan vivir entre los malos”.

¿Perogrulladas? Lo sé. Pero no es ocioso evocarlas, porque de su cumplimiento o incumplimiento nace el criterio de si se vive o no en un Estado de derecho, o de si nos movemos en la jungla perseguidos y acosados por fieras sedientas de sangre y no al amparo de leyes y costumbres civilizadas y cristianas.

No estoy sugiriendo que la responsabilidad de los hechos cometidos a la sombra de una administración pública encarne en ninguna persona en particular: un Estado no es un

individuo, es un enjambre de acopladas instituciones.

En una situación social caótica, anárquica —nadie lo va a negar— queda comprometida la solvencia moral de las autoridades, ya que a ellas les corresponde inexcusablemente la severa obligación de mantener el sosiego colectivo.

Es por eso que aprieta el corazón en lo más vivo cuando se pretende excusar la existencia reiterada de muertes y desapariciones, como ocurrió el domingo en la noche en un panel televisado, alegando el entrevistado que tales desmanes acontecen de igual modo en otras latitudes.

¿Justifica o explica mi robo el que mi vecindario robe?
¿Cohonesta un crimen el que se viva entre criminales?

Por otra parte, como advertía agudamente, en días pasados, el periodista Rafael Herrera, en estos inquietantes y desafortunados menesteres, constituimos una excepción aflictiva en América, pues en las otras naciones se conocen de fijo los sectores de donde parten los sucesos criminosos —los Tupamaros, el FLN, la Mano Blanca—, aquí, en cambio, reina la confusión, se origina la madriguera donde se esconden los criminales, lo cual atestigua la increíble incapacidad técnica de las costosas instituciones llamadas a investigar y a dar con los malhechores.

¡Busquemos otros más razonables argumentos! Busquémoslos, porque me temo muy mucho que frágiles razonamientos de esta naturaleza estimulen la delincuencia, al caer en cuenta los fascinerosos que andamos dando palos de ciegos y desorientados, confesando tácitamente, de paso, la ineptitud para frenar sus salvajes instintos.

Debemos también cuidarnos de que la febril pasión política no obscurezca aún más el ya casi tenebroso clima social.

Se ha solicitado encarecidamente la colaboración de la ciudadanía para denunciar y apresar a los autores de las muertes y desapariciones. Eso está bien y es justo. Se nos exige coraje moral y sentido de la responsabilidad. De acuerdo.

Pero ocurre, que en el momento en que se nos solicita el cumplimiento de este delicado y arriesgado deber cívico, se

denuncia, al través de la radio y la televisión, como antes dije, que en Hato Mayor un ex militar en unión de izquierdistas planearon, para desdibujar y entoldar la clara imagen del Gobierno, el rapto de varias personas.

Se formula esta grave denuncia, pero no se señalan nombres, no se traducen al banquillo de los acusados.

Quien pedía con tanto vigor y con tanto calor responsabilidad en los ciudadanos, ¿está él cumpliendo con la suya al mantener en secreto nombres y planes de criminales?

Me viene a la mente aquel personaje de Federico Nietzsche que negaba la existencia del sol en el mismo instante en que moría de insolación.

No debemos dejarnos empujar por el entusiasmo político juvenil y caer, en explicaciones sobre asuntos graves, en el gracioso género pintoresco.

Atentamente,

P. R. Thompson.



PAZ Y CONCORDIA

5 de Febrero de 1970

Señor Director

Hubo un tiempo en la vida de este amargado país en que, —sobre todo en la zona que cae sobre el nordeste—, conjuntamente con la música, con los licores fuertes y con los alimentos ricos en grasas, se llevaban a las fiestas un buen número de ataúdes, de féretros, en la firme certeza de que terminados los pasatiempos y regocijos, habría, tras previstos estallidos de violencia, una macabra y copiosa cosecha de cadáveres.

Estas explosiones de pasiones criminales, en el medio mismo de los más exaltados júbilos, de auténticas orgías dionisiacas, estaban tan en la esencia de nuestro folklore —si esta palabra significa sabiduría del pueblo no viene al caso— que un civilizador de tan elevada moral y de tan fina sensibilidad como Pedro F. Bonó, no pudo eximirse de describirlas en su novelita de costumbre, “El Montero”, recién editada por el licenciado Rodríguez Demorizi a quien tantos y tan valiosos documentos debe la historiografía y el arte dominicanos.

En esas tristes y sombrías épocas, sumamente cargadas de primitivos feroces, hubo incluso familias, como las de los Suárez y los Díaz, las de los Camilos y Pantaleones, allá en el corazón de la región cibaëña, que reeditando las historias medievales de inextinguibles odios entre los Capuletos y Montescos; se declaraban recíprocamente una inacabable

guerra de exterminio, y ponían en ejecución, con seña salvaje, la “vendetta colaterale” de los corsos, esa que de mano maestra dibuja Mallarmé en “Columba”, y que consiste en someter a intolerables torturas a un pariente querido para que, por remota resonancia, sufriera los tormentos el jefe del clan.

¿Estamos volviendo —retrogrados— a aquellos canibalescos y bárbaros días que datan de casi un siglo?

La verdad es que nos estamos familiarizando de tal manera con las muertes, desapariciones, ahorcamientos y equívocos suicidios, que se nos está encalleciendo la sensibilidad, que ya esas tétricas informaciones no nos hacen impacto, al grado que estaríamos tentados a decir que a estas alturas casi no constituyen “Noticia”.

Claro que el efecto sería otro, terriblemente sacudidor e iracundo, cuando al muerto, al ahorcado o al presunto suicida hubiese que velarlo, entre gasas fúnebres y melancólicos blandones, en nuestro propio hogar, porque la sangre que latía en sus venas corre aún viva y palpita por las nuestras.

Si las observaciones que se han venido formulando responden a la realidad, para poner a buen recaudo, al seguro, nuestras vidas, sólo tenemos esta alternativa: o no vestir un uniforme o, dejándole la política a los audaces, no ser activistas de ningún partido.

Tomada esta prudente medida, que no deja de tener su airecillo de cobardía, tendríamos, aquí, paz, y en el cielo, gloria.

A cuanto parece no hay otro camino a seguir.

Pues es el propio Jefe de Estado quien, para consolarnos y aquietar nuestras angustias, nuestros desasosiegos, nos asegura que el “terrorismo será nuestro pan cotidiano y lo seguirá siendo por largo tiempo”.

Se me hace muy cuesta arriba el pensar que esto equivalga a una declaración de impotencia de parte de los poderes públicos.

Me resulta extremadamente difícil creer que se haya desertado del resuelto combate contra el salvajismo, contra el hampa social, contra el homicidio perpetrado a mansal

va, contra la permanente amenaza a destruir un Estado de Derecho en que, a la sombra austera de la ley, se viva y se deje vivir.

Este gobierno ha realizado admirables obras materiales, aunque algunas de ellas sean severamente objetables; nos ha dotado de preciosas y risueñas avenidas con vista al mar; sueña y no es necesario que declare sus sueños, con hacer de la capital un ornamento del mundo, como llamó a París Montaigne:

¿Por qué no va a poder, si se resuelve, crearnos la convivencia armónica y el anhelado sosiego?

Es cosa bien sabida, y se ha repetido mucho, que las empresas más grandiosas son aquellas en que no interviene el dinero y en que los gastos gravitan sobre el cerebro, siempre chispeante, sobre la sensibilidad, siempre viva, sobre el corazón, siempre generoso y magnánimo.

Entre estas empresas, están, no cabe duda, la concordia y la paz.

Vamos, entre todos, entre Gobierno y gobernados, a proporcionárnosla.

Atentamente,

P. R. Thompson.

FIN DE SEMANA

7 de Febrero de 1970

Señor Director:

En este fin de semana han sobresalido dos informaciones que ensanchan un poco los encogidos ánimos y hacen germinar esperanzas, aunque no muy robustas, del regreso de la paz moral y de la seguridad física y jurídica a esta conturbada y convulsa sociedad.

Estas dos alentadoras novedades son: el viaje del Señor Presidente a la ciudad de Hato Mayor, y el comunicado de Su Excelencia Monseñor Beras en que expresa, con palabras extremadamente medidas y aquilatadas, "el dolor profundo que invade a la Iglesia ocasionado porque hechos, que deben llegar a lo profundo del corazón humano, no se esclarezcan y porque se reiteran ante nosotros acciones que toda persona humana debe reprochar".

Es de esperarse, que la presencia del Primer Magistrado en la acongojada y aterrada región del Este, abra valientemente los pechos de los ciudadanos y pongan en conocimiento del Señor Presidente, sin eufemismos ni temores, todo cuanto concorra a descifrar el trágico enigma de los desaparecidos en aquella población.

Pero no sólo eso sino también, cuantos malsanos ingredientes —atropellos, abuso de autoridad—, causan allí inquietudes y que no llegan tal vez a oídos del Jefe del Estado por impedirselo —hay sus excepciones— la consabida "polilla palaciega" de que habló Monseñor Nouel, y que

sólo se inspira, sin alas para volar más alto, en turbios y mezquinos intereses, forrados de lisonjas majaderas y de maquiavélicas intriguillas.

El llamado del alto jerarca católico, por su parte, revela que la conciencia del Pueblo de Dios ha despertado, que se siente herida, bañada en sangre, con la herida y la sangre de sus hermanos, cualquiera sea el color o matiz de su piel o ideología —¿quién sufre y yo no sufro? decía S. Pablo—, y que están puestos en marcha imparable, entre nosotros, los imperativos postulados del Concilio Vaticano que ordena a los sacerdotes “ejercer su misión entre los hombres sin traba alguna y dar su juicio moral, incluso sobre materias referentes al orden político, cuando lo exijan los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas”.

Es posible que esta actitud de la Iglesia sea torpemente incomprendida.

Estando ya muerta y sepultada la “Era Constantिनiana”, en que la mitra se nutría del trono, en que era obligado que la espada terminase en cruz, se añorará esa obsoleta y arcaica alianza, y muchos no entenderán, sino como un oportunismo, el lógico viraje en que la Iglesia aparece desvinculada de todo estilo de cultura y de todo partidismo faccioso.

Dos hechos, frescos todavía, ponen bien de relieve esta irracional apreciación.

El primero, lo constituye la “cortés invitación” de la empresa Rahintel formulada al padre Figueredo, hoy de viaje, a fin de que interrumpa sus charlas dominicales “hasta después de las elecciones”.

No siempre estamos de acuerdo con el padre Figueredo en lo que dice y en cómo lo dice, pero siempre y en todo tiempo estaremos con él en el derecho que tiene a decirlo.

¿Se vive o no se vive en el seno de una democracia y de una sociedad abierta y pluralista?

El segundo anacrónico suceso que delata los aún falsos conceptos reinantes con respecto a la Iglesia en algunos círculos, lo forma el acto de fe, la quema, de la revista ca-

tólica “Amigo del Hogar” —la única revista católica— en un enardecido mítin político de Pedernales.

Hitler, echando con furia frenética a la hoguera las obras de Freud, sentó cátedra y aún tiene fanáticos discípulos en la región fronteriza. ¡Cómo si las ideas pudiesen abrazarse en fuego y cómo si los principios pudiesen matarse!

¿Será posible que mientras la Iglesia, esa vieja y recia institución, con dos mil años de imperturbable existencia, cuyas estructuras parecían desafiar a la eternidad, cambia, se hace flexible, se remoja, se moderniza al ritmo de los tiempos, el Estado dominicano permita que algunas de sus autoridades, sin aplicarles adecuadas sanciones, marchen hacia atrás, emulando a la ciguapa, animal fabuloso de nuestra época colonial cuyo modo retrógrado de moverse despertó los asombros del cultísimo renacentista Alejandro Geraldini hasta consignarlo en su “Itinerarium ad Indias Occidentales”?

¡Vamos! No hagamos el ridículo. Vivamos en el hoy con un pie en el mañana, hagamos presente al futuro.

Atentamente,

P. R. Thompson

SITUACION NACIONAL

10 de Febrero de 1970

Señor Director:

El opúsculo es breve, pero denso. Cargado de ricas sugerencias y de instructivas admoniciones para cuantos aspiren a comprender con lucidez la vida pública de nuestro país.

Su autor: Abraham F. Lowenthal. Su título, —atractivo como el de una intrigante novela policíaca—: “La República Dominicana, la Política del Caos”.

Levantada la batuta, se comienza en la obrilla por prevenirnos a no dejarnos arrastrar —al analizar los movimientos políticos de esta Nación— por el esquema convencional que estima, como piezas claves de toda interpretación a la Oligarquía, a la Iglesia y a los Militares.

La oligarquía, entre nosotros, es, más un nombre que una realidad activa. No constituye un grupo social homogéneo, compacto.

La desgarran los conflictos de intereses y el inmoderado afán de lucro, y, frente a los ilustres apellidos cuyo prestigio social se extingue gradualmente, ha surgido una flamante clase de industriales y comerciantes provenientes, principalmente, de la industriosa colonia sirio-libanesa.

Por lo que hace a la Iglesia, es bueno que se sepa que carece al momento de uniformidad de acción y que ha perdido hace buen rato el ascendiente determinante y decisivo del que disfrutó, sin excesiva gloria, en otras más patriarcales épocas.

Los militares, por fin, andan tirándose sigilosamente de las greñas, y el hilo conductor que los mantiene enlazados lo constituye el equilibrio de las fuerzas.

Cruzan por los capítulos del enjundioso ensayo, en un

panorama constantemente cambiante, igual que las sombras de Platón por delante de la famosa cueva, los campeones de la política vernácula mudando sin cesar de aceras a aceras, hoy a la izquierda, mañana, sin mayores sonrojos, a la derecha y viceversa.

Con una limpia honestidad intelectual que lo honra, Lowenthal, no deja de acentuar los desaciertos de la interferencia norteamericana en los asuntos estrictamente domésticos de esta República.

Porque no pudo ahondar ni extenderse en este llamativo aspecto, aún reconociendo con viril objetividad la responsabilidad de Washington en la inestabilidad política criolla, promete un nuevo trabajo que llevará por título: "Los efectos históricos de la política de los Estados Unidos en la política Dominicana".

Me voy a tomar la licencia —y el atrevimiento— de adelantarme a ofrecer un manojó de observaciones que acaso puedan resultarles útiles y fértiles. Ese es al menos mi cordial deseo.

Es curioso advertir que los protagonistas de nuestra vida política —salvo, claro, los que han borrado en sí mismos todo sueño de regreso al poder— son los primeros en querer buscar el beneplácito y la efectiva ayuda norteamericana para lograr sus propósitos de encumbramiento político.

No dejan piedra sin remover a fin de captarse las simpatías y los dinámicos favores de los cortesés enviados del Departamento de Estado.

Hacen correr la voz entre los hombres a nivel de la calle, —muy a la callada, porque el pecado está en el escándalo— de que se cuenta con este eficaz apoyo, y es como si, exaltando de júbilo, exhibieran la definitiva carta de triunfo. Contar con los americanos, es sinónimo de estar sentado ya en el solio presidencial.

Si el caso ocurre, de más está decirlo, declamarán académicamente, sobre el principio de no intervención y repudiarán, con frases galantemente diplomáticas, toda ingerencia extraña en la política interna.

Se tiene, por supuesto, una ligera noción de que ya no se

está en aquellos dolorosos días en que un Henri Lane Wilson derribaba al gobierno de Madero, —el más puro y el más hidalgo de los revolucionarios mejicanos— para imponer, desde la sede de la Embajada Americana, al falso, felino y fanfarrón Victoriano Huerta, sembrándose así de paso los gérmenes, por manos yankis, de lo que los historiadores aztecas denominan: “La Decena Trágica”.

Se sabe todo ésto. Pero también estos políticos dan por sentado, por seguro, que contra el pertinaz deseo de la Casa Blanca nadie en este país asciende a la presidencia.

¿Qué líder vernáculo, con aspiraciones al poder, y mientras hace campaña, se atreve a afear la política norteamericana, a señalar, con vigor, que invierten uno para sacar seis, que se desarrollan con nuestro subdesarrollo?

Frente a este servil fariseísmo político, los Embajadores norteamericanos no hacen más que cumplir con su deber: proteger los intereses de su país y sacar patriótico provecho de estas peregrinas circunstancias.

Resulta bien curioso, por otra parte, la prodigiosa transformación que al entrar en contacto con este ambiente y familiarizarse con él sufren aún los más liberales ciudadanos norteamericanos.

Lo que toleran y aplauden en su país, porque es parte de su sistema y de su amable estilo de vida, no lo toleran ni por un instante en el nuestro.

Toda censura o crítica a su política, por comedida y serena que sea, la apreciarán como una expresión de frenético antiamericanismo. Para ellos, es síntoma de enconada malquerencia, de odio fanático a lo yanqui, todo reclamo formulado a una compañía de los suyos que no se ajuste a los supremos intereses nacionales.

El político, que desde abajo, proclame que los capitales extranjeros organizan la economía según las exigencias de los mercados trasoceánicos, y no en beneficio de la comunidad dominicana, se expone a ser estigmatizado como comunista. a ser sellado como pro marxista.

Abrogar por redimirse de las extrangulaciones externas y de las internas que obstaculizan la reforma agraria, la

justa distribución de las riquezas, para que no se enriquezcan unos pocos y queden en la más negra miseria la mayoría, es correr el riesgo de ser tildado de anticapitalista y de enemigo de la libre empresa.

Si estas observaciones fueran hechas en los mismos Estados Unidos, merecerían reconocimientos y los que las propugnen obtendrían títulos de liberales, y los libros en que las expongan alcanzarían la opulenta categoría de best seller. Aquí, constituirían herejías políticas, amenazas de crear cismas en la unidad hemisférica.

Las cosas van cambiando poco a poco. Y esperamos fundamentalmente que cambien más. Hay mucha gente joven ahora en el Departamento de Estado.

Porque ya, después de todo, no es la geografía la que manda en la historia: es la historia la que ha comenzado a mandar en la geografía.

Atentamente,

P. R. Thompson.

REFLEXIONES SOBRE LA DENUNCIA

12 de Febrero de 1970

Señor Director:

Tras mucho disputar, tras mucho afinar ideas y sacar provecho de múltiples y aún dolorosas experiencias, desde Montesquieu y Rousseau hasta nuestros agitados días, se ha llegado a la clara conclusión de que para que exista la democracia —la real, no la formal, la que está en los hechos y no sólo en eruditos y amarillentos papeles— es preciso que se den, entre otros, estos esenciales elementos: tajante independencia de los tres poderes, partidos en libre actividad y comicios francos y legales que expresen la voluntad general.

La filosofía del régimen representativo es irreductiblemente incompatible con un pueblo mudo, paralizado, o por la fuerza o por el engaño, en el ejercicio de sus soberanos derechos.

¿Por qué vivirá uno refrescando conceptos que están en la mente de todos, como quien pretende poner una pica en Flandes, o tomarse el aire de quien inventa la pólvora?

Acaso porque estando en la mente, no están ni en los propósitos ni en las intenciones, porque encerrados en los libros no palpitan en la realidad, porque floreciendo sin cesar en la “palabra hueca del tribuno de la plebe” —como califica Ortega al demagogo—, tienen la misma vida efímera de las frases retóricas, que apenas brotan de los labios se disipan en las olas del viento.

He vuelto a rumiar estas ideas, porque me las han traído a la reflexión la reciente elección, en el seno del Partido Reformista, para escoger el nuevo Directorio del Comité del Distrito Nacional de esa entidad política.

A la verdad que no ha constituido un acto ejemplar. Y menos en estos momentos en que nos topamos con suma

frecuencia con tantos ideólogos que se complacen con poner en solfa, —y desnudar— a la democracia representativa y en que muchos repiten, con el Padre Camilo Torres, “que en estos países el que hace los escrutinios y cuenta los votos tiene y mantiene el poder”

Para los que somos neutrales y estamos engolfados en serias dudas de a quien favorecer con nuestros sufragios, teniendo en vista el bien común, las vigencias de las libertades públicas, la paz sin sangre, la defensa de los intereses nacionales y una justa distribución de la riqueza, elecciones intra-partidistas como las celebradas el recién pasado domingo, nos vuelven escépticos, nos desconciertan de raíz, y nos hacen preguntarnos si la parodia de hoy no será la triste imagen de lo de mañana y si el elegido de mayo no tendrá que esperar alguna “bendición” para iniciar una gestión que el pueblo cree haberle confiado.

Porque, por lo que a mi voto respecta yo no quisiera que me ocurriera lo que le sucedió a los iraníes, allá en Irán, en el Medio Oriente, en los días del gobierno de Eisenhower.

Cuenta Claude Julien, con la característica ironía francesa, que Mosadeg era el candidato del pueblo y Zahedi —que había sido espía alemán— el favorito del Sha y del gobierno.

El día de las elecciones, el ilustre periodista de “Le Monde”, de París, sorprendió a un elector haciéndole religiosas reverencias a la urna.

¿Por qué hace usted eso? preguntó el periodista.

Contestó el otro: porque esa urna es mágica: se pone un voto para Mosadeg y sale uno para Zahedi.

Deberíamos, desde ahora, con gestos irreprochables, ir despertando la confianza en el pueblo de que en mayo imperará, en los comicios, la libertad, la ley y la honradez.

Las elecciones del domingo no alientan las esperanzas en esta saludable dirección.

Más bien, para común infortunio, animan y calientan la crisis de desconfianza

Atentamente,

P. R. Thompson

DOLOR NACIONAL

18 de Febrero de 1970

Señor Director:

La muerte, su fúnebre Majestad la muerte, ha entrado de imprevisto, sembrando a mansalva la angustia y la consternación, en todos los hogares de la vasta familia dominicana.

La tácita, pero enérgica protesta que brota con ímpetu del trasfondo de los espíritus, descansa en la muy humana convicción de que esa implacable siega de vida ha sido injusta, que la muerte no tenía derecho a arrebatar tanta existencia en flor, a crear vacíos imponderables —que mares de lágrimas no podrán llenar— en el seno de tantos hogares en que hoy reina el desconsuelo, el desamparo y la rebeldía contra un decreto ciego del implacable destino.

Mozas que granaban al sol primaveral de las ilusiones; esposas que constituían el nervio y el alma, el eje y la vértebra de familias ejemplares; sacerdotes, dechados de entrega al deber, que habían llegado “al medio del camino de la vida”; deportistas coronados por el éxito, todos cayeron, al golpe de un brutal estallido, como caen las hojas de otoño arrebatadas por los enloquecidos vientos huracanados.

Pero la muerte no cruza en vano por este valle miserable de las almas inmortales: a su trágico paso, dicta enseñanzas memorables.

Por lo pronto, el dolor, ha dejado al descubierto su rica y amable vertiente comunitaria. Nos hemos sentido uno en la pena, uno en la angustia. No existe una sola casa dominicana donde, al promediar el día, al sentarse a la mesa, no se haya experimentado la sensación de ausencias sin retornos, donde no se haya dibujado, como un dolorido fantasma vivo, aún sin conocerlos, uno de los seres, mutilados a destiempo, ultrajados sin piedad por la muerte.

¿Por qué lo que causa la muerte —la fusión unánime y

bienhechora de los sentimientos— no lo engendra el anhelo de la pacífica convivencia?

¿Por qué, en el orden humano, ha de ser más creadora y fecunda la muerte que la vida, la guerra que la paz, el desconcierto que la armonía.

Este vasto dolor, que se ha dilatado, igual que una enorme mancha negra, a toda la extensión del país, que ha sobrecogido de pesadumbre, como si el dolor fuera propio, a todos los corazones, habrá hecho comprender, por otra parte, a los homicidas inescrupulosos, carentes de conciencia y de sensibilidad humana, el hondo significado del imperativo mandamiento que ordena, con brevedad categórica: ¡NO MATARAS!

En algún pasaje del “Catecismo Holandés” se nos dice que la muerte es un hecho con el cual resulta difícil conformarse. Así es.

No nos aquieta ni la brillante y profunda elocuencia de Bossuet, paradigma de los oradores fúnebres, de las exequias solemnes.

Anatole France, para darnos coraje moral y valor ante el sepulcro abierto, reeditando a Lucrecio, el de “Natura Rerum”, nos razona de este modo: “cuando ella, la muerte, es, yo no soy; cuando yo soy, ella, no es, a qué pues, tenerle miedo”.

No he conocido a nadie a quien este frío juego de palabras, este escolástico ejercicio estilístico, haya consolado y amansado.

El “Catecismo Holandés”, al poner de relieve el aspecto sensible de la muerte lo califica de incomprensible.

Y así es.

Pero así es para los que no son cristianos. Porque el cristiano, ante la muerte, llora, pero sobre todo, espera.

Cristo está en vosotros, esperanza de gloria”, escribía San Pablo, un cristiano auténtico.

Hasta para el estoico, ella, la muerte, es maestra de vida.

“Si cumples todas tus acciones, escribe Marco Aurelio, el Emperador filósofo, como si fuera la última de tu existencia, teniéndolas al margen de toda irreflexión, de todo

encono apasionado que te apague la luz de la razón, de toda simulación engañadora, de todo mezquino egoísmo, se te volverá gozo tranquilo el destino, cualquiera que sea”.

Ofrendemos, como un inapreciable holocausto, la incommensurable tragedia que nos embarga, por una patria común, sin odios y sin sangre, sin ambiciones mezquinas, sin resentimientos cargados de envidias, sin pasiones desbordadas que seguirán produciendo más muertes que el mismo ciego destino.

Saquemos bien del mal, alimentemos la esperanza en el seno de la desdicha, avivemos la antorcha de la fe en el corazón de las tinieblas.

¿Nos uniremos todos en el logro de este hermoso y humano empeño?

No voy a escribir, porque sería absurdo, ¡Dios lo quiera!

Porque, hasta ahora, somos nosotros los que no lo hemos querido.

Atentamente,

P. R. Thompson

BIEN COMUN

25 de Febrero de 1970

Señor Director:

Opinar, en asuntos que conciernan al bien común, es siempre, en las honrosas y placenteras sociedades abiertas, un intransferible derecho personal. Pero ocurre que a veces esa facultad de emitir su parecer, se convierte en una obligación que no se puede eludir sin traicionar nuestras responsabilidades sociales.

Paralelo a ese derecho, como algo que le es estrictamente correlativo, está la obligación del Estado de ofrecer a los reclamantes y a toda la ciudadanía, esclarecimientos y explicaciones convincentes y satisfactorias.

Sube de punto este insoslayable deber de los poderes públicos cuando están en juego elevadas sumas de las arcas fiscales, frutos del sudor y del dolor de un pueblo, que no se acierta a saber cómo vive, y que lucha apoyado en frágiles esperanzas y en medio de la más negra de las desesperanzas.

Es por esto que me ha resultado extraño que se hayan dejado pasar doce cumplidos días sin que las esferas oficiales hayan contestado al memorial de agravios que le presentó, muy bien documentado, el "Colegio Dominicano de Ingenieros, Arquitectos y Agrimensores", y en que se siembran a profusión dudas inquietantes sobre el destino, el paradero, hasta el momento inexplicado, de más de diez y siete millones de pesos.

La primera observación que me acude a la reflexión no es, a decir verdad, contra la actual administración pública: es contra los profesionales y técnicos que integran al CODIA.

La Ley No. 105 que pauta las formas, el procedimiento, en que se han de otorgar los contratos de las obras públicas y

que constituye la base, el punto de arranque de la clamorosa querrela formulada por los ingenieros, arquitectos y agrimensores, no es mala: es pésima.

Si el objeto, la finalidad de esta norma jurídica es garantizar la correcta y proba inversión de los recursos económicos del Estado, favoreciendo en toda su amplitud el sistema de concursos y restringiendo el cómodo método de grado a grado, que podría dar lugar a favoritismos viciosos, esa norma jurídica, plasmada en la ley No. 105, no conduce al logro del plausible objetivo que parecía constituir su excelente espíritu.

Frente al principio general de acordar la ejecución de los programas gubernamentales por concursos, son tantas y tan variadas las excepciones, en que se autoriza al Ejecutivo a ordenar las obras consultando sólo su talante o sus afectos, que la excepción se convierte en regla y la regla en excepción.

Evoca un tanto la famosa Constitución de Santana en que, según La Gándara, toda ella, al final, venía a sintetizarse en un pintoresco artículo que, sobre poco más o menos, concluía en estos graciosos términos: esta Carta Magna, puede ser suprimida en parte o en su totalidad, según le dé la gana al Presidente.

¿Por qué los ingenieros, arquitectos y agrimensores no pusieron el grito en el cielo el día 14 de marzo de 1967, fecha en que fue dictada por el Congreso y antes de que fuese legalmente promulgada?

Bien quisiera que me sacaran esta espina.

Claro que esto no invalida su reclamo. Los cálculos que ellos han presentado son persuasivos.

Si en un número de setenta contratos realizados por concurso, el presupuesto básico fue de 6,078,753,00, y por el monto de ejecución descendió a 4,932,930, aplicándose estas deducciones a los doscientos millones, el resultado, matemático y lógico, sería un sobrante de 17,050,676,69.

La pregunta, pues, fluye obvia e imperiosa. ¿Dónde están los diez y siete millones, adónde se han ido?

Quiero aclarar. Yo en esto hago mía la divisa de Andrés

Maurois: ni opongo ni propongo: simplemente, expongo
Sí estimo, con toda sinceridad, que los técnicos oficiales que se desprendieron de siete mil pesos en “Espacios Pagados” para dar publicidad, con todo lujo de detalles, de las obras en que brillantemente cristalizaron los doscientos millones —entre nacionales y extranjeros— están ahora, en la estricta obligación de arrojar luz sobre el asunto y de disipar en las mentes ciudadanas todo vestigio de perplejidad y de duda.

Esto, entre otras razones, para que no se repita aquí la significativa broma que, según un economista francés, por cierto nada derechista, le atribuían los habaneros a un ministro de finanzas cubano: “El balance es excelente; aunque no es catastrófico”

Atentamente,

P. R. Thompson

ADHESION

26 de Febrero de 1970

Señor Director

Quiero apresurarme a expresarle mi adhesión a su editorial de este día en que censura con justísimas razones la creciente hostilidad con que la televisora oficial se ha empeinado en entorpecer y aún en suprimir el excelente programa "Música de los Grandes Maestros".

Es ese programa uno de los pocos en que se complace el sentimiento por lo exquisito y en que se recrea el ánimo irresistiblemente enamorado de la belleza y de la elegancia espiritual.

Jacinto Gimbernard, a quien podría levantarse como modelo y dechado de una juventud fascinada por los ideales nobles, no sólo dictaba en ese espacio de tiempo un admirable y lúcido curso de apreciación estética, familiarizando al pueblo con lo mejor y más acrisolado del arte de Beethoven, sino que también hacía revivir, con palabras llanas y potenciadas de rica emotividad y de fértil saber, épocas prestigiosas de la historia de la cultura, situando a cada genio musical en el paisaje humano en que se movía y en el clima moral e intelectual en que se desenvolvían sus casi siempre dramáticas vidas.

Es propicia esta oportunidad para denunciar, con todo énfasis, el espíritu de tenderos, que prevalece en las empresas televisoras dominicanas.

Esos medios de comunicación de masas, que tan útiles servicios podrían rendir para la promoción ética y la elevación humana de la Nación, se han dejado vencer por el torpe afán de lucro, convirtiéndose en vehículos por donde penetra impunemente en los hogares la más irritante de las vulgaridades.

¿Quién puede saludar con aplausos que todos los sábados, en un medio tan saturado de violencias como el nuestro, se exhiba ante los niños el salvaje espectáculo de la "lucha libre", que es como la apoteosis de la barbarie y la orgía del más fiero canibalismo?

Y que no se venga ahora a invocar —como se ha in

vocado— a los griegos para levantar a categoría de arte un espectáculo que si es arte, pertenece de fijo, a las malas artes.

Es bien sabido que entre los helenos el deporte era un medio para afinar y dar suelta gracia a los cuerpos.

¿Afinar y da gracia un puñetazo en el rostro o más bien desdibuja y baña en sangre el semblante?

De las olimpiadas del siglo IV, en Grecia, nació el arte de la estatuaria, que llegó a su vértice de perfección cuando, en la “Victoria de Samotracia”, hasta al mármol le brotaron alas.

Este brutal ejercicio de la “lucha libre” ¿levantará de esa manera las sensibilidades o, estragadas, las embotará, haciéndolas inaccesibles al respeto que un hombre debe a otro hombre?

Nada digamos de la televisora oficial en que se alternan, por seguidos turnos, el anuncio comercial, las películas repetidas con la propaganda política de un sólo bando en que no se le hace ningún favor, por el exceso y por la carencia de ingeniosidad, al propagado.

Cuando leo a las diez de la noche, en una televisora, una pregunta que reza:

¿Dónde están tus hijos?, me viene al deseo de contestarles, pues en la calle, porque ustedes les hacen imposible encontrar tranquilo esparcimiento en el seno sosegado de la familia.

Me pongo a veces a meditar y me digo: que esto ocurra en un régimen conducido por un ineducado y montaraz militarote, si no se justifica, se explica.

Pero que tenga lugar en una administración pública presidida por uno de los ciudadanos más cultos de este país, que se nutrió desde la flor de su mocedad, con la deliciosa lectura de Rodó —a quien alguna vez imitó en su estilo— que execra a Calibán, encarnación de la pesada materia, y exalta a Ariel, el del espíritu alado, esto me parecería inverosímil si no fuera una triste verdad.

Sólo una consideración aquieta mi áspero juicio: el pensar que el señor Presidente no es un aficionado a la televisión, que nunca se sienta frente a una de esas indelicadas y desagradables pantallas.

Atentamente,

P. R. Thompson.

CRITICA Y MENSAJE PRESIDENCIAL

2 de Marzo de 1970

Señor Director:

Para quienes viven preocupados por el eficaz progreso económico y social de este país, amenazado, como todos los de este continente, por los rabiosos aires de fronda que soplan sobre el mundo, señalando violentamente el rumbo de la historia, el extenso mensaje del Jefe del Estado, reviste gran importancia, porque en él, el Primer Magistrado, ha dejado diáfananamente expuestos los criterios económicos y sociales que inspiran su política gubernativa.

El Presidente ha persistido en justificar, con más elocuencia que fuerza de convicción, con más calor que luz, las cuantiosas inversiones derramadas a granel en obras improductivas.

Esto, a pesar de reconocer que el desarrollo constituye la cardinal preocupación nacional y a despecho de confesar, paladinamente, que esas realizaciones suntuarias saltan por encima de esencialísimas prioridades.

Dar preferencia, en la distribución de recursos, a la política empírica, a la política de campanario, en detrimento de un desenvolvimiento gradual económico y de una dinámica movilización social, en virtud de la cual el hambriento sea menos hambriento y el rico un poco menos rico, en que haya menos avenidas y más aumento de la productividad, con un consiguiente mayor poder adquisitivo en las masas, creándose así un mercado interno, no es, ni puede ser, para un Estadista a la moderna, materia de complacencias estéticas.

El propio Mandatario, en el correr de su prolijo discurso, ha declarado, —contradiciéndose a sí mismo—, con caluroso énfasis, que el acrecentamiento de la producción debe ser el máximo y el más tenso empeño nacional.

Y en esto está en lo cierto. Sin aumento de producción

jamás llegaremos a que en nuestros renglones de importación figuren más bienes de capital, es decir, de equipos, que bienes de consumo, como ahora viene ocurriendo.

¿Quién va a aceptar de buen grado, que en un programa racional de gobierno, se marginen deliberadamente las planificaciones y se posterguen las comunes urgencias vitales, particularmente de los desposeídos, que ya han perdido la fe en la eficacia de la paciencia y de la resignación, para complacer el orgullo regional de una zona construyendo un opulento y ostentoso malecón a expensas de la miseria de miles y miles de dominicanos?

Avenidas como esa y como otras que ya están en fébril vía de ejecución, serán para deleite y goce de los que tienen automóviles, no, de cierto, para quienes apenas pueden sostenerse sobre sus frágiles piernas, que les crujen igual que goznes enmohecidos.

Suelen los tratadistas, como Lebret y Rostow, consignar obras de esta naturaleza, a las cuales califican de "realizaciones de prestigio", entre los obstáculos que frenan en seco el desarrollo de un pueblo, entre los abismos que impiden el despegue hacia las perspectivas abiertas de los cielos.

En este sentido, dijo bien Marx, cuando escribió: "No se trata de contemplar al mundo, sino de transformarlo".

Eso está bien dicho, porque el objeto del desarrollo es el hombre, y el sujeto del desarrollo como beneficiario, es también el hombre.

Es difícil, si se es sensible, sustraerse al hechizo de una metáfora, magistralmente labrada, sobre todo, cuando ella surge espontánea de las cláusulas de una pieza literaria, como brota natural la flor del tallo.

Lo que ya no es probable es que una imagen poética, por sugestiva que sea, aunque esté tejida con rumor de olas coronadas de espumas, con primores de encajes, como esas obras maestras de la aguja, de Brujas o Chantilly, persuadan a nadie de que es más humano dar pábulo, con cargo a las arcas públicas, a puntillos de honra provincianos y a vanidades que, como toda vanidad, es flor vana que florece y no grana, que brindar de comer al hambriento y colocar

con acierto los ahorros públicos para que se multipliquen por sí mismo.

No se crea que no comprendo los sentimientos del Primer Magistrado cuando sueña y delira con una capital dominicana que recree los ojos y arrobe en éxtasis al espíritu por sus bellezas y finos ornamentos.

Pero siempre será primero, lo primero. Sin planificación no hay desarrollo posible. Esto es un dogma de fe para los economistas. Y planificar es guardar religiosamente las categorías de las necesidades.

Augusto, juntando su último aliento con su última vanidad, expresó, entre los estertores de la agonía: "Encontré a Zuma de ladrillos y la dejo de mármol". Pero él, Augusto, era amo del mundo.

Nosotros somos un país menesteroso, falto de todo, carencioso, en un ochenta por ciento, de los llamados "alimentos protectores" de proteínas animales, y afectados en nuestra mayoría por una enervante avitaminosis.

Mi opinión, pues, expresada con todo respeto, es que con las sumas invertidas, en obras suntuarias, pudieron haberse hecho más canales temporeros, más represas, más caminos vecinales.

Piénsese en lo que sería este país si el régimen de Trujillo, en vez de invertir cuarenta o cincuenta millones en la guerra, hubiera desde esa época construido la presa de Tavera.

Atentamente,

R. Thompson

PARTICIPA EN DIALOGO

4 de Marzo de 1970

Señor Director:

La decorosa altura con que el señor Font Bernard ha tratado de rectificar mis sinceros y cordiales reparos al enjundioso Mensaje Presidencial del 27 de Febrero, constituye para mí una cortés y caballerosa invitación al diálogo.

Digo al diálogo, al sereno intercambio de pareceres en beneficio del bien común, no de fijo, a la polémica sectaria.

Porque la polémica, —ambos estamos persuadidos de ello— suele arrastrar a los protagonistas, en la ardorosa fuga del disputar, a faltar a dos graves respetos: al respeto que un hombre debe a otro hombre, y al respeto que el hombre debe a la verdad.

Y ni él ni yo —gentes bien nacidas— doy fe de ello, vamos a arrojarnos por esa pendiente resbaladiza que termina, de ordinario, en las ciénagas de las torpezas, de la incivilizada vulgaridad y de la sórdida calumnia que deshonra más al desaprensivo que la hace que a quien, con buen temple, la padece.

Decía, pues, yo —siguiendo en esto a innumerables tradistas, y sobre todo, al buen sentido— que las obras calificadas como “de mero prestigio político”, de suntuarias, constituyen un muro de contención, un obstáculo insalvable para el desarrollo económico y social de un país, y que los cuantiosos dineros consagrados a esas estériles empresas —malecones, avenidas, jardines, fuentes, estatuas, teatros— deberían canalizarse, puesta la mirada en un futuro mejor, hacia la realización de proyectos de infraestructura, que harían multiplicarse por sí mismas a las muy elevadas inversiones a cargo de las arcas fiscales.

Recordé, de paso, que si el régimen de Trujillo, en vez de

caer en la tentación de seducir con obras de relumbrón, hubiese destinado, fructuosamente, los cincuenta millones que malbarató en la Feria, a la edificación de la Presa de Tavera, en estos instantes, las esenciales perspectivas agropecuarias de la Nación —y por tanto el crecimiento de la tasa de producción y de productividad— lucirían con más risueñas y alentadoras esperanzas.

Dejando el pasado y regresando al incierto presente, permítaseme tomar, en la misma línea de ideas, como ejemplo —ejemplo bien concreto—, la Reforma Agraria, problema tan pulcra y científicamente tratado por el Honorable Señor Presidente en su magistral discurso del pasado mes de febrero.

El Primer Magistrado, disipó, de una vez para siempre y con certeros golpes, el socorrido mito, el espejismo, de que aquí las tierras cultivables andan sobrando, tanto como los peces en la mar.

Subrayó el Señor Presidente, que apenas tenemos, en territorio nacional, 6,751,15 km.2, aptos para la explotación intensiva.

Estas exactas e impresionantes cifras las ha tomado el Jefe del Estado del sólido y sesudo estudio verificado por la “Unión Panamericana”, y publicado, con el título de “Reconocimiento y Evaluación de los Recursos Naturales de la República Dominicana” (vol. I, págs. 269-280) aprovechado también, inteligentemente, por el señor Felipe Vicini, en un artículo en “El Caribe”, el 27 de marzo de 1969, página 11.

Pues bien, en esa misma obra (pág.270) se habla de tierras (clase VIII), propiedad del Estado, que podrían rescatarse de la esterilidad, al cabo de tres años, y ponerlas en eficaz rendimiento, mediante la científica construcción de bien elaborados embalses y de canales de riegos.

Me pregunto: la inversión que requiere el rescate de esas vastas tierras ¿no hubiera sido para la Nación más beneficiosa que un malecón, unas copias de estatuas o unos floridos jardines que pujan por parecerse a los de Le Notre, el genial maestro de los macizos geométricos al servicio del pomposo Luis XIV?

Leo, igualmente, en el “Plan Nacional de Desarrollo 1970-

74" (pág. 25) que la expansión de la actual frontera agrícola podría lograrse mediante la tecnificación de las áreas actualmente bajo cultivo, obteniéndose con ello, la absorción del 80 por ciento, del incremento de la producción que postula el abasto nacional.

Y se agrega, en ese mismo importante documento, que sin suicidio nacional, podría reducirse el ámbito del cultivo de la caña, sin empequeñecerse en lo más mínimo el volumen de producción, con la aplicación sabia de la ciencia moderna a nuestras industrias de dulces.

Vuelvo a preguntarme: ¿por qué en una Nación que necesita, con urgencia vital, vitalísima, alimentos para sustentarse y para exportar, en que el marginado hombre del agro grita por tierra, por agua, por continuada asistencia técnica, por semillas mejoradas, se orientan los recursos del sector público, a rivalizar con los jardines de Versailles, a emular al barroco Teatro de La Opera de París o a bulevares en los cuales, en leve brinco, las espumas del mar, alegres, se ciñen a una ciudad, como un rico corpiño de encajes a la delicada y blanca garganta de una bella dama?

Lo sé, no sólo de pan vive el hombre. Pero, ¡por Dios! no sin pan.

A propósito de la consabida metáfora. El señor Font Bernard, dice que su hermosura me ha causado "ojeriza". Ojeriza es hostilidad, mala voluntad, malquerencia.

Por fortuna, el Señor Presidente sabe que esto no es verdad, que es radicalmente inexacto.

La interpretación aviesa correría, pues, a cargo de quien la formula. Pero yo doy por cierto que es uno de esos lapsus calami, uno de esos errores involuntarios en los cuales incurre todo el que escribe a vuela-pluma.

Ya el viejo Aristóteles aseguraba, en su "Moral, a Nicomaco", que las diferencias doctrinales o los encontrados pareceres, no empañan ni enturbian las relaciones amistosas, porque, en buena dialéctica, no se equivocan ni confunden los órdenes del pensamiento con los frondosos dominios de la hirviente emoción.

Por algo es cierto también el proverbio que reza: "Ami cus Plato, sed mágis amica. veritas"

Puesto que ya cité al viejo Aristóteles, permítaseme recordar asimismo, lo que el gran maestro de todos los siglos, dice en la misma obra:

“Un espíritu ilustrado no debe exigir en cada género de objetos más precisión que la que permita la naturaleza misma de la cosa de que se trate; y tan irracional sería, exigir de un matemático una mera probabilidad, como exigir de un orador demostraciones en forma”.

Lo que quiero decir con esto es que, para mí, la metáfora es un puntal de la idea, una ilustración del pensamiento, una apreciable gala del estilo, nunca, jamás, una sustitución de la razón, un fácil sucedáneo de la fuerza de convicción.

Por último, es injusto el que se me califique de demagogo. No soy candidato ni recandidato para nada.

Aspiro, eso sí, con las armas que tengo, a colaborar con el gobierno legítimamente constituido del país al cual pertenezco, en la realización del bien común, a saber, a edificar una serie de situaciones dichosas en que el dominicano, todo dominicano, de cualquier matiz que sea, cualquiera que sea su ideología, pueda desarrollarse íntegramente, en el orden económico, en el campo de lo social y en el iluminado dominio de la cultura.

Atentamente,

P. R. Thompson

ENSEÑANZA Y ACCION

6 de Marzo de 1970

Señor Director:

Perogrullo me ha venido advirtiendo, desde hace unos días, —muy pegado a las orejas, muy al escucho— que existe en tiempo de paz un enjambre de normas sociales que nos señalan, con más o menos precisión, cuál es el camino recto y cuál es el sendero tortuoso y prohibido.

De tal forma nos connaturalizamos con estos principios éticos que regulan la convivencia, que se nos hacen rutinarios y no sentimos habitualmente sobre la sensibilidad la saludable presión con que a diario nos oprimen.

Es al llegar las sombrías horas de crisis, de trastornos y convulsiones cuando caemos en cuenta que esos postulados jurídicos han sido borrados por voluntarios olvidos o que han sido mixtificados en el nombre de otros bienes dedeidades— supuestamente superiores.

Por ejemplo, el mantenimiento del orden establecido, —piénsese en las tiranías—, o la libertad, —recuérdese el manido apóstrofe de Madame Rolan: “¡Oh libertad, cuántos crímenes se han cometido en tu nombre!”.

Algo análogo a esto está ocurriendo en nuestros días, en este país, con los sagrados Derechos Humanos.

Ahora, con las muertes, las desapariciones, los asesinatos callejeros a favor de las sombras, las provocaciones a la Policía y los vejámenes y violencias de éstos, los Policías, contra los débiles e indefensos, ahora es cuando se ha adueñado de nosotros una inquietante y temerosa preocupación por el incumplimiento y el prolongado irrespeto a la vida, a los bienes y a todas las prerrogativas inherentes a la persona humana.

En estas desasosegantes circunstancias, rindiendo honores a la verdad, ni las autoridades públicas dominicanas ni las eclesiásticas han dejado de dar positivas

muestras de su inquietado estado de ánimo, si bien no han logrado, hasta el momento, calmar la común y unánime zozobra.

El primero en manifestar interés en conjurar esa virtual situación anárquica, fue el Presidente de la República, con unas declaraciones reveladoras, cargadas de un coraje moral que lo enaltecen y que, de sólo oírlas, se nos dilataron las pupilas por la sorpresa y el asombro.

El Primer Magistrado, en su discurso de febrero último, expresó, que la madriguera y el cubil de numerosos de los maleantes estaba, nada más y nada menos, que en el corazón mismo de los cuarteles policiales.

Dijo: “Muchos de los crímenes que han causado mayor consternación a la ciudadanía, fueron perpetrados por malhechores uniformados que actuaron, para la comisión de esos delitos, protegidos por la impunidad de que los rodeaba su propia vinculación a los organismos policiales”.

Son estas palabras, palabras bien valientes.

El Jefe del Estado instó, acto continuo, poniendo mucho imperio en las frases, al Jefe Supremo de la Policía, tomar rápidas y urgentes providencias para depurar los institutos policiales y desterrar a los facinerosos de su seno.

Se supone —y es un lógico suponer— que la inaplazable orden presidencial no se quedará en la mera expulsión.

Si esos hechos criminosos están sólidamente comprobados es inexcusable no traducir sus bárbaros autores al banquillo de los acusados.

Un crimen sin castigo es un llamado a que se perpetren más y mayores crímenes. Es bien sabido que la impunidad alienta y envalentona al delincuente.

De lo contrario, si andan sueltos y muy orondos por esas calles de Dios, con la destreza de que son dueños en el manejo de armas y con lo ducho que son en el ejercicio de todo género de malas artes, constituyen un permanente y gravísimo peligro para la ciudadanía y hasta quien esto escribe debería ir ensayando el mejor y más elegante modo de modular el clásico y último grito del Coliseo: ¡Ave César, moriturus te salutat!

Es obvio que no es el Primer Mandatario a quien le incumbe en buen derecho llevar a término esta ardua tarea.

Para esos fines existen las instituciones judiciales.

Después de todo, siempre será cierto el dicho de Telleyrand que el rasgo más característico de un auténtico estadista no reside tanto en que haga, sino en que sepa hacer hacer: *savoir faire faire*.

Vengo ahora a las autoridades eclesiásticas.

Monseñor Beras, ante la dolorosa multiplicación e impunidad de los hechos de sangre, los atracos y otros sucesos de este tenor, ha suplicado que los medios de comunicación social propaguen y difundan los básicos postulados de los derechos del hombre.

Dije ha suplicado, y dije bien. Porque, al fin, después del Concilio Vaticano, los altos Jerarcas de la Iglesia, ya saben que son servidores del Pueblo de Dios, no sus amos.

El Arzobispo, ha pues solicitado, que se reproduzcan las prerrogativas de la persona humana tal y cual aparecen concebidas y explicadas en la Encíclica "Pacem in Terris" de Juan XXIII. El Papa que creyó llegado el momento de explicarlo todo en las esquemáticas y sencillas palabras de las parábolas y de los símbolos.

Para mi gusto y razón, la forma en que están expresadas, en ese solemne Documento Pontificio, las facultades que al hombre le vienen del solo título de ser hombre, es la más completa y acabada.

Contra ella no podría formularse esta queja del egregio Dr. Marañón: "Cada ser humano se ha derramado fuera de sí para buscar y conquistar, con un bárbaro sentido egoísta, lo que llaman sus derechos; y se ha olvidado el mirarse a sí mismo en el espejo de los demás hombres, para pensar también en sus deberes"

Por último, una sugerencia. Una sugerencia formulada desde abajo —que es desde donde quiero colaborar— para que sea ponderada por los de arriba:

Que se reproduzcan en un bien visible cartel los derechos humanos de la Encíclica "Pacem in Terris" y se coloquen en todos los cuarteles policiales y militares.

Acaso alguno aprecie como ingenua la idea. Tal vez sea estimada como platónica —cosa que comprobaría que la'

obra sobre “Le República” de ese señor que escribió hace veinticinco siglos, es mi libro de cabecera.

Pero digo yo, que de lo menos que serviría ese cartel es como de un constante reproche a quienes vivan escarneciendo los derechos humanos. Y nadie quita que una lectura despierte una noble contricción.

No olvidemos, además, que el sistema de amaestrar los reflejos condicionados de Paulov —origen de los lavados de cerebro— descansa en la repetición que provoca eficaces asociaciones de ideas y de sentimientos. Repetita juvant.

Toda pedagogía es siembra. Y en toda siembra algo se cosecha. No todos los frutos saldrán acogollados, ni todos estarán siempre en agraz.

Claro, que no basta enseñar. Es también preciso acompañar la enseñanza con la acción vindicativa, con la denuncia concreta de los concretos hechos criminosos que se perpetren.

atentamente,

P. R. Thompson

obra sobre “Le República” de ese señor que escribió hace veinticinco siglos, es mi libro de cabecera.

Pero digo yo, que de lo menos que serviría ese cartel es como de un constante reproche a quienes vivan escarneciendo los derechos humanos. Y nadie quita que una lectura despierte una noble contricción.

No olvidemos, además, que el sistema de amaestrar los reflejos condicionados de Paulov —origen de los lavados de cerebro— descansa en la repetición que provoca eficaces asociaciones de ideas y de sentimientos. Repetita juvant.

Toda pedagogía es siembra. Y en toda siembra algo se cosecha. No todos los frutos saldrán acogollados, ni todos estarán siempre en agraz.

Claro, que no basta enseñar. Es también preciso acompañar la enseñanza con la acción vindicativa, con la denuncia concreta de los concretos hechos criminosos que se perpetren.

atentamente,

P. R. Thompson

EL PRECIO DE LA LIBERTAD

7 de Marzo de 1970

Señor Director:

La ola de protestas y de enérgicos repudios que la inicua incautación de los diarios "Expreso" y "Extra" en el Perú, han provocado en todo el Continente, evidencian lo robusto y hondo que es el sentimiento de la libertad en las colectividades que pueblan este hemisferio.

Ya no podemos respirar sino en aires libres.

Cuando cae un periódico bajo la férula brutal del despotismo, sentimos que el luto nos invade a chorros hasta lo más callado y oculto del ánimo.

Se nos priva, en esas incómodas circunstancias, so pena de la vida, del derecho a estar informados, se nos cercena de cuajo la facultad de expresarnos sin cortapisas, se nos impide fiscalizar el patrimonio nacional.

No podemos, en una palabra, contrariar el omnímodo capricho de los autócratas que hacen del bien común un feo y villano negocio personal o lo convierten en un alimento que nutra su desapoderada y morbosa pasión de mandar.

Lo importante ahora es añadir a las protestas, —que hay que formular y muy alto, para que el atropello no quede en un vacío de sanciones, al menos moral—, lo importante digo es que sobre el hecho recaiga la meditación y saquemos provecho del mal.

Que se cumpla la sentencia que enseña que "de los escarmentados salen los avisados".

La ascensión al gobierno, para desde él implantar cualquiera de los cesarismos al uso —cualquiera que sea el color de su camisa o de su uniforme— no ha empleado en los últimos tiempos idénticos procedimientos.

Las dictaduras que surgen en los años que corren de 1917 a 1933 en Europa asaltaron al poder llevando un programa en que no disimulaban sus nefandos designios.

Sus doctrinas eran totalitarias y no lo ocultaban.

¿Quién ignoraba que Lenin era marxista?

Antes de abandonar la Escala de Milán, donde escuchaba una ópera, para iniciar la marcha sobre Roma, ya Mussolini había proclamado, en una u otra forma, que el “Estado es todo, el individuo nada”, que “había que vivir en peligro” y que “la guerra es a un país lo que la maternidad a la mujer”.

El pueblo italiano se acomodó a esas teorías, cansado como estaba del abusivo y acaparador liberalismo económico del siglo XIX que, para favorecer a los adinerados y a los ricos empresarios, repudiaban toda intervención del Estado para ponerle coto a las desmedidas ambiciones de la opulenta y opresora clase dominante.

Benito, el fascista nacido en Predappio, podía estar seguro que cuando gritaba “se avanzo, seguítame, se indietregio, amazátemi”, —si avanzo, seguidme, si retrocedo, matadme— sus palabras iban a tener efectos positivos, al menos por buen tiempo.

Hitler, por igual, alcanzó el poder en 1933, pero publicó “Mi Lucha” —Mein Kampf—, en que recoge la sustancia de su totalitaria y racista ideología, en 1923.

En las últimas décadas, pues, el arte de la insurrección de tipo dictatorial, ha cambiado de sesgo, viene utilizando otros pérfidos métodos: el golpe viene primero, la ideología saca las garras después.

Fidel, descendió de las montañas con el Rosario al cuello, de la misma manera que Moisés bajó del Sinaí con la piedra en que estaban grabados a fuego los Diez Mandamientos.

A Perón, lo levantaron en vilo, envolviéndolo en rompientes de gloria, los “Descamisados”. El Justicialismo, asomó su rostro más tarde.

El fariseísmo político, la añagaza demagógica, parece, por tanto, ser hoy, la nueva y flamante técnica de los golpes de Estado de cuño tiránico.

¿Qué moraleja derivamos de todo ésto?

Pues, que hoy más que nunca “la vigilancia es el precio de la libertad”.

Debemos estar atentos a todos los síntomas. No caer en descuidos que tengan como triste consecuencia el que vayamos al lecho libres y despertemos, entre azoros, esclavos.

Si. "La vigilancia es el precio de la libertad".

No siempre la supresión de los derechos del hombre se inicia por ahogar dramáticamente la libertad de expresión. Puede colarse, enmascarada, como los piratas por las playas desiertas, por otros atajos y senderos.

Estemos atentos a defender tempestivamente todas, todas las libertades.

Porque todas, son solidarias, son indivisibles.

Atentamente,

P. R. Thompson

NUEVOS METODOS

12 de Marzo de 1970

Señor Director:

Es un deber —uno de esos nobles deberes olvidados— que cuando censuramos severamente a alguien, y éste, acatando el dictado de la razón, vuelve sobre sus pasos y rectifica, es una obligación moral, insisto, el saludar su nueva actitud con aplausos estimulantes, con uno de esos aplausos que realzan tanto a quien los acuerda con entusiasmo como a quien con dignidad los recibe: la honradez intelectual también tiene sus leyes.

No somos pocos los que hemos formulado ásperos y duros reparos a Cáritas, institución católica norteamericana, sin feos designios lucrativos, que se especializa en la magnánima tarea de realizar entre nosotros las bíblicas obras de misericordia.

¿Y se puede criticar a nadie porque haga el bien?

Si lo hace mal, claro que sí. Porque hasta el pan hay que saberlo dar con afables e inteligentes modos.

Nos desagradaba en Cáritas, su sistema. No nos complacía, por puro, generoso y sincero que fuera, su amable paternalismo.

Nos parecía —y nos sigue pareciendo— que la dádiva que no exige la contrapartida de un trabajo, que la limosna, —que tiene siempre algo de afrentoso que ruboriza—, tanto como herir nuestra sensibilidad nos producía daños psicológicos imponderables.

Porque el regalo, por lo común, —salvo en excepcionales circunstancias, léase Biafra—, lo que hace es amamantar y abonar el vicio, estimular la apatía, consolidar la inercia social, crear, en fin, ese clima falso y nocivo que bien pudiéramos denominar bochornoso clima de paz holgazana.

Esto, sobre todo, es válido en países como el nuestro, situados en la zona tórrida y que le hacen evocar a uno la exagerada y excesivamente generalizada frase de Luis G. Urbina: “Por donde pasó España sembró epopeyas y aclimató pigricias”

Cáritas dio oídos a las voces de reproche. Y ahora, girando sobre sí misma, da, pero despertando energías dormidas.

El usufructuario de uno de sus beneficios materiales, recibe uno mayor: se encuentra a sí mismo, se hace artífice de su propio destino, mejora y cría alientos de mejoras en los demás.

Cáritas ahora, ha implantado el procedimiento de ayuda mutua, en que cada hombre se inserta, en virtud de su trabajo, en la comunidad a cuyo desarrollo coopera en forma eficaz y operante.

Ya no es un triste pordiosero: se gana el pan mientras prospera en la labor unánime.

Surgen, por el empleo de este nuevo método de Cáritas, caminos vecinales, canales de riego, aulas para escuelas, pozos tubulares, acueductos rurales, áreas de terreno cultivadas al tenor de las técnicas modernas para aguijonear el amor al campo, con la halagadora visión de la cosecha, y para generar el entusiasmo por el crecimiento de la producción que remunera.

Esta labor es plausible, es pedagógicamente bienhechora. Más que dar un pez, enseña a pescar.

Es esa tarea una cooperación con el marginado. Porque el marginado no es el que vive en las sórdidas periferias de las urbes.

Marginado, en exacta y sociológica definición es el hombre a quien le resulta radicalmente imposible salir, por su solo esfuerzo, de su triste condición de paria analfabeto, de la miseria moral y espiritual en que lo ha sumido una sociedad en que impera un inicuo reparto del bienestar: todo para unos pocos, nada para unos muchos.

Congratulémonos, pues, con Cáritas. Démosle nuestros parabienes por haber puesto en práctica las sabias y humanísimas máximas contenidas en la Encíclica "Populorum Progressio".

Al contemplar y reflexionar sobre esta nueva actitud de Cáritas, nos asalta el lírico deseo de hacer nuestro el credo de Lavedán, limándole las aristas, bruñéndole los cuernos, para que diga así:

"Creo en el premio del esfuerzo y en los méritos de la

esperanza. Creo en las manos que empuñan el arado y se juntan, armoniosas, para la callada plegaria”

Cáritas puede hacer aún más.

Puede crear conciencia, en el seno de los Estados Unidos, de que hay que modificar los términos de intercambio, de que las inversiones deben hacerse de acuerdo a nuestras necesidades y conveniencias, no conforme al espíritu fenicio de Wall Street. Puede insistir en que si se nos remiten los excedentes de su producción nos pongan, en el entretanto, en condiciones técnicas de producir por nosotros mismos.

Podrían recordar, allá en el seno de su opulenta patria, estas hermosas y sinceras palabras de John F. Kennedy, en su sabio y realista libro, “Estrategia para la Paz”:

“En todo el mundo los países ricos siguen enriqueciéndose mientras los países pobres continúan empobreciéndose”

“Estos, tienen cada día menos capitales, cada vez más habitantes y cada vez menos esperanzas”

Con certera visión de los apocalipsis que pueden sobrevenir, añadía el mártir de Dallas:

“En esta clase de ambientes es donde se desarrollan más fácilmente las tentaciones del nacionalismo más angosto, el espíritu de dictaduras y la convicción de que todo vínculo económico con una nación extranjera, comporta una amenaza en sí mismo”

Y concluye, por último, el extinto Presidente Norteamericano, con esta diáfana y entrañable confesión:

“Es preciso decir que los Estados Unidos de América, que son el país más rico del mundo, no ha dado a las naciones más pobres nuevos motivos de esperanza”.

Ojalá que la noble gente de Cáritas despierte en el norte la conciencia de estas dramáticas verdades.

Con ello, complacerían, de paso, a los Obispos de Latinoamérica, quienes, en Medellín formularon un llamado a sus colegas nortños en este idéntico sentido

Atentamente,

P. R. Thompson

SIGNIFICADO DE UNA CEREMONIA

17 de Marzo de 1970

Señor Director:

Leo en "El Caribe" de este día un titular que dice así.
"Consagran hoy a nuevo Obispo Tomás F. Reilly"

¡Perdón!, pero no hay tal,

Hace más de seis lustros que este distinguido eclesiástico, —en quien se asocian, en consorcio armonioso, la claridad de la inteligencia, la severa vida ejemplar y la inflexibilidad en los propósitos del bien—, hace más de seis lustros, digo, que recibió la consagración episcopal, levantándosele, por tanto, desde entonces, a la superior categoría de Obispo.

La solemnidad que se está desarrollando en estos momentos en nuestra región sur, tiene, en términos de Derecho Canónico, otro carácter muy distinto, aunque profundamente significativo.

La Iglesia primitiva, fragante todavía de evangélicas parábolas, y sobre todo, oliendo aún a Sermón de la Montaña, calcó su organización institucional —en el sentido territorial— sobre el mecanismo administrativo, de indudable eficacia, del Imperio Romano.

Así surgieron —aparte del superior núcleo ejecutivo, la Santa Sede—, Arzobispados, Diócesis, Parroquias. La "Prelatura Nullius", constituye un paso intermedio entre la parroquia, organismos de base, y la Diócesis.

Se crea una "Prelatura Nullius", desmembrando el territorio de una Diócesis, se le dota de facultades independientes, sometiéndosele así, por un espacio de tiempo, a prueba.

Si el tanteo, si el ensayo, cuaja en buen éxito, se le sublima a categoría de Obispado y queda integrado —en el caso— a la Provincia Eclesiástica de Santo Domingo

Es como cuando, previos estudios, no a tontas y a locas, se alza una Común a condición de Provincia.

Numerosas de estas "Prelaturas Nullius" —que a veces son abaciales— se han ganado, en buena lid, una perpetua gratitud de la humanidad.

Montecasino, en el talón casi de la Península itálica, es un brillante y conmovedor ejemplo de ello.

Antes de que la última guerra entrara allí, con sus explosivos, con sus odios, con sus fríos cálculos económicos y sus crueles afanes de hegemonía universal, Montecasino era, tanto como un santuario religioso, un precioso e invaluable relicario de la historia de la cultura.

Situado en el vértice de una montaña, siempre coronada de nubes, cuando ya se había extinguido el Imperio Romano y la cerrazón de la barbarie cubría a Europa, allí, los monjes, convertidos en archivistas de la civilización futura, copiaban en pergaminos, las obras clásicas de griegos y latinos y fundaban, con Constantino el Africano, la primera escuela organizada de medicina.

Dice alguien, cuyo nombre ahora no recuerdo, que era tanto y tan denso el silencio que envolvía a aquellos conventuales, que mientras trasladaban los libros de la sabia antigüedad, —que darían origen al Humanismo y al Renacimiento—, se oían los rasguños que sus plumas de aves producían al moverse.

Claro que nuestra "Prelatura Nullius", de San Juan de la Maguana no tiene parejos títulos ni puede presentar análogas credenciales históricas.

Pero también tiene nobles ejecutorias: los pasos cautelosos de Enriquillo que desciende de la Sierra: los vestigios de la cultura aborígen, de la cultura de aquellos indios nuestros, bárbaros de almas vírgenes; las épicas glorias de la Independencia y, ahora, la lograda persecución del progreso, en la agricultura, en las industrias que asoman, en su espíritu de fe, en su amor a la libertad. Todo esto testimonia un inequívoco e incansable ánimo laborioso.

Merecía, pues, el premio de ser un Obispado. Monseñor Reylylly triunfó —y ha sido por ello galardonado— porque encontró un pueblo, un pueblo de Dios, que respondió cumplidamente a sus pastorales viriles y porfiados afanes.

Ahora, Monseñor Reilly va a entrar en nuevo capítulo de su biografía.

Sabe, como el que más, que a tiempos nuevos, ideas nuevas. Que el paternalismo episcopal se ha disipado para dar paso a la corresponsabilidad.

Sabe, Monseñor Reilly, que los obispos de hoy no pueden ajustarse a los arcaicos estilos de señoriales barones feudales.

Para todos, para superiores y para subordinados, ha terminado la Era Constantiniana, y, por consiguiente, la Iglesia y los Obispos, no tienen más cayado que el del pastor, sin la espada tutelar de otros poderes.

Y aunque, para Reilly, el compromiso siempre fue con los de abajo, hoy más que nunca, hay que afianzar este compromiso con los desheredados.

Atentamente,

P. R. Thompson

SITUACION NACIONAL

19 de Marzo de 1970

Señor Director:

Su admonitorio y juicioso editorial de hoy, señalando, con ocasión del cuádruple crimen de Barahona, a donde va a concluir —caos primero, tiranía, después— la actual situación porque atraviesa el país, si no se pone rápido y eficaz remedio, es digno de ponderación y análisis.

Puesto que a la hora sombría del derrumbe fatal —de las libertades o de la paz— a todos nos va a tocar, en proporciones alicuotas, buena parte de las desdichas en que va a quedar sepultada la familia dominicana, creo que es un deber y un derecho de cada ciudadano, expresar, sin más cortapisa que la ley y el recíproco respeto, lo que presente, lo que siente y lo que piensa.

Me parece difícil negar que estamos viviendo en una anarquía virtual, en un inquietante estado de cosas, que si no es, es lo que más se parece a un deplorable desgobierno.

Por favor, no estoy fijando responsabilidades personales. Ni creo tampoco —generalizando viciosamente— que se pueda responder aquí a la pregunta sobre quién mató al Capitán Pedro Crespo, con aquello de: Fuenteovejuna, todos a una.

El desgobierno proviene, en primer término, de que el organismo oficial sobre el cual recae a plomo la responsabilidad de mantener el orden y el sosiego públicos, está inficionado de indisciplina, sembrado, aquí y allá, como lo denunció el Honorable Señor Presidente de la República, de maleantes uniformados, para quienes no existe el divino mandato que dice: NO MATARAS.

El derecho no puede existir sin el auxilio de la fuerza, y lo único que legitima y justifica la fuerza es su servicio y su

rendimiento al derecho, cualquiera que sea la verdad de la tesis filosófica de Kelsen.

Si, por tanto, esa vértebra, ese eje del Estado de derecho, que es la Policía, vive, sin severas rectificaciones, incumpliendo sus esenciales deberes, es en ella donde están plantados los envenenados gérmenes del desquiciamiento social.

Si el Jefe del Estado no cuenta, pues, con su eficaz colaboración en el desempeño de su eminente función; si el pueblo no cuenta con su protección, uno y otro, el Jefe del Estado y el pueblo, vivimos en un equilibrio inestable, bordeamos de continuo el abismo de la disolución social.

La historia de nuestro país guarda entre sus aleccionadoras anécdotas, una, que ya tiene sabor a clásica. Se trata de un facineroso consuetudinario a quien la criminal indulgencia de los tribunales, dejaba libre e impune tras cada delito perpetrado.

Un buen —o mal— día, se tropezó el reincidente malhechor con el Padre Canal y le cosió las entrañas a puñaladas.

Desde entonces el pueblo dominicano decía, como quien recita un romance: ¿quién mató al Padre Canal? Y se contestaba: la justicia lo mató.

Otro de los polvos que traen estos lodos, es la habitual desatención de las máximas autoridades a los señalamientos y reclamos de la opinión pública.

Se escribe, se clama, se grita, se advierte, y en las alturas no hay más eco que el silencio. Si la oquedad del silencio pudiera despertar ecos.

¿Cuántas veces no se denunció el ambiente consternador que el terror había puesto en Barahona?

Pero no. Todo allí estaba claro, sin complejidades, sin nubes. Se trataba de simples hechos esporádicos, contemplados en el común Código Penal.

El libelismo político, es también responsable de que con suma frecuencia las autoridades se vean perplejas y no acierten a discernir lo que es fruto del verbo incendiario del demagogo, de lo que realmente es crimen, es delito.

Los líderes políticos, por tanto, deben, asimismo, contribuir a la edificación de la paz ciudadana, expresando la

exacta verdad, sin caer en la maledicencia, con el propósito de revolver el río para su ganancia como pescadores de prosélitos.

Me resulta, por igual, extraño que la Iglesia no haya tomado parte, al menos en la proporción debida, en pacificar los ánimos, en ejercer su misión profética, en emitir sus juicios morales, en situaciones en que, como las de Barahona, comportan una flagrante y salvaje violación a los derechos de la persona, en apelar, en fin, a la conciencia de los cristianos con el propósito de que cooperen en la creación de un transparente clima de sosiego.

Se hace resonar mucho al Concilio Vaticano II. Pero está ocurriendo con sus Constituciones y Decretos, lo que un cierto profesor solía decir de Santo Tomás de Aquino: de él todos hablan, pocos lo leen, ninguno lo aplica.

Pues bien, he aquí un pasaje de la Constitución "Gaudium et Spes" que debería en estos días ser el alimento y la luz de nuestros católicos:

"Todos los delitos que se oponen a la vida, como son los homicidios de cualquier género, el genocidio, la eutanacia o el mismo suicidio voluntario; todo lo que viola la integridad de la persona humana, como la mutilación, las torturas corporales o mentales, incluso los intentos de coacción intelectual; todo lo que ofende a la dignidad humana, ... todo esto y otras plagas análogas son, ciertamente, lacras que mientras afean a la civilización humana, en realidad rebajan más a los que así se comportan que a los que sufren la injusticia. Y ciertamente, están en contradicción con el honor debido al creador".

Sólo cuando todos —gobierno y gobernados— nos unamos, en la claridad de unos propósitos comunitarios, en el contexto, claro, de las libertades públicas, sólo entonces florecerá aquí la paz jurídica y la paz moral.

Este empeño unánime es ya cuestión humanitaria.

Atentamente,

P R. Thompson

REVOLUCION EN LAS CABEZAS

21 de Marzo de 1970

Señor Director:

El viejo símil que compara a los Centros de Enseñanzas con una almáciga, es decir, con un suelo en que se siembran las semillas para que, una vez brotadas y florecidas, se trasladen a otros lugares a fin de suplantar a los árboles vencidos por los años, es tan expresivo y vigoroso que no pierde un ápice de lozanía con el tiempo que pasa y se renueva.

No hay literatura en que no se encuentre esa significativa metáfora. Es ya un lugar común académico. Ella pone de manifiesto, entre otras cosas, una ineluctable ley biológica: lo viejo, sin quejas, debe dar lugar a la savia fresca y nueva que surge, que no surge atropelladamente, sin orden ni concierto, sino siguiendo un ritmo vital, calculado y dosificado por la sabia naturaleza en cada paso que da de avance.

La Universidad Madre y Maestra, de Santiago, hoy bajo la juvenil y experta dirección del Padre Agripino Núñez, inicia en este día, un Simposium cuyos temas evocan la imagen de la almáciga, de la sementera en que se cuidan y preparan con esmero los pinos nuevos de la futura República Dominicana.

Se va a tratar allí, de los rasgos diferenciales que caracterizan y distinguen, en Latinoamérica, a una Universidad moderna, en cotejo con la tradicional que, entre la verdad, la técnica, la economía y la belleza, se quedaba románticamente apegada, con exceso, a los puros valores estéticos y al útil ejercicio de las profesiones liberales.

Haciendo todavía valedera la noción de Universidad de Alfonso el Sabio, que la definía y perfilaba como un "ayuntamiento de profesores y estudiantes —adviértase, de profesores y estudiantes— para alcanzar el saber", se

dialogará, en aquel Simposium, sobre la participación activa que debe acordarse a los alumnos en la gestión y marcha de una institución de alta cultura.

Se planteará, por tanto, el caliente tema, muy del día, —aunque ya tiene años de haberse debatido en Europa— del choque y colisión de las generaciones.

Como se ve, se está tomando el toro por los cuernos. Nada de escapismos. Nada de vueltas y revueltas elusivas a los problemas que agobian y asedian a la agitada sociedad en que nos está tocando vivir.

En un país como el nuestro en que la improvisación es gala y ley; en que nos vendamos la cabeza antes de que nos las rompan; en que se da por sentado la existencia de la ciencia infusa, que es un regalo que se recibe sin méritos y esfuerzos, echar sobre el tapete los temas en que se centrará y se extenderá el Simposium, es ya de por sí una tarea pedagógica que pone de manifiesto que en Santiago, profesores y estudiantes, a una, están contemplando el mundo de hoy, con ojos limpios, con mirada valiente y resuelta.

Para mí, esa manera de llevar las cosas constituye de antemano un dinámico avance hacia las transformaciones sociales, políticas y económicas.

Es crear las infraestructuras intelectuales y morales —que tan urgentemente precisamos— para un auténtico y positivo desarrollo.

Y es por eso, y congruente con esto, que en el mismo temario del Simposium, con buena lógica, todo el coloquio se encamina, como a epílogo, a la discusión de las jornadas y etapas que implica un desenvolvimiento económico, social y cultural.

Del economista belga, amigo de Fidel Castro, René Dumont (El Hambre Futura del Mundo-pag. 232) son estas reflexiones que confirman lo dicho y son, al propio tiempo, el testimonio de la ciencia unida a la experiencia revolucionaria:

“La Revolución procura unas misiones que exaltan, pero el Desarrollo requiere obscuras abnegaciones, unas tareas ingratas, aunque también más necesarias para su éxito dichoso”.

Excitar la imaginación creadora, para organizar mejor

la producción; estudiar los medios seguros y justos de una equitativa y obligada distribución de la riqueza; concebir racionalmente la apertura de fuentes de trabajo, de suerte que el poder adquisitivo de las masas aumente, creando la posibilidad de auténticas industrias; idear la mejor forma de defender los recursos naturales de la piratería extranjera, sin ahuyentar el capital foráneo; ejecutar satisfactoriamente el propio trabajo, ya es, en sí, un auténtico acto pre-revolucionario.

Hacer, en una palabra, la revolución en las cabezas, en los ánimos, en los hábitos de vida, para evitar que saite en tumulto a las calles, es el mejor servicio que se le rinde, desde ahora, a una revolución bienhechora.

Sin técnicos, sin sociólogos, sin estadísticas, sin humanistas a la moderna, es absurdo esperar que ninguna revolución, por bien inspirada que esté, alcance los brillantes ideales que persigue.

Este debate de la Madre y Maestra, podría también llevar a la conciencia de ciertos elementos dominantes, la convicción de que por encima del triple poder, económico, militar y político existe un poder más fuerte que el de la posesión de la riqueza y de las armas: el poder de la desesperación.

Ojalá que este Simposium de la Madre y Maestra difunda sus conclusiones, para que alcance a su genuino beneficiario y destinatario: el pueblo dominicano.

Atentamente,

P. R. Thompson

REFLEXIONES SOBRE UN DESFILE

24 de Marzo de 1970

Señor Director:

Apenas se anunció el hoy suspendido “desfile de las antorchas encendidas”, un vigoroso sobresalto sacudió, vibrante y sin excepción, a toda la sociedad capitalaena.

Con el poder casi mágico que tiene la fantasía sobreexcitada, ya se veía a la ciudad presa de las llamas que subían ganando los cielos, como la antigua Roma en los días de Nerón, o, en época bien reciente, como la capital colombiana en las sombrías y convulsas horas del volcánico “Bogotazo”.

Conforme lo expresaron los sensatos y reflexivos editoriales de los periódicos y de los comentaristas radiales, los temores descansaban en buenas razones, no eran fruto de un emotivo estado patológico, eran justificados.

No es necesario —porque la experiencia ha dictado bien claras y bien dolorosas y severas enseñanzas—, no es necesario estar, repito, penetrado del pequeño e injustamente olvidado libro de Gustavo Le Bon, sobre la “Psicología de las Masas”, para persuadirse de que, en las muchedumbres, suelen adormecerse ciertas facultades superiores, —la razón y la voluntad amaestrada—, para dar vigencia, vueltos frenéticamente activos, a otros sentimientos, que sublevan y dejan sin rienda a los instintos primarios.

Aún el más dueño de sí mismo, en esos arrebatados movimientos multitudinarios, pierde su individualidad, y, por la fuerza de un arcano contagio, se deja arrastrar, pasivo, a los más furiosos desmanes. Desmanes que con noble contricción se reprocharía al regresar a su propia conciencia.

Estas peligrosas circunstancias, que presagian siempre eventuales desdichas y lágrimas vivas —que no pueden

reconstruir lo destrozado— se acentúan más si se tienen en cuenta las tensiones políticas y sociales que al momento estremecen a esta parte de la isla, a la cual alguien calificó, no sin visos de razón, como “la isla de los tristes destinos”.

La supresión, pues, de la marcha de los “jachos prendíos”, constituye una prudente medida que hay que acreditarle a los méritos de los líderes políticos que tomaron esa saludable providencia.

Quisiera subrayar, no obstante, un bien, un beneficio, que brotó de la frustrada amenaza y que parecía encarnarse en la airada multitud en desfile, que, embriagada por su expresión de poder, podía degenerar en riada de horda caótica.

Ese beneficio fue que, al menos por unos instantes, los bienhallados de todas las clases, los que disfrutaban, en mayor o menor grado, de un bienestar relativo, sintieron el punzonazo de sus responsabilidades sociales incumplidas.

Cayeron en cuenta de lo que ocasionalmente puede esperarse si persisten en fiarse, obstinadamente, de esa paz, que ayer mismo Paulo VI definió como “la sufriente e intolerable paz donde el pan es insuficiente”.

Suprimida la marcha —¡seamos sinceros!— ¿no sentimos todos una especie de desahogo, un suspiro de alivio, como si, condenados ya a muy amargas desventuras, de improviso, se nos hubiera perdonado la vida y se hubiera prometido proteger nuestros bienes?

Quiera el cielo que esta “sensibilización” (disimúleseme el neologismo), despertada por un hecho episódico, no sea fugaz, no se incorpore a esas frágiles convicciones que el viento se llevó. Que sea permanente y dinámica, bienhechoramente activa.

Si la amenaza —la justa amenaza de los de abajo que han perdido la fe en la resignación— sigue en pie, latente, y como al acecho, que la preocupación por remediar las injusticias siga también en pie. Que no sea luz de relámpago que rasga la obscuridad y a la obscuridad vuelve y en ella se esfuma.

La tormenta se sigue gestando en el seno de esas muchedumbres abandonadas por la sociedad opulenta.

Su hambre es auténtica. Su alojamiento cubil de

promiscuidades y madriguera de miserias. Su inseguridad vital, constante y aguda.

Su reactividad y su fiera agresividad no hacen más que traducir, traducir y evidenciar, su sentimiento del no amado, del despreciado, del ignorado, entre aquellos que hubieran debido intentar comprenderlos y ofrecerles ayuda para que fueran artífices de su propio destino.

Porque más que de los marginados es culpa de la sociedad en que vivimos, su analfabetismo, su ineducación moral y espiritual, su carencia de trabajo, su existencia gris y sin lumbres.

Las rabiosas rebeldías de estos orillados, se originan, entre otras causas, en que no pueden aceptar, sujetos a un espíritu conformista, el reparto arbitrario de la fortuna, que cae a torrentes sobre las cabezas de un grupito de privilegiados, que no sienten nunca el hartazgo de ganar, y apenas salpica de una gota mísera la boca sedienta de los muchos, de los innumerables.

Que el gobierno planifique, teniendo, entre ceja y ceja, al pobre, no el goce estético de los ricos.

¿Qué sentimientos puede engendrarle al que no sabe leer una biblioteca de millones de pesos? ¿Qué clase de hirvientes resentimientos despertará en el famélico un suntuoso teatro en que se escenifiquen a Calderón de la Barca o a Albert Camús? ¿Con qué energías descenderá de las po-brísimas alturas a regocijarse contemplando una acuarela marina desde un mirador enjardinado?

El sector privado, por otra parte, no puede, sin aventurarse a padecer riesgos imprevisibles, proseguir obsesivamente en su empeño de creer que la economía está divorciada de lo humano, y que la ganancia egoísta, desligada de ulteriores responsabilidades sociales, es el único móvil de las finanzas, del comercio y de la industria.

Porque en esto sí que tenía razón el que dijo: o jugamos todos o rompemos las barajas.

Atentamente,

P. R. Thompson

¡MITEMOS A FOCION

1ro. de Abril de 1970

Señor Director:

“Se cansa uno”, era la expresión que, con un dejo de resignada impotencia, cruzaba la isla de Cuba, de un extremo a otro, cuando Cuba era todavía un tesoro inacabable de ingenioso y filosófico buenhumor.

Y la frase se refería a la sistemática desatención con que los poderes públicos, seguros de sí mismos, escuchaban, como quien escucha llover, dormidos al manso rumor de las aguas, los reclamos y apelaciones del pueblo.

Me viene a la memoria este dicho, forjado por el hombre que vive a nivel de la calle —que es donde la necesidad brama con mayor vigor dramático— al leer hoy, en El Caribe, en dos columnas paralelas, una que reza: “Inauguran malecón”; y otra que dice: “Alarma escasez de carne”.

¡Cuántas veces, en las páginas de este mismo diario, no se instó e insistió, sine ira et studio, sin pasión y sin favor, a que se centrara toda la preocupación del sector público en acrecentar —en las proporciones requeridas por nuestras urgencias vitales, antes que nada— la producción y la productividad con miras a abastecer la población y estar luego, en condiciones óptimas de exportar excedentes!

Pero, ¡“Se cansa uno”!

Hoy, los tablajeros, las amas de casas, lo mismo la familia acomodada que la que vegeta cargada de avitaminosis y confinada en la miseria, andan desconcertados, al retortero, porque se ha desarreglado su habitual dieta de siglos

(Juan Bosch, dice en su último libro —Composición Social Dominicana— que la carne en el plato dominicano data desde casi el final de la centuria décima sexta cuando aquí, cerrado el comercio con el exterior, se hizo copiosa la abundancia de ganado vacuno. Consolidan su idea, Oviedo y el jesuita Acosta, en 1580, en su “Historia Natural de las Indias”).

Si se nos hubiera prestado un mínimun de eficaz atención,

no digo que no existiría de cuajo el problema de la carne, pero sí cabe afirmar, sin que la afirmación sea tan aventurada, que el grito no sería tan alto ni tan agudo, ni la alarma hubiera cobrado ribetes y amagos de escándalo.

Está tan de baja la política racional —y la sentimental— que a quien encarece que no haya inversión inactiva, que toda ella sea una siembra de gérmenes potenciados de vitales y seguras promesas de pan, luz eléctrica, vestido, de abiertas oportunidades para todos, se le llama, sin más ni más, demagogo.

¡Como si la peor y la más ruinosa de las demagogias, no fuese la demagogia real, la ejecutada a granel con los bienes fiscales y que consiste en el falaz propósito de seducir prosélitos con el señuelo de obras brillantes, de relumbrón, pero improductivas y estériles e incapaces de hacer frente a las nuevas necesidades creadas por el desbordado crecimiento demográfico!

Hoy por hoy, la política en seco, la que sintetiza y compendia su actividad a la mera pugna por alcanzar el poder, sin una economía planificada no hecha a escape y a destajo y como sobre la marcha, sin tener fija la mirada en el futuro de una Nación, es lo que mejor define y perfila el contenido del vocablo demagogia, no ya tomado en su acepción original como sinónimo de conducción del pueblo, sino en ese otro significado adonde ha venido a degenerar y concluir por obra de la evolución semántica: mentiroso público.

Entre las cosas que se cuenta de Foción, el griego, —yo también me sé mi Plutarco— se encuentra la anécdota de que un día, mientras peroraba con calor en el Agora, fue interrumpido, en medio de una cláusula de musicales cadencias, por un atronador aplauso.

Se detuvo y preguntó: ¿Es que acaso he dicho algún disparate?.

Foción no era un demagogo.

Yo le rendiría mis mejores tributos de admiración a cualquier líder político que tuviese el cívico coraje de imitarlo.

Atentamente.

P. R. Thompson

EN PRO DEL DIALOGO

3 de Abril de 1970

Señor Director:

Permítame significarle que su editorial de este día, según los informes que he ido recogiendo, ha impresionado profundamente a vastos sectores de la ciudadanía consciente.

Reduciendo a síntesis el contenido de esa columna, —que cumple la doble función de reflejar la opinión pública y la de orientar, sin inclinarse a ninguna de las dos parcialidades en violenta pugna—, ella viene a decir que dos son, en resumidas cuentas, las alternativas a que, de inmediato, estamos enfrentados: o caemos, precedidas de una salvaje anarquía, en una brutal e inhumana dictadura de derecha, o nos subyugará un despotismo de tipo y color rojo.

En ambas circunstancias, habrá naufragado, sin esperanzas de rescate, definitivamente, la democracia representativa.

El cuadro es tan crudamente realista que no hay más que tirarse a las calles para comprobar lo auténtico de los tonos y de lo correcto del diseño.

¿“En qué desembocará todo esto? ¿Dónde iremos a parar? “Aquí tiene que pasar algo y grande”, son las interrogantes y las afirmaciones nerviosas que recogemos en todos los labios en las vías públicas y que evidencian y testimonian las comunes preocupaciones y la unánime congoja.

De dos cosas parece que no nos hemos dado cumplida cuenta: de que estamos tomando como premisas para solucionar los graves problemas que nos asedian o, de una parte, los intereses creados, o de la otra, el frío y apático engaño demagógico.

Los comerciantes, los industriales, los empresarios, en

términos generales, no les interesa, allá en el trasfondo de su conciencia, la libertad política: les basta la libertad de comercio.

La democracia real (la de contenido) no constituye la máxima de sus aspiraciones. Les es sobradamente suficiente, la democracia formal (sólo en el papel, sin realizaciones adecuadas para la mayoría del pueblo).

Cogidos obsesivamente en la tenaza del lucro, cohonestan su postura social y política, a la sombra de la frase de Goethe, dicha allá, a la luz gozosa del despotismo ilustrado de la suntuosa Corte de Weimar: "Prefiero la injusticia al desorden, porque el desorden es una suma de injusticias"

El olímpico autor del Fausto, no se detuvo a reflexionar que ya la injusticia misma, por su propia virtud destructora, es un desorden.

De esta concepción crematística, puramente mercurial, de índole y carácter fenicio, de los intereses económicos, es de donde le nace a las fuerzas incontrastables de la derecha, el engreimiento que obstaculiza el diálogo magnánimo y sincero, y que, por tanto, cierra toda posibilidad de acuerdos encaminados al logro de una convivencia, en el marco de las libertades y cimentada en la justicia.

La conclusión a que llegan esas corrientes de extrema derecha es que, teniéndolo todo —dinero y poder— no hay por qué allanarse a entablar conversaciones con miras a realizar la concordia ciudadana.

Si los comerciantes, los industriales y empresarios, les retiraran a todos, por igual, su auxilio monetario, su ofrenda medrosa, e intervinieran de común apretado acuerdo, en imponer a todos los bandos, condiciones lógicas y humanas para la solución de los problemas nacionales, la atmósfera comenzaría a diafanizarse, a esclarecerse, se abrirían los caminos al coloquio constructivo.

De lo contrario, los de abajo los mirarían como hostiles, como instituciones que, habiendo tomado resuelto partido en sólo favor de unos, merecen únicamente el ataque destructivo.

Se crea de esta manera, en la poderosa clase comercial e industrial, un círculo vicioso: temen a la facción en el po-

der, porque podrían arruinarlos, y temen a los antagonistas del poder, porque, amenazando sus bienes, los arrojarían eventualmente al despeñadero de la bancarrota.

Otra de las causas que mantienen a los espíritus en agrias y enfermizas tensiones, es, —vuelvo a repetirlo— la desatención sistemática a la opinión pública.

Este no presta oídos al estado de opinión de la colectividad, crea el convencimiento, bien o mal fundado, de que se menosprecian la Constitución y las Leyes —instrumentos forjados para realizar la armonía—, que sólo se invocan cuando tutelan los propios intereses.

Surge de esa suerte, la suspicacia de que la autocracia ya está en marcha y de que hay que atajarle su marcial paso con todos los recursos al alcance de los que quieren vivir y morir libres.

Y como se sabe, desde Maquiavelo pará acá, que el fuerte no cree en “profetas desarmados”, se hacen de las piedras, armas, del destrozo, medio de defensa, del inhumano crimen a mansalva, deplorable filosofía política.

En conclusión, señor Director, estoy de acuerdo con usted en que es imperativo que se acuda a la mesa del diálogo.

Pero creo, asimismo, que para que ese diálogo no sea una estéril conversación entre sordos, debe tener como consigna y finalidad, el logro del bien común, no el alimentar mezquinas ambiciones personales o partidistas.

El peso de ese diálogo debería gravitar a plomo sobre personas desinteresadas, entre otras, por ejemplo, los líderes religiosos, tales como los que guían a la Iglesia Católica y a las varias denominaciones protestantes, que comprendan, que frente a una crisis moral, es de necesidad ineluctable restablecer, primero, la paz de los espíritus para que sobre ella florezca la paz jurídica.

Atentamente,

P. R. Thompson

ACERCA DE VON SPRETI

10 de Abril de 1970

Señor Director:

Mientras trazo estas breves reflexiones sobre las cuartillas, se están celebrando en nuestra Catedral solemnes exequias por el eterno sosiego del alma de Karl Von Spreti.

Era el diplomático alemán, noble. Pero de aquellos que creen que la nobleza obliga. De los que se forjan, para su uso y norma cotidiana, deberes inéditos, deberes excepcionales.

Su castillo, más que nido de halcones y mansión de suntuosos festines, fue hogar del desvalido, permanente cátedra de ejemplares virtudes humanas, centro, desde donde se irradiaba, como la casta luz que brotó del sepulcro vacío el día de la resurrección, la lumbré de una fe que nunca tuvo penumbras y que jamás padeció sombras.

Luis XV, el corrompido y corruptor Luis XV, el de la Pompadour —rosa de Francia— dijo una sola verdad en toda su vida, la dijo, y no cumplió con ella, contribuyendo, como el que más, a que, un poco más tarde, su bello país se convirtiera en un mar de sangre de cuyo seno únicamente salieron a flote, salvados por obras de prodigios, los derechos humanos.

La verdad que proclamó, fue ésta: “La nobleza tiene que estercolarse si quiere ser fecunda”.

Es de sentirse que tan bonita y humana verdad fuese declarada con tan ostensible mal gusto. ¿Le vamos a pedir margaritas a las guasábaras?

Von Spreti, no necesitó de brillantes sentencias, mejor o peor dichas, para asociar sus preocupaciones a las preocupaciones del pueblo, para poner a latir su pecho —pecho de noble— al unísono de las angustias del desventurado.

La República Dominicana puede ser testimonio veraz de que Von Spreti concibió la aristocracia, no como un enjambre de altaneros y arcaicos privilegios, sino como un servicio, como un invariable modo de vida espiritual.

“Misereor” y “Adveniat”, son dos instituciones alemanas consagradas a fertilizar, con generoso financiamiento y con técnicos, la pobreza y la esterilidad del tercer mundo, del mundo de los subdesarrollados, del mundo en que vivimos nosotros los dominicanos.

Von Spreti en nuestro país era el intermediario y el dinámico activista de los dos mencionados organismos de bien humano.

Por gestión de Von Spreti funciona en Gualey un taller, apropiadamente dotado, de enseñanza media, costeadado por los católicos alemanes.

La Radio ABC, tiene, por él, excelentes unidades móviles para alfabetizar. Higley, por igual, le es deudora de técnicos y de escuelas para los desamparados. Los pobres del kilómetro nueve de la carretera “Sánchez”, disfrutaban de un plantel por Von Spreti conseguido.

La pregunta sube a los labios, húmeda de llanto y ardiente de indignación:

¿Cómo es posible que en nombre de la miseria de los marginados se haya infligido bárbara e incalificable muerte a quien, a los desheredados había dedicado, sin reservas, su prestigiosa vida?

No me cabe duda de que si los guerrilleros guatemaltecos hubieran conocido a fondo la trayectoria vital y el claro ideario de Von Spreti, por más aturridos que estuvieran por el ruido ensordecedor de la jungla, lo hubieran respetado, lo hubieran acogido, con uno de esos gestos que sólo inventa el corazón, como a un hermano en lucha por la promoción humana de los maltratados por la suerte y por las injusticias sociales.

Esta dramática paradoja que acabo de acentuar constituye uno de los signos más trágicos de la época: los hombres viven separados por inverosímiles murallas de absurdas incomprensiones.

Cada individuo, se ha trocado en una mónada Leibniziana, se ha hecho una isla. Isla incomunicada que ig-

nora los sentimientos y los designios el estilo de pensar que reina en el archipiélago que la rodea.

La pasión nos impide, incluso, tirar el puente del diálogo. Y el diálogo se ha hecho inoperante, está desacreditado, porque se va a él, no con el ánimo abierto a reconocer los propios errores y reconocer los derechos y méritos ajenos, sino con el feo y maquiavélico propósito de engañar con el arte del disimulo, de hacer que las palabras, divorciadas de los hechos inequívocos, no cumplan su misión, que es la de servir de límpido espejo del pensamiento.

A mí siempre me ha sublevado la sensibilidad, la anécdota que nos presenta a Nerón, frente al cadáver de su madre, asesinada por su orden, y, en una loca y estúpida exaltación esteticista, al levantarle ante sus ojos el paño que la cubría, exclamó: "Yo te hubiera perdonado como artista, si te hubiera sabido tan hermosa".

¡Hasta las fieras como Nerón se inventan principios, aunque sean monstruosos, para detenerse en la carrera del crimen!

¿Qué principios nos quedan ya en este mundo en que nos está tocando vivir?

Ni siquiera los que guían a las fieras, que por ley de instinto, no atacan a las de su misma especie.

Atentamente,

P. R. Thompson

SOBRE UN EDITORIAL

11 de Abril de 1970

Señor Director

No hay dudas de que el sentimiento patrio se complace en grado superlativo cuando, como en estos días, resuenan enérgicas voces de protestas contra el periodismo norteamericano y su viciosa inclinación a inmiscuirse en asuntos que, por su naturaleza, son privativos de cada nación.

Es bien sabido que existe una opinión pública ficticia, que se manipula y modela a capricho, que tiene más de maligna e interesada que de sabia y generosa y que se forja, tras haber estudiado cuidadosamente todos los resortes psicológicos de las masas, en las oscuras trastiendas de ciertas direcciones de rotativos multimillonarios.

Son expertos, maestros insuperables en el arte de vendernos mentiras envueltas en vistoso papeles de celofán de aparentes verdades.

Seguros de que es martilleando, repitiendo, una vez y otra, con obsesiva insistencia, como el engaño se vuelve convicción, saturan el ambiente de la misma falsedad hasta adormecer y anestesiar del todo el juicio crítico de los lectores poco avisados.

Como estos países nuestros carecen de una poderosa agencia de prensa que pueda rivalizar con las opulentas del Norte, en historietas, dibujos, reportajes, en artículos sindicados, o de columnistas que escriben en inglés y se vieren al español, de una manera subrepticia, se nos ofrecen, sobre los mismos problemas nuestros, una visión de ellos contemplados con óptica americana.

Es discutible el derecho que nos pueda asistir de acusarlos de indebida ingerencia en los asuntos domésticos del país.

Alegarán, —como siempre lo han alegado—, la libertad

de pensamiento y de expresión, y nos recordarán, con aires de triunfo, que también algunos periódicos nuestros tergiversan las realidades sociales, políticas y económicas de los Estados Unidos. Y lo que va, viene.

A lo que sí tenemos incuestionable derecho es a reponer la verdad en su puesto de honor cada vez que ellos quieran o pretendan usurpar ese honroso lugar entronizando la falsedad o la mentira o presentando imágenes incorrectas y desdibujadas de la sociedad dominicana.

¿Lo hacemos siempre nosotros?

Eso depende de los intereses de grupos.

Hace no más una semana que "The New York Times", en uno de esos editoriales sentenciosos que lo caracterizan —la "imperatoria brevitatis" de los Romanos— tejía una discreta, amable e insinuante apología del actual régimen dominicano, colocando, de paso, a sus opositores, en los dos últimos extremos del abanico político: o ultras de izquierdas o ultras de derechas.

No escuché una sola voz de protesta.

Durante la campaña comicial recién pasada, un conocido columnista norteamericano, famoso porque, como los cuervos, donde llega, hay, o va a haber muertos, calificó al Lic. Rafael F. Bonnely de ser un rico comerciante de la calle "El Conde"; y cuando, en privado, se le advirtió su craso error significándosele que el político santiagués era abogado, no tendero, alzando los hombros con indiferencia y acompañando el gesto con una irónica sonrisa, contestó, que para él, abogado era sinónimo de vendedor de textiles.

Tampoco en esa ocasión llegaron a mis oídos voces de protesta.

Ahora, "The New York Times", después de la inquisitorial visita a este país de su corresponsal D'Onis, muda de improviso de opinión, cambia repentinamente el sesgo de sus pareceres y estima, que soplan aires de fronda sobre el agitado ambiente dominicano y, no es que cuestione, sino que da por sentado, por seguro, que las elecciones venideras nada tendrán de francas, de puras y de limpias: serán una farsa.

Ahora sí que han surgido a coro potente las rabiosas protestas de los tan hondamente afectados.

La revista "Time" del 13 de abril del corriente, trae tam-

bién un artículo irreverente contra el Primer Magistrado de nuestro país.

Ironiza a más y peor, con la frase del Señor Presidente de que él es "un instrumento del destino"; le echa oblicuamente en rostro, con poco disimulado sarcasmo, el que se haya querido comparar a Jesucristo, lo responsabiliza de haber llevado a la nación hasta el borde del caos y de pretender orquestar unas elecciones al modo de las que suelen prepararse para sí mismos, los aficionados al continuismo en el poder.

También contra este artículo habrá protestas.

Yo me sumo a ellas, por la forma inadecuada en que está redactado el reportaje, atribuyendo a otros lo que ellos quieren decir, por la manera insidiosa de labrar una prosa cargada de explosiva malignidad.

Pero lo que deseo consignar, y en lo que deseo insistir, es que debemos protestar siempre y en toda ocasión, no sólo cuando esas acres censuras, que desdibujan o falsean las realidades nacionales, hieran o lastimen los intereses del grupo a que estemos, cualquiera que sean los motivos, afiliados.

No quiero poner punto redondo a estas cuartillas escritas aprisa y de carrera, pero bien pensadas antes, sin expresar que en ninguna de las líneas me he querido referir a las declaraciones del Lic. Angel Liz, declaraciones a las cuales tiene pleno derecho.

Don Angel Liz es uno de los compatriotas que nos hacen enorgullecernos de ser dominicanos: por su hombría de bien, por la grandeza de su corazón y por la ejemplar entereza de su carácter.

Atentamente,

P. R. Thompson

TOCADOS DE LOCURA

14 DE Abril de 1970

Señor Director:

Si aquí y ahora, las plumas tuvieran, como parece que lo tenían en tiempos de Montalvo, el don de lágrimas, las páginas de los periódicos saldrían, día por día, empapadas en llanto, destilando lloros amargos.

Recuérdese que se desata uno en lágrimas por móviles que no siempre están inspirados en arranques sentimentales y cursis, en enfermizos y trasnochados romanticismos.

Se llora también por rabia, por indignación, por la impotencia radical que ocasiona una injusticia que no es dable rectificar, por advertir ausencia de sensibilidad humana frente al drama en que se desenvuelve un pueblo y que no se evita que alcance su epílogo sangriento, porque cierran el paso a las satisfactorias soluciones, egoísmos gigantescos, torpes intereses y desmedidas concupiscencias de mando.

Y por estas últimas causas es por las cuales está acongojado y en zozobra el pueblo dominicano.

Sabe este pueblo que, en última instancia, él va a ser la víctima propiciatoria de los contrapuestos intereses en irreductible pugna.

Se le ha colocado en la disyuntiva —si no se sellan acuerdos justos— de optar, o por una autocracia disfrazada de mansa —como cuando el lobo se viste de piel de oveja— o de prepararse a padecer una guerra de exterminio —que comenzará sorda y acabará estruendosa— cuyo capítulo final se compendiará en una carnicería generalizada.

Bien puede ser que este panorama sombrío —con puntos y ribetes tétricos— no sea fruto más que de una aprehensión, de un estado puramente emocional.

Pero no es de otra manera, según enseñan los psicólogos, como surgen las histerias colectivas que engendran tantos estragos y ruinas como las que ocasionan las causas reales y positivas.

¿Están cayendo en cuenta los políticos profesionales de

los gérmenes de amargura que están sembrando a voleo al hacer que prevalezca el bien privado sobre el bien supremo de la comunidad?

¿Sienten en sus manos la fúnebre sensación de que están abriendo sepulcros para víctimas inocentes?

Se tiene la impresión de que se han olvidado de que las "Cartas Magnas" son para los pueblos, y no los pueblos para las "Cartas Magnas". Que no hay puritanismos legales, formulismos farisaicos, que cohonesten las desdichas de una nación por afanes puramente juristicistas, sobre todo, cuando esa "Ley Sustantiva", por favoritismos, por inconsiderados motivos políticos, ha sido objeto, una y otra vez, de befa, de ludibrio y de desdén

Todos declaran a grito herido que están conscientes de que está en juego el presente y el futuro del país. Todos declaran que la tragedia asoma la cabeza.

Sin embargo, se persiste en arrojar más materia inflamable al fuego que ya levanta bien alto sus llamas: denegación de justicia, atropellos, encarcelamientos sin causas o sin las formalidades legales, amenazas veladas a la libertad de expresión, terrorismo enloquecido, intimidación telefónica anunciando secuestros, alza del costo de la vida, peligrosos apagones, un total menosprecio por la lógica en los pronunciamientos de carácter público.

En conclusión, estamos como tocados de locura. Y la locura, no es la mejor luz para alumbrarle a los pueblos, en sus jornadas hacia el porvenir, los caminos que ha de recorrer.

Hace más de un siglo que Bolívar, con amarga desilusión, escribió estas palabras:

"No hay buena fe en América. Los tratados son papeles; las Constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía y la vida, un tormento".

A la verdad que después de más de cien años no hemos progresado mucho que se diga.

Atentamente,

P. R. Thompson

JARDIN DE LAS DELICIAS

7 de Mayo de 1970

Señor Director:

Mientras los que sueñan y deliran con el poder, movidos por generosos impulsos de servir al país, consagran sus preciosas energías —sin consultar a la virtud de la modestia— a la retórica del autoelogio, los maleantes, campeando libremente por sus fueros, han convertido la ciudad en el jardín de sus delicias.

Muévense estos malhechores, con toda holgura y desenfado, lo mismo a la torrencial luz del medio día que refrescados gratamente por el suave relente de la noche. Se desplazan, de aquí para allá sin que nadie los estorbe, como supongo que se recreaba Adán, allá en la primera semana de los tiempos, cuando, por decreto Divino, fue constituido en amo y señor del placentero edén.

Nadie duerme tranquilo. Sueño, lo que se dice sueño subconsciente vigila, sobresaltado, en espera de una ingrata visita.

¿Ha advertido usted, señor Director, que ninguno de los candidatos, hasta el momento, se ha aventurado a prometer en firme que extinguirá la plaza, que deshará la ola de robos que azota a mansalva y perturba la tranquilidad de los hogares capitaleños?

Se pone uno a conjeturar, previa consulta con la imaginación —la loca de la casa—, y se dice: Bueno, unos no quieren tocar el tema porque no es de astutos el mentar la soga en casa del ahorcado. Guardan otros, sobre el enfadoso y criminal asunto, un hermético silencio, porque no es político perder los votos de los hampones y porque,

además, las continuadas y porfiadas quejas contra la ineficacia de los institutos policiales, podrían producir un general descontento, y hasta malquerencia, de los agentes del orden público, contra el de reposo profundo, no hay quien lo disfrute, porque el Partido, y, con ellos, con los policías, a las claras o a la sombra, hay que contar como dinámicos activistas de un fértil proselitismo.

Todas estas sugerencias de la fantasía —¿no se ha escrito que los novelistas son más perspicaces psicólogos que todos los discípulos de Freud?— pueden o no pueden tener sólido asidero. Pero hay una cosa de la cual la lógica nos prohíbe dudar: de que todo eso es posible.

A todo eso, por otra parte, le presta muy buen cimiento el hecho, el hecho incuestionable, de que ninguno de los candidatos ha hecho capítulo mayor, ha hecho objeto singular de su campaña electoral el robo. Me refiero, por supuesto, al robo vulgar no al que, por otro tipo de motivaciones, reviste un evidente carácter político.

El último género de delito que se está perpetrando —y cada día se extiende más la insana práctica— consiste en llevarse los alambres eléctricos que van desde las casas a la calle. Cerrada la noche, de improviso, se nos hace oscuridad en el hogar.

Brotan a borbotones las inquietudes en la desasosegada imaginación: ¿será un apagón? ¿serán los incontrolables o los atracadores que preparan un asalto y nos han dejado sin teléfono y sin luz para que no se pueda pedir auxilio y actuar, ellos armados, tres contra uno, y el otro sin arma?.

Los rayos de la aurora nos sacan de zozobra, y nos advierten que hemos de buscar \$200.00 para reponer cuanto antes el fluido eléctrico y la comunicación con el exterior, quedándonos todavía el resquemor de que la delictuosa proeza se repita, una y otra noche, hasta dejarnos en la ruina u obligarnos a vivir en las tinieblas.

¿Y los carros patrullas?. Protegiendo el sueño de los candidatos. Los únicos desamparados somos los que no aspiramos "a ná".

Estas son unas, entre las muchas, deplorables

consecuencias que ha traído consigo el haber desarticulado irresponsablemente la maquinaria del Estado, del Estado, que, por definición, debe estar al servicio de la Nación, no de intereses partidistas.

¿Qué candidato va a dedicarse a recomponer, a organizar de nuevo esos engranajes tan vitales, para el mantenimiento del bien común, de la paz ciudadana, del gradual y seguro progreso del país?.

A veces se ve uno asaltado por el deseo de hacer suya la respuesta de Ortega y Gasset cuando, allá en los buenos tiempos de la República, le presentaron dos candidatos para que señalara el de su preferencia a fin de que rigiese los destinos de España: Pues señores —dijo el autor de la Rebelión de las Masas, enarcando las cejas— si no tenéis más que esos, disculpadme, pero me quedo sin ninguno de los dos.

Atentamente,

P. R. Thompson

EL CAMBIO

11 de Mayo de 1970

Señor Director:

Nada es para siempre en la historia, escribió recientemente un norteamericano, y lo escribió como si con ello estuviera descubriendo el Mediterráneo.

Hace aproximadamente la friolera de dos mil seiscientos años que por las calles de Efeso andaba uno de esos locos sueltos que llaman filósofos, lanzando a los aires a grito herido, en su idioma nativo, una frase que suena así: Panta rei

Esa frase, puesta en castellano corriente y moliente, viene a significar que todo, que todo absolutamente cambia, que la naturaleza entera está sujeta a una constante mutabilidad, a una perpetua evolución, y que la única verdad que no cambia es que todo cambia.

Heráclito —que así se llamaba el señor ese— era un melancólico. Vivía derramándose en lágrimas, como si le doliera el incesante fluir de las cosas, como si en su pecho se estuviese operando, sin paréntesis de reposo, un eterno, un ininterrumpido deshielo.

Para sensibilizar con un ejemplo su coqueta filosofía —la califico de coqueta porque favorece y legitima los caprichos de la tornadiza moda— solía decir “que nadie se baña dos veces en las aguas del mismo río”.

La teoría del griego aquel se ha popularizado tanto, que los políticos, siempre al acecho de los callados y angustiosos anhelos de la masa, todos a una, han convergido, como por obra de milagro, en proclamar que promoverán el cambio, que repudiarán el estático y tiránico “statu quo”, que derribarán, con o sin sangre, las murallas de la incompreensión, a imitación de aquel bíblico militar hebreo, que de una sola clarinada, sin mayores esfuerzos, echó a ro-

dar por el suelo las recias e inexpugnables murallas de Jericó.

Como siempre ocurre, las teorías del cambio o sobre el cambio, se han ido, con el correr de los siglos, puliéndose, afinándose, y dilatándose hasta abarcar todas las esferas y todos los humanos quehaceres.

Así, en el dominio de la historia, los cambios históricos marcan, señalan el paso de una edad a otra: época medieval, confrontamiento de papas y de emperadores, período de góticas y floridas catedrales, de fraternales corporaciones económicas, de méster de clerecía y de juglares, de barones y señores autoritarios que nutrían sus lujos con los sudores del hombre de la gleba, de macabras procesiones, de terrores infernales, de "Divinas Comedias" y de sutiles y sublimes "Sumas Teológicas".

Surge tras esa edad, el Renacimiento, de brillantes fiestas paganas, de humanistas que paladeaban a gusto el latín de Cicerón, de mercaderes inescrupulosos, de insaciables y tramposos banqueros, como los Médicis y los Fuller, de hallazgos de tierras y de cielos nuevos, de artistas que lo mismo manejaban con inigualable gracia el cincel que blandían con la misma mano el puñal homicida, como Benvenuto Cellini.

Y siguiendo por esos mismos senderos tortuosos, pero siempre en ascenso, nuevas y brillantes transformaciones: los siglos volterianos de las luces y del despotismo ilustrado, la subida al poder de la burguesía, proclamando los derechos del ciudadano, pero al mismo tiempo sembrando los gérmenes del "laissez faire, laissez passer" que dio origen, a la larga, al crecientemente empobrecido proletariado, a las doctrinas económicas de Ricardo, de Malthus, de Smith, y a que Marx, entrado el siglo XIX, haciendo bajar a Hegel del cielo a la tierra, descubra las leyes del Materialismo Dialéctico —otra teoría de cambio—, leyes que han tenido como epílogo todos estos conflictos sociales y políticos que hoy nos asedian y nos agobian.

Este asunto del cambio ha llegado tan allá, que ahora mismo, un pensador berlinés-americano, muy en boga, Herbert Marcusse, anda diciendo por ahí, y el por ahí es en todos los continentes, que se aproxima una era en que el

hombre padecerá innovaciones en su propio ser, innovaciones biológicas, no que tendrá órganos nuevos, sino que su constitución, como la de los animales amaestrados, se modificará para adaptarse a nuevos modos de vivir, para superar incluso el bienestar que la máquina le proporciona, y disfrutar de ese bienestar, redimido de la esclavitud tecnológica.

A despecho de todas estas continuadas y martilleadas enseñanzas de la filosofía, de la historia y de la vida, hay gentes incambiables.

Hay gentes que, firmes en sus treces, piensan, anclados en el Derecho Romano, que la propiedad es un bien absoluto, sin responsabilidades sociales; que los beneficios pertenecen, tal y como era en el siglo pasado, en su integridad, al capitalista, sin que ni los retazos sean para el sastre; que el Estado no debe meterse en nada, y que cada cual se las arregle como pueda; que cifran, por fin, en el lucro, en el lucro inmoderado, todo su pensamiento económico y social.

Y como sucede que todo tiene que cambiar, quiérase o no, y que la historia ha enseñado que jamás se han logrado cambios de esa naturaleza, sino por medio de la violencia, el empleo de la violencia, como última ratio, es el leitmotiv y el tema de las doctrinas libertarias.

Para que esa doctrina —la de la violencia— cambie, por paradójica, no hay sino que cambiar. Cambiar de mentalidad y hacer totalmente innecesario el drástico empleo de la acción directa.

¿Qué líder está tan prodigiosamente dotado como para realizar el milagro de que se opere, en días, en semanas, las renovaciones mentales que no han podido lograrse en años y ni aún en siglos?

Se requiere una siembra pedagógica —acompañada de hechos que la ilustren y corroboren—, que nos persuadan, de que ya se está abierto al cambio, y de que se considera como deshonesto, como inmoral, el estarle pidiendo a los unos paciencia y resignación y el estarle brindando a los otros la fuerza que oprime y que mata.

Atentamente,

P. R. Thompson

LA SITUACION POST—ELECTORAL

19 de Mayo de 1970

Señor Director:

Se ha observado que, —con ejemplares excepciones—, uno de los rasgos comunes a las figuras prominentes que han pasado por la Primera Magistratura de nuestro país, lo constituye el escaso o ningún aprecio que han guardado por la opinión pública.

Ese método y aplomado menosprecio por la voluntad general, se traduce a veces en sacarle el cuerpo, con aire frívolo, a preguntas graves, como el torero cuando burla, ladeándose con gracia, las cornadas de la bestia brava, y cobra, en otras ocasiones, la actitud festiva de un derroche de desdichado buenhumor.

Dicho en otros giros: puesto que la libertad de expresión no se puede suprimir sin que ese ominoso silencio no testimonie la ausencia de la democracia, se la tolera, se la deja subsistir, como una válvula de escape, pero no se le escucha o se le escucha como quien oye llover, o se despachan con desenvoltura los reclamos con un chiste tan desabrido como irritante.

Resulta bien obvio que esa práctica, que se va haciendo inveterada —una especie de mal endémico de la política vernácula— no sólo desvitaliza al sistema representativo de gobierno, sino que ofrece, además, argumentos válidos a quienes remiten a dudas la eficacia misma del sistema, puesto que el pueblo, al cual se le supone irónicamente soberano, no participa en forma alguna en la gestión de la cosa pública

La suma de callados resentimientos que tal inaceptable desdén por el común sentir acumula, arena a arena, en el trasfondo de la conciencia colectiva, es imponderable, y únicamente se traslucen en los estallidos que revientan en

modos abruptos e inesperados, conforme lo atestigua la experiencia de siglos, en todos los lugares y en todos los tiempos.

Analizando situaciones análogas a las que ahora glose, Herbert Marcuse, formula unas sabias reflexiones que quiero trasladar, porque son dignas de meditación, y porque, encima, bien pueden constituir un recio llamado a nobles rectificaciones.

Como efecto de la actitud glacial ante los llamados de la opinión pública en que suelen caracterizarse las clases dominantes, Marcuse asegura que la oposición, por obra de la hirviente desesperación, radicaliza sus protestas, se hace amoral, anarquista, terrorista e incluso apolítica.

Y agrega:

“El desprecio por el mortecino, “esprit de sérieux”, que permea los discursos y actos de los políticos profesionales y semiprofesionales, aparece, como un desprecio por los valores que ellos profesan al tiempo que los destruyen. Los rebeldes reviven entonces la desesperada risa y la cínica bravata del necio como medios para desenmascarar los actos de los circunspectos que lo gobiernan todo”.

Ahora que el Doctor Joaquín Balaguer ha sido autorizado por los sufragios a prolongar su régimen, y que, en vista de que no se repostulará jamás, y que, por consiguiente, no tiene por qué apelar a la demagogia, ni a la retórica ni a la real —que consiste en ser pródigo en las dádivas—, se le brinda una magnífica oportunidad de romper con la viciosa tradición presidencial de gobernar de espaldas al pueblo y de exhibirse sordo y frío a sus urgentes reclamos.

Esto, sobre todo, es sumamente importante, como clave y eje de su futuro éxito, si se tiene de relieve ante la mirada que el Primer Magistrado ha sacado en su favor de las urnas seiscientos mil votos, quedándole a la oposición quinientos mil y con trescientos mil de los abstencionistas, suman a ochocientos mil, los que no se han decidido a escogerlo como su mandatario.

Tendrá, pues, el Jefe del Estado, una oposición extra-parlamentaria, que sería la única que garantizaría en el país la existencia viva y real del régimen representativo.

Como quiera que no tendrá voces adversas en las

Cámaras, sino ovaciones, aprobaciones y fragantes inciensos, por paradoja, los mejores amigos del Gobierno vendrían a ser los que ahora llamamos sus peores enemigos.

Digo que los llaman sus enemigos simplemente por acomodarme al lenguaje usual.

Porque no serán, de fijo, enemigos del régimen, sino sus mejores puntales, quienes censuren con toda sinceridad la mal orientada inversión de los fondos públicos; quienes aspiren a que los ahorros gubernativos aumenten la productividad, levanten el nivel de vida de las zonas rurales, haciendo que surja así un mercado interno que dinamice la creación de auténticas industrias criollas; quienes anhelan que se renueven las mentes capitalistas haciéndoles comprender que la empresa —dueños y obreros— es una comunidad humana, no un circo en que el domador con el látigo en la mano se vuelve y se revuelve; quienes, por fin, están convencidos de que los cargos públicos han sido instituidos para servicio del país y no para medro y engorde de particulares.

Los mejores, pues amigos del Doctor Balaguer, estarán, ahora mismo, fuera de su gobierno, no dentro de él.

Atentamente,

P. R. Thompson

LIBERTAD DE EXPRESION

21 de Mayo de 1970

Señor Director:

No deberían encrespar la sensibilidad dominicana los minuciosos e hirientes análisis que sobre la atmósfera política y social de nuestro país y sobre los protagonistas que en esa apasionada atmósfera se mueven publica con repetida frecuencia "The New York Times".

No se trata, desde luego, de una indebida ingerencia en nuestros asuntos domésticos.

La libertad de expresión es un derecho humano. Por tanto, universal. Rebase todas las fronteras, de la misma manera que puede y debe pasearse con franca holgura la verdad por todas las latitudes de la tierra.

Si alguien, por irónica paradoja, ha autorizado —al menos en parte— a que los norteamericanos tomen carta en los problemas internos de este país, ese alguien somos nosotros.

Vivimos con el rostro vuelto hacia Washington para cerciorarnos de qué lado soplan los vientos en las opulentas y poderosas orillas del Potomac. Imitamos en esto al labriego que para saber los caminos de la brisa y orientarse se guía por las violentas curvaturas de las espigas o por la luz de las estrellas.

El que haya leído con reflexivo detenimiento el libro, ricamente documentado, de Claude Julien sobre las vastas influencias en el mundo del Imperio Norteamericano, habrá comprobado, que en ningún sitio, desde Irán hasta las cordilleras andinas, esa ingerencia no ha obtenido éxito afortunado sin la solidaridad (¿complicidad?) de nativos de esos países.

Lo primero, pues. que debemos hacer es apresurarnos a

acrisolar nuestros sentimientos nacionalistas que, al momento, oscilan, como el péndulo de un reloj, entre el entreguismo cargado de miedos y pavores reverenciales y el frenético "chauvinismo" que se nutre de exclusivas, que olvida que más que nunca en los días en que vivimos, la interdependencia económica y política de las Naciones, es una realidad ineluctable y que los países subdesarrollados, carentes hasta la nada de capital para explotar sus riquezas, no pueden volver sus espaldas a los pueblos altamente industrializados sin perecer en el más tétrico y obscuro estancamiento.

Cuando "The New York Times", por consiguiente, como ha ocurrido en esta semana, en términos epigramáticos y duros, que rozan con la caricatura, se regodea en satirizar con nuestra política y con nuestros políticos, lo que cumple es, no indignarse o encolerizarnos, sino tamizar con serenidad lo que dice, coger la porción de verdad que expresa, que a menudo es mucha, como si fuera un retrato fiel al original, y luego, rectificar, enmendar, y después recordarle la suma de graves responsabilidades que les corresponden a sus conciudadanos en nuestras tragedias y en nuestras infernales miserias.

Porque ¿no es cierto que numerosas de nuestras penalidades y de nuestros malestares sociales tienen sus raíces en nuestra impotencia económica, en nuestra condición de país subdesarrollado?

A esa triste y deplorable circunstancia obedece nuestro analfabetismo, nuestra enfermiza política demagógica y caudillista, nuestros barrios enfangados, donde toda promiscuidad y toda inconformidad tiene su asiento y donde todo delito encuentra su madriguera.

¿No tienen culpa de este estado quienes nos compran barato y nos venden caro? ¿Constituyen o no causas determinantes de nuestra inestabilidad política quienes con un ofrecimiento o una negativa de proveerse de nuestros azúcares echan por tierra a cualquier régimen?

¿No hace llorar de indignación el que se nos compre a siete centavos la libra de nuestro dulce y el que con un centavo de esa azúcar se fabrique el dextrosol que se nos expende a dólar el frasquito?

¿Es que puede no dolernos que una tonelada de la bauxita de Cabo Rojo cueste sobre tres pesos y no podamos los criollos sacar de una ferretería una olla de aluminio por menos de doce pesos?

A un Gobierno Dominicano que tenga la intrepidez de formular estos reclamos y de hacerlos la consigna de su administración, le temblarían los pies.

Según consta en las "Memorias" de Eisenhower, la Casa Blanca se estremeció cuando hace unos lustros, en Guatemala se habló de Reforma Agraria, que parece que en esos días era todavía sinónimo de comunismo.

Quisiéramos ver a "The New York Times" promoviendo una dinámica campaña, iniciando una porfiada cruzada en pro de la justicia social internacional.

Anhelaríamos que "The New York Times" nos brindase la oportunidad dichosa de aplaudirlo, porque se ha dedicado a forjarle conciencia al pueblo norteamericano de sus insoslayables deberes para con los países en vía de desarrollo, abriéndole amplios mercados, reduciendo los abusivos precios de los transportes marítimos, pagando lo que se debe a cuanto producimos, no vendiéndonos excedentes, sino proporcionándonos, a cómodos plazos, bienes de capital, tractores, plantas eléctricas, maquinarias, para nosotros indispensables a fin de producir sin tener que mendigar.

Esa sería una buena, una humana y justa labor de "The New York Times"

Atentamente,

P. R. Thompson

LA ADULACION

23 de Mayo de 1970

Señor Director:

La picante y aleccionadora anécdota la refiere el propio Rubén Darío.

Al poner los pies en el anhelado, en el tan soñado París, donde nunca había estado antes, el autor de la "Oda a Roosevelt", el primer deseo que expresó a los amigos que lo aguardaban en la estación de San Lázaro, fue que lo condujeran a estrecharle la mano al poeta Verlaine, al "Padre y Maestro Mágico, al Liróforo Celeste".

Dieron con él en el Café D'Harcourt. Al terminar el nicaragüense su emocionado saludo con las palabras "gloria de Francia", el poeta de las "Fiestas Galantes" y de las "Saturnales", donde la música de los hombres rivaliza con las melodías de los ángeles, golpeando la mesa y centelleándole los ojos con ese brillo verde que comunica el ajenjo a la mirada, dijo:

"¡La gloire! ¡La gloire! Merde. Merde. ¡La gloire, merde encore!"

Es bueno que se sepa que el vocablo aunque vulgar, callejero, no tiene en francés el mismo acento desapacible, grosero e indelicado, que encierra en castellano. Es, simplemente, una vigorosa, una enérgica interjección.

Convertido en verbo —algo así como estercolarse en castellano— lo mismo emplea esa palabra la muchacha que se irrita y se sonroja, al cruzar por un bulevar, alterada por un requiebro procaz y burdo, que el chofer de carro público que se encoleriza al verse amenazado por la embestida de un colega en el laberinto que forman los vehículos alrededor del Arco de Triunfo.

Rubén ignoraba que Verlaine era alérgico a todo asomo de adulación y que la sospechaba aun en el más sincero y

cordial encomio. Para Verlaine, la lisonja era sutil como un veneno, y ardiente y corrosivo, como la lava (“Subtil comme un poisson, brulant comme una lave”).

Si el preciosista esteta francés se encabritó al oír la sentida alabanza del más grande de los poetas que ha parido América, tal cosa obedeció a que creía, con un compatriota suyo, que quien premia la adulación, aunque sea con una sonrisa de complacencia, la solicita.

Este episodio que ocurrió a orillas del Sena, en el umbral de este siglo, me ha venido a la memoria oyendo y leyendo la actual literatura política que se está trocando en moda retórica, en preceptiva estética, en algunos sectores del espectro político del país.

Unos, modelando alegremente una estatua para la posteridad, adulan a un hombre. Otros, halagan los primarios y callados instintos de las muchedumbres. Como la hipérbole es el lenguaje de la pasión, unos, apasionados, canonizan al héroe de su partido. Como la humildad, aun la fingida, atrae, seduce y enamora a las multitudes, otros se venden por modestos, por aficionados a la pobreza, para cautivar las masas.

Se elogia, a más y mejor, hacia arriba y hacia abajo.

A la sombra dura de una autocracia la adulación, es un seguro de vida: o se elogia o se padece o se muere.

Constituye, en la enrarecida atmósfera despótica la lisonja cortesana, un valor entendido, una moneda falsa que se ha convenido en darle curso legal.

Nos ocurre a los hombres en tales ásperas circunstancias, lo que Cicerón dice que le ocurría a los Arúspices, a los adivinadores oficiales, a los que presagiaban por el vuelo de las aves el futuro, allá en Roma: no podían encontrarse dos en la calle, frente a frente, sin sonreírse con picardía.

En una sociedad libre y abierta, ya la cosa resulta del todo diferente: la adulación es dañina.

Se estraga y se estropea al hombre público, adulándolo. A poco andar éste, se vuelve engreído, soberbio, arrogante, hermético a toda bien intencionada sugerencia.

Se cree igual que Mussolini, infalible: en todo y por todo, y en el decálogo de su partido, hace figurar este man-

damiento: "il Duce non shaglia mai" o lo que es lo mismo "Nuestro líder no se equivoca jamás".

Así el país y la patria, por obra de la superlativa lisonja, pierden un buen servidor.

Alimenta esa literatura enfática, por otra parte, el nefando culto de la personalidad, desbrozándosele el sendero al tirano que duerme en cada uno de nosotros.

Frente a los extranjeros nuestra fortuna no es mejor: la imagen que se presenta de nosotros equivale a una caricatura grotesca, y aparecen nuestros políticos revestidos de las mismas excentricidades pintorescas con que suele dibujarse a Cristóbal, el ameno emperador haitiano.

Cuando leemos esa prosa empedrada de elogios desmedidos nos recordamos de esa regla de oro que Don Quijote le ofreció, para norma del decir, al ampuloso caballero del Verde Gabán:

"Llaneza muchacho, llaneza que toda afectación es mala".

Atentamente,

P. R. Thompson

LA CRÍTICA SERENA

26 de Mayo de 1970

Señor Director:

Está probado que una crítica serena, objetiva, exenta de adjetivos apasionados, le rinde al país — a todo el país, no a un régimen — inapreciables y muy provechosos servicios.

Algunos —no todos— de los despachos que el periodista D'Onis ha venido publicando en "The New York Times" y en que formula, en un estilo sobrio y sin adornos, severas observaciones a las instituciones dominicanas, ilustran esta verdad hasta el deslumbramiento.

Muchos de nosotros hubiéramos quedado a oscuras y quejosos del financiamiento exterior, de la colaboración foránea —fruto de la solidaridad humana— para nuestro desarrollo educativo, si desde el techo de "Times Square" no se hubiera voceado hacia aquí, que habían doce millones de dólares retenidos por el AID, —por quiebras y fallas nuestras y que estaban destinados al esencial mejoramiento y a la expansión de nuestro precario sistema pedagógico.

Hasta hace muy breve tiempo era un tópico, un manido lugar común, lamentarnos de que en los acápites del presupuesto nacional, el veinticinco por ciento del total estaba consagrado a las Secretarías de las Fuerzas Armadas y de Interior y Policía, al paso que los de Educación, Salud, Obras Públicas y Agricultura, juntas, alcanzaban sólo el treintitrés por ciento de la totalidad.

Ese deplorable y triste estado de cosas, seamos francos, ha cambiado un tanto, no mucho, no lo indispensable para revolucionar y transformar nuestra enseñanza.

El avance, en este sentido, no luce como excesivo, sí, al ponderar el presupuesto educacional, —hoy publicado, en su forma progresiva, en "Línea Directa" del Listín—, se sueldan, se suman las partidas que corresponden a las Fuerzas Armadas y a los Institutos Policiales.

Doce millones de dólares no son un grano de anís. Permitir que se reintegren al tesoro de los Estados Unidos

constituye una grave lesión infrigida al porvenir inmediato de la República Dominicana que es, por las imparable olas de las generaciones que brotan a chorro sin cesar, el país más joven de América.

Es por eso, que proporcionan íntimos agrados y que complacen las declaraciones de la Doctora Bautista quien, lúcida y dinámica, ya se dispone a poner radical remedio al mal —en espera de que se suprima la obstaculizadora Ley de Austeridad— a fin de rescatar para la Nación la cuantiosa suma que amenaza con disiparse en las ricas aguas del Potomac.

Gestiones de esta naturaleza cimentan más reciamente y consolidan mejor las estructuras gubernamentales que los aplausos entusiastas, aunque estos sean tributados con absoluta buena fe, y aunque estén inspirados, limpios de espurias intenciones, en nobles y afectuosos propósitos.

Gestiones como las de la Doctora Bautista redimen a los Ulises criollos de “Odiseas”, de esas que obligan a multiplicar las fuerzas defensivas hasta llegar a lo sobrehumano, con el fin de superar borrascas sociales deshechas, de romper cadenas de prisión, de llegar a las modernas Itacas, desconocidos y sospechados, y viéndose forzados a recoger todos los bríos para poder tender el arco de nuevo.

Y no sólo les evitan a los intrépidos “Capitanes” los conflictos con los elementos y los hombres, como en la epopeya de la Odisea, sino que también les ahorran los trágicos sucesos de las “Iliadas”, con sus choques estruendosos de armas, son sus irrestañables torrentes de sangre, a pesar de que en esa remota edad, la de la “Iliada”, nueve siglos antes de nuestra Era, el ideal cultural, “La Paideía”, se cifraba y compendiaba, según el insuperable helenista Jaegger, en que la oratoria estuviese enriquecida con tal fuerza de convicción que no existiese más que la dictadura de la razón y el amable despotismo de la lógica.

La montura buena —¡que duda cabe!— no necesita de agujón ni de espuelas. Pero ¿no es cierto también que conviene, de tarde en tarde, hacerle tascar el freno para que no se desboque y se despeñe?

El elogio no se puede servir a todo pasto: es preciso dosificarlo como la pimienta.

Por eso El Señor, que tantas lecciones sublimes dejó caer mientras discurría por los abrasados caminos de Palestina, poblados de higueras y de sicomoros, a un mozo, a un muchacho que arrebatado por la emoción admirativa lo llamó "Maestro Bueno", le atajó al punto el encomio en la garganta, y le dijo: "¿Bueno? ¡Sólo Dios es bueno! (Lucas 18-18, versión Nácar-Colunga).

¡Y esto era El, que de tantos prodigios y curaciones había sembrado su tierra, que tantas refriegas libró por los pobres y los menesterosos, hasta morir, por extremo de amor y de entrega, en una revolución en que no derramó más sangre que la suya!

Me figuro, que cuando Cristo dio esa respuesta, seca, tajante, al joven, al muchacho en plena eflorescencia primaveral de la edad, me figuro digo, que le dictaba una lección, y que sacó de algún empolvado rincón de su memoria el viejo adagio hebreo, consignado también en el Antiguo Testamento, y que reza así: "Antes de su muerte no alabes a nadie".

Adagio que prudentemente nos previene de que de nadie se sabe cómo va a concluir la parábola de su itinerario vital, la que va desde la cuna al sepulcro, donde ya no come la ambición, ni queman las pasiones, porque el funesto festín está reservado a los gusanos.

No estoy emitiendo un juicio de valor. De internis non júdicat praetor, sentencia el Derecho Romano, ese oráculo de la razón.

Los amigos pueden discrepar sin dejar de ser amigos.

Los afectos están en el orden del corazón. Las eventuales disenciones, figuran en las frías categorías de las ideas.

Y las personas civilizadas, que se apartan en el campo de las concepciones y de las apreciaciones, en los modos y criterios de confrontar la realidad, social o política, de justipreciar las cosas, los hechos y las varias formas de ejercer la autoridad, no por eso permitirán que se entibien sus relaciones afectivas y que el aliento de la animosidad las empañe.

Atentamente,

P. R. Thompson

NO LE GUSTA PLAN

30 de Mayo de 1970

Señor Director

El plan especializado de promoción social —que se cifra y compendia en diez y seis puntos— que la “Comisión Nacional de Desarrollo” ha concebido para ejecutar en los próximos años, merece, por los altos designios en que se inspira, los más vivos alientos, pero es también digno de serias consideraciones por quienes se sienten sumamente preocupados a causa de las resonancias dramáticas que pudieran tener los problemas angustiosos que aprietan, como dogal, a la insatisfecha mayoría de los dominicanos.

Resulta imposible, por razones de espacio, —ni aún acudiendo a la más concisa síntesis—, ir exponiendo los atendibles reparos que bien pudieran formularse a cada uno de los proyectos ideados.

Es que bien obvio, sin embargo, que para curar en raíz nuestro malestar social y económico, y prevenir eventuales convulsiones, no basta una modificación somera al Código de Trabajo, ni es suficiente la creación de un generoso fondo para fomentar la pequeña industria, análogo al Fondo FIDES, cuyos objetivos, consignados en sus estatutos, sería irónico afirmar que han sido alcanzados, como no sea para progreso y prosperidad de quienes, si no nadan en la abundancia —casi siempre nadan— tampoco se ahogan en las borrascas de la miseria.

Caen dentro del romántico paternalismo —no de la estricta justicia social— las halagadoras promesas con que “La Comisión” trata de expresar sus simpatías al hombre del agro, que aspira a algo más que al ofrecimiento de créditos in situ y a improvisadas Escuelas Elementales de Agricultura.

Sería del género tonto creer que con Patronatos, in-

altos propósitos no hay por qué dudar, debería tomar a su cargo, para fines de ejecución, ya para lograr la indispensable decisión política de su realización la "Plataforma para el Desarrollo Económico y Social de la República Dominicana, elaborada, con sabia técnica y fina sensibilidad social, por ese admirable enjambre de jóvenes que rinden positivos servicios al país en la Oficina Nacional de Planificación.

Será preciso volver, si el cielo lo permite, sobre otros temas tratados por la "Comisión Nacional de Desarrollo".

Buscar puntos de convergencias, en un diálogo penetrado de cordialidad y bañado de recta intención, redundará siempre en beneficios de todos: por la paz social que el intercambio de pareceres pueda consolidar; por la creación de nuevas formas de convivencias en que impere la justicia y brille y resplandezca el sol de un humanismo integral, sin sombras ni lunares de feos y estrechos egoísmos

Atentamente,

P. R. Thompson

LO ESENCIAL Y LO SUPERFLUO

2 de Junio de 1970

Señor Director:

Estamos tan sumergidos en las procelas de la política partidista y es tan impetuoso el vaivén de sus olas, que me temo mucho que no hayamos puesto la suficiente atención a los estudios y conclusiones en que culminaron los científicos debates del Seminario que sobre planes para el desarrollo del próximo cuatrenio tuvo lugar recientemente en la veraniega Jarabacoa.

Complace, en primer término, el que se haya acentuado, una vez más, que no es por el urbanismo, por más espléndido y sugestivo que este sea, sino por la eficaz y sabia explotación de las riquezas de la zona rural, por donde se inicia la aspiración a levantar el vuelo, a "despegarnos" de las miserias económicas y de las inaceptables desigualdades a que dan origen las iniquidades sociales.

Se insistió y se encareció allí, entre otras cosas, en:

— Una transformación radical de la Secretaría de Agricultura;

— Reforzar los empeños a fin de que el próximo cuatrenio la tasa de crecimiento anual suba a un promedio de 5.5 por ciento, superando el 2.8 por ciento, obtenido en los últimos cuarenta y ocho meses;

— Encauzar, preferente y primordialmente, los recursos financieros públicos hacia las infraestructuras vital del agro, agua, tecnificación, levantamiento del nivel de vida campesino y formación de asociaciones y de otros procedimientos animados de fresca y fértil modernidad;

— La industrialización del producto agrícola nativo, originándose el aumento del poder adquisitivo del agricultor y creándose así un amplio mercado interno.

A ninguno de estos positivos epílogos del Seminario se llegó por los fáciles y floridos caminos que dibujan los sueños, los entusiasmos utópicos o las quimeras idealistas.

Allí hubo severos cálculos. Reflexiones ponderadas sobre dónde y cómo allegar, gradualmente, las sumas cuantiosas que la ejecución del ambicioso plan requiere. Y claro que no

dejaron también de señalarse las crecidas cuotas de abnegación y de sacrificios que la colectividad sometida a rigurosa ascésis, tendría que aportar magnánimamente para convertir en bienhechora realidad el viable sueño.

Como es fácil de advertir en estas positivas y sólidas proyecciones, hay algo más que el trocar las Direcciones Generales de Agricultura en improvisadas Escuelas Agronómicas.

No creo, por supuesto, que nadie se oponga a esta conversión. Lo que sí se hace muy cuesta arriba es persuadirse de que esa epidémica transformación baste para realizar innovaciones esenciales y profundas en nuestra vida económica, social y política.

De planes que sólo brinden disposiciones como esas, cabría decir que son "vagos ensayos con el aire de una preocupación de sobremesa".

La providencia Lincolniana, sintetizada en los "Land Grant College" no hubiera sido suficiente, con absoluta certeza, para llevar la agricultura norteamericana al grado exuberante que hoy tiene. Fue parte. No lo fue todo.

No se olvide, por otra parte, que aún en nuestros días, la agricultura del Tío Sam, disfruta de jugosas subvenciones, y que es la más afectada por los altibajos y los movimientos sorpresivos del mercado, como puede comprobarlo cualquiera que se deleite en la substanciosa lectura de "La Sociedad Opulenta", fruto del ingenio sabio y travieso de John K. Galbraith.

Debemos, por consiguiente, meditar mucho y prestar demorada reflexión a lo que se dijo y se concluyó entre la fragancia de los pinares de Jarabacoa.

Esto, si no queremos que este país se nos convierta en el "Macondo" de "Cien Años de Soledad, que, después de ser víctima de la "Hojarasca", de lo que las tempestades sociales traen y llevan, después de ser exprimido por las inclementes "bananeras", acabó por desaparecer, por desaparecer como pueblo con características propias, sirviendo al fin de pasto y de alimento a las voraces hormigas.

Si seguimos considerando esencial lo que es superfluo, las sorpresas desagradables. no tendrían por qué sorprendernos.

Atentamente,

P. R. Thompson

EL DERECHO A DISCREPAR

3 de Junio de 1970

Señor Director:

Los dominicanos, apenas madrugamos, por todo saludo, nos mostramos recíprocamente los dientes, de balcón a balcón, a imitación —penosa imitación— de las fieras cuando se encuentran en la sombría espesura de la selva.

Así están las cosas. Tenemos la suspicacia a flor de epidermis. Se abre la boca para expresar un parecer sobre asuntos que atañen al bien general, y sin más ni más, sin mayor reflexión ni espera, se califica esa opinión de malévola y se le cuelgan en seguida a su autor, adivinándole siniestras intenciones, tal sarta de apasionados adjetivos, que si los adjetivos mataran, en este país habría una homérica hecatombe todos los días, sin treguas ni reposos, sin gestos de gracia y sin posibilidad de generosos indultos.

Sobra indicar que en una atmósfera humana así, tan potenciada de inverosímiles sospechas, tan puesta al rojo vivo por los asustados intereses creados, se hace dificultosa la práctica del derecho a la discrepancia, y son el país, el pueblo y el gobierno, los que pierden los eventuales frutos que pudieran vendimiarse del ejercicio de una crítica sana y bien inspirada.

¿Qué desmedro se le ocasionó, pongo por caso, a la Comisión Nacional del Desarrollo, ni en su prestigio, ni en la limpia pureza de sus propósitos, por el simple hecho de mostrar inconformidad con su Plan de Promoción Social y sugerirle que eche un vistazo al Programa para el Desarrollo elaborado por la Oficina Nacional de Planificación?

Pues la cosa ha sido tomada tan a pecho, con tantos recelos se han recibido los reparos, que en las observaciones formuladas no se ha querido sorprender más que

el afán desatinado de criticar por criticar, de propinar paños a la loca, tanto si se boga como si no se boga.

¡Medida, caballeros, medida! Despacio. No nos vendemos la cabeza antes de que nos la rompan, no nos apresuremos nerviosamente a abrir el paraguas antes de que caiga a torrentes la lluvia.

Ustedes y todos los demás, somos dominicanos, y como tales, deliramos con el bien y la paz de este país, y como estamos persuadidos de que sólo con el concurso de todos resolveremos nuestros abrumadores problemas, no deberíamos repudiar la honesta colaboración de nadie, sino tamizarla, cernirla, y de la misma suerte que se separa el oro del cuarzo, la cizaña del trigo, retener el metal precioso, quedarnos sin empacho con el trigo, que es promesa de pan y presagio cierto de robusta vitalidad.

No se enfaden: piensen. No se nos encabriten: ponderen. ¿Es justa la observación? Venga para acá. ¿Es desmedida, está puesta fuera de razón, no es aprovechable? Pues al canasto de los desperdicios.

Así, cada uno carga con la responsabilidad que le cumple como ciudadano.

Todos estamos concordes en que debemos a toda prisa desarrollarnos. Desarrollarnos de los pies a la cabeza, porque aquí todo está por hacer, sin dejar rincones ni huecos incultivados.

Desarrollar primero al hombre dominicano. Luego, todo lo que el hombre, para que pueda vivir y madurar con decoro y dignidad, necesita, necesidades que han de ser jerarquizadas, partiendo de las necesidades absolutas hasta llegar, grado por grado, a las necesidades relativas, progresando, paso a paso, desde satisfacer el hambre, hasta abrirle al dominicano, a todo dominicano, la oportunidad de amueblarse de tal suerte la mente y el corazón que con la eficacia y el prestigio de su saber esté en cumplida condición, por su esfuerzo y su trabajo, de dejar este país, para disfrute de sus hijos, mejor de lo que él lo encontró al nacer.

Nuestra identidad en lo que hace a la expansión económica y al desenvolvimiento social y político de la Nación, es, pues, acabada, perfecta y unánime.

¿Dónde comienzan las divergencias? En los métodos, en los procedimientos.

Yo doy por seguro que sin planificación no hay desarrollo. Verdad elementalísima. Creo, y muy en firme, en un plan indicativo en que el régimen proponga las necesidades a cubrir, cubra una parte e invite, con incentivos, al sector privado al llenar la otra.

Creo que un pueblo no puede considerarse en crecimiento económico y en camino hacia la prosperidad general cuando sólo las clases superiores y medias se benefician de la elevación de la producción o de la renta nacional, mientras la mayoría está estancada en su misérrimo modo de vivir o está en franca regresión a causa de la explotación demográfica.

Para mi gusto y satisfacción intelectual, la mejor y más exacta definición del desarrollo es aquello en que se nos enseña que éste, el desarrollo, es "la disciplina (a la vez del conocimiento y la acción) del paso, para un pueblo determinado y para los grupos que lo integran, desde una fase menos humana, a una fase más humana, al ritmo más rápido posible, con el coste menos elevado posible, teniendo en cuenta la solidaridad entre los grupos".

Conforme a esta convicción, cuando me aventuro a indicar, a manera de sugerencia, a la Comisión Nacional de Desarrollo que haga suyo el Programa de la Oficina de Planificación, es porque creo que este plan realiza la definición que acabo de dar, y porque, además, con esa adopción, se ahorra tiempo, energías humanas, se recogen los recursos en un mismo cauce, y todo ello, para beneficio común, sin dejarnos atrapar en el espejismo engañoso de medidas superficiales, que dejan intactas las raíces de los problemas mientras crece a todo vapor la justa rebeldía y la razonable inconformidad que agitan a los postergados cuya paciencia sé ha agotado.

A la pregunta, por tanto, de si lo que quiero es criticar por criticar, respondo: no. A lo que aspiro es a que pudiéndose ir al fondo de los problemas no nademos descuidadamente en las superficies.

Para ponerle los adornos al pudín, hay que hacer antes el pudín.

Atentamente,

P. R. Thompson

APELA A GENTE MOZA

4 de Junio de 1970

Señor Director:

La franca acogida que por parte de la "Comisión Nacional de Desarrollo" ha merecido la sugerencia vertida en esta misma columna en el sentido de que se llamase a colaborar activamente a los jóvenes técnicos que laboran en la Oficina de Planificación, acredita la verdad de que cuando se piensa y actúa animados por un espíritu magnánimo los resultados son siempre beneficiosos.

Entre las consecuencias amables y fructuosas que se desprenden de este apelo a la gente moza, capacitada y henchida de creadores entusiasmos, han de contarse, primero, el que no se sientan indebidamente marginados, apreciándose su labor, según se suele, como un mero y estéril ejercicio académico, y, en segundo término, se tiende con ese gesto, además, un puente sobre cuyo lomo se encuentren las generaciones y se fecundicen recíprocamente, en un noble trasiego de pareceres, para efectivo provecho de la colectividad.

Estos emprendedores muchachos (y el Dr. Balaguer también, véase su discurso publicado en El Caribe del 22 de mayo de 1967) han insistido en una intensificación y extensión de lo que pudiéramos denominar la "política del agua"

Sin ese líquido, que por algo se le viene calificando del precioso, el aumento de la productividad figurará perpetuamente entre los bienes deseados y nunca alcanzados.

En el último informe del "Fondo Fiduciario de Progreso Social", se subrayó que en un momento dado de estos últimos tiempos la República Dominicana perdió \$50,000,000.00 (cincuenta millones de dólares) a causa del prolongado e implacable azote que le infligió una terca sequía.

Cincuenta millones de pérdidas no son, a decir verdad, ni

para el campesinado ni para este país, cincuenta granos de ajonjolí.

A salvaguardarnos de los caprichos y antojos atmosféricos están encaminadas las presas de Tavera y de Valdesia. Obras fundamentales y que merecen el reconocimiento de la Nación.

Ellas, sin embargo, no alcanzarán a satisfacer la sed de nuestros campos y de nuestras dehesas.

Se requerirán, por consiguiente, otras construcciones de tipo complementario. Es ésta una realidad que se sabe de memoria Perogrullo, aquel que a la mano cerrada le llamaba puño.

Durante la campaña comicial de 1966, el licenciado Rafael F. Bonnelly sugirió, como tarea adicional a las grandes empresas hidroeléctricas, promover, al través de todo el territorio nacional, el levantamiento de pequeñas presas y embalses, sacándole rica utilidad a corrientes de aguas hasta el momento inaprovechadas.

En uno de sus pronunciamientos públicos, más tarde, ya Presidente, el doctor Joaquín Balaguer, sobreponiéndose con ánimo abierto a todo estrecho espíritu sectario, reiteró, con énfasis, la conveniencia de realizar, un programa análogo.

A mi leal saber y entender, la proposición de esas altas personalidades no se ha llevado a cabo, al menos, en toda la intensidad y extensión con que fue concebida y propuesta.

¿Qué tal si la "Comisión Nacional de Desarrollo" orienta hacia la cristalización de estos empeños todos sus recursos, todo su eficaz e imponderable ascendiente?

Si esa tarea se verifica, no cabe duda de que se concurriría en forma positiva al acrecentamiento de la productividad.

El campesino cobraría fe en la seguridad de sus cosechas, no se desviviría mirando al cielo espiando el giro caprichoso de las nubes, no se abandonaría a "rogativas" que muchas veces no traducen un genuino espíritu religioso, sino que, más bien, expresan un vago e indefinido sentimiento que confina con la superstición.

No se me escapa que no estoy indicando el sitio donde se oculta y encubre el vellocino de oro.

Es una de esas ideas que se ofrecen bajo el rubro de "cójala o déjela". No va, por otra parte, encaminada a despertar urticantes desazones.

El propósito que la inspira es que sea analizada, sobre todo, por el Presidente de la "Comisión Nacional de Desarrollo", de cuyo espíritu generoso y abierto tengo la mayor y la más cabal y firme certeza.

Puntualmente porque aprecio y estimo en alto grado las señaladas cualidades que adornan y distinguen al Presidente de la "Comisión", es por lo que he dado en creer que debió ser un error tipográfico la declaración que se le atribuye en el Listín de hoy en el sentido de que "no tolerará críticas injustificadas".

El enérgico futuro del verbo tolerar "no tolerará" — no armoniza, a mi ver, con la benevolencia y afabilidad de su carácter ni se compagina con su probada devoción por los postulados democráticos. De esto doy fe.

La salvación de este país está en la unión apretada de esfuerzos, en la asociación de propósitos, y en tener siempre presente entre ceja y ceja, como un constante dolor neurálgico, a los que nada tienen, sino débiles, frágiles esperanzas, y a quienes cualquiera podría soliviantar gritándoles: "campesinos de todos los campos uníos que no tenéis sino cadenas que perder".

Atentamente,

P. R. Thompson.

DISOLUCION SOCIAL

6 de Junio de 1970

Señor Director:

Permítame expresarle mi sincera congratulación por su concisamente expresivo, por su juicioso y acertado editorial de hoy con el cual El Caribe se honra y nos honra.

Estamos asistiendo, casi dominados por un extraño sentimiento de impotencia, de inhibición, a un acelerado e insensato proceso de disolución social.

Día por día y noche por noche vemos cómo se rompen las normas más elementales de la convivencia humana y comienza a imperar los bárbaros desmanes que perfilan y caracterizan la vida en las selvas.

Un adversario político no es ya un hombre cuya existencia hay que respetar, sino un obstáculo que es imperativo suprimir. Nos hemos dedicado, con exaltado júbilo de caníbales, a la caza mayor. Las calles son un coto poblado de fieras que es preciso extinguir a chorro de balas.

No acabamos de comprender que ni la revolución ni la libertad son fines, sino medios para llevar a los pueblos al goce de una paz justa, de un bienestar equitativamente repartido, de un derecho igual para todos.

Se ha enturbiado en las mentes tan densamente la noción de lo que es política que nos está resultando imposible deslindar los campos y ya no acertamos a discernir dónde termina la actividad puramente política y dónde irrumpe y se inicia la más vulgar y grosera delincuencia.

En circunstancias tan infortunadas y azarosas como éstas ¿Cuáles son los previsibles términos de esta loca carrera de asesinatos, de atracos, de secuestros y de destrucciones?

O el naufragio en el caos, que va a arrastrar consigo inclusive a la nacionalidad o el surgimiento de una feroz tiranía —de un golpe militar— que, conforme al eterno pa-

trón, se levantará en nombre del “orden alterado” y nos forzará a vivir con el aliento entrecortado, vuelto perpetuamente el rostro hacia arriba para defendernos tempestivamente de la espada homicida que penderá sobre nuestras cabezas, sujeta sólo por el débil y quebradizo hilo del capricho despótico.

La historia, que sirve por lo menos como norma negativa en el sentido de que nos alecciona sobre lo que es preciso evitar, eso es lo que nos enseña.

Después de la Revolución Francesa y del 1793 el año del “Terror”, el régimen autocrático y unipersonal de Napoleón. Después de “La Comuna”, en 1872, la matanza inhumana en el muro del cementerio de Pere La Chaise. Después de la anarquía social de 1919, en la península itálica, el orden teatral impuesto por Mussolini, en el 1922.

Y por lo que se refiere a nuestro país, tras las convulsiones que trajo el quinto derrocamiento de Báez, y los precarios gobiernos, que no duran un año, de Cesáreo Guillermo, de Ignacio González, del Licenciado de Castro y luego de los regímenes de Luperón y Meriño, con el consabido Decreto de San Fernando, la mano dura e implacable de Heureaux.

Y luego, para abreviar, de las asonadas que convulsionan al país y lo afiebran entre 1911 y 1916, el pretexto de esas rebeliones —que no revoluciones— esgrimido por Norte América para sojuzgarnos, escarnecernos y humillarnos.

La civilización, escribe en alguna parte, el Dr. Gregorio Marañón, da a cada hombre un cierto “derecho al desorden”, regalo maravilloso, como el de los príncipes de Las Mil y Una Noches, que si se usa con imprudencia, y no gota a gota, nos puede envenenar.

Son pocos, sí, prosigue el egregio humanista, son pocos todavía los seres humanos capacitados para administrar con cordura este “derecho al desorden” sin perjuicio para la colectividad. Y por ello, al cabo de unos años, termina diciendo el Dr. Marañón, al cabo de unos años de libertad, sobreviene la rebelión, que es siempre una intoxicación de libertad, seguida inexorablemente de su antídoto específico, que está constituido por la disciplina impuesta por

trón, se levantará en nombre del “orden alterado” y nos forzará a vivir con el aliento entrecortado, vuelto perpetuamente el rostro hacia arriba para defendernos tempestivamente de la espada homicida que penderá sobre nuestras cabezas, sujeta sólo por el débil y quebradizo hilo del capricho despótico.

La historia, que sirve por lo menos como norma negativa en el sentido de que nos alecciona sobre lo que es preciso evitar, eso es lo que nos enseña.

Después de la Revolución Francesa y del 1793 el año del “Terror”, el régimen autocrático y unipersonal de Napoleón. Después de “La Comuna”, en 1872, la matanza inhumana en el muro del cementerio de Pere La Chaise. Después de la anarquía social de 1919, en la península itálica, el orden teatral impuesto por Mussolini, en el 1922.

Y por lo que se refiere a nuestro país, tras las convulsiones que trajo el quinto derrocamiento de Báez, y los precarios gobiernos, que no duran un año, de Cesáreo Guillermo, de Ignacio González, del Licenciado de Castro y luego de los regímenes de Luperón y Meriño, con el consabido Decreto de San Fernando, la mano dura e implacable de Heureaux.

Y luego, para abreviar, de las asonadas que convulsionan al país y lo afiebran entre 1911 y 1916, el pretexto de esas rebeliones —que no revoluciones— esgrimido por Norte América para sojuzgarnos, escarnecernos y humillarnos.

La civilización, escribe en alguna parte, el Dr. Gregorio Marañón, da a cada hombre un cierto “derecho al desorden”, regalo maravilloso, como el de los príncipes de Las Mil y Una Noches, que si se usa con imprudencia, y no gota a gota, nos puede envenenar.

Son pocos, sí, prosigue el egregio humanista, son pocos todavía los seres humanos capacitados para administrar con cordura este “derecho al desorden” sin perjuicio para la colectividad. Y por ello, al cabo de unos años, termina diciendo el Dr. Marañón, al cabo de unos años de libertad, sobreviene la rebelión, que es siempre una intoxicación de libertad, seguida inexorablemente de su antídoto específico, que está constituido por la disciplina impuesta por

el Jefe, que la multitud misma acaba por acatar como una medicina saludable.

Conocida esta constante de la historia, cabe preguntarse ¿Estamos los dominicanos suspirando por el terror de una dictadura? ¿Tanto nos han gustado las inhumanas que hemos padecido? ¿A quién puede interesarle, en última instancia, el establecimiento de una autocracia?

Sentemos cabeza. Hagámoslo, los de arriba y los de abajo. Que cese la violencia “institucionalizada”, que parte del vértice de la pirámide social, imponiendo explotaciones, a fin de que el pueblo que las padece, pueda disfrutar de la prosperidad común, y defienda la paz como un elemento, como un factor esencial de su vida.

Es hora de recapacitación. La Iglesia Católica y las demás denominaciones cristianas deben hacerse eficazmente presentes en estos turbios y angustiosos momentos.

Que no aguarden a que sigan creciendo las llamas del fuego, porque podrían llegar sólo al patético instante de recoger las cenizas.

Creo, señor Director, que su editorial de hoy podría servirle de guía a los líderes religiosos.

En algunas ocasiones, sobre todo en la prensa extranjera, he visto que un editorial se reitera, se vuelve a publicar, cuando se aspira a que sea más meditado y a que sea asimilado.

¿Se podría repetir mañana el editorial de hoy?

Atentamente,

P. R. Thompson

LOS CASINOS DE JUEGOS

24 de Junio de 1970

Señor Director:

Molinari, un senador y financista argentino, de claro renombre en su tiempo, visitó a Cuba en pleno apogeo del régimen de Batista, cuando el matonismo profesional en todas sus gamas andaba a sus anchas por las hirvientes calles y la opulencia ociosa malbarataba los dineros, con orgiástica fastuosidad, en los corrompidos y corruptores casinos de juegos.

Preguntado el legislador sureño, al llegar a su tierra, qué impresión le había provocado La Habana, contestó “¿La Habana? Un lupanar con vista al mar”.

Los que patrocinan aquí el establecimiento del villano negocio —porque es, de ordinario, con apretadas excepciones, un negocio de villanos— de los juegos de azar, ¿querrán acaso que nuestro país merezca en el mañana un juicio similar al que emitió el argentino sobre Cuba condenando, con seis palabras cargadas de epigramático humor, al todo, por los delitos vergonzosos perpetrados por una minoría exigua e inescrupulosa?

Porque la puerta grande por donde entra a los países de costumbres todavía cándidas la abyección, la abulia de la voluntad para el esfuerzo del trabajo, la desintegración de las familias y el gansterismo disfrazado de caballero de industria, es el juego, es la droga, es la trata de blancas.

Un abismo, en frase bíblica, atrae otro abismo. El juego —la afirmación se ha convertido en un sobado lugar común— trae consigo, como sórdido y obligado cortejo, la perversión prematura de la mujer en plena flor de la edad, desmasculiniza— perdón por el neologismo— al muchacho joven, de largos cabellos y pantalón apretado, populariza la narcomanía y quebranta, en fin, todos los resortes que mantienen en equilibrada y saludable tensión las costumbres públicas.

Quien desee comprobar los lastimosos y dramáticos efectos del juego unido a la droga, no tiene más que detenerse por un par de horas al caer la tarde, en la parte alta de la Madison Avenue en New York.

Ni la pluma sagaz de Dostoyevsky, ni el pincel de Manet o de Abelardo Rodríguez, que tan honda y gráficamente penetraron en la obscura psicología del jugador, podrían pintar, con tanta exactitud, los trágicos estragos que en el cuerpo y en el alma provocan, a una, el juego y la droga, como el espectáculo tan vivo como doloroso que se contempla en esa vía pública de la Babilonia de Acero.

Es paradójica la frenética pasión del juego. Es la única pasión que ha logrado el monstruoso maridaje de la avaricia y la prodigalidad. Es un hábito patológico que absorbe a todos los demás malos hábitos: agita en la juventud y enloquece en la vejez.

El hombre atrapado por esa pasión, como advertía Jovellanos, busca la felicidad en la fortuna, y la fortuna en el camino que conduce más breve y más seguramente a la ruina.

Los dominicanos tenemos ya más vicios de los que necesitamos para acreditar nuestra mísera condición humana. ¿Para qué buscarnos más?

Parece que para fomentar aquí el turismo es de todo punto preciso que, como Fausto, le vendamos nuestra alma al demonio, que aceptemos la franca eventualidad de convertirnos en un burdel asomado a las lúbricas espumas del mar Caribe.

Esto equivaldría a dibujar en el aire fines seráficos que alcanzaríamos, tranquilamente, con medios diabólicos.

Si a un padre de familia hoy le asegurasen que existen centros donde su hija podría convertirse de la noche a la mañana, en una cortesana, y su hijo, en un deplorable drogadicto, se pondría bronco, se encabritaría, y tomaría al punto severas medidas de prolifáctica protección.

Pero si le hablan de casinos de juegos no se inmuta, permanecería como si la cosa no fuera con él. Inconsciencia.

Pues un casino de juego es eso: un posible manantial emponzoñado que insensiblemente, por dosis graduadas, pero crecientes, inocular el veneno que enajena y enerva,

desintegrando la personalidad y borrando todo vestigio de carácter y de sentimientos honrosos.

Las reflexiones de repulsa que se han externado en estos días en toda la prensa responsable nacional, sin discrepancia, contra el establecimiento de casinos, no es, ni siembra de moralina, ni tarfufismos a lo Moliere, ni escrúpulos farisaicos: están inspiradas, esas repulsas, en el propósito de redimir a este país, tempestivamente, de ruinosas y catastróficas desdichas sociales.

Se ha dicho, en tono de reproche, que en ciertos sectores hay como una especie de obsesión contra los casinos de juegos.

Bueno, ¿Y qué? ¿No hay obsesiones buenas, saludables? La idea de la independencia patria, obsesionó a Duarte. Lenin fue un obseso de la revolución y los grandes inventores no han sido más que esclavos de sus geniales y exigentes imaginaciones.

Por lo demás, y ya para terminar, ¿no es acaso de los escarmentados de donde salen los avisados?

Atentamente,

P. R. Thompson

TIERRAS NACIONALES.... ALMAS FORANEAS

26 de Junio de 1970

Señor Director:

Nada desconcierta tanto como el que para alcanzar fines buenos se propongan estridentes argumentos malos.

Por lo que a mí concierne —vaya a título de ejemplo— el Primer Magistrado de la Nación, visto el asunto a la luz cruda de la razón, está en lo firme cuando, para abrogar la ley 1350, del 1937, que prohíbe otorgar arrendamientos y otros derechos a particulares en las islas adyacentes al territorio de la República, invoca el motivo de que es incongruente el que se puedan acordar esas concesiones aquí, en la isla grande, y no se pueda en las pequeñas.

El que puede lo más, debe poder lo menos. El que da derechos en el corazón, no tiene por qué andar con puritanos remilgos de acordar iguales prerrogativas en las manos.

La dialéctica jurídica, pues, con toda su carga de lúcidos imperativos, parece estar decididamente de parte del Jefe del Estado.

Quienes, por tanto, combaten al Presidente, desde el ángulo puramente legal, lo combaten, desamparados del todo por las reglas del buen pensar.

Lo que ocurre es que esa ley que veda todo género de enajenación en las islas adyacentes, no se inspiró— según sospecho— en la razón pura Kantiana: la dictaron móviles psicológicos, rudas enseñanzas históricas, tristes y aleccionadoras experiencias de la vida colectiva dominicana y aun de otros países.

Una isla como la Saona, escasa de habitantes, huérfana

de recursos, donde impera con todo su sombrío y despótico dominio la más crasa ignorancia, poblada por extranjeros ricos, dispendiosos, pródigos inclusive de sí mismos con tal de medrar, perdería, en el breve andar del tiempo, sus puras esencias dominicanas.

Llegaría un instante en que las tierras serían nacionales y las almas foráneas. Como extrañadas de sí mismas.

Los que han urgado con vivaz curiosidad en los rincones de nuestra historia recordarán, que allá por el siglo pasado, una inmigración de la raza negra, proveniente de Filadelfia —desde entonces eran acosados— se avecindó en la península de Samaná. A esa corriente migratoria se agregó, luego, otra bien nutrida, originaria de las islas menores de la cuenca del Caribe.

Ese pedazo de tierra dominicana respiraba, en un momento dado, exotismo. Se mudó la dieta habitual del criollo. Fueron otras las costumbres. Padeció la pureza del idioma que, ultrajado y prostituido, cobró tonos y matices pintorescos, y esa germanía acocolada alcanzó tales grados de babélico confucionismo que llegó a preocupar seriamente a las autoridades públicas y a las clases pensantes del país.

En el célebre gobernador Anderson se encarnó, con todo el colorido de un mosaico folklórico aquella fusión de sangres, de lenguas, de costumbres, de modo peculiar de concebir la vida.

Los pueblos pierden sus almas

Y las pierden a la chita callando, insensiblemente. Los habitantes de las argentínimas islas Malvinas, ya quieren ser ingleses. Los gibraltareños —que viven en un dolorido pedazo de España— han optado, no importa lo que hayan sentenciado las Naciones Unidas—, por quedar incorporados a la lejana Gran Bretaña.

No hay en esto nada de romanticismo: toda exageración es poca cuando se trata de salvaguardar el espíritu colectivo de la Nación, que es tan patrimonio nativo como el propio territorio.

¿Qué estaremos vigilantes para que tales desventuras no se realicen?

Pero si aquí, en la misma capital, en las barbas de las autoridades ¿no tuvieron a punto de sentar sus pérfidos reales los mafiosos encubiertos tras el cortinaje suntuoso de un hotel de lujo? ¿No se está ahora mismo clamando porque los bienes del Estado han sido indebidamente ocupados por audaces e inescrupulosos particulares?

Si eso acontece a la sombra casi del Capitolio Nacional ¿qué será en la incomunicada y lejana isla Saona?

Llevemos a esa isla infortunada, en un esfuerzo común, pan, luz, agua, alfabetismo, trabajo.

En manos nuestras acaso no sea un minero de producción. En manos ajenas, — cualquiera que sea la forma en que esté en manos ajenas— sólo nos acarreará, hoy o mañana, quebraderos de cabeza, sinsabores y dolorosos e inexplicables arrepentimientos.

Es demasiada carga histórica para el que quiera echársela al hombro.

Atentamente,

P. R. Thompson

SOBRE NACIONALIDAD

1ro. de Julio de 1970

Señor Director:

En un momento en que la democracia, —convertida en blanco de una lluvia de flechas— está sujeta a crisis convulsivas, señalándosele su inoperancia para resolver los problemas vitales que agitan y trabajan hoy a las naciones, todo el que siente palpitar en sus venas el anhelo de vivir en una sociedad abierta y libre debe poner empeño en hacer del sistema representativo un régimen político realmente funcional.

Sólo con los hechos veraces pueden rebatirse, con buen éxito, las mentiras falaces.

Son éstas las consideraciones de base que mueven a muchos a instar a que se estudie a fondo el problema jurídico de si puede el Poder Ejecutivo, una vez acordada la nacionalidad dominicana a un extranjero, despojarlo de ella mediante la expedición de un escueto y conciso decreto.

No es escaso el número de los que juzgan que la nacionalidad, en nuestro sistema constitucional, una vez adquirida —cualquiera que sea la forma legal en que se haya obtenido— queda sellada con un carácter indeleble, y es, por tanto irrevocable.

En consecuencia, privar de la nacionalidad a quien ya la disfruta, entra en el capítulo de los excesos de poder, se pasa con ello, de los confines en que impera el derecho.

Es bien sabido que la nacionalidad se obtiene por tres nítidas y bien definidas maneras: o por el nacimiento, o por el origen o por el acto positivo de la naturalización.

Conforme a los vigentes textos jurídicos —la Constitución y las leyes adjetivas pertinentes— sólo se pierde la nacionalidad por renuncia voluntaria. Adviértase, para evitar equívocos, que otra cosa son los derechos ciudadanos, —el de elegir y ser elegible— susceptibles de pérdida o sus-

ENTREDICHO

7 de Julio de 1970

Señor Director:

¿Qué nombre recibe, en buen derecho, la determinación que han tomado los sacerdotes de Santiago de clausurar las iglesias el domingo privando así a los fieles de la misa, de la participación en el sagrado misterio de la Eucaristía?.

En rigor canónico, esa disposición, con todos sus ribetes técnicos, se llama "Entredicho". Entredicho parcial si se quiere, porque ha sido limitado en las funciones litúrgicas de que se han inhibido los sacerdotes, se ha ceñido a un corto tiempo y a un espacio bien delimitado y restringido.

Es pena —medicinal, para reparar un daño, vindicativa, para castigar— que de suyo sólo la suprema autoridad eclesiástica —La Santa Sede— podría inflingir.

Para restañar las lesiones que se le han ocasionado a la justicia en cualquiera de sus dimensiones, la sanción del entredicho puede aplicársele a un pueblo, a una persona moral —como sería un gobierno— y, por supuesto, también a la persona —a ella sola— que ha causado la alteración de la convivencia pacífica con un hecho o un acto reprochable, en desacuerdo con la ley y violatorio del bien común.

La persona así castigada no podría acudir a misa. No podría participar en los ritos y ceremonias litúrgicos.

¿Se comprende ahora los graves problemas y los agudos trastornos sociales que se podrían suscitar, si mañana martes, los sacerdotes congregados en una región de La Vega deciden, asumiendo por sí los derechos del Pueblo de Dios, de la ley natural que ordena que a nadie se le condena sin ser oído —*nemo damnetur nisi audiatur*—, del derecho que le asiste a la opinión pública de ser debidamente informada, si deciden, digo, esos sacerdotes, extender el en-

PLANIFICACION E IMPUESTOS

9 de Julio de 1970

Señor Director:

Es admirable cómo se ingenia una sociedad hundida en la miseria para procurarse capitales que le faciliten el logro de su desenvolvimiento económico y social.

Se diría que intenta inclusive, en su empuje heroico por realizar la justicia, sacar de donde no hay, emulando a Moisés que, con un gesto prodigioso, convirtió en fuente viva de agua la testaruda aridez de una roca.

Hierven en estos días los proyectos de leyes encaminados a acumular ahorros con el propósito —al menos en la intención declarada— de allanar los injustos desniveles de las riquezas, de promoción humana, de hacer —para acomodarme a la retórica en uso— que los ricos sean menos ricos a fin de que los pobres sean menos pobres.

Entre otras cosas laudables en esos planes para recaudar fondos, importa subrayar la circunstancia de que han sido sometidos a la ponderación de la opinión pública, con el plausible designio de que sean matizados, estudiados con esmero en todas sus dimensiones.

¡Si siempre y en todo se guardara esta saludable y democrática norma, no existirían tantos pesares y se prevendrían tempestivamente innumerables crisis políticas y sociales!

Se advierte, además, en algunos de los proyectos de leyes a que aludo, que no ha sido del todo infecunda la siembra de ideas avanzadas en el sector de la llamada “clase dominante”. Hay una apertura. Se ha abierto una amplia brecha en las mentalidades que parecían inaccesibles a todo lo que significase cambio de estructuras.

Eso lo demuestra, a mi entender, el que al cabo los grupos afortunados han llegado a comprender que es tan indispensable como justo poner límites a las ganancias excesivas que son las que, en última instancia, hacen que unos

pocos sobrenaden en la holgura de la abundancia al paso que unos muchos se ahoguen en el mar de las miserias.

Con este paso, pues, se abandona el siglo XIX, en el cual hasta ahora vivíamos, el siglo del "laissez faire, laissez passé". Salimos de la centuria en que al Estado se le mantenía como un simple expectador del desarrollo económico, mientras los poderosos atropellaban, a su sabor, a los menesterosos y el lucro era considerado como el único y exclusivo motor de la economía, como el único incentivo del desarrollo, y a las fuerzas laborales se les estimaba como un engranaje de la maquinaria de producción y el salario una mercancía más.

Hay algo, sin embargo, que sigue preocupando gravemente a la opinión pública.

Demos por seguro que se recauden los diez millones que se estipula podrían recaudarse como fruto de la aplicación rigurosa de las leyes ahora en proyecto. Supongamos —y es un lógico suponer— que esa subida cantidad se sume a las que ya el Estado recibe, alcanzándose así treinta o más millones de pesos que se consagrarían a objetivos del desarrollo.

¿Qué planes se han concebido para que las inversiones sean realmente reproductivas, fructíferas? ¿Se proseguirá en derramar los ahorros públicos, que son el sacrificio de todos, en obras de relumbrón, en palacios, jardines, malecones, en suntuosas y nada urgentes avenidas?

Nunca se ha de repetir tanto una verdad como cuando sospechamos que ella ha de pasar de largo rozando igual que un sumbido los oídos aquejados de torpe sordera.

Planificar —permítaseme martillar de nuevo con un viejo lugar común —es esencial para el desarrollo. Todo lo que signifique estéril inversión, es un freno para el crecimiento económico. Es estancamiento, cuando no retroceso. Sobre todo, si se tiene en cuenta, entre otros deprimentes factores, la delirante explosión demográfica, que nos envuelve y nos hala hacia el pasado.

Sólo teniendo presente el aumento sustancial en la productividad podremos evitar la inverosímil fuga de capitales hacia el exterior en procura de bienes de consumo. Únicamente planificando sabiamente en el campo de la

producción cesarán los gritos por la falta de habichuelas hoy, mañana de ajos y de cebollas, y en todo momento de carne asequible al hombre que vive a nivel de la calle.

¿Tendrá la administración que se inaugura el 16 de Agosto, el brío y el coraje moral y el heroísmo político de entrar con mano firme a podar la frondosidad burocrática que, además de ser parasitaria impidiendo el buen funcionamiento del Estado, consume a pasto y sin provecho para nadie considerables sumas del presupuesto nacional, que es sangre y sudor del pueblo?

He ahí otro capítulo de ahorros públicos que está intocado y que debe afrontarse con firme valentía.

Es posible que estas observaciones sean una vez más aviesamente interpretadas.

Pero hay una cosa que no podrá desdecirse: y es que ellas enumeran parte de los males, de los obstáculos, que nos impiden "el despegue"

Atentamente,

P. R. Thompson

INTERES DE UNA DECLARACION

4 de Agosto de 1970

Señor Director:

Suponen tantos prerrequisitos los documentos eclesiásticos, son tan ricos en casi imperceptibles sutilezas y matices, que corren a menudo el riesgo de ser mal interpretados y de ser apreciados como académicas martingalas teológicas, como obras maestras del arte del escapismo y de la fuga elegante de las realidades que nos envuelven y nos atormentan.

El prisma, apenas lo toca la luz del sol, salta en vidriosas gamas multicolores. Así es con frecuencia una Pastoral, un Mensaje Episcopal.

No estamos viviendo ya en el siglo XVI español o en la Holanda de nuestros días donde cada cristiano es un admirable teólogo en miniaturas.

La declaración de la Jerarquía Eclesiástica Dominicana, dada a la luz pública el último día de la semana recién pasada, sometida hoy a encontradas exégesis, no constituye, pues, una excepción: ha estado sujeta a las mismas reglas que suelen acompañar a documentos de esta superior naturaleza.

Cuando, pongo por caso, los Obispos asientan que ellos encarnan el "pensamiento oficial de la Iglesia", —no me agrada la palabra "oficial", me huele a gaceta— la afirmación hay que tomarla con una menuda dosis de sal.

Porque ellos no han pretendido expresar que tengan el monopolio de la doctrina católica, contenida y cifrada, como se sabe, en las "Sagradas Escrituras", en la corriente viva de la Tradición, en los solemnes Concilios y en los muy graves y pesados documentos del Magisterio Ordinario de la Iglesia.

Quien, por tanto, aplique correctamente— claro que bajo

la vigilancia liberal e ilustrada de los Obispos—, esos principios y normas, procede de acuerdo con los artículos de la fe, que manando desde los Evangelios, como el Sermón de la Montaña, corren hasta nuestros días y sirven de pausa para el creer y para el hacer del Pueblo de Dios.

“Si la Iglesia es una comunión, señala un excelente teólogo, esta verdad dogmática fundamental, debe plasmarse en los hechos y en la práctica pastoral. La comunión de vida, agrega, adquirirá formas y rostros diferentes según las épocas. Y por ello, es preciso aceptar que la Era de la monarquía absoluta y de los barones feudales, está liquidada y que es menester ejercer la autoridad en un contexto sociológico enteramente nuevo”.

Tan convencidos están de estas máximas nuestros Obispos que son ellos los que patrocinan y promueven la llamada “pastoral de conjunto” en que a los pastores les está reservado el empeño de coordinadores, no como jefes de poderes ilimitados, que todo lo saben y todo lo deciden, sino como servidores de la vasta comunidad cristiana.

Igual desasosiego intelectual ha ocasionado la tesis contenida en el documento de que el sacerdote no es responsable “directo de la esfera socio-económica”.

La cosa es así: pero importa explicarla con precisión y con muy esmerado cuidado.

En un mundo sin injusticias, el pastor de almas, no tendría por qué hacerse cargo del desvalido, de prestarle su voz al pueblo enmudecido, de servirle de broquel y de escudo al inicuaamente atropellado y explotado.

Pero en un mundo, donde impera el lucro desaforado, como único motor de la economía, donde, “un pequeño número de hombres dispone de amplísimo poder de decisión, y otros están privados de toda iniciativa y de toda responsabilidad, viviendo en condiciones de vida infrahumanas”, el sacerdote puede, y debe, emitir, de acuerdo con el Concilio Vaticano Segundo, “un juicio moral aun sobre asuntos políticos cuando estén en juego los derechos fundamentales del hombre y peligre la salvación de las almas.

Se me objetará que esa misma asamblea ecuménica acota—en la misma Constitución “La Iglesia frente al Mundo”

No. 76— que hay que distinguir netamente la acción que los cristianos, aislada o socialmente, llevan a cabo a título personal, como ciudadanos y de acuerdo con su conciencia cristiana, y la acción que realizan en nombre de la Iglesia en comunión con la jerarquía.

Pero esto a lo que tira es a acentuar el sentido de la responsabilidad individual, en ningún caso a borrarla, a suprimirlo y mucho menos a prohibir su ejercicio. -

Si Terencio, el paganísimo y lúbrico autor cómico. declaraba que a él, como a simple hombre, nada humano podía serle ajeno, ¿puede la Iglesia encarecerle a sus sacerdotes que no se interesen en el dolor y en las penas servidumbres de sus semejantes?

Es ese interés el que ha inspirado las grandiosas Encíclicas sociales de los Pontífices. Es ese interés el que ha movido a Monseñor Polanco a intervenir en favor de los obreros textiles y a Monseñor Flores a ponerse del lado de los perseguidos y de los vejados en las serranías de Bonaó. Fue ese también el interés que animó a los treinta y siete sacerdotes a expedir un documento en que se le pedía a los Poderes Públicos, con ocasión de la expulsión de los Hermanos del Colegio La Salle, que respetase el elemental precepto jurídico, que emana de la ley natural, de no condenar a nadie sin antes reconocerle el derecho de ser oído y de poder defenderse.

Esto va largo y es mucha la tela por cortar.

Por lo pronto, hay que convencerse de una cosa: que hay que vivir en el hoy y estar abiertos a los llamados del futuro

P. R. Thompson

HORAS CALAMITOSAS

12 de Agosto de 1970

Señor Director:

Aun en estas horas calamitosas, recargadas de tonos sombríos, en que ha alcanzado su mayor y más trágica vigencia el lema grato a Hobbes de que el hombre es lobo para el hombre —*homo homini lupus*— y en que las sensibilidades se han encallecido al grado de familiarizarse, sin posibilidades de estupores, con los continuados asesinatos, la humanidad se ha sentido consternada y profundamente conmovida por el horrendo homicidio de Dan A. Mitrione, perpetrado inmisericordemente por la organización terrorista de los Tupamaros.

Lo que hace a este delito más repudiable, es su fiereza, su increíble contrasentido, su inverosímil insensatez.

Carece totalmente de objetivos útiles. No testimonia propósitos provechosos, ni siquiera bajo el punto de vista de una política inhumana, pero, al menos, coherente, guiada por la lógica.

Maquiavelo, que aplaudió a César Borgia cuando llevó a la horca a su amigo y lugarteniente Ramiro D' Orqua para granjearse el afecto perdido del irritado pueblo de la Romagna, no lo hubiera aconsejado.

¿Cosecharán los Tupamaros con este menosprecio de la vida humana apoyos, benevolencias, prosélitos? ¿Puede una Nación que tenga todavía sentido de la decencia y que no haya perdido la estimación de sí propia, abandonar su destino en esas manos gansteriles. Bañadas en sangre, en la esperanza cierta de que la conduzca a la convivencia armónica y a la dicha y al bienestar social? ¿Es que todavía puede considerarse el Paredón, sin previo, justo y público juicio, como una aceptable filosofía política?

Hay otra lección —lección severa— que brota de este criminoso acontecimiento: las vidas, las vidas humanas, ya no se aprecian en sí mismas, en su valor intrínseco.

En la nueva valoración de las existencias, hay unas que valen más y otras que valen menos. El aura y el prestigio social, el grado de la categoría de la función que se

desempeña, en la cotización de la flamante moral convencional se les presta a unas vidas superior estimación.

Me digo ahora, vida por vida, a la fría y justamente niveladora luz de la razón, ¿tiene más finos quilates, la vida de Dan A. Mitrione, que la del estudiante del bachillerato José Antonio Frías García, victimado ayer a la puerta de su hogar, o la del agente público cosido a balazos mientras iba acompañando, con ternura de hijo, a su madre en la zona de San Carlos?

Y sin embargo, estas últimas muertes, no le han removido las entrañas a nadie, no nos han parado de punta los cabellos, ni han provocado los debidos sentimientos de horror.

Si en vez del infortunado muchacho, en plena flor de la edad, del modesto policía, consagrado, siempre con peligro, al mantenimiento de la paz pública, hubiese caído bajo una lluvia de plomo, un político de renombre, un empresario, realzado por su riqueza, una persona de resonante nombradía en la regocijada atmósfera del prestigio y del lujo, la reacción de los poderes públicos, de los grupos dominantes, de los intelectuales, ¿hubiera sido igual?

Mucho y muy copiosamente se diserta en estos días sobre los programas gubernamentales, que se iniciarán, a los sonos marciales del Himno Nacional, el próximo 16 de agosto.

No oigo que se hable en exceso de reorganizar y conferir eficiencia a las instituciones encargadas de poner diques a los torrentes de sangre que fluyen por nuestras calles.

Las leyes penales que según San Agustín, se han sabiamente ideado para que los buenos puedan vivir entre los malos, aquí siguen tan inoperantes, que los malos, a su placer, les están haciendo insoportable e insufrible la vida a los buenos.

Todo, porque el criterio humano se ha desvanecido, el sentido jurídico de la convivencia se ha disipado, y prevalece la insensatez de una política sin entrañas.

Atentamente,

P. R. Thompson

¿UN PROCESO?

2 de Septiembre de 1970

Señor Director:

Créame que no acierto a comprender por qué es que ahora, y sólo ahora, frente al desenfadado desacato de los institutos militares a las órdenes de los tribunales de dejar en libertad a quienes ellos han encontrado eximidos de culpa, se haya levantado una clamorosa e hirviente ola de desasosiegos, por recelo a que los postulados de la deliciosa democracia de que disfrutamos estén naufragando en un mar de anarquía virtual.

El que se estén borrando los confines entre los tres poderes —el Judicial, el Legislativo y el Ejecutivo— no es en este país un acontecimiento insólito y sorpresivo que se haya llevado a término bruscamente, que haya surgido de golpe y porrazo, como el estallido luminoso y quemante de un rayo en cielo diáfano y sereno.

Es parte de un proceso. Las instituciones que forman la esencia de un régimen representativo y de libertad y que debería actuar con perfecta y plena autonomía, —limitándose las unas a las otras para evitar los excesos en el mando— están, entre nosotros, tan estrechamente vinculadas entre sí, que las líneas fronterizas que separan a estos organismos, se desdibujan, se disipan, para dejar, ya fundidos en uno, en función activa y operante, a uno solo de esos poderes: al Ejecutivo.

Observe. Las cosas ocurren igual que en uno de esos adustos y severos silogismos que nos enseñó, en sus métodos para razonar, la vieja escuela Escolástica.

El Senado, que está adscrito, de ordinario, al mandatario de turno, como la sombra al cuerpo o como el eco a la voz, designa a los jueces, y como el Senado es uno con el Ejecutivo, en virtud de que los que son iguales entre sí son iguales a un tercero, viene a resultar que los jueces, en la práctica,

serían siempre, salvo las milagrosas excepciones de condiciones personales, funcionarios simpatizantes con el titular del Poder Ejecutivo.

Acaso sintamos que nos sacude la tentación de apreciar estas reflexiones como argucias bizantinas, como sutilezas que se quiebran de puro sutiles.

Pero los hechos que han trascendido no sin común estupor, a la opinión pública nos impedirían sucumbir a las sugerencias de la aludida tentación.

¿No aprueban las Cámaras, con suma frecuencia, en un abrir y cerrar de ojos, proyectos de leyes que requerirían, para beneficio del interés nacional, graves, serios y muy ponderados estudios? ¿No se nos dilatan a menudo las pupilas por el asombro ante ciertos descargos en los juzgados y Cortes? ¿No nos causa asombro ver que toman los caminos de Madrid, sin que nadie le entorpezca su libre vuelo, quienes han sido sentenciados por delitos que inclusive presentan ribetes y caracteres de internacionales?

La alarma, pues, por el deterioro creciente del régimen democrático en nuestra tierra, por la cada día más evidente y conspicua desarticulación de la maquinaria del Estado, hace buen rato que debió haberse enérgicamente manifestado.

“Principiis obsta, sero medicina paratur, cum malum per longas invaluerit moras”, proclamada ya en su tiempo, Virgilio, el egregio épico latino.

O, dicho en macizo castellano: Pon remedio a tiempo si no quieres que el mal se encancere y se vuelva de esta suerte incurable.

Es cierto, que tal vez se siga haciendo oídos de mercader a cuanto reclamo surja en la prensa.

Pero, al menos, eso alertará a la conciencia pública de los demócratas y alimentará el amor por la libertad.

Atentamente,

P. R. Thompson

JUSTICIA DISTRIBUTIVA

3 de Septiembre de 1970

Señor Director:

Una de las funciones más delicadas —y más graves— de un Jefe de Estado, del director de una empresa o, en general, de cualquiera que se haga responsable del dichoso éxito de una sociedad, es la de saber acertar, con buen tino, en la elección de sus colaboradores.

Es esta una verdad tan de bulto, tan axiomáticamente obvia, que el empeño de demostrarla caería en el redundante y a veces ridículo género de lo superfluo.

Es de tanta magnitud y trascendencia este atributo de saber seleccionar, propio de los que mandan, que desde el viejo Aristóteles hasta nuestros días, se le colocó en el rango y la categoría de las virtudes de la justicia.

Se le denominó —y se le sigue denominando— “Justicia Distributiva”.

Consiste ésta, por definición, entre otras cosas, en distribuir, conforme su nombre lo indica, con riguroso apego a los méritos y a los talentos de cada quien, los cargos y los honores en la sociedad de manera que esa repartición concorra eficazmente a la feliz elaboración del bien común.

Quien procede, por tanto, menospreciando los imperativos de la justicia distributiva haciendo designaciones al azar, como quien saca bolas en un sorteo, sin reparar en las cualidades positivas de los ciudadanos favorecidos, agravia al bien general, le cierra las puertas al progreso

auténtico y, tal vez sin quererlo, mina y zapa los cimientos del mismo edificio que aspira a levantar.

A despecho de la transparencia y claridad que destellan estas proposiciones doctrinales —fáciles de encontrar en cualquier manual de filosofía del derecho,—somos los hombres tan malos discípulos que no es infrecuente toparse en las páginas de la historia con estadistas, muy resabidos y lúcidos, y muy sensibles, a los reclamos de la conciencia, que han intentado regir desatinadamente a sus pueblos, a espaldas de la justicia distributiva.

Felipe II, el irresoluto, el mártir de gabinete, como lo llamó Menéndez Pelayo, invirtió veinte años en preparar la armada "Invencible" para acabar poniéndola en manos de un ignorante en asuntos de mar: Medina Sidonia.

Napoleón, que al bajar a Italia, en plena eflorescencia de la mocedad, respirando genio militar por todos los poros, se indignó con los "fripons" que encontró en el ejército, al término de su carrera, envuelto ya en rómpieses de gloria, puso a cargo de Berthier, la apoteosis de la mediocridad, casi la total responsabilidad de la estabilidad de su imperio.

Pero, a la callada, la historia se venga. La "Invencible" se destruyó en el fondo de los mares. Y en cuanto al "Gran Corso", basta leer estas líneas de Stendhal, su ferviente y perpetuo admirador, aún después de muerto: "L'Empereur périt par deux causes: 1° L'amour qu'il avait pris pour les gens médiocres, depuis son couronnement. 2° La réunion de métier d'empereur a celu' en général en chef".

De las dos causas a que atribuye el autor de la "Cartuja de Palma", la caída del hijo de Leticia Remorino, es decir, a su amor irresistible por los mediocres y al haber reunido todos los poderes en sus manos, para mí, la primera fue la causa más determinante.

Después de estas severas lecciones de la filosofía del derecho y de estas sugerencias de la historia, no sé por qué es que algunos se llevan las manos a la cabeza a causa de que aquí —y no es anécdota, es historia— en un hospital de Moca se designase a un portero —¡a un portero!— nada menos que partero.

No me explico tampoco por qué ha habido tanto as-paviento a causa de que un buen ciudadano, perito

reconocido en asuntos agronómicos, se le crea experto en la fina materia estética, buen conocedor de las escuelas italianas de arte —son varias— ducho en explicar la vibrante teoría de la “Llama” en el Greco, y capaz, por lo demás, de resolver la disputa de si la perspectiva aérea la descubrió Fra Angélico, en el cuadro de la “Coronación de la Virgen” o Velázquez en uno de sus lienzos inmortalés.

Después de todo conviene que nos demos cuenta de que aquí no estamos en Prusia, donde, según Max Weber, en un momento dado, se acordaban los cargos por oposición y los que no requerían cualificación alguna, para acomodarse a los principios democráticos, simplemente se rifaban.

A ver, ¿qué más da que un embajador sea perito en motores Diesel, que el que brille como ducho en derecho internacional, que sea dueño de varios idiomas, que esté dotado con el afable y atractivo don de gentes? ¿Qué más da? Eso no va a echar abajo al gobierno.

Es cierto que tal proceder lesiona al bien común.

Pero es que aquí el más común de todos los bienes, reside en consolidar a ultranza el régimen en el poder.

Atentamente,

P. R. Thompson

PARABIENES

4 de Septiembre de 1970

Señor Director:

Habría que estar muy encendido en pasiones, superlativamente dominados por el frenético espíritu de partido para no dar rienda suelta al noble impulso de felicitar al gobierno y al campesino dominicano por el buen éxito alcanzado el año recién transcurrido al hacer subir el crecimiento real del producto bruto nacional a un 7.7 por ciento.

He dicho que es preciso extender a nuestros labriegos los merecidos parabienes, pues, si bien es cierto que aún el Banco Central no ha configurado las estadísticas del último año —al menos no las ha dado a la publicidad— los economistas y los comunes mentores en estos asuntos, parecen converger en la opinión de que el rendimiento mayor en la producción, en los postreros doce meses, ha provenido de los sectores agrícolas.

¡Y eso que, pese a que los campesinos nos han estado alimentando desde Colón para acá, se había hecho un tópico, una frase hecha el que el agricultor dominicano se caracterizaba por su muelle afición a la holganza, por su blando abandono al juego y al alcohol, a ese “estupefaciente de pérvida ayuda”, como lo llamó Rubén Darío!

La exaltación eufórica no debe, sin embargo, nublarnos el entendimiento y el buen sentido ni debe tampoco ex-

tinguir en nosotros la necesaria capacidad de análisis.

Conforme se señala en el editorial de "El Caribe", de hoy, no puede descartarse, como uno de los positivos ingredientes en el aumento del producto bruto nacional, la colaboración extranjera que se ha sobreañadido copiosamente para facilitar y acrecentar el rendimiento del esfuerzo propio.

Conviene, con todo, para fines de sacar provecho, tener presente que en el informe anterior del CIAP se subrayó nuestra baja producción que significó una pérdida de 50 millones de dólares, pérdida atribuida a la severa sequía que flageló inclementemente por largas temporadas a la Nación.

En lógica, habría, por tanto, que deducir que nuestra actual prosperidad productiva debe no escasos favores al cielo y al clima.

Me aventuro a formular esta observación, no, de cierto, para deslumbrar el brillante éxito actual ni mucho menos para escamotearle a nadie los méritos que les correspondan: la formulo a fin de que los tiempos de las vacas gordas nos aleccionen para cuando sobrevengan los tiempos de las vacas flacas.

No debemos estar supeditados al azar de las lluvias. Si ya están en camino las presas de Tavera y Valdesia, el canal temporero de San Juan, prosigamos, con porfiado e inquebrantable espíritu, en esa dirección, que es la correcta y la provechosa dirección.

Canales, canales y caminos vecinales, obras de infraestructura. Lo otro, lo que es adorno y ornamento, que espere, que sólo los opulentos pueden darse el lujo de derrochar en brillantes suntuosidades.

No hipotequemos el futuro, teniendo sobre todo en cuenta la explosión demográfica, que le va pisando los calcañales a la producción, prodigando los ahorros del presente en proporcionarnos estéticos goces.

Hay otro señalamiento en su editorial de este día, señor Director, que no debe echarse en saco roto: que el crecimiento económico se vea continua y asiduamente acompañado por el progreso social.

Que la riqueza pública no permanezca encerrada en unos

cuantos puños. Que ella se vierta y se derrame sobre todo el pueblo dominicano.

Cuando Adam Smith se empeñó —y logró— en determinar las Causas de las Riquezas de las Naciones, Robert Malthus —cap. XVI de su Primer Ensayo Sobre la Población— lo conminó a que no se detuviera ahí y a que prosiguiera en un estudio en que determinase “Las Causas” que podrían llevar el bienestar a las capas inferiores de la sociedad.

La evocación no es del todo inmotivada e inoportuna.

De todos modos estamos en marcha y ojalá que a la concordia ya existente en el deseo de lograr altas finalidades sociales se sume también un común convencimiento en los medios eficaces para alcanzarlas.

Atentamente,

P. R. Thompson

PLANIFICACION

5 de Septiembre de 1970

Señor Director:

Los aplausos con que ha sido saludado en los círculos intelectuales independientes su editorial de hoy, expresan la complacencia de muchos porque al fin "El Caribe" se ha asociado a la cruzada de los que propugnan por una seria y bien estudiada planificación, en la asignación de los recursos públicos para obras oficiales, en contra de quienes, asidos a viejas normas de políticas económicas gubernamental, se abandonan gozosos a los azares de la improvisación empírica o se dejan arrastrar, sensibles ante el espectáculo de la belleza, por los deleites de las emociones estéticas.

Estamos asediados por un cúmulo de apremiantes y urgentes necesidades. Sin caer en hipérboles, en exageraciones, —ni tampoco en demagogias triviales— puede afirmarse que no hay un solo sector vital de la existencia en que la penuria no apriete, como un dogal, a la mayoría del pueblo dominicano: alimento, vestido, fluido eléctrico, agua, tierras.

Las presiones desesperantes que se originan en estas servidumbres sociológicas, no las sienten porque nunca las han experimentado, los satisfechos bienhallados, los que nadan en el mar de la abundancia, aquellos que jamás han padecido inseguridades en ningún orden de la vida.

Únicamente se sobrecogen y se espantan cuando la naturaleza, que no hace aceptación de personas ni profesa credos discriminatorios, los amenaza o les crea leves molestias: un ciclón, un terremoto, un diluvio inundando la ciudad, unos continuados e irritantes apagones.

De ahí que estas clases afortunadas no crean en prioridades, en realizar unas cosas, las más urgentes y capitales primero, antes que las otras.

Prefieren con mucho que se inviertan en teatro y museos, ceñido en amplios espacios por macizos floridos y fragantes parterres, hasta cinco millones de pesos (incluidas destrucciones de casas habitables) antes que concluir definitivamente el Canal de Baiguate, antes que abrir caminos vecinales que den salida a las cosechas de café, de cacao u otro de los productos de la tierra, húmedos con los grumos de sangre y de sudor del campesino.

Como usted ve, señor Director, son ecuaciones elementales, cálculos infantiles, lugares comunes de los tratadistas sobre El Desarrollo, que las gentes maduras no quieren acertar a cuadrar, o fingen no interesarles.

¿Podremos nosotros solos conjurar todos los males que son secuela imperativa de un clásico estado de subdesarrollo?

No. No podemos. Un marginado, por definición, es el hombre que es impotente, que no puede por sí mismo, redimirse de su triste condición de mísero integral.

Pues así como hay individuos marginados, hay también pueblos marginados, que carecen de ahorros en cantidad apreciable, que no pueden acumular capitales para saltar, quemando etapas, de la dichosa altura en que viven los países altamente industrializados.

Por eso, el Informe que presentó la Comisión que presidió Lester B. Pearson al Banco Interamericano de Reconstrucción y Fomento, calificó al desarrollo como una empresa esencialmente común y multinacional.

Por cierto, que esta magnífica obra debería ser texto de lectura y de meditación obligada para todos los políticos, para los sociólogos y debería figurar en accesible lugar de honor en las bibliotecas de todas las Universidades o

Centros académicos de los países llamados del “Tercer Mundo”.

Veríamos por ella, por sus riquezas informativas, por sus sabias sugerencias, los males que nos vienen de afuera y que entorpecen nuestro desenvolvimiento económico y social, y comprobaríamos también en sus páginas, pródigas en acertadas orientaciones, las innumerables insensateces en que incurrimos al manejar los recursos de adentro.

Resumiendo: se hace imperativo planificar para bien invertir lo nuestro, conforme a una jerarquía de necesidades que habrá que ir satisfaciendo. Y será también necesario apelar, sin cesar, a la justicia social internacional para que cumplan los opulentos con sus insoslayables obligaciones de solidaridad humana, remuneren adecuadamente nuestras materias primas y rectifiquen, por amor a la justicia, los términos de intercambio.

Atentamente,

P. R. Thompson

REFLEXIONES ECONOMICAS

8 de Septiembre de 1970

Señor Director:

En recientes declaraciones a su periódico, uno de los más prestigiosos y bien querido entre los economistas de nuestro país, expresó, que en la última reunión de la Junta Directiva del CIAP, efectuada en Washington, se puso de presente que la República Dominicana ocupó "el tercer lugar entre las naciones que alcanzaron más alto Desarrollo en el año 1969".

No ponemos en tela de juicio ni la exactitud, ni mucho menos, por supuesto, la veracidad del regocijante dato.

A lo que aspiramos ahora es a esclarecer y matizar conceptos muy socorridos cuya confusión podrían llevar a consecuencias falsas y frustratorias, además de que ocasionarían, en la muchedumbre de los infortunados, desposeídos profundos y atormentadores sentimientos de desánimo y desesperanza.

Los millares de brazos inactivos o los no menos innumerables que desempeñan enmascarados desempleos —que no son a decir verdad ningunos Ricardo ni Adam Smith, como no lo soy tampoco yo— bien podrían decirse, secándose el sudor frío del rostro, frente a la aludida noticia: ¡Medrados estamos! Si con tanto auge económico aún nos encontramos sepultados en el fúnebre hondón de la miseria ¡Lasciate ogni speranza!

Es bien sabido que tanto el producto nacional bruto —la renta de lo producido en bienes y servicios en un lapso determinado—, como la renta nacional, si suben de volumen, constituyen incuestionables y seguros índices de progreso económico.

Pero sólo su distribución equitativa ofrece la medida en que se cumplen los imperativos de la justicia social.

De ahí, que los economistas modernos, que no divorcian, ni por un momento, lo económico de lo humano, hayan comenzado a ecentuar la diáfana distinción existente entre "crecimiento" y "desarrollo"

En el prólogo a la valiosa y muy fresca obra de Elías Gannagé (Economía del Desarrollo), Francois Perroux

elabora, a este respecto, algunas nociones, que por su transparencia y justeza, no resisto la vehemente tentación de reproducir.

“La distinción entre el crecimiento y el desarrollo, afirma el renombrado escritor francés, parece aceptada en la literatura científica consagrada a la dinámica económica”.

Y agrega: “Es sabido que el producto real global de una nación o de un conjunto social puede crecer sin que ésta o este conjunto se desarrolle”.

Las sólidas razones en que Perroux hace descansar estas aseveraciones disfrutan de todos los honores de la evidencia.

Dice: “El estudio metódico confirma esta verdad: en numerosos países subdesarrollados se comprueba que el producto global aumenta sin que el total de la población se halle en estado de producir con las técnicas modernas y de recoger los frutos de su esfuerzo. Ello resulta evidente porque dentro del producto real global se adicionan las inversiones netas para el consumo y, porque en muchos países subdesarrollados la inversión neta proviene, en gran parte, desde el extranjero y queda concentrada en las grandes empresas, las cuales no se hallan ligadas a la economía nacional.

Estas ideas, cuyos gérmenes se encuentran ya en Robert Malthus como expresamos en nuestro último escrito en esta columna, no son, no pueden ser, para quienes vivimos en países como el nuestro, puros academismos estériles, especulaciones filosóficas, que se disipan, por volanderas, entre las nubes: las tocamos con las manos; nos muelen el cuerpo, nos estrechan los estómagos, nos aprietan el corazón en lo más vivo.

Importa, pues, que templemos y moderemos nuestros llameantes entusiasmos. No nos tiremos de bruce en la colorida y exaltada propaganda proselitista.

Ello va en ventaja y provecho de la verdad.

Y sólo la verdad nos hará libres.

Atentamente,

P. R. Thompson

¿QUIEN ELIGIO A ALLENDE?

9 de Septiembre de 1970

Señor Director:

¿Quién eligió a Allende? Las derechas recalcitrantes, hostiles al cambio, y los Estados Unidos, sordos a los insistentes reclamos de justicia de todo este hemisferio.

No digo esto por amor desordenado a la paradoja: es la severa enseñanza que ha dictado el dramático curso histórico de la última década.

Frei, con su "Revolución en Libertad", no fracasó del todo. Su programa de radicales transformaciones sociales quedó infortunadamente inconcluso, a medio hacer, porque los intereses creados asociados a la extrema izquierda, comprometida en detener el avance de los cambios en el marco de la democracia representativa, pusieran obstáculos legales insuperables a los designios progresistas de los social-demócratas.

Se sirvieron de los procedimientos de la democracia política para cerrarle el paso a la democracia económica y social.

Los afortunados, aspirando a perpetuarse en su torpe afán de enriquecerse cada día más, no cayeron en cuenta que estaban cavando alegremente su propia sepultura. La ambición les rompió el sacó.

No vieron, o no quisieron ver —como se obstinan en no ver los de aquí— cuáles eran los rumbos de la historia. No advirtieron que en la escena irrumpía un nuevo brioso protagonista: el pueblo.

Y éste, el pueblo —un pueblo como el chileno finamente educado en política, muy despierto y avisado— formó una especie de antología de lo que estaba ocurriendo a todo lo largo de América.

No vio una solución a sus problemas en las fácilmente destruibles guerrillas montaraces. Eso era, en último análisis, el retorno a la clásica e inorganizada montonera.

Desestimó, por igual modo, como estéril e inhumano, el terrorismo indiscriminado, dinamitero e incendiario.

Había oído, ese pueblo austral, que Camilo Torres había dicho que tomaba el camino de la violencia, porque, según afirmaba, en Colombia, “quien cuenta los escrutinios tiene y conserva el poder”.

Pero el pueblo chileno calculó que Chile estaba formado con otra pasta: el voto del pueblo sube y puede lograr la revolución al través de las urnas.

Y una mayoría de ese pueblo eligió, no a Allende: eligió el cambio.

No podía tampoco cifrar sus esperanzas, para resolver sus problemas, en la justa cooperación externa.

El New York Times ha escrito en un reciente editorial que la victoria de Allende hará expirar a la Alianza para el Progreso.

Es todo lo contrario: la muerte prematura de la Alianza para el Progreso, dio vida y subió a Allende al solio presidencial.

El halagador y ambicioso programa de ayuda, trazada por Kennedy, con sincera intrepidez, en Punta del Este, —él quiso también figurar en la egregia galería de los “Perfiles del Coraje”— nunca se cumplió.

Soñó el mártir de Dallas con una América que viviese, en el seno de la justicia y del recíproco respeto, en una diáfana atmósfera de decencia humana.

Decía: debemos querer para todos, tierras, techos, pan, educación, en el contexto de la libertad.

Y añadía: tenemos que procurar precios remuneradores y estables para las materias primas del hemisferio.

Lo ahogaron en su sangre generosa. Su ideario se disipó entre el estrépido de las máquinas y en medio de los gritos de la bolsa de Wall Street.

América Latina, pobre, necesitada, defraudada, comenzó entonces a hablar de nacionalización de empresas extranjeras.

De ahí surgió Allende.

Pero Allende, por más que lo pretenda, no podrá rebasar los límites que le imponga el pueblo chileno. El pueblo chileno no se dejará convertir en masa amorfa. Ama los derechos de la persona, cree que la economía individual, siempre que no exceda los límites del bien común, es una garantía para la independencia del individuo, El Estado no será el amo de todo. El ejército no será un instrumento, una mesnada al servicio de intereses opresores.

Aún guarda Chile muchas enseñanzas por dictar. Le quedan varias jornadas por recorrer. Le restan todavía innumerables recursos legales para frenar en seco cualquier carrera desbocada hacia el despeñadero del totalitarismo.

Confiamos en que sabrá usar esos recursos.

Esperamos que permanezca sabiamente despierto ante los dramáticos signos de los tiempos.

Entre tanto, los de aquí, vayamos asimilando la severa y grave lección.

Atentamente,

P. R. Thompson

REMEDIO, PEOR QUE LA ENFERMEDAD

11 de Septiembre de 1970

Señor Director:

La nueva ley que veda otorgar libertad bajo fianza, en la áspera materia criminal, traduce y revela la honda preocupación que agobia al Poder Ejecutivo ante el proceso de descomposición social que a ritmo creciente está haciendo cruzar las instituciones y que mantiene en permanente desasosiego a la ya muy trabajada comunidad dominicana.

Cuando, al caer la tarde, nos hieren los oídos los pregoneiros de periódicos que gritan: ¡el número 19! nos surge de inmediato en la cabeza la asustada interrogante; ¿seré yo acaso mañana el número 20?

Al analizar, por tanto, el flamante ordenamiento jurídico, que suprime la libertad bajo fianza en materia criminal, y formular contra él algunos severos reparos, no se está tratando de envolver en siniestras sospechas, ni la intención ni la limpieza de los propósitos que inspiraron la creación de un nuevo sistema en este aspecto de nuestro derecho procesal.

El objeto de las serias observaciones que la ley en cuestión ha merecido de la opinión pública, expresada al través de los periódicos y de renombrados juristas, ricos en ciencia y no menos ricos en experiencia, es acentuar, no sólo su peligrosidad, sino también poner de relieve la circunstancia de que, en el caso, es peor el remedio que la mismísima enfermedad, con ser ésta bien grave y bien alarmante.

La norma jurídica que acuerda a las Cortes, consultados los derechos del presunto delincuente y los supremos intereses del orden social, la facultad de dejar libre, mediante pago de fianza al inculcado, ha sido depurada y acrisolada por largos siglos de eficaz y fructuosa vigencia.

La vida del Código de Instrucción Criminal francés data de 1810. Y la existencia del precepto que acredita a los jueces el atributo de libertar bajo fianza, arranca, entre nosotros, de 1915. Ciento sesenta años, pues, de continua aplicación en Francia y medio siglo y cinco años en la República Dominicana.

¡Es toda una venerable institución!

Bien se comprende el que por tan prolongado curso de tiempo fuese estricta y religiosamente respetada.

Esa ley, —siempre refiriéndome en esta materia, a su vertiente criminal— redime al ciudadano de ser puesto en chirona en forma arbitraria mientras está el proceso en instrucción.

Estando integradas las Cortes—las de Apelación y la Suprema— por cuatro jueces y un Procurador, las primeras, y nueve jueces y el Procurador General, la segunda, son en total trece los magistrados que deciden, sin prejuzgar el fondo, y en cada caso, y dos los que dictaminan, si procede otorgar o no la libertad bajo fianza.

Claramente se advierte, a poco de reflexionarse, que no sería igual ni habrían tales garantías, de aprobarse la nueva ley, si un solo funcionario, llevándose en ocasiones de simples apariencias de culpabilidad, iniciarse una persecución criminal contra personas posiblemente inocentes.

La obligada tardanza de la instrucción de la sumaria, que a veces rebasa períodos de muchos meses, mantendría encarcelado —que es lo que les ocurre a las personas sin recursos económicos que luego son descargadas— a ciudadanos sin culpa.

Tal situación evoca a la que imperaba en Francia en las duras épocas del absolutismo real.

Durante esa Edad las “Lettre de cachet”, o sea la monárquica orden sellada por la cual se podía encarcelar sin proceso, fueron las que le dieron a la fortaleza de la “Bastilla” un odioso prestigio.

Tan odioso, que reducir a polvo sus torres almenadas, se convirtió en el símbolo glorioso de la triunfante Revolución Francesa.

Nos asociamos, pues, al parecer de “El Caribe” en el sentido de que debe rectificarse cuanto antes la situación creada por la nueva ley a fin de evitar que cause muy desagradables trastornos sociales y concurra a aumentar en vez de disminuir y frenar, la loca carrera de criminalidad que se ha desatado en el país.

Muy atentamente,

P. R. Thompson

DOS TEMAS

12 de Septiembre de 1970

Señor Director:

Dos temas de sumo interés para el país —para su paz y para su armonía y civilizada convivencia— constituyen, en estos días, un constante objeto de diálogo entre ciudadanos que miran todavía con serena confianza y con un cierto aire de optimismo el futuro inmediato de la Nación.

Gira el primero acerca de la reforma constitucional y versa el segundo sobre la imperiosa e inaplazable necesidad de introducir mejoras substanciales en nuestro sistema judicial.

Lo uno va con lo otro, a todas luces. Si no se está —como parece que no se está— excesivamente complacidos con la forma actual en que son seleccionados los servidores de la judicatura, sería ineludible idear otro procedimiento que implicaría consagrar innovaciones en la Carta Orgánica del Estado.

El perpetuo memorial de agravios que el Ejecutivo presenta contra los tribunales —a los cuales suele recriminar de padecer de superlativa lenidad— así como las querellas que fluyen de otros sectores, todos se cifran, o en ausencias de dotes científicas en los titulares de la justicia, o, inclusive, en algunas ocasiones, se expresan mortificantes referencias a carencias de probidad.

Ahora bien, los integrantes del Senado, al cual incumbe escoger a los Magistrados, salvo áureas excepciones, no están familiarizados ni con las ideas ni con las personas que se mueven y actúan en el complejo y delicado mundo jurídico.

Eligen, con suma frecuencia, sin profundos ni muy acertados conocimientos de causa y de ciudadanos.

Dadas estas extrañas circunstancias, que no guardan misterios para nadie, me parece altamente conveniente

prestar reflexiva atención a las sugerencias externadas por el doctor Manuel Ramón Ruiz Tejada, en el discurso que pronunció el siete de enero del año 1969, con ocasión del Día del Poder Judicial.

Insinuó, en esa bella y bien razonada pieza jurídica, el doctor Ruiz Tejada— persona en quien se concilian todas las excelencias sin dar entrada a ningún extravío— “la necesidad de ampliar, reformándolo, el capítulo de Nuestra Carta Magna que concierne al Poder Judicial, en interés de atribuirle a la judicatura la administración de sus apropiaciones presupuestales, y de estructurar mejor el mecanismo para la elección de los jueces”.

Parecen sugerir estas diáfanas expresiones del Presidente de nuestro más Alto Tribunal que de algún modo intervenga la Suprema Corte en la designación de los jueces.

En verdad, ¿quién más calificado que los componentes de la Suprema —ciudadanos de irreprochables comportamientos, de largas y ricas experiencias en el ámbito de la judicatura— para aquilatar y justipreciar los méritos y los saberes de quienes han de administrar justicia?

De esta forma también quedaría la selección de los jueces substraída a cualquier tipo de siniestra interferencia, ajena del todo a los sagrados intereses del derecho y de la justicia.

Ella, la Suprema Corte, por igual modo, quedaría también autorizada, no sólo a sustituir los jueces, sino, asimismo, a no proceder a su designación sin un previo y exhaustivo examen que acredite la confianza, la enorme y delicadísima confianza que la sociedad hará gravitar a plomo sobre su sentido de la responsabilidad y sobre su conciencia.

Que no nos espante y amilane el sello de originalidad que ostenta el procedimiento. ¡Alguna vez, cimentados en recias y muy justas razones, hemos de ser auténticamente originales!

La proposición habrá que bruñirla, darle cuidadoso pulimento y estudiar los modos de que encaje y ajuste en la totalidad de nuestro sistema jurídico.

Atentamente,

P. R. Thompson

22 de Septiembre de 1970

Señor Director:

Entre las causas que se han insinuado para justificar el secuestro —porque fue un secuestro— del film “Z”, la más congruente y lógica, a mi ver, es que ha ofrecido a la opinión pública la máxima autoridad policial del país.

Dijo: “Frente a las actuales circunstancias la proyección de esa cinta coadyuvaría a que algunos elementos ejercieran actos de violencia, subversión y falta de respeto a las autoridades policiales y militares”.

Es de veras una pena que este alto oficial no hubiese abundado más en sus declaraciones. Han quedado vacíos muy hondos en las inquietas inteligencias, que las aludidas manifestaciones no han logrado colmar cumplidamente.

No pude gustar de la película. Mejor, no me la dejaron gustar.

Pero conozco la historia —novelada (porque eso es la obra) de Vassilis Vassilikos desde hace un año, en la elegante y ágil versión francesa, en estilo directo— que hace justicia al original— de Pierre Comberousse publicada por Gallimard, en 1967.

La esencia del mensaje, el núcleo y el alma del libro reside en perfilar y definir, en términos bien tajantes, los procedimientos encontrados, contrapuestos, que recorren los hijos de la violencia arrebatada, para tener y reterper el poder, y los amigos de la paz que persiguen la realización del amor al través del exacto y sincero cumplimiento de los dictados de la justicia social.

Cuando “Z” exclama que una bala cuesta igual que un litro de leche, está cifrando, gráficamente, la distancia que separa en el orden humano, al “Mastodonte” que dispone se le quiebre la cabeza a George Pirouchas y sus propios ideales que se compendian en la equitativa distribución de los bienes de la tierra que deben ser para todos.

Yangos, el inescrupuloso del triciclo de las mudanzas, se finge más que es anticomunista. El propósito que lo mueve

a ponerse al incondicional servicio de la represión brutal, no es, de fijo, un ideal de orden, de pulcritud social, sino el de allegar la suma de dinero necesaria que le falta para pagarle a su socio la parte que le corresponde en la propiedad de la motoneta.

Además, sin más méritos, ni de talento ni de honradez, obtiene con ello, Yangos el prestigio que da la autoridad aunque ella sea de origen espurio.

Yangos, no es un griego de Salónica: es un tipo de hombre. No es, como su aparente homónimo Shakesperiano, el de Otelo un genio en ejercer el mal por el mal.

Es el vulgar turbero, el bárbaro y barbarizante turbero de todos los tiempos y de todas las zonas. Es la escoria que sube a la superficie social, con mando y poder sin cortapisas, y cuya figura se reedita, aquí y allá, como si se retratasen en espelos sucesivos a lo largo del tiempo y el espacio.

Es obvio que quien se sienta Yangos, quien se vea reproducido en la torpeza de sus ideas, en la salvaje brutalidad de sus pérfidas e inhumanas hazañas, cobrara aversión por la obra y mas todavía por la película cuyas representaciones hieren más la imaginación.

"Z" es el contrapunto luminoso. Es el lírico de la paz. Un Francisco de Asís sin sayal. Un mártir en vida que se siente obligado a recoger la voz de los muertos, a defender su causa en su ausencia.

No se crea, por lo dicho, que en la novela-historia es sólo la fantasía del poeta la que elabora los tejidos del drama.

El tremendo realismo se revela en los triviales maquiavelismos de los agentes policiales y de los poderes públicos que a nadie engañan. Se traduce, ese realismo, en el estudiado cinismo de las autoridades. En el olímpico y sádico menosprecio de la opinión pública.

El libro es, por tanto, toda una obra maestra de pedagogía social, política y humana.

En este sentido, el secretario de Educación debería abogar porque el libro se leyese en todas las Escuelas Normales y porque la película se exhibiese gratis a todo el país.

Atentamente,

P. R. Thompson

SITUACION ANOMALA

24 de Septiembre de 1970

Señor Director:

Las jurisdicciones de cada una de las ramas del Estado, que formalmente están delimitadas por la Constitución y las leyes, se van a la carrera borrando, disipándose, al grado de hacer surgir una verdadera confusión de competencias.

Acontecimientos de índole enteramente pública testimonian, sin dejar márgenes a disputas, la existencia de esta nebulosa situación anómala.

Acogen los legítimos tribunales una petición de Hábeas Corpus y, consecuentemente, ordenan la puesta en libertad de una persona irregularmente encarcelada. Los institutos militares, por sí y ante sí, desacatan la orden y retienen en prisión injusta al ciudadano.

El Poder Ejecutivo, que inculpa a la Magistratura Judicial de lenidad, cuando todavía vibra en el azorado ambiente el eco de la supresión de la Ley de Libertad bajo Fianza en materia criminal, permite la excarcelación, sin presentación de más credenciales que la de un certificado médico, de un acusado de falsificación de documentos públicos, quien marcha al extranjero, fiándose todo a su honrosa palabra de hidalgo caballero.

El Director de Bellas Artes, asociándose a la Policía, arrebatado de improviso por un moralismo de finos quilates, se incauta de una cinta cinematográfica, invadiendo de esta suerte los términos de jurisdicción que la ley le atribuye a la Comisión de Espectáculos Públicos.

Este conjunto de extrañas y precipitadas actuaciones, a la vez que ponen de manifiesto una desatención peligrosa a las substanciales normas que configuran una sociedad a tono con la civilización contemporánea, agrietan el Estado de Derecho, crean la inseguridad ciudadana, porque nadie

sabe a qué atenerse, dan la sensación de un “desorden organizado”, de una anarquía larvada, de un abismo engañoso, comparable a un despeñadero que estuviese disimulado con una alfombra de flores fascinantes.

No puedo ocultar, Señor Director, mi honda preocupación a este respecto.

Son imprevisibles los trágicos epílogos de un Estado desarticulado. No solamente ello afecta gravemente a la economía. No sólo amenaza a la preservación y resguardo de las prerrogativas inalienables del hombre: la sociedad entera camina, en un equilibrio inestable, con un pie tendido al vacío, al caos.

En ese estado de cosas, en que los esenciales engranajes de la maquinaria gubernamental no funcionan coordinadamente, desempeñando cada uno su labor específica ¿Qué derecho está garantizado? ¿Qué crimen será justamente castigado? ¿Qué regulaciones serán observadas? ¿Se sabrá de veras quién manda?

Cualquiera que sea la filosofía jurídica a que nos adscribamos —dando de mano, por supuesto, a psicologías recreativas— sea a aquella que ve en la vida comunitaria un fruto y una instancia de la naturaleza social del hombre —zoon politicón— sea que pensemos que la sociedad es efecto de un primitivo pacto social, tendremos que convenir, en que, sin guardar las jurisdicciones y competencias, sin respecto unánime a las leyes comunes, vivimos en el seno de una virtual anarquía.

Nada podrá sorprendernos. Todo podrá acontecer.

Es claro, que entre las instituciones que se debilitan y padecen, que se desvertebran, en tales infaustas circunstancias, figura la institución de la autoridad.

De la autoridad, principio insoslayable de cohesión social, factor esencial, mediante la coordinación de los esfuerzos unánimes, en la elaboración y logro del bien común.

Es llegada la hora de que meditemos seria y gravemente sobre esta situación.

Recordemos lo de San Agustín: “guarda el orden y el orden te guardará a tí”, *Serva ordinem et ordo servabit te.*

Goethe decía: “Prefiero la injusticia al desorden, porque el desorden es una suma de injusticias”.

Pero Goethe estaba equivocado, porque no hay mayor desorden que la injusticia.

El futuro está ahí, a las puertas, para dictar su veredicto.

Me dará muestras de gratuita malquerencia el que interprete este escrito como parte de un sentimiento faccioso como inspirado en un fanático y desatinado afán de censurar por censurar.

Como ciudadano he expresado mi preocupación. Como sufragante, ejerzo el derecho de participar, mediante la manifestación de mis criterios, en la marcha de los asuntos públicos y en la consolidación y auge del bien común.

Atentamente

P. R. Thompson

¡RECAPACITEMOS!

26 de Septiembre de 1970

Señor Director:

No hay un solo dominicano que no esté hoy sobrecogido por el horror, atemorizado hasta los tuétanos del alma por el ominoso hecho de sangre que se perpetró en el día de ayer.

El sentido humano, el "No Matarás", el religioso respeto a la vida, está por encima de toda diferencia ideológica, de toda discrepancia política.

Las circunstancias vitales que rodean al salvaje episodio, cualesquiera que sean los matices de sus detalles, acentúan el dolor que ha estremecido y sigue conmoviendo a la consternada sociedad dominicana.

¡Un ciudadano en la plenitud de la existencia, en la flor de la vida, con esposa e hijos, un profesional calificado por todos como brillante, con un porvenir radiante de espléndidas perspectivas!

¿Que no estábamos de acuerdo con su doctrina? Aquí, que sepamos, no existe el delito de opinión. ¿Qué sus procedimientos para cambiar las formas sociales por vías de hecho, a las leyes de vida contravenían, por establecidas? Para eso están los tribunales.

No podremos prevenir ni evitar que se prolongue este estado de brutal demencia de algunos sectores —porque no todos estamos locos—, mientras no nos decidamos a ir fijando y señalando, en términos concretos, responsabilidades.

Los llamados imprecisos, las interpelaciones vagas, indefinidas, a los de arriba y a los de abajo, a los de izquierda y a los de derechas, nutren y alimentan la impunidad —aunque ello, claro, no esté en nuestras intenciones —porque nadie siente caer sobre sí el índice acusador.

Es la reedición del eterno caso del drama español: ¿Quién mató al capitán Pedro Crespo? Fuenteovejuna, todos a una.

La organización misma del Estado, sin que sean precisos mayores comentarios, establece una serie jerárquica de

responsabilidades en el mantenimiento y galvanización del bien común.

¿A quién compete, según las leyes, la conservación del orden público, el velar por la vida y por los bienes de los ciudadanos?

Si ese orden está sujeto a continua alteración: si las vidas, casi como por sistema, se sienten inseguras y en perpetuas zozobras, si los bienes están a merced del capricho de cualquier maleante; si ese conflictivo estado de cosas se hace normal, ¿no es el Estado el que se ha mostrado impotente, incapaz de cumplir su gravísima misión?

Estamos jugando con fuego. Y en sus llamas, igual que en una hoguera inquisitorial, vamos a arder todos.

No olvidemos —o mejor, refresquemos la memoria— que el “MANDON”, que acecha a la vuelta de la esquina, vendrá a implantar su reino de terror en nombre del “orden”.

El “orden” será su excusa, su clásico pretexto, para instaurar su tétrico desorden.

En ese inhumano “orden” naufragarán, ahogadas en sangre, todas las libertades públicas. Un opositor que se mate, no será una vida que se suprima, sino un obstáculo que se quita.

La historia en esto es clara. Sus lecciones son tan constantes como indefectibles, como inexorables.

El genio griego dejó en “Antígona”, el drama de Sófocles, la eterna lucha con sus obligados finales trágicos, entre la ley natural y los tercios y pérfidos antojos del déspota. Tácito es el historiador de los tiranuelos sangrientos que surgen para implantar el “orden”, acabando por hundir al imperio romano, Mussolini saltó a la arena pública tras la descomposición social que le sobrevino a Italia pasada la Primera Guerra. Así Hitler, en Alemania. Así Batista en Cuba. Así los militares en el Brasil. Así fue siempre aquí, desde Santana para acá.

Si no queremos prestar oídos a los reclamos de nuestras trémulas sensibilidades, para la propia preservación, escuchemos al menos los amonestadores rugidos de la historia.

¡Por Dios! Ya es hora de que recapacitemos.

Atentamente,

P. R. Thompson

PORTENTOSA INTUITIVA

30 de Septiembre de 1970

Señor Director:

Hace dos días, entre las vastas naves de la Basílica Vaticana, doradas por los reflejos de oro que irradia la "Catedral del Bernini" herida por el manso sol septembrino romano, el Papa Paulo VI, le confirió un póstumo Doctorado Honoris Causa, a una mujer española: a Teresa C. Ahumada.

Llámanla ahora, Teresa de Jesús, la de Avila. Digo que el Doctorado fue Honoris Causa, porque aquella recia castellana de Castilla la Vieja, de esa Castilla que según decían los clásicos "hace a los hombres y los deshace", jamás frecuentó un aula universitaria.

Lo cual demuestra, con un espléndido ejemplo más, que no son siempre los títulos académicos los que acreditan la sublimidad del genio. Tampoco fue académico Leonardo Da Vinci, quien, a despecho de haber encontrado los principios aeronáuticos que permiten hoy cernirse sobre los cielos a los aviones, y de haberle robado a los murciélagos el secreto de su vuelo a ciegas, se firmaba, "unomo senza lettere", hombre sin letras.

Fue, pues, Teresa, una portentosa intuitiva. Estuvo dotada de tan fina y perspicaz mirada intelectual que descendía al fondo insondable del alma y regresaba a la superficie, como los pescadores de perlas, con un rico y deslumbrante tesoro en sus manos.

Nadie la excedió, ni siquiera el más profundo de los líricos castellanos, San Juan de la Cruz, en pintar y describir lo que pasa entre el espíritu y Dios, cuando ambos se determinan a encontrarse.

Comienza la criatura, en estos místicos ascensos —según se enseña en la "Subida al Monte Carmelo"— a desasirse de sí misma, a despojarse del oneroso lastre de los apetitos envueltos en sucios hervores, abandona su propia casa, —sir ser notada— y estando ya sosegada, se pierde, se extravía en una noche oscura que, por extraña paradoja, viene a tener más brillo que la luz del mediodía.

Así purgada, acrisolada por la severa ascésis, sigue el alma, en ansias de amores inflamada, caminando por la "vía iluminativa" y sobreviene, al fin, el dichoso encuentro, en que las potencias humanas quedan enajenadas, en arrobos, en éxtasis, indecible e indescrípible.

Indescrípible para nosotros. Porque Teresa, guiada por una alta inspiración, ella que trasladaba a las cuartillas sus vivencias, crea su propio milagroso lenguaje, vetado de lúcidas metáforas, que nos ponen en contacto con un mundo de sueños sobrehumanos. Léanse "Las Moradas".

¿Pero a quién le interesan hoy día estas aparentes margingalas teológicas?

Pues a los intelectuales de veras. A los pensadores. A los teólogos. A los psiquiatras. A los lingüistas y a los amantes del arte de escribir. A Azorín, por ejemplo.

Después de trasladar a Teresa a esta época, poniéndola a escuchar radio y a contemplar televisión, escribe el autor de "clásicos redivivos"

"La vida de Teresa, escrita por ella misma, es el libro más hondo, más denso, más penetrante que existe en ninguna literatura europea. A su lado, los más agudos analistas del yo —un Standhal, un Benjamín Constant— son niños inexpertos".

No vayamos a creer ahora que porque Teresa de Jesús anduvo sumergida en estos místicos quehaceres era, como se dice hoy, una alienada, que estuviese fuera de los afanes y de la crudezas de las realidades vivas.

Como todos los místicos españoles, sin prosaísmos vulgares, estaba animada por un riguroso sentido realista. Todo lo contrario de los místicos alemanes tocados de nebuloso panteísmo.

"Entre los pucheros anda Dios", les decía a sus monjas para que no descuidasen los aciertos en las artes culinarias. Bella como era, dio un beso a cambio de la fundación de un Convento.

Es conocido un episodio con la turbulenta Princesa de Eboli. Esta hermosísima mujer, a pesar de ser tuerta, y a despecho de su alta alcurnia, bien podría presentarse como el arquetipo de la Maja Desnuda. La pulcritud moral no constituía el signo distintivo de su hogar. Por darle burlas y causarle fatigas, invitó a la Madre Teresa a que gustase en

su mesa unas perdices que, supongo, se las servirían aderezadas a la moda deliciosa de Toledo.

Mientras comía la monja, la Princesa codeó a la compañera de al lado y le susurró al oído “Vea con qué placer paladea la Santa”.

Y Teresa a ella: “Princesa, cuando perdices, perdices y cuando penitencia, penitencia”.

Tan activa y dinámica se manifestaba la templada religiosa carmelita —había fundado personalmente trescientos veinte y seis conventos— que un Nuncio la calificó de “fémina inquieta y andariega”.

Las obras completas de Teresa de Jesús, son, para concluir, un inagotable minero, un caudal inestimable del idioma castellano. Su lenguaje llano, de una profunda sencillez, es el rico e imaginativo lenguaje del pueblo. No es el léxico culto de la aristocracia literaria de Toledo.

Es el habla de Teresa de Jesús prodigiosamente opulenta en giros y modismos, en risueñas caseras y graciosas expresiones diminutivas.

- Fray Luis de León, Juez mayor a toda excepción, en estos menesteres de arte, quien, contrariamente a Teresa, siempre estuvo disciplinado por una resuelta voluntad de estilo, califica de esta manera la prosa de la mujer abulense:

“En la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y calidad con que las trata, excede a muchos ingenios. Y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en su elegancia desafeitada, deleita en extremo, y dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale”.

Muchas innumerables cosas más podrían escribirse de Teresa de Jesús. Los anaqueles de las Bibliotecas están colmados de libros que la comentan.

Para asociar esta columna a la fiesta intelectual del mundo, con ocasión de su Doctorado Honoris Causa, este botón que doy de muestra, bien creo que basta.

BENEVOLO VISITANTE

9 de Octubre de 1970

Señor Director:

Rindiéndole honores a la verdad hay que convenir en que el visitante extranjero, huésped del señor Pedro Sánchez, que expresó su pesar de que siendo éste un país tan sobrecargado de bellezas naturales sea tan pobre en agua para los hogares, tan escaso en fluido eléctrico y tan mal servido por la Compañía de Teléfonos, se mostró en sus observaciones excesivamente benévolo e indulgente.

Porque sentir que se le oprimía el pecho únicamente por los porfiados, nocivos e irritantes apagones y por las pésimas condiciones del acueducto era tirar un velo de amable recato que ocultase las numerosas contrariedades que tuvo que haber padecido y que se negó, magnánimo, a externar.

¿Cómo pudo este afable amigo del país disfrutar a gusto de nuestros espléndidos paisajes en cuyo verde trasfondo dibujan arabescos las luces y las sombras, donde la ondulación de la campiña se ve de improviso refrescada por los risueños hilos de agua, donde las playas, de azúcar refinada, responden, corteses, a las innumerables sonrisas del mar?

No pudo, absolutamente no pudo gozar de la emoción estética que brota como un hálito sutil de misteriosa fragancia, de nuestras montañas, valles y mares.

Me parece ver de qué manera le ensombrecían el panorama, le agriaban y amargaban las prodigiosas hermosuras nativas, el vaivén los altibajos de su vehículo en las carreteras en que se sale de una depresión, de un hoyo,

para hundirse en otro, moliéndole los riñones, estrechándole el estómago y convirtiéndole el maltrecho cuerpo en un retablo de heridas y de punzantes contusiones.

¿Viajó de Haina a San Cristóbal? Pues llegó sin cintura. ¿Se atrevió a internarse por las tres Cambitas adentro para contemplar la capital desde las alturas de Colonia Alta-gracia? Pues al llegar al vértice se buscó las entrañas en los pies. Y si quiso endulzarse el paladar, cruzando de Macorís a Nagua, zona rica en sementeras y en productos agrícolas sin salida, a milagro me sabe que haya regresado vivo a la capital.

Es cierto que en Puerto Plata le estaba reservada la sorpresa de deleitarse en un Neptuno de segunda mano, oteando los encendidos horizontes y en un Cristo de la Libertad, emergiendo de entre las nubes que coronan casi perpetuamente a Isabel de Torres, como una mágica y deslumbrante aparición que rivaliza con la estatua del Señor que de noche, en Río de Janeiro, nos hace recitar el Credo y alimenta la fe en el cielo.

Pero nuestro visitante que tuvo que evocar comparaciones y formular contrapunteos se negó a hacer mención del ridículo. Rehusó declarar que hubiera preferido, puesto a escoger, buenas carreteras a malas copias y a simiescas parodias.

Por espontánea asociación de ideas me viene a la memoria el sonado caso de aquel petulante escultor italiano, del siglo pasado, que intentó emular a Miguel Angel esculpiendo un Moisés que excediese en belleza y en expresiones de viriles arranques al que el Buonarrotti había hecho del gran conductor del pueblo hebreo para enriquecer y hermostear el monumento sepulcral de Julio II y que hoy se exhibe en San Pietro Ai Vincoli.

La estatua fue colocada en una fuente situada en la calle que une, en suave declive, a la iglesia de Santa María de la Vittoria y la Estación de Términi.

No olvidemos que el pueblo romano, en el manejo del epigrama, fue educado en la escuela de Marcial, de Ju-

venal, del "Pasquino" y del agudo satírico pueblerino, de sabrosos sarcasmos, Gioacchino Belli.

Fue tal la cascada de burlas y ludibrios que llovió a cántaros sobre el presuntuoso escultor, el día en que mostró al pueblo su adefesio, que no pudo sobrevivir al ridículo y se descerrajó una pistola en el temporal. Es fama que las balas al atravesar las sienes no encontraron sesos.

Todavía hoy los cicerones muestran aquel infame Moisés, y refieren la historia como una severa lección que indica de qué manera en el país del arte se castiga al mal gusto.

No haya temor de que aquí nadie se suicide por su pésimo gusto.

Pero, ¡por los clavos de Cristo! tengámosle al menos miedo al ridículo.

No siempre vamos a tener la dicha de encontrar un benévolo visitante, como el huésped del señor Pedro Sánchez, que se comió el deseo de caricaturizarnos.

Atentamente,

P. R. Thompson

SOBRE POLVOS Y LODO

12 de Octubre de 1970

Señor Director:

Nada siembra tanto —y tan profusamente— la malquerencia y el odio corrosivo como el empleo de los excesos verbales, a modo de arma y catapulta, en los siempre calientes debates políticos.

El vituperio, la declamación soez y procaz, las incursiones indelicadas en el inviolable santuario de la vida privada, la torpe imitación del elefante que entra en estampida a la cristalería, las pérfidas frases calumniosas, prenden en las entrañas y allí encienden un volcán de pasiones irreprimibles.

El que quiera conocer al dedillo, y bien a las claras, la forma lenta, pero enérgica, en que se urde y trama en el trasfondo obscuro del alma, merced a la intriga y a la frase malévola, el drama sangriento, que reabra las páginas del *Otelo* de Shakespeare y contemple allí al funesto Yago en acción.

¡¡Que genio tenebroso de la maldad diabólica!!

Si se aspira a informarse de buena tinta de los crueles refinamientos a que llega la venganza, no hay más que deleitarse leyendo la transparente prosa del Prosper Mérimée quien, en "*Colomba*" nos traza, con arte insuperable, todos los aspectos de la aplicación de la mosaica ley del talión, incluyendo la llamada "*vendetta indirecta*", propia de los Corsos, que consiste, no en exterminar de un golpe al agraviador, sino en dejarle vivo e irle arrebatando la existencia a sus seres más queridos, uno por uno, para que sea el dolor el que lo mate, como a fuego lento, en medio de desesperantes tormentos emocionales, tales, que desafían y vencen todo intento de describirlos.

Las desdichas y amarguras que pueden caer sobre una comunidad, al grado de llegar a disolverla, por efecto de los anónimos que ensombrecen cobardemente y manchan vilmente las honras, las ha dibujado también, con su habitual maestría, en "*Malahora*", el más insigne y luminoso de los novelistas de América en el momento actual, Gabriel García Márquez.

La palabra, arma de doble filo, asesina. La palabra, azuza turbas y comparsas de irresponsables malhechores. La palabra ofensiva, injuriosa, se guarda, entre espumas de ira y de ponzoña, y revienta en cascadas de sangre.

En el intercambio de informaciones, de locuciones escarnecedoras, está el triste origen de muchos de los muertos que hoy pueblan nuestros cementerios.

Es hora ya de que levantemos la mira, y en vez de asumir por blanco a las personas —con el propósito de convertirlas en San Sebastianes cubiertos de flechas— concretemos nuestras discrepancias a esclarecer los hechos —si son o no son reales—; a debatir sistemas —si lesionan o no los derechos individuales—; a defender los intereses nacionales —si son perjudiciales las ingerencias extranjeras—; a reclamar que el Estado cumpla con sus deberes —no amparando ni a privilegiados ni a delincuentes—, y a crear, por fin, en la conciencia colectiva, la unánime convicción de que hemos de coexistir en el seno de una sociedad pluralista cuyo cimiento sea el recíproco respeto del derecho a disentir.

Condenamos y condenaremos sin cesar el terrorismo, índice de primitivismo inicuo.

Toda vida humana es sagrada. No acuerdan nuestros códigos la libertad de injuriar, pero tampoco consignan el delito de opinar.

Váyase al diálogo. Esto es lo de hombres. Lo otro, es de fieras montaraces y bravías sujetas a la ley de la jungla.

¡Qué responsabilidad histórica y humana recae a plomo sobre las conciencias de quienes financian las cátedras de las injurias, de quienes alimentan con oratoria panfletaria los centros desde donde se irradian las retóricas envenenadas que tienen como epílogo el asesinato a mansalva!

Es ocioso declamar exhortando a la concordia si al mismo tiempo se atiza a escondidas las brasas que subirán en llamas devoradoras.

Siempre, y en todas partes, tales polvos, traerán esos lodos.

Atentamente,

P. R. Thompson

SOBRE LIBROS, CENSOS

15 de Octubre de 1970

Señor Director:

No sería oportuno ni provechoso disertar ahora sobre el valor y la trascendencia del libro y de su eficaz y decisiva contribución al progreso de la estirpe de Adán y a la formación de los varios y ricos estilos de pensar y de vivir al través de las edades.

Después que en estos solemnes días —consagrados a enaltecer el prestigio intelectual y moral de la escritura— plumas bien afinadas y eruditas han puesto brillantemente de manifiesto la deuda que la humanidad tiene con los libros, sólo se justificarían nuevos manejos del tema, si uno se decidiera, con la apresurada prosa del periodista, a fungir de sombra para que, como en los lienzos del Caravaggio, resalte el esplendor significativo de las luces.

Habría que tirarse más bien por los escabrosos caminos de la práctica, señalar los obstáculos, a ratos insuperables, que el libro encuentra y que impiden que la siembra de siglos que sus páginas conservan lozanas, sin marchitarse, sean como una huerta franca, patente, donde todos podamos acudir con ánimo jubiloso a cosechar.

Es nuestro país —casi desde sus orígenes—, país de inverosímiles contradicciones, de insólitas incongruencias.

En los mismos instantes en que el Honorable Señor Presidente de la República —amo de una riquísima biblioteca— inaugura la Exposición del Libro, en las Aduanas, censores que no sobresalen por su erudición, le tiran las puertas a las narices a la cultura, deteniendo y expurgando obras y revistas, cerrándoles el paso a la Patria de Duarte que vendió sus escasos libros para que fuéramos, en el marco de la democracia, independientes y soberanos.

Es bien explicable, por otra parte, esta anacrónica actitud.

Si estos señores se hubieran cultivado a sí mismos, a estas alturas de los tiempos estarían persuadidos de que el escrutinio de sus libros no le mató a Don Quijote sus nobles ímpetus idealistas.

De igual modo la historia les habría enseñado que las ideas contenidas en las obras de Bergson, de Freud, de Einstein, las sublimes partituras de Beethoven que Hitler redujo a cenizas en teatrales autos de fe, sobrevivieron al Tercer Reich, y aún sus orientadoras lumbres siguen sirviendo de guía a las generaciones que pasan y se renuevan.

Más de mil millones de hombres juran, como en artículos de fe, en las doctrinas que Marx encerró en su "Dás Kápital". ¿De qué le sirvió al energúmeno Führer arrojarla al fuego?

Tal vez contribuyó no poco a su auge y difusión, en virtud del principio psicológico que evidencia que la ausencia enciende el apetito, o por aquello que decía Madame Stáel: "¡qué bueno sería el helado si estuviera prohibido"! Es el eterno deleite que causa "la fruta del cercado ajeno".

Hasta la sabia Iglesia Católica, ducha en vislumbrar los futuros y en descubrir los signos de los tiempos, ha suprimido el "Índice", el "Index librorum prohibitorum".

El otro enérgico contraste que se ha señalado a propósito de la Expo-libro, reside en que mientras el Banco Central, celoso de acumular divisas, las acuerda con suma facilidad para importar whisky, se las otorga con cuenta gotas a los librereros.

¡Favorece el alcohol y se muestra avaro, mezquino y hostil al flujo y trasiego de la cultura!

Me resta todavía un brioso contrapunto por subrayar.

Me sumo al reclamo de divisas que formularon los dueños de librerías. Pero me tomaría la licencia de preguntarles por qué, con idéntica energía, ellos no se han congregado, no han fundido, en una, sus varias voces, para protestar por el increíble valor con que se expenden hoy los libros.

Al presente, el libro es excesivamente caro. Por su alto precio, es casi un objeto de lujo. El pobre no puede ser culto.

En esas circunstancias no hay posibilidad de que la cultura se democratice. Será siempre monopolio de las clases superiores.

Sólo los opulentos o los que —héroes— sacrifican el pan por el saber, disfrutan, al día, del inestimable goce de poseer una modesta biblioteca personal.

Es chocante, subleva el sentimiento de justicia, el que se pague cuatro y cinco pesos por una obra en rústica, estampada en pésimo papel, frágilmente encuartillada, en burla y cínico desafío de los primores del arte tipográfico.

De los volúmenes encuadernados, no hay que hablar: ¡eso es manjar de dioses!

Si queremos que el homenaje al libro resulte de veras fructuoso, pongámosle término a las escandalosas contradicciones que acabo de indicar.

Bueno es tener presente que, como decía Cecilio Acosta, “la luz que más aprovecha no es la que se recoge, sino la que se difunde”.

Atentamente,

P. R. Thompson

SOBRECOGIDO

24 de Octubre de 1970

Señor Director:

Sobrecogido de asombro leí esta mañana que le serían impuestas sanciones a los técnicos al servicio de la Dirección General de Aeronáutica Civil, por el gravísimo e inextinguible, delito de haber manifestado a la opinión pública que las ruinosas y anticuadas condiciones del equipo, así como la incorrecta posición de la torre de control, amagan, día por día y vuelo por vuelo, con propiciar una catástrofe de apocalípticas proporciones.

¡Mientras delincuentes y criminales comunes —el asesinato no tiene ideología— disfrutan impunes, por esas calles de Dios, de la lumbre del sol y de la libertad, se castiga a quienes, a instancias de sus conciencias, se empeñan en que se tomen providencias para prevenir tragedias, evitar dolores y ahorrarnos lutos!

— ¿Se quiere cosa más absurda que ésta? ¡Nunca, ni con tanto desenfado, se escarneció tan sádicamente a la lógica, se afrentó a las reglas del bien pensar!

Se objeta que ellos, los bravos y muy sensibles denunciantes, han quebrantado una norma disciplinaria que les veta formular públicas declaraciones que es privilegio reservado a los superiores máximos de la Dirección de Aeronáutica Civil.

¿Y si los técnicos, en reiteradas ocasiones, una y otra vez desatendidos, han puesto en conocimiento de las autoridades competentes los riesgos que sin cesar se están corriendo?

No les resta entonces más remedio, para salvaguardar su honor de técnicos responsables y la limpieza y diafanidad de su conciencia como hombres, que apelar a los supremos y soberanos dictados de la ley natural, que está, independientemente, por encima de toda disposición emanada del derecho positivo.

Bien lo dijo el clásico español, y no sobrará el repetirlo ahora:

**Al rey, la hacienda y la vida
se ha de dar,
pero el honor es patrimonio
del alma,
y el alma sólo es de
Dios.**

Además, ¿qué se ha hecho del principio básico de la libertad de expresión y de la difusión del pensamiento en el sentido de que las fuentes de información deben estar siempre francas y abiertas a todos?

Si este hecho a que nos venimos refiriendo va a tener algún resultado positivo será, por lo menos, el de impedir que en lo sucesivo se siga repitiendo la monserga de que aquí se está gobernando desde "una casa de cristal".

Créaseme que no acierto a llegar a comprender el por qué las altas autoridades gubernativas no aprecian denunciar, tales como las de los técnicos de la Dirección de Aeronáutica Civil, a modo de una valiosa cooperación, como una leal ayuda al buen éxito del régimen imperante.

Brillan, con cabrilleos de luz colérica, los ojos de los funcionarios públicos o los de los que del gobierno reciben honores y prebendas, desde que se les formulan censuras o se les reclaman, con lenguaje alto y respetuoso, rectificaciones a muy serias y a muy graves anomalías.

Se les considera, a quienes cumpliendo un deber ciudadano vigilan por el mantenimiento del bien común, sin ventajas que cuidar, ni sinecuras que esperar, como a negativos, como a fatídicas Casandras y se les adjetiva como a apasionados y fanáticos.

Se olvidan de que, conforme lo expresó Bacon, "tan fanático es quien mata al rey como el que muere por el rey".

Aunque daría todos los dedos de mis manos, en una irrevocable apuesta casada, de que los tales defensores harían todo lo posible "por no dejarse matar por el rey".

Atentamente,

P. R. Thompson

INCUESTIONABLE

27 de Octubre de 1970

Señor Director;

Es incuestionable —sin que haya razonable margen a discrepancias— que en el país, en términos generales, existe, conforme lo acaba de declarar el Jefe del Estado, la libertad de expresión, que es uno de los rasgos que más y mejor definen a un régimen democrático.

Nadie, sensato, podrá disputarle tampoco al señor Presidente de la República que la franca manifestación de las ideas y de los sentimientos no constituye un derecho absoluto.

Si bien es cierto que algunas de las esenciales prerrogativas humanas son irrenunciables, como lo es, vaya a título de ejemplo, el básico derecho a la vida, se dan otras prerrogativas —que no es del caso enumerar—, que deben ser disciplinadas, que están imperiosamente sujetas a reglamentaciones a fin de que no estraguen ni deterioren los atributos personales de terceros.

Es de sobra sabido que del recíproco respeto a los derechos, que las leyes encauzan y regulan, como por floración espontánea surge, la paz social y la convivencia civilizada y armónica.

En el marco de las circunstancias en que vivimos y nos movemos, la pregunta, de índole tanto teórica como práctica, que cabría, sin embargo, formularse, es la siguiente.

¿Es la libertad de expresión un fin en sí misma o tiene su razón de existir en el logro de otras superiores finalidades?

Es tan obvia y positiva la respuesta que hasta la pluma se enrojece de apuros al verse obligada a contestarla.

La libertad de expresión está encaminada, entre otros objetivos, a servir de vehículo a la opinión pública, a denunciar y controlar los desafueros, a defender, a rajatablas, los

intereses de la comunidad y del país y las facultades que la ley consagra en favor de los individuos.

Cuando, por tanto, no existen cortapisas más que las jurídicas, para decir y escribir; cuando se deja libre curso al derecho a disentir, pero se hacen oídos de mercader a cuanto se estampa o se habla; cuando se llega a la conclusión de que los pareceres han cuajado en un consenso y no se les presta la más leve atención, se frustran en raíz las primordiales finalidades de la libertad de expresión y es como si no existiera.

Es del frío, del flemático desdén a la opinión pública de dondè brotan a chorros los descontentos colectivos, de donde nace el pesimista escepticismo ante la equívoca eficacia de las medidas que prometen tomar los gobiernos.

Un ejemplo que ilustra bien esta duda que embarga a los ánimos, lo contituye aquí el nombramiento de comisiones investigadoras. Nadie cree en ellas.

El asunto cardinal, pues, no es sólo el que esté en plena vigencia la libertad de expresión, sino también, si ese derecho alcanza su finalidad, si es efectivo, o es un ruidoso caer de lluvia, una institución decorativa que se presta a disfrazar de democracia a una sociedad con voz, pero sin voto.

Atentamente,

P. R. Thompson

¿RADIANTE ALEGRÍA?

29 de Octubre de 1970

Señor Director:

Reina cierta radiante alegría en los círculos gubernamentales y en los sectores en que viven holgadamente acomodados los privilegiados de la clase productora.

La euforia obedece a que la publicación oficial norteamericana, "Internacional Commerce" nos ha garantizado que, por múltiples causas bienhechoras, el producto nacional bruto dará un jubiloso salto hasta alcanzar la cima de un siete por ciento.

El íntimo contento de los que figuran en la categoría de los afortunados, está bien justificado: sus inversiones van creciendo, con giros y ritmos acelerados, como volanderas espumas.

Por una de esas ágiles cabriolas mentales en que la falacia se viste con el alucinante ropaje del filósofo, —cabriolas de las cuales no se sacude ni se exonera la misma economía con ser ciencia emparentada con las exactas matemáticas— del crecimiento del producto nacional bruto, se deduce, que el "per cápita" en la República Dominicana, aumentará de tal forma que, para este año, cada ciudadano de este país podrá contar para su disfrute con un ingreso de RD\$283.00. Es decir, con RD\$23.58 mensuales.

Para los que deliran con el pan —como el árabe en el desierto delira con el agua— esta risueña perspectiva, aunque no es como para perder la cabeza, al menos les calmará y sosegará las angustias desesperantes de la impetuosa

hambre asesina, que mata con tormentos malignamente dosificados.

Me da pena, pero mucha pena, desilusionarlos. Lo último que se le debe arrebatar a un hombre es la esperanza, ese tenue rayito de luz que le alumbraba en las densas tinieblas.

Pero van estas aclaraciones en su propio beneficio. Emulo, en lo que puedo, al cirujano que, al herir, salva.

Ese aumento del producto nacional bruto ¿se distribuirá efectivamente entre todos los que integran la República Dominicana? ¿O más bien permanecerá rodando y tintineando en los mismos círculos de siempre, a imitación del asno de noria que vuelve y revuelve sobre sus mismos pasos sin apartarse un ápice de la circunferencia en que está preso?

En tanto la economía no vaya acompañada por la sociología y ésta, a su vez, por la justicia social, no existirá una distribución equitativa de toda la riqueza que todos los dominicanos creamos y producimos.

Todo lo demás es pura filfa, retóricas maneras de endulzar el borde del vaso donde se guarda el corrosivo veneno.

Los 300,000 dominicanos inactivos, seguirán sin trabajo, y del pan, sólo guardarán el recuerdo y el ansia dolorida.

Los que, aquí y allá, ocultan su obligada vagancia bajo el desempleo disfrazado, no experimentarán de seguro sensibles mejorías en sus lúgubres niveles de vida.

El producto nacional bruto no disminuirá las tensiones políticas y sociales si no se esparce como la luz del sol y si no nos moja a todos, por igual, como la lluvia del cielo.

Antes las acrecentará. Mientras más crezcan los caudales de los bienhallados, de los opulentos, más también se aumentará la depauperización del mísero. Ese es el explosivo con la espoleta puesta. Ahí está escondido el inconcluso drama de esta época.

Es por estas causas por las cuales economistas de renombre universal, de la talla de Colin Clark y Louis Joseph Lebert, desechan el indicador global "per cápita", persuadidos de que "el criterio de la renta por habitante es insuficiente para señalar el grado del nivel de vida, tanto más que no suministra ninguna indicación sobre el dinamismo del país en cuanto al desarrollo".

Que no nos rompa, pues, de gozo el pecho el que haya habido o habrá un aumento en la tasa del producto nacional bruto.

Sigamos preocupados por la categoría e imperiosa necesidad de abrir fuentes de trabajo, de pagar salarios remuneradores y justos, de limitar razonablemente la tenencia de tierras, que no ha de ser ni excesiva ni exclusiva, teniendo en cuenta el bien común.

Demos de mano a la versallesca coquetería, de estatuas, jardines, palacios y malecones y asignemos los recursos públicos a obras de infraestructura, positivamente reproductivas.

Es oportuno recomendar que no se nos vaya de la memoria la sentencia del historiador Toynbee: "Una revolución es una evolución impedida".

¡Esterilicemos tempestivamente la violencia avivando a tiempo nuestra conciencia!

atentamente,

P. R. Thompson

ARMA DE LA RAZON

30 de Octubre de 1970

Señor Director

Nada es más aventurado, en un orden seriamente científico, que el aspirar a encerrar en fórmulas, la psicología, los rasgos que caracterizan y perfilan a una nación.

Desde el Renacimiento, con Niccoló Maquiavelo, hasta Fray Benito Gerónimo Feijoo, en su Teatro Crítico Universal, la pretensión de rastrear y encontrar las deficiencias y las excelencias de grupos étnicos o sociales se ha convertido en una amena y deliciosa tarea.

Sobresalió entre nosotros en este género literario-filosófico, José Ramón López, con su brillante ensayo sobre "la Alimentación y las Razas".

A pesar de que ha pasado más de medio siglo largo —fue publicado en 1896— sobre ese minucioso estudio, luminosa y sólidamente escrito, sigue dictando enseñanza que, a su vez, siguen siendo olímpicamente desaprovechadas.

Lo que más despierta la admiración, en el breve y substancioso opúsculo, —aparte de los egregios primores estéticos— es su concienzudo y sereno realismo. No se encierra en la crítica puramente negativa. Dando seguros pasos positivos sugiere eficaces remedios a los males que señala, tales como el establecimiento de escuelas agrícolas, estratégicamente repartidas al través de la Nación.

Pero lo que más interesa, en este momento dado de nuestra historia, sería destacar, poner de relieve, si las quie-

bras de carácter, la ausencia de temple, la congénita abulia o falta de bríos para un esfuerzo continuado, que José Ramón López cree descubrir en el hombre dominicano, particularmente el labriego, aún perduran y constituyen como una componente onerosa que entorpece, como factor retardatario, un rítmico progreso nacional.

Resulta provechoso realizar ese cotejo entre el dominicano de ayer y el de hoy, no sólo por razones pedagógicas o por pintorequismo folklórico, sino también, a fin de poner manos a la obra de formar viva conciencia de nuestras deficiencias.

A menudo se nos echa en rostro, a quienes tratamos de defender a los desheredados de la fortuna, el afán que nos anima de idealizar al pobre, el que pintemos al campesino dominicano como si fuera un bucólico pastor arrancado a una égloga de Virgilio o de Garsilaso o una de las figuras que alientan en las líricas páginas de San Juan de la Cruz.

Se nos reprocha el que no dejemos en el tintero las trapizondas, las mañas, las artes del disimulo, las bellasquerías en que son pródigos el obrero o el hombre de campo dominicano.

Declamamos contra el paternalismo del Gobierno, pero ninguna cosa le agrada más al dominicano que "lo dao". Propugnamos por salarios remuneradores y justos, pero el operario nativo, al menor descuido, deja incumplidos sus deberes.

Reclama a grito herido, el trabajador criollo, sus derechos, pero no cultiva el sentido de la responsabilidad que lo haga merecedor al ascenso y el aprecio de los empresarios. La doméstica, que en su casa no acierta a encontrar qué comer, convertida de improviso en una "gourmet" le sabe a rayos el manjar de la familia donde rinde servicios.

Y si llega, por un gesto del azar, a dar con un patrón benévolo, acaricia el sueño, de que ya llegará un momento en que el patrón, definitivamente, tendrá que trabajar para él.

Hay en todas estas severas observaciones no pocas verdades. Por eso, en todos los países civilizados, son tenidas

en cuenta denuncias de esta naturaleza y justamente sancionadas en los "Códigos de Trabajo".

Lo que habría que evitar es incurrir en la hipérbole, en la exageración: toda categórica generalización es por fuerza viciosa, es falaz.

Se ha dicho, y no está de más poner el ejemplo, que el campesino vernáculo se distingue y señala por su amor a la holganza y por su afición al juego. Pero desde Colón para acá nos viene manteniendo.

Es especie muy socorrida que el obrero dominicano siente un extraño desamor por el detalle, pero andan por ahí, hechuras de sus manos, que bien podrían definirse, como auténticas y genuinas obras de arte.

En el entretanto, importa que el campesino, que el obrero, que las domésticas, hagan injustos los reparos con su intachable comportamiento, y nos ayuden a defenderlos con las armas de la razón y de la verdad en las manos.

Atentamente,

P. R. Thompson

PRODUCTO NACIONAL BRUTO

2 de Noviembre de 1970

Señor Director:

Muy contadas serán las personas que no se sentirían halagadas al verse convertidas en objeto de un muy bien compuesto e inteligente Editorial del prestigioso "Listín Diario".

Abrigo la más perfecta seguridad, sin dejar ni un resquicio para la duda, que el talmente distinguido y favorecido, sentirá que le crece de punto la complacencia, al comprobar que la selecta columna de ese matutino se asocia a su parecer al sostenerse, también allí, que el crecimiento del producto nacional bruto, aunque loable y estimulable, es insuficiente, y que tiene que ir acompañado, para levantar los niveles de vida, de una equitativa y justa distribución de lo por todos producido.

Me importa señalar que si en algún instante me hubiera dirigido al "Listín" no hubiera sido, de cierto, para reprocharle su estímulo a la producción, sino para expresarle el deseo de que al incentivo para aumentar los bienes y servicios, se hubiese agregado un llamado a quienes más luchan a fin de sensibilizar en ellos las responsabilidades sociales que toda posesión de riquezas lleva aneja a sí misma.

Después de todo, es absolutamente incierto, que el dialogar con la clase adinerada, con el propósito de que escuchen a las dramáticas interpelaciones de los que nada tienen, sino penas y servidumbres de que redimirse, sea el equivalente al dar de latigazos a un caballo muerto para que adelante.

Dicho en otro giro, puesto a manifestar mi sentir en un asunto de interés común, cual lo es el crecimiento de la tasa

de producción, me parecía equilibrado el que se subrayase el "Gaudium" (el gozo), se alentase "la Spes" (la esperanza), pero sin dejar de poner de relieve el "Angor" (la angustia) con objeto de que no resultasen frágiles las esperanzas despertadas y se diese ocasión con ello a trágicas decepciones colectivas.

Este fue precisamente el sabio procedimiento empleado por mas de dos mil Obispos congregados bajo la cúpula de Miguel Angel, allá en Roma, en la Basílica Vaticana.

Cito, —y voy a glosar brevemente— algunos pasajes de la Constitución "Gaudium et Spes", porque ha sido precisamente el editorialista del Listín Diario el que la ha evocado.

Cosa que demuestra bien que, en ocasiones, acudir, citando, a superiores autoridades, es una forma de manifestar que no se aprecia en términos dogmáticos el criterio propio y se llama a auspiciarlo a incuestionables y soberanas autoridades, por todos reverenciadas.

Respeto, sin embargo, y hasta admiro, a todo autosuficiente que no necesite para sustentar sus pareceres el padrinazgo intelectual de nadie.

Decía pues que los varones, dotados de alto y profundo consejo, reunidos en el Concilio Vaticano, le dijeron al Mundo (en el No. 64 de la mencionada Constitución) que se hacía preciso "hoy más que nunca, para hacer frente al aumento de la población y responder a las aspiraciones más amplias del género humano, tender a un aumento de la producción agrícola e industrial y de la prestación de servicios".

Pero, ni cortos ni perezosos, no se detuvieron en ese punto los pensadores vaticanistas. Tenían que exhortar a que se llevase a cabo una cordial promoción humana.

Por eso añadieron:

"La finalidad fundamental de esta producción no es el mero incremento de productos, ni el beneficio mayor, ni el poder, sino el servicio del hombre, del hombre integral, teniendo en cuenta sus necesidades materiales y sus aspiraciones intelectuales, morales y religiosas; de todo hombre —decimos— de todo grupo de hombres, sin distinción de raza o continente".

Esto que se proclamó en aquel solemne y ecuménico conclave, era lo que yo tenía en mente, sin que ni mi inten-

ción se ensombreciese, ni por un momento, con designios epigramáticos o con el zumbón propósito de poner a nadie en berlina.

Al tratar el tema, el "Listín", le descubre una nueva vertiente: la posibilidad de que al aumentar la producción ocurran reinversiones apreciables cargadas de provechos sociales.

En este punto resultaría sumamente interesante saber, a ciencia cierta, cuál es la tasa de inversión del producto nacional bruto. Digo, inversión del producto nacional bruto, no, de fijo, de las inversiones que provienen de mercados de capitales foráneos.

Es importante conocer este porcentaje, porque ello nos permitiría determinar qué sumas consagran los adinerados criollos al antisocial "Herodianismo", al "efecto — demostración", es decir, en llevar un tren de vida que emule, y a veces supere, el suntuoso estilo de existir que esté de moda entre los afortunados de las sociedades opulentas.

Hay, en el "Listín", dos apreciaciones, que me voy a tomar el derecho de no aceptar.

Es la primera vez que mi escrito estaba inspirado en la indignación moral y que estaba revestido de sarcasmo.

Esa interpretación es incorrecta. El sarcasmo es sal gruesa. Se arroja sobre la herida para que arda más. Sólo el fanático se encorajina y hierve en ira hasta reventar.

La segunda afirmación es que haya acusado al editorialista de un acto pecaminoso. Esta acusación, si no fuera porque proviene de un amigo querido, a cualquiera le hubiera aparecido ribeteada de sarcasmo.

Sé que no es así. Pero no me allano a aceptarla ni siquiera como tirada graciosa o como expresión de ingenioso buen-humor.

Me hubiera gustado bordar algo sobre el cañamazo literario de las últimas frases del "Listín", que giran sobre la Creación, la complacencia del Supremo Rector del Mundo, por su obra, y del reposo que se tomó tras la aparente fatiga de sacar de la nada a los orbes.

Pero estas prosas me llevarían lejos, y entre los primeros deberes del periodista figura el de no aburrir.

De todos modos, aún decepcionando a algunos que ya se

frotaban las manos esperando encontrar en las páginas del "Listín" y de El Caribe un hervidero de chismes, una especie de gusanera en conservas, el señor Herrera y yo —yo por supuesto en menor grado— hemos dictado una breve lección de sociología elementarísima y de economía harto bien simplificada.

Quiero, por fin, expresar que aún cuando en algunos temas solamos discrepar, Rafael Herrera, por amigo y por valioso, como intelectual bien cultivado, como periodista y como hombre de bien, me ha merecido siempre afecto y cordial admiración.

Atentamente,

P. R. Thompson

PLANIFICACION

3 de Noviembre de 1970

Señor Director:

Hay que saludar con parabienes la determinación del Señor Presidente de la República, —expresada en el Decreto No. 338— de planificar el desarrollo económico y social del país, con el bienhechor propósito de ahorrar tiempo, energías y recursos y de lograr, al más corto plazo posible, el mayor número de bienes para el disfrute del mayor número de ciudadanos.

El asumir como esquema inicial y como base la “Versión Preliminar Del Primer Plan Nacional de Desarrollo, 1970-1974”, para diseñar las futuras jornadas que haya que recorrer en la realización del desenvolvimiento económico y social, constituye ostensiblemente un paso de avance en la correcta dirección.

Corresponde ahora a los técnicos y planificadores, rindiéndole un servicio inapreciable a la Nación, la indispensable y delicada tarea —que a veces tendrá que ser intrépida y valiente— de jerarquizar las necesidades, escalonar urgencias, ponderar recursos y fuentes donde hallarlos, y presionar, con la persuasión de los argumentos, a fin de que las asignaciones de capitales provenientes del Erario Público, sean consagradas a obras efectivamente reproductivas.

Con ello todos iremos ganando.

Triunfará el régimen que preside el doctor Balaguer, volviendo la cara, para no padecer el castigo de la mujer de Lot, a concepciones económicas y sociales rebasadas, superando el presente y pisándole los calcañales al futuro.

Victoria obtendrá, asimismo, el sector privado, si, sujetándose inteligente y generosamente a un plan indicativo en que se señalen los vacíos y lagunas a cubrir, concurre con su espíritu empresarial y con sus afortunadas inver

siones, a que cuaje el esfuerzo continuado que nos llevará hasta el momento del "Despegue".

La clave del buen éxito reside en que, a los designios diáfananamente expresados en el Decreto, corresponda una rigurosa y estricta ejecución.

Es claro que de lo contrario todo se resolvería, de nuevo en un estéril y costoso ejercicio académico.

No se piense, por otra parte que la tarea se presente fácil.

Tanto el Primer Magistrado, como los técnicos y planificadores, tendrán que librar rudas y porfiadas batallas, contra los intereses creados, contra los grupos de presión, encerrados en sí mismos, sin más horizontes que los cortos y estrechos de sus voraces egoísmos.

Es ya un tónico, un resobado lugar común el asegurar que el desarrollo o será obra de todos o no será.

Debemos, por tanto, todos los dominicanos, cualesquiera que sean nuestras simpatías políticas o los matices de la bandera a cuya sombra militemos, alentar al Jefe del Estado, a los técnicos y a los planificadores, a los inversionistas y empresarios nativos a que marchen, con bríos sin cesar renovados, por el nuevo y saludable camino que acaba de abrirse con el decreto 338

Atentamente,

P. R. Thompson

ACTO HEROICO

6 de Noviembre de 1970

Señor Director:

No se le abonará, espero, a la acalorada pasión sectaria, al nocivo y frenético espíritu de partido, la afirmación de que uno de los rasgos que vienen definiendo desde hace buen tiempo nuestras gestiones públicas lo constituye la incoherencia, la estridente y flagrante contradicción.

Aspiramos con plausible vehemencia al desarrollo rápido económico y social. Pero, al mismo tiempo, empleamos todos los medios que nos pueda sugerir una desbordada fantasía, sin que nos sobrecoja la ofensa a la lógica, para retardar el ritmo de ese progreso y de ese avance.

Diseñamos, por tanto, con mano maestra el adecuado camino a recorrer y nos recreamos, en un increíble pasatiempo, en cubrirlo de peñascos que nos entorpezcan y cierren el paso.

Nuestras redes viales de comunicaciones forman una sola, larga, dilatada y profunda laguna. Hay menos cráteres en la rugosa superficie de la recién descubierta Luna, que en las arterias esenciales que vinculan a las diversas zonas de nuestro país. Ahora sí estamos a punto de ser declarados un archipiélago de pueblos.

Si hace un tiempo figurábamos en las estadísticas con sólo doscientos kilómetros de carreteras de primera clase, es de esperarse, —por supuesto que con pena—, que al

presente se nos registre relativamente como una nación sin carreteras y casi sin vías públicas.

Es innecesario acentuar que sin carreteras ni caminos —vitales obras de infraestructura— el desarrollo, será un bien deseado, pero no alcanzado, será una utopía, un quimérico y delicioso delirio, mas no una tangible realidad positiva.

Hipérboles. Exageraciones. Sandeces escritas en el seno de un confortable aire acondicionado.

Con éstas, o análogas retóricas defensas, en que sobran las palabras y menguan y faltan las serias razones, se trata de cubrir las cataratas de luces del Sol con el sutil dedo meñique de un niño.

Se recuerda uno, a este propósito, de aquel físico vienés que teorizaba a su mejor gusto y placer y elegantizaba sus abstractas especulaciones con un brillante y escogido lenguaje literario.

Cuando, un buen día, le anunciaron, a quema ropa, que sus elucubraciones habían sido contradichas por los reiterados experimentos, sin inmutarse, contestó: “¡peor para los experimentos!”.

El “Listín Diario”, en un sesudo y bien aquilatado Editorial, acaba de solicitar, en vista de la crisis de transportes que padece el país, ocasionada por el estado catastrófico de las carreteras, que se revisen, conforme a las normas más calificadas, las obras actualmente en construcción y que no se ejecuten algunas obras proyectadas, de manera que la mayor suma posible de los recursos estatales destinados a obras públicas en el año venidero, se consagren a tantas vías ahora a punto de borrarse.

El “Listín” pide, en consecuencia, —aunque no lo diga con explícitas palabras— y con muchísima razón, que se deje sin efecto, temporalmente, el párrafo segundo del artículo segundo del recién publicado Decreto No. 338.

De acuerdo a la cláusula encerrada en esa norma, los planificadores y los técnicos no tendrían ni competencia ni autoridad para sugerir supresiones o suspensiones de “aquellos programas o proyectos y demás medidas que a la fecha estén en vías o pendientes de ejecución según lo haya dispuesto el Poder Ejecutivo”.

Si le solicitamos, pues, al Primer Mandatario que reman-
de a mejores y más holgados tiempos, la edificación de un
Teatro cuyo costo asciende —incluyendo la compra de
propiedades— a más de dos millones de pesos. Si le pedimos
que se retarden las aperturas de malecones que abren
nuevas perspectivas aéreas, o que se queden en puros
proyectos varios enjambres de edificaciones castrenses, no
del todo necesarias por el momento, para verter y canalizar
esos millones en la construcción y reparación de carreteras
y de calles, le estamos pidiendo que deje en suspensivo par-
te del decreto 338.

En una palabra, estamos instando al Jefe del Estado a
realizar un acto heroico.

Y mírese como son las cosas: yo soy de los que cultivan la
esperanza de que el Presidente verificará el épico gesto, de
que escribirá con realidades la luminosa proeza.

Atentamente,

P. R. Thompson

ROBLES TOLEDANO NIEGA LE RECHAZARAN CARGO

11 de Noviembre de 1970

El prebistero Oscar Robles Toledano negó anoche veracidad a una especie de que el Presidente Joaquín Balaguer había rechazado darle el cargo de director de la Oficina de Desarrollo de la Comunidad (ODC).

El sacerdote católico hizo la declaración en respuesta a una información aparecida ayer en "Ultima Hora", en la columna firmada por el señor Gregorio García Castro.

Robles Toledano dijo:

"La noticia, cualquiera que halla sido la equívoca fuente que la suministrara, carece en absoluto de fundamento y veracidad".

"Mal podría el Presidente de la República", añadió, "rehusarle un empleo que no ha estado nunca en su ánimo aceptar".

El sacerdote señaló:

"Ni esa ni ninguna otra función gubernamental me han despertado, en ningún momento, el mas leve interés".

La alusión hecha por García Castro al sacerdote es la siguiente:

"Balaguer rehusó darle la ODC al padre Oscar Robles Toledano, quien dijo estar en disposición de aceptar ese cargo cuando agentes balagueristas quisieron semanas atrás sonsacar a ese cultísimo dominicano"

P. R. Thompson

IDEA POSITIVA

10 de Diciembre de 1970

Señor Director:

La idea lanzada por el P. Arango, —idea viable, revestida de sugestiva belleza moral— de que se consagre un cuarto de hora a la reflexión sobre nuestras responsabilidades sociales, debería ser acogida y puesta en práctica, ante todo, por todos aquellos que han externado su honda preocupación por los males ininterrumpidos que aquejan a la dolorida comunidad dominicana.

Este grupo de preocupados, llamémosle así, al tomar en sus manos la útil iniciativa; serviría de buen fermento que va a hacer crecer la masa insertando en ella saludables gérmenes de renovación interior.

Se habla mucho hoy de “alienación”, es decir, de los fenómenos que estragan y deterioran al hombre, obligándolo a vivir fuera de sí mismo, a vivir al compás y al ritmo que otros le marcan, sin preocuparse por los derechos de las personas, entre los cuales, el derecho y el deber de pensar por cuenta y riesgo propio ocupa, sin duda, el primer rango, la más sublime categoría.

Este “cuarto de hora de reflexión” sobre el incumplimiento de nuestros deberes para con la sociedad, vendría, pues, a constituir, un rescate del hombre alienado, alienado por la enfermiza pasión política, alienado por el afán desapoderado de lucro, alienado por el ansia patológica de mandar, alienado por el morboso frenesí del exhibicionismo barato.

Es un llamado a que el hombre regrese al santuario de sí mismo, y, poseído por su condición de hombre, no sea ya más lobo para otro hombre.

Que no nos excusemos de nuestras morales deficiencias amparándonos, en la frase, más literaria y cínica que filosófica, de Paul Sartre para quien “el infierno son los otros”. ¡Torpe manera de hurtar el cuerpo a la propia responsabilidad personal!.

Nadie cree, por supuesto, que por unos breves espacios de meditación, como por obra de milagro, el sombrío y sinies-

tro panorama nacional, con sus marejadas de inhumano terrorismo, con su desaprensiva violencia institucionalizada y uniformada, con el comportamiento de aquellos que ejercen muy orondos, ese otro género de terrorismo a gotas, lento, que consiste en enriquecerse a más y mejor quitándole el pan de la boca al pobre, se tornará espléndido, humano y radiante.

Pero de la obra inicia se pueden ir separando los malhechores —¿quién no lo es aunque sea por omisión?— por sectores, por grupos, creándose “élites” que propugnen por el establecimiento de una sociedad dominicana en que sea amable y deseable vivir.

Lo interesante, lo constructivo, por tanto, es concebir ideas humanas, redentoras, y sembrarlas en todas las conciencias: que la inteligencia no viva subyugada por la petulancia de los audaces, por los arrebatos y amenazas de los homicidas, a fin de poder transformar el clima espiritual en que, con angustias, pasamos nuestros amargos días.

A esto tiende “el cuarto de hora de reflexión”: que cada uno, en el silencio de su alma, corrija sus errores de juicio que son los que guían a la conciencia. Y no olvidemos, que la sociedad es la resultante de los individuos.

Tal vez la proposición del “cuarto de hora de reflexión”, le suene a algunos —envueltos en sus aires de hombres fuertes— a pura prosa simplista.

Pero no fue ningún santón a lo fakir, ningún jesuita, sino Angel Ganivet, el genial Ganivet, el que escribió: “una canción tiene más fuerza que un código, una letanía alcanza más lejos que un cañón rayado”.

Nada sino bien puede esperarse de la propuesta de que el próximo martes, de nueve a nueve y cuarto, cada uno se dedique a un sereno escrutinio de sus deberes para con la sociedad.

Constituiría el inicio, entre nosotros, de la evangélica “metanoia”, que es volverse el hombre sobre sí mismo, hacia su interior, tocarse las entrañas, a fin de que acrisoladas, en esas mismas entrañas, comience a dibujarse un hombre nuevo.

Atentamente,

P. R. Thompson

SUELO ENVENENADO

15 de Diciembre de 1970

Señor Director:

Tan envenenado, tan emponzoñado está nuestro suelo, que de cualquier semilla —aunque sea mejorada— que se siembre en sus surcos sale cizaña.

Se propone “un cuarto de hora de reflexión sobre las responsabilidades sociales”, y al punto, a la iniciativa, como si fuera una idea con espoleta, se le mira, no sin espanto dibujado en los ojos, como a un posible artefacto subversivo próximo a estallar. Como a una bomba de ablandamiento.

¿Será esto síntoma —síntoma vicioso— de que hemos cobrado tanto gusto por la discordia que el procurar planos de armonía donde se abracen la paz y la justicia nos resulta desagradable porque nos priva del placer y del regusto del pleito por el pleito?

Olemos a guerrilla y es esa agreste fragancia la que más nos embriaga y deleita.

No estoy abogando —¡por favor entiéndaseme!— por una paz a cualquier precio.

El irenismo que pacta con el atropello del hombre por el hombre, es infame.

La paz Octaviana, que es hija del uso indebido de la fuerza y de la deshumanización de la persona, es una paz inicua, porque se cimenta en la destrucción de los valores eternos que en el hombre se encarnan.

¿Pero por qué mostrar recelo y desconfianza por una concordia que sea fruto y alumbramiento de la reflexión y de la severa observancia de los deberes del individuo para con la sociedad?

En cualquier ideología que nos anime encontraremos que la ley primera y fundamental, en punto a teoría política, se cifra, en la conservación de la sociedad.

Pero una sociedad no se mantiene, sino que se disuelve gradualmente, si en su seno cada uno hace lo que quiere y no lo que debe.

Claro, que la reflexión no se impone. Por algo, desde muy antiguo, al acto de discurrir, de pensar, se le calificó de “acto inmanente”. Nace en el sujeto y en él permanece y madura.

Pero nadie puede negar que se puede invitar a pensar. Y que de ese pensamiento surja la instintiva necesidad social del diálogo que esclarece confusiones, disipa malos entendidos y fija y establece recíprocas responsabilidades.

El cristianismo no fue más que eso: Anuncio. Anuncio de una buena nueva. No fue una extorsión del pensamiento. Consistió en una invitación, —brindada con humildad y mansedumbre— a reflexionar sobre un puñado de verdades articuladas cuyos supremo destino eran transformar las enfermas entrañas del hombre.

De todos modos, la idea del “Cuarto de hora de reflexión” ya ha comenzado a orear e iluminar la atmósfera.

Aplicémosla, para que haya, aquí, paz, y en el cielo gloria, la fórmula de los economistas: “Cójala o déjela”.

A veces, en un país como este, se siente uno tentado, en medio de tanta algarabía caótica, de aceptar el irracional y prosaico consejo de la Dolosa de Campoamor:

Si quieres ser feliz,
Como me dices,
No analices, muchacho
No analices.

Atentamente,

P. R. Thompson

¿JUSTICIA?

18 de Diciembre de 1970

Señor Director:

Cuando se decide uno a abordar el tema de la justicia y de su recta y decorosa administración en un país, se corre el riesgo de dejarse arrastrar por la retórica pomposa, por la frase deslumbrante y efectista, por la sentencia amena y musicalmente concretada que halaga, a los oídos.

Un pueblo sin justicia, es como un mundo sin sol. Si la paz social ha muerto es porque antes se sepultó al Derecho. Axiomas como estos y otros análogos, fáciles de encontrar en cualquier léxico, se agolpan en la mente y nos atropellan el pensamiento dificultándole el que descienda a lo concreto, a lo existencial, a lo cotidiano, a los efectos negativos de la injusticia en la vida de las comunidades.

En un escrito desprovisto de tales primores literarios en que se comenzase a enumerar lo que falta en los tribunales en el sentido puramente administrativo, lo primero que se reprocharía sería el que se consagre a tales pequeñeces, a tales naderías, y, sacándole el cuerpo a lo substancial, no se vaya al fondo, habiendo ahí, en el fondo, tanta tela de donde cortar.

Por ejemplo, va cobrando ya categoría de escándalo la circunstancia de que en la mayoría, por no decir todos, de nuestros juzgados de primera instancia y de paz, haya carecido de archivos, rodando los expedientes por mugrosos suelos y rincones, con evidente peligro de extraviarse, cosa que ocasiona no sólo sinsabores a la ciudadanía, sino también riesgo de que no se le haga justicia a su causa.

¿No tiene visos de absurdo el que los tribunales carezcan de máquina de escribir, el que se esté consolidando la práctica de que los abogados lleven a la justicia los papeles en que han de escribirse las decisiones de los jueces?

¿No provienen, tal vez, de estas materiales deficiencias el que los tribunales, con más frecuencia de lo que la paciencia puede tolerar, no se ajusten a los plazos que establece la ley para fallar los expedientes civiles?

Parecerá mentira, parecerá caer en el género de lo vulgar y evidenciar un espíritu pendenciero, formular observaciones como las apuntadas y llamar enfáticamente la atención sobre ellas a las responsables autoridades competentes.

Más la verdad, la estricta verdad, es que para mantener en el plano de dignidad y el decoro que le corresponde a la justicia, éstas al parecer triviales menudencias revisten alta importancia y muy calificada trascendencia.

Este, lustre externo, inclusive, es conveniente hasta para crear en el ánimo del ciudadano confianza y respeto a la majestad del Poder Judicial.

No cabe aceptar, para no haber conjurado esta situación, como excusa valedera, lo magro y flaco que anda el presupuesto nacional.

Si sobra para que la mirada se recree en floridas perspectivas de jardines multicolores, de estatuas, ecuestres o no, de suntuosas recepciones gratas al paladar y a la vanidad ¿por qué ha de faltar para el decoro de la justicia, para afianzar la seguridad jurídica, para que los tribunales inspiren respeto, para que cada uno sepa a qué atenerse, para que los bienes y los derechos, en fin estén protegidos y garantizados?

Bellas son las flores, pero más bella es la justicia, porque su imperio está en el reino del espíritu.

Aquí si que voy a caer en la tentación de las sentencias: “una sociedad sin justicia, es como un mundo sin sol”.

Atentamente,

P. R. Thompson

MAS DEFICIENCIAS

29 de Diciembre de 1970

Señor Director:

Insistiendo en el tema de la desorganización que impera en la administración de justicia en nuestro país, andan, los directamente interesados en estos altos menesteres, con las manos apretándose las sienes y con la boca hirviendo en expresiones que revelan de qué suerte están ardiendo en sentimientos de escándalo.

Refieren que pocas son las instituciones jurídicas que padezcan más escarnio y desprecio entre nosotros, que la institución de la libertad provisional bajo fianza.

Ocurre a menudo que los tribunales, en uso de sus soberanas facultades, acuerdan y conceden la libertad bajo fianza. Pero las autoridades policiales o militares, que tienen a su cargo la custodia del detenido, a la sombra de la fuerza y de espaldas a la luz del derecho deciden por sí y ante sí, desacatar sin embozo la orden de libertad emanada de los tribunales competentes.

Hemos contemplado casos, no sin estupor, de jueces que han abandonado sus funciones, en enérgica y viril protesta contra esta insubordinación de las bayonetas contra los códigos.

Hará pocos meses que en Puerto Plata los abogados, todos a una, se levantaron en huelga, patentizando, con arrestos muy de hombres, sus sentimientos de repudio ante la negativa de los cuarteles de sujetarse a las determinaciones del Juzgado de Primera Instancia en aquella localidad que había dispuesto la libertad provisional bajo fianza de un recluso.

La opinión pública, recogida clamorosamente en la prensa de estos días, está dando pruebas incuestionables de has-

ta dónde estas desenfadadas violaciones al orden jurídico la ha sacudido y estremecido.

Por otra parte, con excesiva frecuencia, las causas seguidas a quienes han sido favorecidos por una orden de libertad bajo fianza, como si los administradores de justicia estuviesen tocados de invencible amnesia, se eternizan, engavetadas hasta llegar a la extinción.

De esta manera, para numerosos inculpados, la libertad bajo fianza es sinónimo de absolución.

Es sabido —digo, lo saben los entendidos— que, a ratos, las deficiencias en asuntos de esta naturaleza, provienen de que los alguaciles —quienes tal vez se ajustan a sus congéneres retratados por Quevedo en la Zahurdas de Plutón— o por olvido, o por lo que sea, no citan a las partes en el proceso y a los testigos, viéndose así obligado el juez a cancelar el llamado “rol” de la causa.

Recuérdese que los alguaciles, en materia penal, proceden de oficio. Es decir, no reciben ninguna remuneración por sus movidas y agitadas actuaciones.

¿Con qué recursos éstos abnegados servidores de la justicia, tan mal pagados, cuando son de estrados, y que no reciben emolumentos cuando son ordinarios, pueden cubrir los indispensables gastos en que es preciso incurrir para cumplir con sus graves obligaciones?

En un país en que los organismos jurisdiccionales andan manga por hombro, no puede esperarse sensatamente ni racional disciplina ni sentido cabal del orden social.

Si el cimiento en que descansa y reposa la sana y organizada convivencia está requebrajado, no debe causar sorpresas ni asombros el que las demás partes del edificio amenacen ruina.

Nuestra justicia, a cuanto se ve y se toca, disfruta de menos suerte que la romántica Cenicienta: nunca tendrá la dicha de encontrar un príncipe enamorado —los príncipes viven en palacios— que la saque de su postración y de su triste estado de mendicidad.

Atentamente,

P. R. Thompson

ESPIRITU DE NAVIDAD

23 de Diciembre de 1970

Señor Director:

Por más intelectualizado que se esté, por más frío y adusto que sea el talante de que dispongamos, siempre será difícil, en estos iluminados días navideños, substraernos al influjo de un sentimentalismo ligero, alado, tejido de nostalgias y de melancolías.

En ningún instante nos seduce y atrae el futuro: nos enamora el lejano pasado, y en él echamos ancla. Fijamos la mirada en el ayer por ver si descubrimos entre las perspectivas que se desdibujan en remotas lontananzas, la ansiada "edad de oro".

Los recuerdos —que son los que dominan— comienzan a cobrar vida en torno a la grata y amable mesa familiar: evocamos, en silencio, sin llantos, a los que fueron, y acariciamos, sobrecogidos por vagos temores, las cabezas menudas de los que crecen y maduran.

Se ensancha la memoria y se pasa, casi insensiblemente, saltando los umbrales del recinto del hogar, a la calle, de la calle al país, del país al mundo. La memoria ha brincado del tiempo al espacio.

Bañamos la festiva atmósfera con un cálido y entrañable sentimiento de fraternidad, que se extiende y dilata a todas las fronteras, que desconoce discriminaciones radicales, que ignora todos los matices del arco iris, que no sabe de abstractas ideologías.

El odio, que siempre le anda disputando al amor el imperio del corazón del hombre, duerme. ¡Que hasta el odio tiene sus treguas!

¿De dónde brotan estos inusitados y sorpresivos modos de sentir, esta manera virgen de ver las cosas y esta rara originalidad en el pensar?

Pues de que el cristianismo, a despecho de las sórdidas

costras con que los siglos lo han cubierto, ha impregnado de sus esencias a la humanidad, aunque ésta, la humanidad, enrabiada y extraviada, reniegue de Cristo y de su doctrina a diario. La humanidad es cristiana, sin quererlo y sin saberlo.

Y aquí comienzan a surgir las chocantes paradojas.

Conjugamos la Navidad con la "Misa del Gallo" y el despilfarro, y en esa misma celebración litúrgica escuchamos este texto de San Pedro:

La gracia de nuestro Dios y Salvador se hizo patente a todos los hombres para enseñarlos a renunciar a la impiedad, a la ambición, y a vivir en esta vida con templanza, justicia y misericordia".

¿Se puede asociar la disipación suntuaria y el exceso en las deliciosas artes de la mesa con la templanza, que impera sobriedad, medida?

¿Puede haber maridaje entre el lucro desapoderado que se viste de gala en estas noches en las moradas de los bienhallados y la justicia que pregona a grito herido el número de los desocupados, la angustia de los que tienen hambre de pan y hambre de derechos?

Pero todas éstas y otras paradojas inverosímiles, no borran la verdad de que el cristianismo, aunque con tibieza, sigue vivo en nosotros, al menos, en una de sus formas de llamar al hombre al buen sentido: haciendo que en el trasfondo de su conciencia se sienta en un perpetuo trance de arrepentimiento.

Tal vez sea llegada la hora de comprender que para alcanzar a participar de veras —esfumando las paradojas— de la Divinidad de Aquel que participó de nuestra humanidad, no hay mejor camino que el hombre: buscar a Dios a través del hombre.

Acaso en el rostro del otro descubramos que el otro es algo más que el otro.

En este marco pueden entenderse bien los tres célebres versos de Francis Thompson en su famoso "The Hound Of Heaven":

"He buscado mi alma, no la encontré.

"He buscado a mi Dios, no lo alcancé.

"He buscado a mi hermano y me hallé con los tres"

PIDE DIALOGO

26 de Diciembre de 1970

Señor Director:

Hizo honor a su nombre esta noche pasada: fue Noche Buena. Al alba no encontramos en los periódicos crónicas de sangre, ni se registraron asaltos audaces, ni se escenificaron, a cuanto se sepa, vandálicos actos de terror.

Hubo una pausa. El ángel de las tinieblas le dejó al otro, al de la luz, el espacio franco y abierto para que pregñara a su placer, sin antagonismos cerriles, paz a los hombres de buena voluntad.

Ya este diario, en su editorial de hoy, ha expresado el vivo deseo de que este estado de grato sosiego se prolongue, que no sea una excepción, que se haga habitual, que se convierta en inacabable.

Hace años, cuando el lenguaje tenía categoría señorial (sermo nóbilis) se hablaba de las "artes de la paz".

Como toda arte, la paz, por tanto, se idea, se estudia, se estructura, se concierta. ¡Es tan vital!

¿Qué providencia hemos tomado para planificar la pacífica y constructiva convivencia? Una convivencia sin muertos, sin desaparecidos, sin lutos en los hogares y sin terrores en los amedrentados corazones.

Hasta el momento no han resonado en nuestros oídos más que voces fulminantes que, inspirándose en la fuerza aplastante, juran como en artículo de fe, que el poder de disuasión de las armas es siempre incontrastable.

¿Bastará tal procedimiento para purificar el clima de incivismo y de desmanes en que infortunadamente hemos tenido que vivir en el curso de este año?

Un abismo llama a otro abismo, sentencian las Sagradas Letras. Un desafío bien puede ser aceptado. El reto hace buen rato que está en pie, y no por ello se han extinguido las enconadas pasiones, se han apagado los odios, no por ello, han dejado de caer sin cesar las víctimas, de un lado y de otro.

El terror psicológico no es persuasivo. Mas bien encorajina. Enciende más el orgullo herido.

La indiferencia y apatía de la comunidad, familiarizada ya con el paso trágico de los carros fúnebres, estimula y aguijonea al delito tanto como lo hace la impunidad.

Me decía alguien días atrás —no sin visos de dramático pesimismo— que para que el pueblo tomase una vigorosa acción mancomunada contra la salvaje y loca violencia imperante, era necesario que cada hogar dominicano fuese visitado por la muerte.

Sólo así, sintiendo la llaga en lo profundo del propio corazón, abandonaríamos esta tácita y sádica complacencia en el dolor ajeno.

El Gobierno, en estos días finales de año, planifica su Presupuesto. Calcula. Formula estimados. Prevee ingresos, destina los recursos a los varios capítulos de la administración pública.

¿Qué pasos han dado los poderes públicos para redimirnos de un nuevo año veteado de llantos y de crespones, para cortar de raíz el hondo proceso de descomposición social, moral y legal en que, con sobresaltos y sinsabores, se nos obliga a vivir?

La vida de un ser humano, vale más que todo el Presupuesto. Esto es así si no hemos caído todavía en la trampa de la inversión de los valores.

La Iglesia, los líderes políticos, los sindicatos, los empresarios ¿seguirán dándole crédito a la floja y plañidera retórica, como un eficaz medio de contener la copiosa hemorragia de sangre vertida impunemente por manos criminales?

Que se llamen a todos a la mesa del diálogo. Que discurren allí, los de arriba y los de abajo, los de derecha y los de izquierda, el pobre y el rico, que hablan con franqueza que llegue hasta la crueldad, sin pretensiones de encubrir a nadie, en el contexto de la libertad y la responsabilidad, los dos ingredientes esenciales de la persona humana, y que todos a una, consagren unas horas a formular el presupuesto humano de la paz, a crear el arte de las horas, de los días, de los meses tranquilos.

Atentamente,

P. R. Thompson

¿NO HAY MIEDO AL RIDÍCULO?

28 de Diciembre de 1970

Señor Director:

El lenguaje político de que usamos al día, tiene a veces tonos heroicos, épicos, como el de la *Iliada*. Se viste en otras ocasiones con un pintoresco traje folklórico, en un evidente empeño por emular los sabrosos cuadros de costumbres que nuestro José Ramón López dibujó, de mano maestra, en sus ingeniosas narraciones.

La última moda del estilo de la oratoria política —que es la que más está llamando la atención— se inspira en Plutarco.

Se trata de buscarle paralelos entre los grandes del pasado a los hombres públicos de hoy. El elogio desmedido, es su medida. El énfasis barroco, su gracia. El incienso, su embriagante aroma.

Hubo una época en que encomiar era un certificado de vida. Era, como es bien sabido, el precio que se pagaba por sobrevivir. La lisonja se estimaba como un valor entendido.

Hoy, gracias al cielo y al heroísmo de un puñado de dominicanos, no es así. La hipérbole, la exageración, las desbordadas cláusulas admirativas, son voluntarias, queridas y hasta buscadas.

El que surjan del fondo a los labios espontáneamente, no les reserva un sitio de privilegio en una buena estética.

Bien pueden evidenciar un interés obscuro o traducir el ansia callada de una sinecura o de permanecer holgadamente arrellanados en una fértil e inagotable canongía.

Cuando se llega a estos límites es porque ya se le ha perdido del todo el miedo al ridículo.

No se cae en cuenta, entonces, que las alabanzas superlativas ofenden a quien se ha pretendido frívolamente homenajear.

Más se estima un reconocimiento serio y sobrio que una amena y grandilocuente mentira.

Nuestra devoción por un amigo, al expresarla, no de-

bería, nunca trasponer los confines que dan acceso al campo de lo grotesco.

La afectación, aún en literatura, es siempre reprobable. No es, nunca, credencial de buen gusto.

Uno de los desagradados más punzantes que ha ocasionado el llamado "culto a la personalidad" se cifra en la inelegante y servil retórica que como un cortejo obligado lo acompaña.

Decía El Señor: sea vuestro lenguaje, si, si, no, no. No cabe, de veras, mayor recomendación de concisión en el empleo del habla.

Las adjetivaciones declamatorias de los políticos no podrían inspirarse jamás, en Sthendal, quien antes de tomar la pluma en la mano para escribir "La Cartuja de Palma", a fin de disponerse el ánimo a la sobriedad, se entregaba a la asidua lectura de los artículos, ceñidos, escuetos, del esquemático Código Napoleónico.

Por otra parte, importa mucho que recordemos que en otros países se leen nuestros periódicos.

Conviene también tener presente que existe entre nosotros un Cuerpo Diplomático, presto siempre a la frase epigramática, zumbona, a lo Voltaire, satírica, a lo Juvenal, ironista, a lo Anatole France.

No nos convirtamos en objetos fáciles de sus epigramas, de sus caricaturas, de sus hirientes ironías.

Reconozcamos, lo reconocible. Justifiquemos, lo justificable.

Demos nuestra adhesión y colaboración a aquel a quien nos lo dicte la austera conciencia, inspirada en el bien común.

Para cumplir ese deber cívico —participar en la vida pública, hoy, es una obligación— es absolutamente innecesario el que nos convirtamos, sin más ni más, en el hazmerreir de nadie.

Atentamente,

P. R. Thompson

LIBERTAD DE EXPRESION

29 de Diciembre de 1970

Señor Director:

Entre los argumentos que suelen esgrimir, no sin cierto aire de triunfo, los regímenes en que impera una calculada democracia a medias, para afirmar que son demócratas a título pleno, figura, el muy manido, que reposa en la premisa que, sobre poco más o menos, formulan así: puesto que se dice lo que se quiere, ello prueba, en forma inquestionable, la existencia de una genuina, operante y diáfana democracia.

En este sentido, se me ha referido más de una vez, que en Nicaragua, bajo el omnímodo y pintoresco dominio de los Somozas, la libertad de expresión era cabal, perfecta, y que, con esa concesión graciosa, pretendía aquel gobierno, a todas luces autoritario y arbitrario, enmascarar y disfrazar ingeniosamente sus despóticos procedimientos.

A poco que se reflexione se advierte que ese especioso alegato es, obviamente, una hábil coartada.

La libertad de expresión no abriga su fin en sí misma. Tiene un destino. Posee una finalidad. Es para algo.

Claro que, ante todo, constituye una fundamental prerrogativa humana: la persona, por el solo título de

persona, es dueña de manifiestar sus opiniones, siempre y cuando, desde luego, no lesione los derechos de terceros.

Pero la libre expresión del pensamiento, está también encaminada a formar la opinión pública, la conciencia colectiva que, a su vez, esa opinión pública, evidencia la participación del pueblo en los actos gubernativos, y sirve, además, a modo de moderador contrapeso a las autoridades institucionales, de suerte que a éstas, les quede toda libertad para promover el bien y se le impida toda acción que lleve al mal.

Por tanto, —siguiendo el hilo del razonamiento— en un sistema de gobierno en que anden suelta la lengua y la pluma, pero en que no se preste la más mínima atención a cuanto se observe y se repare, en que se haga oídos de mercader a toda razonada censura, en que se escuche lo que se proclame lo mismo que se oye llover, no existe la opinión pública y la democracia es, de esta manera, mutilada y cazarramente burlada.

La consecuencia inmediata —inmediata y práctica— de este estado de cosas es que no existe una fructuosa y salvable comunicación entre gobierno y gobernados.

No se da, por tanto, oportunidad al diálogo. Habrá, si acaso, “dimes y diretes”.

A lo sumo, en algunas ocasiones, podrán existir sólo monólogos yuxtapuestos, o, si se prefiere, coloquios entre sordos.

Otra cosa que se deriva de esta anómala situación, reside en que se estimula la violación irresponsable de todos los derechos humanos. De ahí que haya quienes digan, perdido ya del todo el respeto a la prensa, y en el instante mismo en que hacen añicos la Carta Orgánica: “que digan lo que quieren, que nosotros haremos lo que nos venga en ganas”.

¡Indelicadas expresiones que delatan el desdén y el menosprecio por la dignidad de la persona humana!

La actitud, en cambio, de un real y efectivo régimen representativo, frente a la opinión pública, es diametralmente opuesta a la antes dicha.

Se crean, en efecto, donde el sistema democrático rige en realidad, y no en meras palabras, institutos para sondear el parecer y el sentir de la comunidad. Se mantiene abierta y

vigilante la reflexión sobre las opiniones que se trasmiten al través de los medios de comunicación social (periódicos, radios, televisión), y los de arriba, entablan, con los de abajo, una corriente de intercambio de ideas y de propósitos en aquellos asuntos que son de interés general.

De esta manera, esos gobiernos democráticos, ponen de manifiesto que no consideran la libertad de expresión como una simple válvula de escape que evita la acumulación de irritaciones y de estados emocionales explosivos, sino que también la aprecian como una colaboración del pueblo con el gobierno, para bien del pueblo y del gobierno.

No olvidemos, por fin, que cuando se desestima por modo sistemático y metódico a la opinión colectiva, se fomentan, a más y peor, las malquerencias, se nutre el descontento popular, se deja de contar con el consentimiento unánime, que es una de las bases en que descansa la estabilidad de las instituciones de derecho.

Atentamente,

P. R. Thompson

INDICE

Prólogo.....	5
Acerca del Ajo.....	9
Fuera de Contexto.....	12
¡De Marquina es!.....	14
Sobre Propiedad.....	17
Está y no Está.....	21
El Ascenso de Nixon.....	24
Nada en Exceso.....	27
Ay ¡Esas Comas!.....	31
Huellas Inmortales.....	34
Tamaña Insula.....	37
No Somos Cosas... Sino Personas.....	41
Rico Tema.....	43
Ni Patin ni el Barrio han Muerto.....	47
Las Sonatas de Balas'.....	50
Sobre un Editorial y un Discurso.....	53
Miguel Angel Asturias.....	57
Riendas a la Imaginación.....	60
Seguridad.....	63
Título Errado.....	66
Al Pan Pan.....	69
Nuestra Economía.....	71
Fugaces Optimismos.....	74
Contesta Editorial.....	79
Aclaración Histórica.....	83
Desalentador Estado Social.....	85
Planificación.....	88
Ponderación y Análisis.....	91
Sorpresa.....	94
Libros Sí.....	96
La Doctrina de la Iglesia y unas Sugestionès.....	99
Iglesia y Estado.....	103
Perjudiciales Deficiencias.....	107
Vandálico Desmán.....	110

Carencia de Respeto Mutuo...	113
¡Cuánta Palabrería!	115
Comenta Artículo...	117
Apoya a Ortiz...	120
¿Pintoresco?	123
Paz y Concordia...	126
Fin de Semana...	129
Situación Nacional...	132
Reflexiones Sobre la Denuncia...	136
Dolor Nacional...	138
Bien Común...	141
Adhesión...	144
Crítica y Mensaje Presidencial...	146
Participa en Diálogo...	149
Enseñanza y Acción...	153
El Precio de la La Libertad...	157
Nuevos Métodos...	160
Significado de una Ceremonia...	163
Situación Nacional...	166
Revolución en las Cabezas...	169
Reflexiones Sobre un Desfile...	172
Imitemos a Foción...	175
En Pro del Diálogo...	177
Acerca de Von Spreti...	180
Sobre un Editorial...	183
Tocados de Locura...	186
Jardín de las Delicias...	188
El Cambio...	191
La Situación Post-Electoral...	194
Libertad de Expresión...	197
La Adulación...	200
La Crítica Serena...	203
No le Gusta Plan...	206
Lo Esencial y lo Superfluo...	209
El Derecho a Discrepar...	211
Apela a Gente Moza...	214
Disolución Social...	217
Los Casinos de Juego...	220

Tierras Nacionales.. Almas Foráneas	223
Sobre Nacionalidad....	226
Entredicho.....	228
Planificación e Impuestos... ..	230
Interés de una Declaración.....	233
Horas Calamitosas.....	236
¿Un Proceso?.....	238
Justicia Distributiva....	240
Parabienes.....	243
Planificación.....	246
Reflexiones Económicas.....	249
¿Quién Eligió a Allende?.....	251
Remedio, Peor que la Enfermedad.....	254
Doś Temās.....	256
“Z”.....	258
Situación Anómala.....	260
¡Recapacitemos!.....	263
Portentosa Intuitiva.....	264
Benévolo Visitante.....	268
Sobre Polvos y Lodo.....	271
Sobre Libros y Censos.....	273
Sobrecogido.....	276
Incuestionable.....	278
¿Radiante Alegría?.....	280
Arma de la Razón.....	283
Producto Nacional Bruto... ..	286
Planificación.....	290
Acto Heróico.....	292
Robles Toledano Niega le Rechazaran Cargo.	295
Idea Positiva.....	296
Suelo Envenenado.....	298
¿Justicia?.....	300
Más Deficiencias.....	302
Espiritu de Navidad.	304